
ISABELLA ABAD
El Laird y la Rosa Inglesa
SERIE ESCOCIA VICTORIANA

# El Laird y la Rosa Inglesa

*Escocia Victoriana*



**ISABELLA ABAD**

©Todos los derechos reservados

El Laird y la Rosa Inglesa
Capítulo 1
Capítulo 2.
Capítulo 3.
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22.
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
FINAL
Novedades

# Capítulo 1

Heather Carlisle dejó a un lado la taza de té que había estado sosteniendo y miró por la ventana del salón principal de la casa.

—¿Es demasiado pedir un día soleado? Este clima deprimente parece haberse instalado aquí para siempre—murmuró, dejando escapar un suspiro mientras sus ojos verdes recorrían el paisaje.

Más allá del cristal, el condado de Surrey se extendía en una mezcla de campiña verde y cielo encapotado. La lluvia reciente había dejado un rastro de humedad que impregnaba el aire, y aunque el paisaje tenía un encanto melancólico, también parecía un reflejo de la decadencia que asolaba la vida de las Carlisle.

Heather regresó su mirada al interior de la otrora coqueta gran casa familiar. Hoy las paredes tenían desconchones indisimulables y las alfombras, antaño vibrantes, estaban descoloridas y desgastadas.

La mansión Greystone había sido el orgullo de los Carlisle, pero poco quedaba, salvo el eco de su antigua gloria. Infaustos sucesos, uno tras otro, más decisiones erradas, habían traído a pique la fortuna y prestigio.

Solo quedaban ella, su tía Margaret y su prima Isabella aquí, bregando como podían con los problemas. Heather tamborileó con los dedos sobre el brazo de su silla antes de tomar el periódico que descansaba sobre la mesa.

Se inclinó hacia la luz de la ventana para leer mejor, el terciopelo de su vestido verde oscurecido por las sombras del salón. En poco rato habría que encender los faroles, pero convenía ser prudente con los insumos.

El titular principal destacaba la noticia que tenía a Inglaterra en vilo. *Crisis en la India: el motín de los cipayos sacude al Imperio Británico*.

Heather leyó en voz baja:

*—El Parlamento debate las medidas necesarias para reprimir la revuelta, mientras la Compañía de las Indias Orientales enfrenta*

*severas críticas por su administración.*

—Terrible, no hay otro término que terrible para definirlo— dijo Isabella, levantando la mirada de un libro de poesía que tenía entre las manos, que cerró con ademán dramático y se levantó, alisándose la falda de muselina rosa mientras caminaba hacia Heather—. ¿Cómo puede la Corona permanecer indiferente mientras miles de personas son arrancadas de sus hogares?—Isabella agitó la cabeza con indignación, sus ojos brillando con una pasión contenida —. No se trata solo de preservar el poder sobre la India… Se trata de familias, de niños que pierden sus raíces, de ancianos obligados a abandonar la tierra que siempre conocieron. Pensar que una nación poderosa como la nuestra, capaz de tanta grandeza y poesía, cierre los ojos ante semejante tragedia me parece inconcebible.

Heather ladeó la cabeza, doblando el periódico y asintiendo ante las palabras de su prima. La sensibilidad social y la visión romántica de la vida eran sus rasgos más intensos, sin dudas, y a veces pecaba de inocente.

—No es una cuestión de ignorancia, Isabella. Tiene que ver con elecciones. La estabilidad del comercio es esencial para nuestra economía. Sin eso, el imperio se tambalearía. Ergo, es lo que prima.

Isabella bufó, cruzándose de brazos.

—Pero la Compañía de las Indias Orientales no es más que un monopolio codicioso. No nos representa. En verdad, solo sus accionistas se llenan los bolsillos. Han abusado de los pueblos nativos durante demasiado tiempo.

Heather se levantó también, caminando hacia la chimenea apagada cuyo marco ornamentado lucía manchas de hollín. Sus dedos acariciaron el borde del mármol, con distracción, mientras reflexionaba.

—Es posible que tengas razón—admitió—, pero las decisiones que se toman en el Parlamento no se guían por la moralidad. Si la Compañía cae, el caos podría extenderse más allá de la India.

Heather e Isabella continuaban discutiendo sobre el costo humano de las inversiones en las colonias cuando un crujido en el suelo de madera anunció la entrada de su tía Margaret.

Esta había estado escuchando la conversación desde el umbral, con su bordado en mano, y finalmente decidió intervenir. Alta y esbelta, con un porte digno a pesar de los años y las penurias, avanzó con paso tranquilo y tomó asiento en un sillón cercano. Su mirada serena recorrió a las dos antes de hablar.

—Ambas tienen algo de razón—dijo, mientras ajustaba los hilos de su labor—. Pero dudo que nuestras opiniones cambien lo que ocurre al otro lado del mundo. Quizá deberíamos preocuparnos más por lo que sucede aquí.

Heather regresó a su asiento, olvidado lo que no fuese Greystone Manor, y su apretada situación.

—Tienes razón, tía Margaret. Pero a veces siento que entender el mundo me da una ventaja. Como si anticipar el movimiento de las piezas más grandes del tablero me permitiera actuar mejor en la pequeñez de nuestro mundo en Surrey.

El ruido de pasos interrumpió su pensamiento. El criado que aún no les abandonaba entró con una carta lacrada en una bandeja.

—Señorita Carlisle, un mensaje desde Londres.

Heather tomó el sobre, y frunció el ceño al ver que el sello correspondía al despacho legal que había llevado los asuntos familiares por décadas. Con manos firmes pero el corazón latiendo a mil, porque temía otra deuda llegando a su falda, rompió el lacre.

Sus ojos se deslizaron por el contenido con celeridad, y sus cejas se alzaron, primero en confusión y luego en creciente sorpresa.

—Es del notario—anunció en voz alta, aturdida—. Me pide que viaje a Londres para discutir el testamento de un tío que ha fallecido.

—¿Un tío?—repitió Margaret, deteniendo su bordado y llevándose una mano al mentón, para luego de un momento asentir —. ¡Ah! Debe tratarse de George Carlisle. Le conocí muy poco, cuando tu madre se casó con tu padre, Heather. Es… Era, supongo, por el testamento, hermano de tu padre.

—Oh, entonces no tiene nada que ver conmigo—agregó Isabella—. Es extraño que no le hayamos visto nunca. Esto es misterioso, ¿no creen?—sus ojos brillaron ante la inminencia de un

rompecabezas que resolver.

—Mm. Lo recuerdo como un hombre serio, distante. Se marchó a Escocia hace décadas y nunca regresó. Me había olvidado de él. De hecho…—sacudió su cabeza—. Temo que todos lo hicieron.

—Nadie me habló de él, jamás. No hay retratos suyos, tampoco. Esto es tan inesperado.

—Suena muy bien. ¿Escocia?—dijo Isabella, enderezándose con emoción en su asiento—. ¡Qué fascinante! He leído sobre las Highlands. Paisajes salvajes, castillos imponentes en lo alto de los riscos, hombres con kilts y espadas al cinto… ¡Ey! ¿Y si te ha legado una fortaleza medieval?

Heather dejó escapar una breve risa, más incrédula que divertida.

—Con nuestra suerte, probablemente lo que recibiré serán más deudas.

Margaret chasqueó la lengua, pensativa.

—Recuerdo que tu padre decía que George tenía muy mal carácter, y chocaban mucho. Tu madre me dijo que pelearon, no recuerdo bien…

—Tal vez por la tendencia de mi padre a gastar—señaló Heather, que podía entender que alguien cercano se impacientase y enojase mucho con su padre.

Lo quiso mucho, pero había sido un dilapidador consumado que se había arruinado con malas inversiones y gastos locos. Todavía lidiaba con los coletazos de antiguas deudas.

Heather pasó los dedos por el borde del documento, sintiendo el relieve de la tinta seca.

—Supongo que pronto descubriremos qué pasó con él. Me voy a Londres.

****

A la mañana siguiente partió hacia Londres en un carruaje, con el peso de la incertidumbre asentado sobre sus hombros. Su tía e Isabella insistieron en acompañarla, pero eso habría implicado alquilar un vehículo más grande, y su economía no estaba para esos

desembolsos.

El largo trayecto no hizo sino llenar su cabeza de ideas y escenarios. La posibilidad de encontrarse con alguna sorpresa desagradable la ponía muy ansiosa.

Cuando el traqueteo de las ruedas cambió al ingresar a la urbe, el bullicio de Londres la envolvió, y se concentró en mirar afuera. Los pregoneros anunciaban sus productos con voces roncas, los olores de pan recién horneado se mezclaban con el acre aroma del humo de carbón que flotaba en el aire.

Heather observó las tiendas de escaparates brillantes, los caballeros que paseaban con altivez por las aceras adoquinadas y las damas de elegantes vestidos que caminaban ajenas a las preocupaciones que pesaban sobre ella.

Cuando más joven, disfrutaba de visitar Londres, y por un tiempo había considerado mudarse aquí. Pero vivir en un pueblo más pequeño era más fácil, y más barato.

Cuando llegó al despacho del notario, fue recibida por una mujer elegante y eficiente, que la hizo esperar unos minutos. La observó lidiar con papeles, ir y venir con carpetas, y se dijo que esta era una tarea que ella podría hacer.

No faltaba mucho para que tuviese que salir a pedir trabajo. Lo que su propiedad producía apenas alcanzaba para las expensas, y la casa se le venía encima. En unos meses no podría pagar a la servidumbre.

—Adelante, señorita Carlisle. El notario la recibirá ahora.

Ingresó a la oficina y el que la recibió con una inclinación cortés fue un hombre mayor con gafas redondas y chaleco ajustado. Le recordaba, había sido portador de pésimas noticias cuando su padre murió.

—Señorita Carlisle—dijo, muy formal—. Gracias por venir con tanta urgencia. Tome asiento, por favor.

—Gracias—se sentó, y se acomodó la falda—. Su carta me tomó por sorpresa, y no negaré que me inquietó un poco.

—Oh, nada de eso, señorita, esto es distinto a… Ya sabe, a la situación cuando su padre…—dijo él, apretando los labios.

Oh, sí, Heather ya sabía. Miró alrededor. El despacho era

oscuro, con estantes repletos de gruesos volúmenes legales. Un inconfundible aroma a cuero y papel viejo flotaba en el ambiente.

Heather esperó mientras el notario organizaba unos documentos sobre su escritorio de caoba.

—Lamento su pérdida—dijo él—. La muerte del señor George Carlisle fue pacífica, empero, y en su sueño.

—Gracias, y me alegra saberlo, aunque me temo que no conocí a mi tío. De hecho, ignoraba su existencia hasta que su mensaje arribó.

—Sí, lo sé. Su padre y él… Tuvieron sus idas y venidas, y una gran pelea hace unos veinticinco años fue el detonante de su partida. Era un hombre parco y determinado, además de orgulloso.

—Corre dentro de la familia—dijo ella—. Mi tía me dijo que creía que él se estableció en Escocia.

—Así es. No lo supe hasta hace algunos años, cuando me solicitó para que escriturara su última voluntad, y me encargase de los ajustes para cuando su muerte aconteciese. Tomé contacto con la noticia hace unos días. Murió hace unos dos meses, pero el papeleo, los viajes…

—Entiendo.

—El caso es que es usted su única heredera.

Heather parpadeó, nerviosa, sintiendo que esto cambiaría su vida, y temiendo preguntar más.

—Eso es… Inesperado. Y también preocupante. Mi último legado fueron deudas gigantes, y …

—No es este el caso, señorita Heather. Su tío le ha dejado una propiedad rural importante en las Tierras Altas, cerca de Inverness. Es una tierra productiva, y requiere atención inmediata. Eso es lo que me dicen.

Heather entrecerró sus ojos y trató de pensar claro.

—Una propiedad en Escocia—repitió, su voz demostrando que sus pensamientos iban desde la incredulidad al desconcierto—. ¿Por qué a mí? No lo conocía…

—El testamento es simple—respondió el notario, ajustándose las gafas—. Usted es la única pariente mujer viva, y él desconfiaba de sus primos lejanos. Sus palabras son sencillas. Confía en que

usted podrá preservar la propiedad.

—Pero… Es una locura. No conozco Escocia, no tengo idea de nada.

—Con la experiencia que ha ganado estos años podría administrar una propiedad donde fuera, señorita—dijo el hombre, con una sonrisa de circunstancias—. Sin embargo, debo advertirle que urge que tome posesión antes de que la producción decline. El personal que vive allí se está ocupando, pero es menester que la heredera tome posesión y de las directivas.

Heather entrelazó los dedos en su regazo, su mente procesando la información a toda velocidad.

—¿De qué tipo de propiedad estamos hablando?—preguntó, incapaz de contener su curiosidad.

—Es un dominio agrícola, con tierras de cultivo y algunos arrendatarios. Durante años generó ingresos adecuados, pero ha estado en declive—explicó el notario con voz medida—. Si usted decide administrarlo, podría recuperar su rentabilidad.

Heather sintió que su corazón se aceleraba. Nunca esperó recibir una herencia, y menos aún, una en tierras lejanas. Su mente oscilaba entre el asombro y la preocupación. Era una oportunidad… pero también un desafío.

—¿Y si decido venderlo? —preguntó con cautela.

El notario la observó por encima de sus gafas, con un aire de desaprobación apenas disimulado.

¡Caray, no podía culparla por considerarlo! Él apenas podía hacerse una idea de lo complicadas que eran las cosas para ella y los suyos.

Verlo en el papel no era lo mismo que vivirlo: recortes masivos de gastos, negociaciones con proveedores y clientes, con acreedores, problemas con la producción magra de las tierras. Agotador era poco.

—Es una opción, por supuesto. Pero creo que debería pensarlo con calma. Esa tierra perteneció a un miembro de su familia por décadas, y estoy seguro de que su tío George no habría querido que pasaran a manos de cualquiera. Me lo expresó de hecho.

—No es como si el tío George se preocupase por nosotros— dijo, con frustración.

No estaba en sus manos contentar a un muerto o mantener a flote el sueño de su vida, y eso no la hacía egoísta o mala persona.

—Es algo para lo que no tengo respuesta. Señorita, es menester que tome una decisión.

Heather mordió el interior de su mejilla, pensativa. Escocia… un lugar remoto, ajeno, salvaje. Tan distinto a Inglaterra y su mundo civilizado.

Pero… ¿Y si allá encontraba la oportunidad para empezar de nuevo, sin deudas, sin problemas ni ataduras? Tal vez ese tío desconocido le había dejado la salida que había estado esperando.

Heather dejó el despacho del notario con una copia del testamento en la mano, bien doblado y guardado dentro de un sobre. El aire fresco de Londres calaba en la piel, pero ella apenas lo notaba.

Su mente estaba ocupada en los detalles que había escuchado. Una propiedad en las Highlands... Era una realidad extraña, aunque algo fascinante. *Se me ha de estar contagiando la actitud de Isabella.*

Subió al carruaje que la esperaba y se acomodó en el asiento. El paso de los caballos sobre las calles adoquinadas acompasó sus pensamientos.

Había estado aquí muy poco tiempo, pero la Heather que dejaba atrás la cacofonía londinense no pensaba o sentía igual que al llegar.

Al menos ahora tenía opciones, además de preguntas. Muchas de estas.

# Capítulo 2.

Entró en la sala y arrojó su bolso de viaje sobre la silla más cercana, tras lo cual se quitó los guantes con movimientos rígidos.

En las horas de viaje había dado vueltas a la situación, buscando procesar la conversación con el notario. Ideas, posibilidades, inconvenientes y temores se le arremolinaban en la mente.

Isabella apareció veloz desde el área de la cocina, y su entusiasta faz se disolvió un pelín al notar su expresión. Frunció el ceño mientras venía a su lado para tomarla del brazo y llevarla con ella al sillón.

—Heather, ¿qué ocurre? Pareces… No sé… Preocupada, y a la vez contenta, o no triste. No puedo descifrar tu rostro. ¿Cómo te fue? ¡Dime! Muero por saber.

Heather dejó escapar un suspiro, pasó una mano por su frente y se hizo atrás, para luego hacer un mohín y encogerse de hombros.

—Ha ido bien, creo yo. He heredado una propiedad en escocia—dijo con una risa breve y sin humor.

Hubo un instante de silencio antes de que Isabella se irguiera bruscamente, con los ojos iluminados de pura fascinación.

—¿De verdad?—exclamó—. ¿Estás hablando en serio?

—Nunca tan en serio.

Heather extendió el documento del notario, que Isabella tomó con manos temblorosas de emoción.

—¡Tía Margaret! ¡Tía, ven!—gritó, y Heather rodó sus ojos mientras Isabella caminaba en círculos y leía el documento.

Margaret ingresó, agitada y nerviosa, aún con la costura en su mano.

—¿Qué ha pasado? Isabella, Heather… No me asusten…

—No, tía, tranquila—Heather fue a ella y la tomó de la mano y trajo al sillón—. Es que Isabella no puede actuar con compostura.

—Pero, vamos a ver…—puso sus brazos en jarra, y luego levantó el documento con una mano y lo señaló con la otra, mirando

a la tía—. Es que ha heredado una propiedad en Escocia, ¿te imaginas? ¡Y lo dice tan campante!

—Oh, eso es maravilloso—Margaret sonrió y abrazó a Heather—. No me atreví a suponer nada. Esto es…—sacudió su cabeza—. Asombroso.

—El tío George, que en paz descanse, me dejó una propiedad cerca de Inverness—Heather se sentó en el borde del sillón, apoyando los codos sobre sus rodillas, y exhaló con cansancio —. Tierras, en realidad. Productivas, pero en declive, al decir del notario.

—¡Oh, pero esto es perfecto!—exclamó Isabella, dando un salto.

—Tan inesperado—murmuró Margaret mientras leía.

Isabella ya estaba rebuscando en la estantería con visible entusiasmo.

—Debe estar en alguno de estos mapas… ¡aquí!

Heather observó, enarcando una ceja cuando su prima extendió un viejo mapa de Escocia sobre la mesa, con las Highlands trazadas en líneas gruesas y marcadas con nombres toscos.

Isabella recorrió con el dedo los contornos de los montes y valles.

—Las Tierras Altas son tierras majestuosas, pero también salvajes. ¡Imagínalo, Heather! Colinas verdes interminables, castillos en lo alto de riscos, riachuelos de agua cristalina—Suspiró, apoyando el mentón en su mano—. Quizá hasta haya fantasmas.

Heather la miró con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Isabella, apenas he vuelto de Londres y ya estás imaginando castillos y apariciones. No tenemos idea real de lo que me ha dejado ese hombre. Podrían ser tierras con rocas.

—Pero tienes que admitir que suena emocionante—Isabella le dedicó una sonrisa radiante antes de fijar la vista en el mapa—. Dijiste que estaba cerca de Inverness, ¿verdad?

Heather asintió con lentitud, observando la marca que su prima había señalado en la zona norte del mapa. Se inclinó sobre la mesa, siguiendo los caminos trazados con el dedo.

—Parece… apartado.

—Sí, un poco—señaló Isabella, sonriendo con deleite—. Y probablemente inhóspito. Pero eso suena romántico, y esperanzador, ¿no crees?

Heather suspiró y se pasó las manos por la falda, como si tratara de alisarse las dudas junto con la tela.

—¿Y cómo voy a manejar una propiedad en un lugar así? Apenas tenemos lo suficiente para mantener esta casa. El ama de llaves ha renunciado, además de la cocinera—resopló con frustración.

El peso de las responsabilidades se sentía, y su lado práctico pesaba más que el optimista. Algo en las palabras del notario le había dejado la sensación de que heredaba más que tierra. O tal vez era su mente, que parecía detectar problemas donde quiera que mirase.

*Eres fatalista, Heather. Anímate. ¡Heredaste una propiedad grande! De seguro podrás venderla y sacar rédito, y con ese dinero sostener tu hogar, aquí. Mejorarlo, arreglarlo.*

Margaret, que había estado escuchando en silencio, dejó la costura en su regazo y entrelazó las manos sobre la tela.

—Tal vez el destino puso su dedo en la balanza para que pese a tu favor, querida. Sería de justicia. Has trabajado sin cesar por dos años—dijo con tono reflexivo—. Podría ser la oportunidad que necesitas, Heather.

Ella se mordió su labio inferior, fijando la vista en el mapa. El papel crujió bajo sus dedos. Era una locura. Una locura absoluta.

****

La voz tranquila de Margaret desde el umbral la sacó de su frenético pensar.

—Heather… Mm, lamento molestarte, pero... Lord Granville envió una nota anunciando que vendrá esta tarde a tomar el té.

Heather cerró los ojos por un instante y respiró profundo, agraviada. Granville otra vez. Ese pomposo ricachón con aires de noble. *Lo es*, se corrigió, *compró su título de baronet, ¿cómo no lo recuerdas*?

No quería hacerlo. ¡Qué incordio era ese hombre! Empecinado en venir aquí, en cortejarla. Como si ella tuviese tiempo

para eso, o ganas.

Sí, era un caballero bien posicionado, y podría ser una solución práctica a sus problemas, si ella solo pensase en lo económico. No pasaría apuros si se casaba con él, pero…

Heather pensaba en las finanzas todo el tiempo, pero para encontrar la manera de hacer que funcionasen a su favor. No era lo que veía cuando conocía o se conectaba con otros. Su cabeza y su corazón no funcionaban así.

Y Granville… Había algo en su actitud que la repelía. Su insistencia la irritaba más que la halagaba.

—No tengo ánimo para sus grandilocuencias—dijo Heather, apretando los labios.

—Quizá sea momento de tomar una decisión, Heather—dijo Margaret, que tenía un manojo de cartas en la mesa. De acreedores molestos, sin duda—. No podremos mantener esta casa mucho más tiempo sin ayuda.

Heather torció su boca, la mirada perdida en el hueco de la estufa.

—Podría trabajar—murmuró, pensativa.

No tenía paciencia para ser institutriz, o talento para ser modista. Lo suyo eran los números, el montar a caballo, negociar por insumos o…

Todas tareas que había aprendido a la fuerza, porque había sido criada entre algodones, hasta que estos desaparecieron.

Su madre la había educado en la idea de que una mujer respetable dependía de su esposo o de la generosidad de sus parientes.

Lamentablemente, su progenitora murió cuando ella tenía quince años, sus parientes eran lejanos y no generosos, su padre fue un administrador desastroso, y un esposo… No estaba en sus planes.

No le temía al trabajo, era organizada y tenía buena cabeza para la administración. Si alguien le daba un puesto, podría conservar su independencia.

Pero ¿quién? Muchos hombres seguían creyendo que una dama no se ensuciaba las manos y debía ocuparse de su hogar, de

sus vestidos, de sus compromisos sociales.

Las preocupaciones económicas eran cosa de caballeros, no de mujeres finas. Era frustrante. Si hubiera nacido hombre, otro sería el cantar.

Pero como mujer, se esperaba se casara con el primer pretendiente conveniente y dejara que su esposo decidiera por ella. ¡Qué absurda prisión era la feminidad!

Sus labios se fruncieron en una mueca amarga. No estaba dispuesta a entregarse a un matrimonio por conveniencia solo para evitar la ruina.

Si tenía que trapear pisos, lo haría, decidió. No se le caerían los anillos por aprender a valerse por sí misma.

*Calma, estás olvidando que eres propietaria en Escocia. No te adelantes a los hechos, no te precipites*.

Resopló y meneó su cabeza. Por lo pronto, tenía que atender a Granville.

****

Por la tarde, Heather se vistió con su mejor vestido en un pálido lavanda y recibió a Granville en el gran salón. Que él le disgustara no significaba que se humillaría presentándose desarreglada.

Aunque quedaban pocos adornos de valor, la sala todavía conservaba un aire de dignidad. Los candelabros relucían con un brillo tenue, y la mesa estaba dispuesta con cuidado y elegancia, a pesar de que no era un buffet.

El sonido de pasos firmes en el vestíbulo anunció su llegada antes de que el criado tuviera tiempo de anunciarlo. Granville entró con la confianza de un hombre acostumbrado a ser recibido con respeto y diligencia.

Su abrigo oscuro, de lana fina, tenía bordados discretos en los puños, un detalle que gritaba exclusividad. Su chaleco de seda azul contrastaba con la blancura inmaculada de su camisa, y sus botas, recién lustradas, reflejaban la luz con un brillo ostentoso.

Era un hombre vano, vestido como un pavo real, pensó Heather con repugnancia, aunque se levantó con gracia y le dedicó una leve inclinación de cabeza.

—Señor Granville.

—Sir Ed—dijo él, con una sonrisa seca.

Odiaba que ella no fuese propia al nombrarlo, y secretamente la regocijaba hacerlo.

—Por supuesto, *Sir* Ed. Bienvenido.

Él hizo una reverencia calculada, apenas lo suficiente para cumplir con la cortesía.

—Heather, siempre es un placer venir—musitó, con tono almibarado.

Su sonrisa era demasiado perfecta, demasiado ensayada. Sus ojos, oscuros y perspicaces, la recorrieron con la precisión de un coleccionista que evalúa una joya. Desagradable. Ella suprimió el deseo de resoplar.

Heather se giró rápido y le indicó un asiento, y se dedicó a verter el té con movimientos precisos en la porcelana fina. Su pulso permanecía firme, pero sentía la familiar incomodidad de estar bajo su escrutinio.

—¿Azúcar? —preguntó con una leve sonrisa.

—Dos terrones.

Granville aceptó la taza, dejando que sus dedos rozaran los de Heather al tomarla. Ella retiró la mano con la misma rapidez con la que la había extendido, como si nada hubiera sucedido.

Él bebió un sorbo, pausado, y luego apoyó la taza con un movimiento medido.

—Y dígame, Heather, ¿cómo va todo? Me sentí abrumado cuando escuché que una parte de su cosecha se arruinó. Es tan injusto. Sé que tenía negociado ese trigo.

Asintió, y su faz se endureció. Cómo hacía él para siempre saber de sus problemas, no entendía. Y que echara sal en la herida, dolía. Era jodidamente difícil producir con pocos recursos.

—No deja de sorprenderme lo mucho que se esfuerza. Alguien tan fina y educada, no debería llenar su día con dilemas.

—Tengo energía y buena cabeza, sir Ed.

—Claro que sí, y por eso me es grato visitarla y disfruto de su compañía. Me complace charlar con usted, y me gustaría que pudiese conocer más del mundo.

—Me gusta Surrey—dijo, bebiendo el té de golpe, y carraspeó.

Él asintió, un poco menos sonriente.

—No sé cómo es que no tiene pretendientes alineados hasta la puerta.

Heather alzó una ceja, llevando la taza a sus labios con deliberada lentitud. Si creía que le pincharía el ego con ese comentario, se equivocaba.

—No todos ven la soltería como un estado de emergencia, milord.

Granville rio, como si su comentario lo divirtiera en lugar de incomodarlo.

—No me malinterprete—dijo, inclinándose hacia ella—. Es solo que una mujer como usted, con su belleza, su ingenio… Parece hecha para el matrimonio.

Heather mantuvo la expresión impasible.

—O para la independencia.

Granville ladeó la cabeza, estudiándola con fingido interés.

—¿Independencia? ¿Y qué es eso para una dama?

Heather se tomó su tiempo antes de responder.

—Que mi destino no dependa de un apellido ajeno.

Granville sonrió de lado, con un deje de condescendencia en su mirada.

—Eso es… Ambicioso. Incluso las mujeres más determinadas encuentran ventajas en una buena alianza.

Heather no respondió, y en su lugar, dejó que el silencio se alargara entre ellos. Granville cruzó una pierna sobre la otra y tamborileó los dedos sobre el brazo del sofá, acostumbrado a dominar cualquier conversación.

Fue él quien rompió el silencio.

—He escuchado rumores sobre su reciente herencia—dijo, con aire casual, aunque sus ojos la observaban con el filo de un halcón.

Heather dejó la taza en el platillo con un sonido seco y medido.

—Los rumores viajan rápido, al parecer.

—Oh, querida señorita Carlisle, en ciertos círculos, la noticia de una joven inglesa heredando tierras en Escocia es… llamativa. Y más cuando la joven en cuestión no tiene un caballero que la proteja de los buitres.

Heather alzó la barbilla, sosteniendo su mirada con firmeza.

—Soy muy capaz de protegerme sola, sir Ed.

Granville sonrió, pero algo en su expresión se tensó. No estaba acostumbrado a mujeres que no le daban la respuesta que esperaba.

—Escocia es un lugar fascinante—continuó, con voz sugerente, cambiando el tema—. Aunque rudo. Si necesita consejo, estaría encantado de ayudarla. Tengo intereses allá. He estado viajando a menudo, por inversiones. Podría acompañarla, si lo desea. Decenas de peligros aguardan en el trayecto, y allá mismo.

Heather pensó con cuidado qué decir. Si la idea de viajar a lo desconocido le generaba temor, la idea de hacerlo en compañía de Granville la hizo sentir un mareo.

—Agradezco su ofrecimiento, sir Ed—dijo con diplomacia, inclinando apenas la cabeza—. Sin embargo, puedo manejarlo sola. Tendré en cuenta su generosa oferta, si la situación me sobrepasa.

Él la observó en silencio un momento. Su sonrisa no desapareció, pero perdió un matiz de calidez.

—Por supuesto. No olvide que siempre estaré cerca si me necesita.

Heather sostuvo su expresión serena mientras él se ponía de pie y hacía otra reverencia, esta vez más corta, más fría.

Solo cuando la puerta se cerró detrás de él, exhaló un suspiro. No había duda: sir Ed Granville no se apartaría de ella con facilidad. El viaje a Escocia sonaba más y más atractivo.

Se dirigió al salón pequeño, donde Isabella estaba en su tarea favorita: leyendo. La tía Margaret solía decir que un día le saldrían letras por las orejas. Pero su curiosidad y sed de aventuras eran ilimitadas.

—¿Cómo estuvo?—preguntó Isabella sin apartar la vista del texto.

—Como de costumbre. Sir Ed es frustrante, cargante e

insípido.

—Dime algo que no sepa—murmuró, dando vuelta a la página.

—Está muy interesado en acompañarme a Escocia.

—¿Qué?—Isabella dejó el libro sobre la mesita, sobresaltada —. Ni que hablar. Lo rechazaste, ¿no es así?

—Por supuesto.

—¿Qué hay de nosotros? ¿Iremos allá?

Su excitación sería contagiosa si Heather no fuese tan realista y práctica.

—No lo sé todavía. Tengo que sopesar nuestra situación. Tal vez pueda vender la propiedad sin verla. Pedir al notario que la tasen. Si venderla solucionase nuestros problemas aquí, sería espléndido.

—No tanto como ver el lugar con nuestros propios ojos— señaló Isabella—. Pero te entiendo.

Heather asintió mientras miraba por la ventana hacia la noche que caía. Tenía decisiones por tomar, y no podía posponerlas más.

# Capítulo 3.

El aire olía a carbón quemado, y un fino hollín se adhería a las superficies cercanas.

El bullicio de la estación de ferrocarril era incesante: pregoneros anunciaban horarios, porteadores corrían de un lado a otro, y el silbato de una locomotora anunciaba la inminente partida de otro tren.

Heather, de pie junto a su tía Margaret e Isabella, observaba cómo sus maletas eran cargadas en el vagón. Cada una de ellas representaba lo poco que les quedaba de su vida en Inglaterra.

Margaret ajustó los guantes con un ademán nervioso y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Es un viaje largo—dijo, con una mirada que oscilaba entre la resignación y la esperanza—. Espero que estas tierras valgan la pena.

Heather desvió la vista de su equipaje y se giró hacia su tía. Notó el leve temblor en sus manos, la tensión en sus labios apretados. Llegar aquí había implicado sacrificar demasiado de su vida, y si fallaban…

No tenían red de contención. Pero no podía dejar que el pesimismo guiase sus próximos pasos.

—No tenemos alternativa, tía Margaret—respondió Heather, con voz firme—. Las joyas, los cuadros, los muebles… lo vendimos todo. Confiemos en que el tío George nos dejó un lugar donde renacer.

—Estoy muy segura de que así fue—dijo Isabella con convicción.

Margaret asintió con lentitud, y Heather supo que su tía estaba recordando cada paso del proceso que las trajo a esta estación.

La decisión no había sido inmediata. Sus consideraciones acerca de vender la propiedad heredada sin viajar a Escocia se esfumaron cuando la realidad la golpeó en el rostro.

Los potenciales compradores no eran sino aprovechadores

especuladores que creían que podían esquilmarla. Un caballero de la City había ofrecido una suma insultante, alegando que las tierras escocesas eran poco rentables.

Otro insinuó que, como mujer, lo mejor que podía hacer era casarse con alguien que supiera manejarlas, y se ofreció para la tarea.

Heather había dejado esas reuniones con los puños apretados y la sangre ardiendo en sus venas. No permitiría que la creyeran una ilusa y desesperada dama que vendería al primer postor.

Fue entonces cuando comenzó a considerar la alternativa más arriesgada: viajar a Escocia y evaluar la propiedad por sí misma. Si resultaba viable, podría convertirla en un ingreso estable.

Pero había un problema. Los acreedores, enterados de que era una flamante heredera, no estaban dispuestos a esperar. La situación se volvió cada día más insostenible.

La casa era demasiado costosa de mantener, y las deudas acumuladas ya no podían ignorarse. No era solo la falta de criados lo que evidenciaba su decadencia, sino los muebles vendidos en silencio, los vestidos que ya no podían reemplazarse, la comida más escasa en la mesa.

Margaret había sido un pilar de apoyo incondicional. Había revisado cuentas con ella, hablado con prestamistas, negociado pagos. Pero no importaba cuánto intentaran estirar los recursos, la realidad seguía siendo la misma: si se quedaban en Inglaterra, estaban condenadas a la ruina total.

Así que tomaron la decisión. Vendieron lo que pudieron. Las joyas fueron lo primero en irse. No las más valiosas, porque Heather todavía conservaba algunas piezas para el futuro, pero sí las suficientes para pagar el viaje.

Los cuadros se subastaron a precios que le revolvieron el estómago, pero no podían permitirse orgullos tontos. El mobiliario se vendió en lotes a una familia de comerciantes adinerados, y los últimos objetos personales—espejos, vajilla, cortinas de encaje—fueron entregados a un prestamista que aceptó saldar una parte de las deudas a cambio de ellos.

La casa fue lo último en venderse, y con ello se saldó cada céntimo adeudado, y le quedó un dinero que las ayudaría por un tiempo. Así es como llegaron a este andén, con un puñado de baúles y su futuro colgando de un hilo.

Heather respiró hondo y volvió a mirar a su tía.

—Escocia es nuestra oportunidad.

Margaret le sostuvo la mirada, su preocupación mezclada con orgullo.

—Entonces, querida, más nos vale asegurarnos de aprovecharla.

Heather asintió. Isabella tomó su mano con una sonrisa animada.

—Yo creo que será una aventura maravillosa. Y si no… siempre podemos casarte con un laird escocés—bromeó con un guiño.

Heather soltó una carcajada.

—Antes preferiría ordeñar vacas con mis propias manos.

Isabella rio con ella, y por primera vez en semanas, Heather se sintió liviana.

Un silbato agudo resonó en la estación. El tren a Escocia estaba a punto de partir. Heather cuadró los hombros, decidida. No había vuelta atrás.

—¡Es tan impresionante! Los trenes siempre me han parecido el símbolo del progreso. Piensa, Heather, ¡viajaremos más rápido que nunca hacia un lugar lleno de misterios!

Heather sonrió ante el entusiasmo de su prima, aunque sus nervios no disminuían. El silbato sonó de nuevo, y un mozo les hizo señas para abordar.

Subieron al vagón asignado, y se ubicaron en un compartimiento cómodo. Las ventanas grandes ofrecían una vista clara del paisaje, y un ligero olor a cuero y madera barnizada llenaba el aire.

El tren partió con un tirón suave, y Londres comenzó a desvanecerse tras las ventanas. Mientras avanzaban hacia el norte, las calles abarrotadas fueron reemplazadas por verdes campos y líneas de setos bien cuidadas.

Un camarero entró en el compartimiento, ofreciendo té y pasteles. Isabella, siempre curiosa, aceptó de inmediato y empezó a hacer preguntas sobre el recorrido.

—Pasaremos por York, luego Newcastle y llegaremos a Edimburgo—explicó el camarero con una sonrisa—. Es un viaje largo, pero con vistas que lo hacen inolvidable.

Heather agradeció el servicio, tomando una taza de té caliente. La calidez del líquido le trajo un breve consuelo, pero su mente seguía trabajando.

En el siguiente compartimiento, un hombre mayor con un bastón y un sombrero desgastado miró hacia ellas al oír las voces. Luego, se levantó y se presentó.

—Disculpen la intromisión, damas. Mi nombre es Samuel Fletcher. Soy comerciante y viajo a las Highlands con regularidad para adquirir lana y whisky. ¿Es su primer viaje a Escocia?

Isabella sonrió y respondió antes de que Heather pudiera hablar.

—Sí, y estamos deseando saber todo lo que pueda contarnos. Dicen que los clanes aún tienen un papel importante en estas tierras, ¿es cierto?

Samuel soltó una leve carcajada.

—¡Ah, los clanes! Alguna vez fueron el alma de las Highlands, pero las cosas han cambiado mucho desde los días de los grandes líderes. Ahora, los terratenientes intentan ser empresarios y adaptarse a los tiempos modernos.

Heather se inclinó hacia él, interesada.

—Dicen que la Reina Victoria adora Escocia. Parece que está detrás del cambio en la opinión pública hacia esas tierras.

Samuel asintió, apoyándose en su bastón.

—Cierto, miladi. Desde que la reina visitó Balmoral por primera vez, ha promovido la región como un lugar de belleza y tradición. Su amor por Escocia ha inspirado a muchos a visitar y hasta invertir en estas tierras. Pero también ha cambiado la forma en que los escoceses se ven a sí mismos. Ese apego romántico a la heráldica, a los tartanes, es más nuevo de lo que muchos creen.

Isabella pareció intrigada, mientras Margaret miraba por la

ventana, pensativa. El paisaje comenzó a cambiar, otra vez.

Las colinas onduladas y la campiña inglesa fueron quedando atrás, reemplazados por tierras más agrestes, con bosques espesos y cielos más amplios y grises.

El traqueteo constante del tren era un recordatorio de la distancia que recorrían, un eco mecánico que marcaba el paso de las horas. La primera jornada transcurrió entre conversaciones bajas, observaciones del paisaje y el ocasional silencio pensativo.

En la primera parada importante los pasajeros descendieron para estirar las piernas mientras el tren se reabastecía de carbón y agua. El aire olía a humo y hierro, pero también traía trazas de vegetación fragante.

Heather bajó con Isabella y Margaret, aprovechando para caminar un poco por la plataforma.

—¿Cómo te sientes?—preguntó Isabella, frotándose las manos para calentarlas.

—Extraña—admitió Heather, observando los alrededores—. Como si dejara todo atrás sin saber realmente qué nos espera.

Margaret, de brazos cruzados, dejó escapar un suspiro.

—Es exacto lo que hacemos. Pero la vista debe permanecer adelante, mi querida.

El silbato del tren las hizo volver. La siguiente parte del trayecto fue más dura. El frío comenzaba a instalarse en los vagones, y aunque viajaban en un compartimento reservado, la dureza del asiento y el sacudir constante hacía difícil el descanso.

Las luces se atenuaron y la noche lo cubrió todo, dejando que solo el sonido del motor y el ocasional murmullo de otros pasajeros llenara el aire. Heather trató de dormir, pero su sueño fue cortado.

Al amanecer, cuando los primeros rayos pálidos del sol atravesaron las ventanillas, la geografía ya se había modificado. Las colinas de las Lowlands se alzaban más altas, cubiertas de un verde oscuro y denso.

El tren se abría paso entre valles profundos, donde se veían ríos serpenteando y grupos de ovejas desperdigadas en praderas extendidas.

Las casas dispersas eran de piedra gris, con tejados inclinados, pensadas para resistir la crudeza del clima. A medida que avanzaban, la sensación de aislamiento se hacía más evidente.

Heather observó todo con un nudo en el estómago. Era hermoso, pero también salvaje y ajeno.

Cuando por fin llegaron a la estación final, en una pequeña localidad cuyo nombre apenas figuraba en los mapas, bajaron del tren con las piernas entumecidas por el viaje.

El aire era mucho más frío que en Inglaterra, fresco y puro, con un fuerte aroma a tierra húmeda y pinos.

Heather inspiró hondo, como si pudiera captar en su aliento la esencia misma del lugar.

—Bienvenidas a Escocia—murmuró Isabella, sonriendo con asombro.

Margaret, con el rostro más serio, miró a su alrededor con evaluación práctica. No era una mujer sentimental, pero incluso ella pareció afectada por el imponente paisaje.

A unos pasos, junto a un carruaje de madera firme y ruedas grandes, un hombre alto y de porte sólido se tocó el sombrero en saludo, y vino a ellas.

—Lady Carlisle, ¿verdad?—dijo con un acento marcado pero claro—. Soy Duncan McDougal, enviado por el notario para escoltarlas a la propiedad.

Heather alzó la barbilla con compostura y le ofreció la mano.

—Gracias, señor McDougal. Apreciamos mucho su ayuda.

Él estrechó su mano con firmeza antes de dirigirse a Margaret e Isabella con igual cortesía. Luego, señaló el carruaje, sencillo pero robusto, preparado para soportar caminos difíciles.

Los dos caballos de pelaje oscuro resoplaban con energía, ansiosos por partir.

—El trayecto no es largo, pero los caminos son escarpados. Si necesitan algo durante el viaje, no duden en decírmelo.

Heather subió al carruaje con la ayuda de Duncan y se acomodó junto a su tía y su prima. El asiento era más mullido de lo que esperaba, pero el movimiento era más intenso que el del tren.

A medida que avanzaban por los caminos de tierra

bordeados de brezo y musgo, el entorno se tornó más majestuoso. Las montañas crecían en el horizonte, con cumbres envueltas en neblina.

El cielo era una mezcla de gris y azul profundo, con nubes bajas que parecían flotar sobre los valles. Isabella se inclinó hacia Heather, señalando un punto en la distancia.

—¡Miren eso! ¿Es un castillo?

Heather alzó la vista y vio la imponente estructura de piedra elevándose sobre una colina, con torres que se alzaban contra el cielo nublado.

Duncan siguió su mirada y asintió con una ligera sonrisa.

—Ese es el castillo de los MacLaren, miladi. Ellos son los principales terratenientes de esta región. Sus tierras rodean las suyas. Tendrán la oportunidad de conocerlos pronto.

Heather mantuvo la vista fija en el reducto de piedra mientras el carruaje avanzaba. Su presencia imponía respeto. No era solo una fortaleza, era un símbolo de poder, de historia, de tradición.

Cuando el carruaje llegó a la propiedad, Heather bajó con el corazón acelerado. La casa principal, de piedra gris, era majestuosa a pesar de los signos de desgaste.

La madera de las puertas y ventanas estaba descolorida, pero se veían sólidas. El jardín era hermoso, lleno de color. Había caballerizas en buen estado, a primera vista.

Todo denotaba cuidado. No estaba en ruinas, como había temido. Su alivio fue grande, y vio lo mismo en Margaret e Isabella.

El viento sopló con fuerza, agitando su falda y haciendo ondear su capa. Este era el lugar donde su nueva vida comenzaría. Inspiró hondo, dejando que el aire escocés llenara sus pulmones.

No había vuelta atrás.

# Capítulo 4

El reducto de los MacLaren se alzaba cerca del Loch Tay y rodeado por las cadenas montañosas de Breadalbane. Sus murallas y torres habían visto pasar generaciones y se levantaban aun orgullosas.

Nubes grises cargadas lo circundaban, y el viento helado chiflaba a través de las ventanas y pasillos del castillo y parecía colarse en cada rincón, resonando como un lamento.

El ambiente parecía acorde al ánimo del laird Callum MacLaren. Desde lo alto de una de las torres, y con la vista clavada en las tierras que se extendían kilómetros más allá del castillo, parecía parte del paisaje mismo.

Una figura inmóvil en medio de la vastedad. Firme y con la solidez de un hombre que conoce cada rincón de su territorio, no desde mapas o escrituras, sino por haberlo recorrido a caballo una y otra vez desde que era un niño.

El plaid de lana gruesa cruzaba su pecho y estaba asegurado en su hombro con un broche de plata desgastado. No vestía así por romanticismo, ni por honrar viejas glorias que ya no significaban nada. Era tradición cómoda, conocida, querida. ¿Por qué cambiarla?

Pasó una mano por su cabello castaño y lo echó hacia atrás sin mucho éxito. Su mandíbula se tensó un poco al posarse sobre las tierras que su abuelo tuvo que vender en tiempos de desesperación.

Tierras que cayeron en manos de los sassenach. O de uno de ellos, que había muerto hacía bien poco. ¿Qué pasaría con ellas? No saberlo le molestaba. Resopló con fastidio.

Se cruzó de brazos, apoyando el peso en una pierna. La cicatriz en su ceja izquierda se acentuó cuando frunció el ceño, un gesto casi automático.

—Siempre cambiante—murmuró, observando las nubes moverse raudas sobre el Loch Tay—. Como nuestras vidas, arrastradas por vientos que no podemos controlar.

Sus palabras no eran lírica emocional. El rumor de posibles expropiaciones como consecuencia de la extensión del ferrocarril, y

los impuestos crecientes, eran inquietudes constantes.

Estas tierras habían soportado generaciones de lucha, pero la amenaza del mal llamado progreso estaba siempre al acecho. Callum detestaba lo que no podía controlar, y la *civilización* que impulsaban, y de la que se jactaban los ingleses, era eso.

Con un suspiro, se apartó de la vista y descendió por la escalera de piedra en espiral, hasta el despacho principal. Las preocupaciones que no lograba silenciar lo siguieron.

Al llegar al corredor, se encontró con Malcolm, su primo, que caminaba hacia él con un libro en la mano. Vestía un traje más apropiado para un despacho en Edimburgo que para el frío y la humedad del castillo.

—¿Disfrutando de mi cálida hospitalidad?—preguntó Callum con una sonrisa irónica.

Malcolm levantó la vista y respondió con una resoplido.

—Si llamas cálido a este lugar, entonces has olvidado el significado de la palabra. Admito que la humedad de estas paredes me hace extrañar Edimburgo.

Callum soltó una carcajada breve y palmeó el hombro de Malcolm.

—La ciudad puede tener su encanto, pero no puede ofrecerte esto—dijo, señalando el paisaje que se veía por una ventana cercana—. Las montañas, el lago, las tierras verdes… Esta es nuestra herencia.

Malcolm asintió, aunque su expresión reflejaba un leve escepticismo.

—Nuestra herencia, sí, pero también nuestra carga. El mundo cambia, Callum. Negarse es absurdo. Es más, el progreso también puede proveernos valiosas posibilidades y herramientas si sabemos usarlas.

Callum no respondió, aunque su ceja se alzó en clara señal de su escepticismo. Juntos se dirigieron a la oficina, donde ya estaban los demás.

Sus hermanos. Hamish, el más joven, estaba sentado en una esquina, afilando un cuchillo con movimientos metódicos. Su semblante tranquilo ocultaba un intelecto agudo y una opinión que

rara vez se contenía.

Ewan, el mediano, estaba de pie junto a la chimenea, calentándose las manos, y se dio la vuelta para observar a Callum. Su característico ceño fruncido estaba en su lugar.

—Parece que el viento hoy quiere derribar el castillo—comentó Hamish sin levantar la vista.

—El castillo resistirá, como lo ha hecho por siglos. Lo mismo haremos los MacLaren—gruñó Callum.

—Mm, eso es lo que deseamos—respondió Ewan, su tono más reflexivo esta vez—. Ahora mismo, estamos en problemas…

—Ajustados, así estamos, pero es normal. Cíclico—señaló Hamish, encogiéndose de hombros—. La historia no deja de repetirse, y las generaciones sobreviven.

—Si se adaptan—indicó Ewan—. En mis viajes, vi lugares que creyeron que podían resistir el cambio. No siempre es malo, ¿saben? A veces el progreso significa encontrar nuevas formas de proteger lo que amamos.

Hamish levantó la cabeza con una sonrisa sardónica.

—¿Progreso? ¿Como el que los ingleses han llevado a la India? Más bien les han llevado cadenas con otro nombre.

—Pero la industria, el transporte, la economía crecen y…

—A nuestra costa. ¿En qué nos favorece eso hasta ahora?—dijo Callum.

Su humor empeoró. Ewan en particular, pero también su primo Malcolm, insistían en su visión. Su manera de hablar a veces lo desafiaba.

No era idiota, sabía que nada permanecía igual a sí mismo, y mutar era elemental, pero no a costa de la identidad.

Su rol como laird era cuidar, proteger, engrandecer, y no podía aceptar cambios que relegaban a su gente a la miseria. Cambios que buscaban quitarle lo que era suyo, para beneficio de algunos extranjeros.

Antes de que la conversación pudiera escalar, una voz firme los interrumpió desde la puerta.

—¿Y si dejan de debatir y escuchan, para variar? Tenemos algo más urgente que atender.

Gwen entró con un porte decidido. Su cabello rojizo estaba recogido en un moño sencillo, y sus ojos brillaban con una mezcla de frustración y determinación. La menor de la familia no era sino vivaz y activa.

—¿Qué ocurre, Gwen?—preguntó Callum, enderezándose.

—Noticias frescas, y de las gordas—sonrió, y les miró, encantada de traer la primicia.

Callum entrecerró sus ojos e hizo un gesto imperioso con su mentón para que continuara.

—Tenemos nuevas vecinas —anunció Gwen, cruzando los brazos con expresión cautelosa—. Al parecer, las tierras de George Carlisle ahora pertenecen a una dama inglesa, que vino acompañada de otras dos. Llegaron ayer, y el pueblo entero no habla de otra cosa.

El ambiente en la habitación cambió de inmediato. Callum dejó el mapa que examinaba y tensó la mandíbula, mientras Hamish soltaba un bufido incrédulo.

—¿Una inglesa?—gruñó el menor de los MacLaren—. Perfecto. Justo lo que nos faltaba.

Ewan, que estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, dejó escapar una risa seca.

—Déjame adivinar. Llegó con baúles de vestidos de seda, exigiendo que el personal le prepare baños calientes y preguntándose por qué Escocia no se parece más a Londres.

Gwen rodó los ojos.

—No sabemos nada de ella. No nos adelantemos.

—Sabemos lo suficiente —intervino Callum, con la voz baja pero firme—. Sabemos que ocupa las tierras que debieron ser nuestras.

El silencio cayó sobre la habitación. Las tierras de Carlisle. Un recordatorio constante de lo que habían perdido.

—Papá nunca debió venderlas.

La voz de Hamish sonó más amarga de lo que pretendía.

—No tuvo opción—Gwen lo miró con seriedad—. La hambruna de 1837 golpeó a todos los clanes. ¿O ya lo olvidaste?

Nadie lo había olvidado. El invierno que casi los arruinó. Los

cultivos fallaron, el ganado murió de hambre y enfermedades, y la deuda con los ingleses creció como una herida que no dejaba de sangrar.

Su padre peleó hasta el último momento, pero al final, vender había sido la única forma de salvar el resto del dominio MacLaren.

Y ahora las tierras estaban en manos de una mujer que probablemente no tenía idea de lo que representaban.

—Son buenas tierras—murmuró Malcolm, pensativo—. Con las nuevas rutas comerciales, se podría producir más cebada y mejorar el ganado. Carlisle nunca sacó provecho real de ellas. Quizá…

Callum lo miró, comprendiendo lo que no decía en voz alta.

—Quizá podamos recuperarlas.

Hamish dejó escapar una carcajada breve.

—¿Y si la inglesa se encapricha con su nueva propiedad y decide que le gustan?

—Todo tiene un precio—Ewan se encogió de hombros—. Las damas inglesas no están hechas para la incomodidad. Seguro que nos buscará en unas semanas, desesperada porque su tejado gotea o porque los caminos embarrados arruinan sus zapatos.

Gwen negó con la cabeza.

—Subestimarlas sería un error. Si esta mujer dejó Londres para venir aquí, puede que no sea tan frágil como piensan.

Callum se inclinó sobre la mesa y tomó el mapa, recorriendo con la mirada los límites de la propiedad.

—No hagamos suposiciones apresuradas. Gwen, averigua qué se dice en el pueblo. Si las damas están en apuros, mejor saberlo antes que nadie.

—Y si no lo están, podemos arreglárnoslas para que lo estén —murmuró Hamish con una sonrisa ladeada.

Callum no respondió. Por ahora, observarían. Esperarían a ver qué hacía la inglesa con las tierras. Si se daba cuenta de que no pertenecía allí, él estaría listo para hacer su jugada. No sabía cuál, o con qué rubros, pero lo haría.

# Capítulo 5

Heather luchaba con el corsé frente al desvencijado espejo de su habitación. La prenda no cedía, y sus manos temblorosas apenas lograban atarlo.

Soltó un suspiro mientras pensaba en lo mucho que extrañaba a la doncella que solía asistirla en estas lides. Los vestidos con miriñaque que había traído estaban demostrando ser una fuente constante de frustración.

Sin criadas capacitadas para ayudarla, vestirse cada día era un desafío monumental, y el corsé siempre parecía ganar la batalla. Tras varios intentos fallidos decidió dejar de lado la idea de usar uno de sus elaborados vestidos y optó por su traje de montar.

Aunque también era complicado, al menos estaba diseñado para que pudiera vestirlo sola. Era un conjunto bonito: una chaqueta entallada de lana negra, una falda larga diseñada para cubrir sus piernas mientras montaba a lo amazona, y unas botas altas de reciente adquisición.

Se colocó su sombrero de ala ancha, decorado con un sencillo adorno de plumas. Al mirarse al espejo, a pesar de las dificultades, sonrió con una pizca de orgullo: al menos su apariencia seguía siendo elegante.

Cuando salió, el aire frío del amanecer la golpeó. Su caballo, un hermoso ejemplar, esperaba inquieto junto al establo. Heather montó con cuidado, e hizo una seña al joven mozo de cuadras.

—No tardaré, quiero conocer un poco las tierras.

Él le respondió en gaélico, mientras miraba su ropa con condescendencia.

—Gracias, supongo—dijo ella, antes de dirigir a su caballo hacia los campos.

Comunicarse con eficiencia con los lugareños estaba probándose complicado, y sospechaba que era un ardid para reírse de ella.

Esta gente había trabajado para su tío, y aunque suponía que aquel debía haber aprendido el lenguaje local, era de suponer

que los escoceses entendían el inglés.

—¡Catetos!—murmuró, y acicateó a su cabalgadura para dejar atrás las construcciones.

Era muy temprano, pero había podido dormir poco. Hacía cinco días que habían llegado y se sentía ansiosa. No podía tomar decisiones sobre lo que desconocía, era menester hacerse una idea completa de lo que se producía, y cómo se comercializaba.

Este era su único plan, no había uno de alternativa. Se lo había jugado todo.

—Al menos es un lugar hermoso.

La rodeaba un mosaico de verdes intensos. Los olores llenaban sus sentidos: el aroma terroso de la hierba recién cortada, mezclado con el hedor acre del ganado.

Heather arrugó la nariz cuando pasó cerca de un grupo de vacas que masticaban con pereza.

—Quizá debí haber traído un pañuelo—murmuró para sí misma, intentando mantener el enfoque mientras observaba el paisaje y dejaba que el caballo trotara.

Estaba acostumbrada a montar, aunque no en una superficie tan quebrada. Recorrió una distancia larga hasta que el andar de su caballo se volvió más lento, y llegó a un pequeño arroyuelo.

El agua cristalina brillaba, impactada por los rayos que caían oblicuos, y Heather se detuvo para admirar el paisaje. Se inclinó hacia adelante, dejando que el sonido del agua fluyendo y el piar de los pájaros la relajara.

Un crujido en los arbustos cercanos rompió la calma, e hizo que su caballo se encabritara. Heather no tuvo tiempo de aferrarse a las riendas antes de que el animal girara con brusquedad.

Con un grito agudo, perdió el equilibrio y cayó al arroyo, aterrizando en el agua helada. El impacto de la temperatura fue mayor que el golpe, y se sacudió en el agua a manotones.

—¡Por todos los cielos!—exclamó, tratando de incorporarse mientras el agua empapaba su falda y el sombrero se llenaba de agua.

Una carcajada profunda y masculina resonó desde los árboles cercanos. Heather giró la cabeza, el enojo encendiéndole las

mejillas. El sonido la irritó mucho más que el agua fría escurriendo por su cuello, escote, y cada parte de ella.

A unos metros, un hombre alto y robusto la miraba desde la altura de su imponente caballo negro. Su presencia dominaba el paisaje con la misma naturalidad que las montañas detrás de él.

Los ojos marrones del desconocido, oscuros, intensos, brillaban con burla. Su cabello castaño, algo largo y despeinado por el viento, enmarcaba un rostro curtido por el sol y la intemperie.

—¿Necesita ayuda, miladi?—preguntó con un tono que rozaba la insolencia.

Heather apretó los dientes, intentando recomponerse. Su orgullo herido ardía tanto como su trasero tras la caída.

Con un movimiento desafiante, tomó su sombrero, lo sacudió apenas y se lo colocó con dignidad, sin importar que el agua escurriera por sus sienes y arruinara su peinado por completo.

—No estoy segura de qué es peor, señor: mi situación o su falta de cortesía al reírse de ella—Le sostuvo la mirada con frialdad antes de añadir con cierta reticencia—. Pero ya que lo menciona… Sí, necesito ayuda.

El hombre desmontó con agilidad y avanzó hacia el arroyo con pasos decididos, la tierra blanda cediendo apenas bajo sus botas.

Heather tuvo su primera impresión real de él cuando se acercó. Era más grande de lo que parecía sobre el caballo, y su complexión atlética se adivinaba bajo la tela gruesa de su camisa oscura y la manta a cuadros que le cruzaba el pecho.

No parecía un terrateniente ni un comerciante. ¿Un trabajador de la zona, tal vez? O un bandido, se le ocurrió entonces, y parpadeó, abriendo la boca para renegar de la ayuda que había demandado.

Tarde, porque él ya estaba a su lado, y sin mediar más palabras, la tomó por la cintura y la levantó como si no pesara nada.

Heather sofocó un jadeo de sorpresa. No esperaba el gesto ni la facilidad con la que la alzó. Cuando sus botas tocaron el suelo, intentó recomponerse, alisándose la falda con movimientos torpes y ajustándose, inútilmente, el sombrero torcido.

—Gracias.

Su voz fue cortante, y evitó la mirada masculina, tiesa pero digna en su mojado traje.

—Soy Callum MacLaren—La voz grave era seria ahora, y Heather levantó la vista, encontrándose con su mirada dura—. Y usted está en mis tierras.

Heather parpadeó, confundida.

—¿Sus tierras?—Por un instante, pensó que se trataba de un error—. Lo siento, debe haber un malentendido—Mantuvo la compostura, enderezándose—. Estas tierras pertenecen a mi familia —Se sacudió un poco el barro de una manga, como si el gesto pudiera reafirmar su autoridad—. Soy Heather Carlisle, y estas propiedades fueron registradas a mi nombre. Oh, por supuesto, usted no tiene por qué saberlo—Intentó esbozar una sonrisa cortés, pero se desdibujó al notar cómo la expresión de él se endurecía, más—. Las heredé de mi tío, el señor George Carlisle. Tal vez lo conoció.

El ceño de Callum se frunció.

—Así que usted es la dama inglesa—Su boca se curvó en una mueca de desagrado—. La sucesora de Carlisle.

Heather entrecerró sus ojos, airada, cuando la oscura mirada la recorrió de pies a cabeza, evaluándola con un desdén que le revolvió el estómago.

—Pues sí.

Se obligó a mantener la barbilla en alto. Callum bufó, apartando la vista como si le disgustara. Luego volvió a mirarla, y cuando habló, su tono era afilado.

—Estas tierras pertenecieron a mi clan y fueron compradas en tiempos oscuros para nosotros—Su voz era baja, pero firme—. El precio que se pagó por ellas fue un insulto. Un robo legal, podríamos decir.

Heather frunció el ceño.

—¡Eso no puede ser cierto!—soltó antes de pensarlo.

Pero la duda la asaltó al instante. ¿Qué sabía en realidad acerca de la forma en que su tío obtuvo las tierras? No conocía al difunto más allá de su nombre en los documentos.

Su instinto, no obstante, le dijo que no debía vacilar ante este hombre, así que enderezó los hombros y elevó la barbilla.

—No tengo idea de lo que me está acusando, pero debe ser un malentendido—Su tono fue gélido—. Y no es mi responsabilidad.

Callum apretó los puños. Sus nudillos se marcaron antes de relajarse.

—No es un malentendido, miladi. Es la historia de Escocia—Su mirada se tornó helada—. Los ingleses vienen con su "progreso" y sus "compras legales" para robar lo que no es suyo. Y ahora está aquí, cabalgando en tierras que pertenecieron a mis antepasados, como si tuviera derecho.

Heather sintió un nudo de frustración en la garganta.

—Yo… no vine aquí para destruir nada—Su voz sonó más baja de lo que quería, pero recobró firmeza—. Solo quiero hacer algo bueno con estas tierras, devolverles su prosperidad.

Callum soltó una risa amarga.

—¿Prosperidad?—arqueó una ceja—. ¿Para quién? Para usted y su familia en Londres, mientras los que vivimos aquí sufrimos las consecuencias de su codicia.

La tensión entre ambos era sofocante. Heather lo miraba con el rostro encendido por la indignación, mientras Callum, ceñudo y desafiante, se mantenía firme.

Finalmente, sin decir más, Callum giró sobre sus talones y montó con un movimiento fluido, y la miró una última vez antes de tomar las riendas.

—La verdad no siempre viene escrita en un papel, miladi. Espero que disfrute su estadía, aunque dudo que sea tan cómoda como en sus salones ingleses.

Con un tirón de las riendas, su caballo se alzó sobre las patas traseras antes de girar y alejarse al galope.

Heather lo observó partir, su corazón latiendo desbocado, ya no solo por la caída, sino por la rabia y la impresión que ese hombre le había dejado.

Asno condescendiente, escocés del demonio, presuponiendo sobre ella y sus intenciones, juzgándola. ¿Creía que la amedrentaba? Que se pusiera en la cola, no era el primero que había querido

abatirla o asustarla para beneficiarse.

—No son sus tierras. Lo fueron—gritó, un poco tarde, pero sacándose con ello la ira del cuerpo—. Ahora son mías. ¡¡Mi comienzo, y no me lo va a quitar!!

# Capítulo 6

Desde su punto de vista oculto entre los árboles, Callum observó a la inglesa con fijeza. Heather. No importaba que tuviese nombre de flor de su tierra. Esta era una típica rosa inglesa, pensó, y resopló.

La miró tambalearse un poco por el peso de su falda empapada, que le dificultaba cada paso. Aun así, ella mantuvo la cabeza erguida y la espalda recta, como si un simple resbalón en el arroyo no pudiera despojarla de su orgullo.

No pudo evitar sonreír al escuchar que gritaba a voz de cuello, y su rostro estaba furibundo, sonrojado. Tenía un aire de refinamiento indiscutible, incluso en ese estado lamentable.

El cabello rubio, antes recogido con precisión—Sí, la había estado observando desde las sombras antes de que cayera—, ahora se escapaba en mechones rebeldes alrededor de su rostro, pegándose a su piel húmeda.

Sus ojos verdes brillaban con furia, y Callum reconoció en ellos lo que no esperaba: determinación. No era la mirada asustada de una aristócrata frágil que se sentía fuera de lugar.

No. Era la de alguien que no estaba dispuesto a ceder sin pelear. Callum cruzó los brazos sobre su pecho, observándola con el ceño fruncido.

El vestido de montar, de tela gruesa y costuras cuidadas, se pegaba a su cuerpo por el agua, revelando la silueta. Sus guantes estaban llenos de barro, pero seguía sosteniendo las riendas con una dignidad obstinada, como si no quisiera admitir lo ridículo de su situación.

*Bonita, pero tan vanidosa como todos los de su clase*, pensó, su boca curvándose en una sonrisa cínica.

Había arrogancia en la forma en que alzó el mentón, en cómo se sacudió el agua del vestido con movimientos rápidos, decididos, como si pudiera borrar el bochorno con un simple gesto.

—Cree que sus vestidos elegantes y sus modales refinados la ayudarán aquí—Murmuró, con la mirada aún fija en ella—. Veremos

cuánto tarda en entender que las Highlands no se rinden ante nadie.

Tiró de las riendas y espoleó su montura, perdiéndose entre los árboles, dejando atrás la imagen de Heather de pie junto al arroyo. Avanzó y recorrió el borde de sus tierras al trote, dejando que la brisa helada despejara su mente.

A medida que descendía hacia los pastos, los ecos de su encuentro con Heather Carlisle lo seguían como una sombra. Había sido muy duro, quizás demasiado.

Pero estaba presionado, y la preocupación por el presente y los días por venir le hacía sentir rencor por el pasado. Los MacLaren habían perdido mucho desde que las tierras vecinas fueron vendidas.

Recordaba los días de su infancia, cuando esas mismas colinas estaban llenas de pastos altos y ganado en abundancia. En ese entonces, el nombre MacLaren era sinónimo de respeto y fortaleza.

Las familias vecinas acudían al castillo con deferencia, no con contratos en mano que exigían pagos imposibles. Recordó las tardes cabalgando junto a su padre, un hombre imponente cuya voz retumbaba con firmeza al instruirlo en el arte de liderar.

*Nunca olvides, Callum*, había dicho una vez mientras recorrían los pastos, *estas tierras no son solo tierra y piedra. Son la sangre de los MacLaren. Defenderlas es defender nuestra memoria*.

Se vio también de niño, junto a sus hermanos y primos, deslizándose por las colinas en invierno, arrojándose bolas de nieve y zambulléndose en el Loch incluso en los días más fríos.

Las risas de su hermana Gwen y los gritos de desafío de Ewan resonaban en su memoria, mezclados con la imagen de su tío Trevor liderando los bailes tradicionales durante los festivales de verano.

La gaita, el violín, los tambores... todo hablaba de una comunidad fuerte, unida, que celebraba su herencia con orgullo. Sin embargo, esa vida se había ido desmoronado, aplastada por las demandas económicas y el avance implacable del mundo moderno.

Callum apretó las riendas con fuerza al pensar en cómo las deudas habían forzado la venta de las tierras vecinas. No hubo otra opción entonces, pero el precio había sido más alto de lo que

cualquiera de ellos había imaginado.

Detuvo su caballo al llegar hasta el grupo de pastores que cuidaban un rebaño de ovejas. Uno de ellos, Angus, un hombre mayor con el rostro curtido por el viento y el sol, levantó la mano a modo de saludo.

—Laird MacLaren—dijo inclinando la cabeza con deferencia —. Las majadas están listas para el mercado.

—Eso es bueno, Angus.

—Milord, he oído rumores… Dicen que el nuevo ferrocarril podría atravesar estas tierras.

Callum frunció el ceño, su mandíbula se tensó mientras procesaba las palabras.

—Lo sé, Angus. Pero no voy a permitir que se lleven ni una pulgada más de lo nuestro.

El pastor asintió, aunque su expresión reflejaba tanto respeto como preocupación.

—Habrá que estar atentos, Laird. Los capitalistas siempre encuentran la forma de tomar lo que quieren.

Callum soltó un resoplido de acuerdo y continuó su camino hasta una granja cercana, donde lo esperaba un arrendatario joven. El hombre, con las manos agrietadas por el trabajo, lo saludó con una mezcla de reverencia y nerviosismo.

—Señor, las tierras han estado dando menos este año. Si la renta sube… no sé si podré seguir.

Callum lo miró con fijeza, reconociendo el peso de sus palabras.

—Haremos lo que podamos para aliviar la carga. Pero necesito que resistas. Estas tierras son nuestra herencia, y son buenas. Trabaja, y cuando puedas, pagas.

Mientras cabalgaba de regreso hacia el castillo, sus pensamientos volvieron a Heather Carlisle. *Quizá podría ofrecerle comprar las tierras*, pensó fugazmente, pero el pensamiento se desmoronó de inmediato.

¿Con qué dinero? Endeudarse no era una opción. Malcolm le había hablado de posibles acuerdos, mencionando incluso a un duque de Elywood, un hombre con raíces escocesas por su madre.

Su reputación era honorable.

Callum no confiaba con facilidad, en especial en ingleses. Mientras pudiera mantener la cabeza en alto, prefería pelear solo, resistir. Sin embargo, le inquietaba que el tiempo y el poder se impusieran al orgullo.

Las alianzas debían hacerse para pelear en igualdad de condiciones. Tenía que estudiar y pensar.

****

Finos rayos de luz anunciaban la aurora. El aire frío cortaba y no quedaba nada de la calidez que la estufa encendida parte de la noche había logrado.

Heather se arrebujó en las mantas, disfrutando por un instante más la relativa tibieza de su lecho, pero se obligó a levantarse. Había mucho por hacer.

Un escalofrío la recorrió toda cuando posó sus pies en la piedra fría, y se envolvió en una ruana antes de acercarse a la jofaina. El agua helada le mordió la piel, haciéndola inspirar brusco.

Si esto fuese Surrey, tendría agua tibia y perfumada a su disposición, pensó, con una punzada de nostalgia. Aquí, debía conformarse con tener agua en la habitación.

El servicio era escaso y distante. La servidumbre apenas hablaba en inglés y, cuando lo hacían, era con monosílabos secos. Hablaban gaélico entre ellos, y Heather entendía que el propósito era excluirlas.

Apretó los labios, ahogando su frustración. No iba a sentirse vencida tan pronto.

Se vistió con un atuendo más práctico, dejando de lado el miriñaque y las faldas voluminosas. Optó por un vestido más sencillo y una capa gruesa, cálida como para resistir la jornada.

Bajó las escaleras y encontró a su tía Margaret en la sala de desayuno, sentada junto a una mesa donde había pan, queso y un té aguado que le revolvió el estómago.

—Por Dios, esto parece agua sucia—rezongó, bajito—. Mataría por unas pastas.

Margaret dejó la rebanada de pan que mordisqueaba como si fuese un manjar y sonrió con ironía.

—Agradece que la cocinera se dignó a hacer esto. Es terca como una mula, e intencionalmente obtusa.

—¿Oh?

—Insiste en que no sabe preparar platos ingleses—La sonrisa de su tía se amplió—. Lo dudo, porque es más que competente, la he observado. Nos prueba, creo yo. Que no nos gane, querida.

Heather suspiró, y vertió el té en su taza, que bebió con disgusto. Cortó rebanadas de pan y queso y masticó para llenar el estómago. El día sería ajetreado, necesitaba energía.

—Buenos días—dijo Isabella, que apareció entonces, adormilada, y se sentó junto a la ventana, bostezando.

—Hola, querida. ¿Dormiste bien? No te habrás desvelado leyendo, espero.

Negó, mientras llenaba su taza y mordisqueaba un pedazo de pan.

—No, para nada—Miró afuera—. ¡Qué bonita vista! Ese amanecer sobre las colinas... ¡Es como observar una pintura!

Heather apoyó una mano en el marco de la ventana, dejando que su mirada se perdiera en el paisaje. El sol comenzaba a asomar entre la bruma, que flotaba como un velo sobre las praderas y montañas.

Era hermoso, salvaje... e inmenso. Como su nueva vida, suponía.

—Voy a salir a explorar un poco.

Margaret alzó una ceja con suspicacia.

—¿Sola? ¿No dijiste que ayer no te fue bien?

Heather se tensó al recordar el encuentro con Callum MacLaren. Su risa burlona, su mirada de desdén, sus palabras acusatorias. Hizo un mohín de disgusto.

—Fue solo un malentendido. No voy a dejar que me impida hacer lo que quiero, o debo.

Margaret no pareció convencida.

—¡Iré contigo!—dijo Isabella—. Quiero verlo todo y conocer a nuestros vecinos. Es fundamental que comencemos a establecer vínculos, y conociéndote, vas a mirar más las pasturas y al ganado

que a la gente.

Heather sonrió ante su entusiasmo.

—No es así, no soy una negada. Pero me encanta la idea de que me acompañes. No perdamos tiempo. ¡Penny!—elevó la voz para atraer a la criada que debería estar aquí, atendiéndolas. Esperó a que apareciese, pero pasó un minuto y nada—. ¡Penny!

—Sabe Dios dónde anda—intervino su tía, haciendo un mohín—. De habitual no está donde se la necesita.

Heather suspiró con impaciencia y se levantó de la mesa, alzando un poco más la voz.

—¡Penny!

Silencio. Isabella reprimió una risa y, antes de que Heather pudiera insistir, se oyó un golpe seco en la puerta de la cocina, seguido por un bufido exasperado.

La criada apareció en el umbral con las manos en la cintura y una ceja arqueada, dejando claro que no le hacía gracia responder a los llamados. Era una mujer robusta, de mirada astuta y con un rictus de perpetua irritación.

Llevaba el cabello recogido en un moño apresurado, y su delantal estaba cubierto de harina y polvo de ceniza.

—¿Qué?—dijo sin preámbulos, sacudiéndose las manos en el delantal y provocando que una nube blanca de harina la rodeara.

Heather endureció la mirada, negándose a entrar en su juego.

—Necesitamos que avises al encargado de los caballos para que prepare dos monturas.

Penny chascó la lengua y cruzó los brazos, sin moverse un centímetro.

—¿Y por qué no lo hacen ustedes? Estoy ocupada con las estufas.

Isabella abrió los ojos, sorprendida por el descaro, y Margaret bebió un sorbo de su té con la tranquilidad de quien ya está acostumbrada a estas respuestas.

—Porque es tu trabajo, Penny—replicó Heather con paciencia forzada.

La criada resopló y murmuró algo entre dientes en gaélico

mientras recogía su falda para girar sobre sus talones y marcharse.

Heather frunció el ceño.

—¿Qué ha dicho?

Isabella sonrió con picardía.

—No lo sé, pero no sonó como un cumplido.

Desde el pasillo, la voz de Penny aún se escuchó con claridad.

—Sonaich! Dàmaichean àrdanach!

Heather miró a Isabella, quien contuvo una carcajada.

—¿Y ahora?

—Dijo *caprichosas* y algo sobre *damas altaneras*.

Margaret suspiró, resignada.

—Mejor no preguntes más, querida. Mientras haga lo que se le pide…

Heather sacudió la cabeza y se giró hacia Isabella.

—¿Quieres apostar a que tarda el doble de lo necesario solo para fastidiarnos?

—Eso no es una apuesta justa. Es un hecho—replicó su prima, mordiéndose los labios para no reírse.

Heather se cruzó de brazos, escuchando el portazo lejano que indicaba que Penny había salido rumbo a los establos.

—Si algún día conseguimos más criados, lo primero que haré es despedirla.

Margaret se encogió de hombros.

—Si seguimos como hasta ahora, dudo que eso sea pronto.

Heather suspiró. Penny era la única ayuda en la casa, además de la cocinera, y se encargaba de la limpieza, los recados y las compras, aunque lo hacía todo a regañadientes.

Harriet, la cocinera, que tampoco era mucho más amable, se limitaba a trabajar en la cocina y gruñir cada vez que le pedían algo diferente a lo que ya tenía en su menú mental.

*Paciencia, Heather. Este es tu nuevo hogar, y tienes que acostumbrarte a lidiar con la poca ayuda que tienes. Para esta gente también ha habido un cambio grande.*

Se alistaron para la cabalgata y en media hora estaban en la caballeriza. El olor a heno, cuero y establo era fuerte, pero no

desagradable. Dos caballos esperaban.

—Quiero ensillar el mío—anunció Isabella con entusiasmo.

Heather giró la cabeza incrédula.

—¿Tú?

—¿Por qué no? No puede ser tan difícil—respondió Isabella, remangándose con determinación.

El encargado de la caballeriza, Rory, un hombre mayor de rostro curtido, resopló con fastidio. Le lanzó a Heather una mirada de resignación antes de girarse hacia Isabella.

—Como guste, miladi.

Heather escuchó que murmuraba entre dientes mientras le alcanzaba el equipo de montar. Todos aquí parecían hablar por lo bajo, como niños malhumorados. Era agobiante.

Ni ella, Isabella o su tía eran mujeres difíciles, pagadas de sí misma, o crueles. Ni siquiera demandantes al extremo, pensó, frustrada. ¿Era mucho pedir té caliente, mínima variación de comidas, o que les ensillaran un caballo? Era como si las odiaran porque sí.

—¿Qué ha dicho?—preguntó, solo para marcarle que le escuchaba y no era tonta.

El hombre parpadeó con fingida inocencia, pero Heather notó el brillo divertido en sus ojos.

—Nada importante, miladi.

—Apuesto a que se burlaba de nosotros, Heather. Penny, Harriet y Rory gustan de hacer eso.

Isabella guiñó un ojo y sonrió con picardía mientras intentaba levantar la pesada silla de montar. Heather observó que Rory sonreía. Nada afectaba el ánimo y el humor de su prima estos días, y permeaba hasta las rocas. Cruzó los brazos y la observó ensillar.

—¿Sigues pensando que es fácil?

Isabella frunció el ceño, sopló un mechón de cabello de su rostro y, con un último esfuerzo, logró acomodar la silla sobre el lomo del animal, y ajustó algunas correas.

Rory bufó, chasqueando la lengua, y vino a su prima para corregirla, ajustando la montura con movimientos precisos y rápidos,

lanzando otro comentario en gaélico.

Isabella lo miró con ojos entrecerrados.

—Ahora sí quiero saber qué ha dicho.

—Que las damas inglesas tienen más orgullo que sentido— tradujo Rory con una leve sonrisa.

—No es bueno subestimarnos, Rory—dijo Isabella, y sonrió con menos dulzura—. Se puede ser una dama, e inteligente. Harían bien en considerarlo, y dejar de mirarnos por encima de su nariz, todos ustedes.

El hombrón parpadeó y se puso más serio, y Heather se deleitó con la idea de que lo había afectado. Así era Isabella, dulce y amable, pero directa cuando la mosqueaban.

Heather sacudió la cabeza, y tomó las riendas de su cabalgadura.

—Vamos, Isabella, antes de que nos ganemos otro insulto. Apenas amaneció y ya van por lo menos tres.

El hombre carraspeó y se hizo atrás, su boina en la mano.

# Capítulo 7

Poco después cabalgaban por los senderos serpenteantes de la propiedad. Heather sujetaba las riendas con firmeza, sintiendo cómo su caballo se movía con paso seguro sobre el terreno irregular.

—No se parece en nada a los tranquilos paseos en Hyde Park o en Surrey. Pero es encantador—suspiró Isabella.

—No te distraigas. Cualquier desnivel o roca suelta puede ser mortal.

No exageraba, porque ahora se deslizaban por la cima de un acantilado, y la vista era magnífica. El viento les azotaba el rostro, desprendiendo mechones de sus cabellos recogido, pero era limpio y fresco. La fragancia de flores era sutil y dulce.

—¡Esto es maravilloso, Heather!—exclamó Isabella, sus ojos brillantes—. Mis sentidos están alborotados, y agradecidos. Huele y se ve bonito. Sabía que sería así.

—Lo describes a la perfección. La verdad es que es un lugar hermoso. Rústico, como sus habitantes, pero con potencial.

—Tengo muchas expectativas. Oh, mira allá, es un poblado.

Heather siguió la dirección de su mirada. Había un conjunto de unas diez casas de piedra con techos de paja, de donde se elevaban finas columnas de humo.

Isabella giró la cabeza con picardía.

—¿Crees que allí vive el laird MacLaren?

Heather hizo un gesto de fastidio.

—Ya vimos el castillo, ¿recuerdas? Un hombre con tanta arrogancia no puede vivir sino en una fortaleza de piedra y orgullo.

Isabella sonrió más, divertida con su reacción.

—¿Y era apuesto?

Heather se tensó. Lo era, sí, pero ¿qué era la belleza física cuando no se acompañaba de gentileza? Nada.

—Es irrelevante.

Isabella soltó una carcajada.

—Eso es un sí.

Heather se obligó a mirar hacia otro lado, ocultando el rubor

en sus mejillas. No iba a concederle el placer de seguir con la conversación.

Tenían cosas más importantes de las que preocuparse. Sin embargo, la imagen de Callum MacLaren se le apareció, porfiada y fugaz. Alto, imponente, con una mirada que parecía taladrar hasta el alma.

Heather apretó las riendas con fuerza. *Irrelevante*, se dijo, y apartó el pensamiento con saña.

Cuando llegaron a la población, las miradas se clavaron en ellas con sorpresa y curiosidad, pero sobre todo con recelo. Se percibía en sus expresiones, algunas desdeñosas.

¡Qué frustrante! Eran forasteras, y se los hacían notar doquiera que estuviesen. Pero no les mostraría que la afectaba. Heather tiró de las riendas y saludó a un hombre mayor que partía leña.

—Buenos días, señor.

El hombre se tomó su tiempo antes de responder.

—Mornin', milady.

Heather intentó sonreír.

—Soy Heather Carlisle. He heredado la propiedad vecina. Estamos explorando, y presentándonos.

El anciano intercambió una mirada con otro aldeano antes de responder con sequedad.

—Aye… sabemos quién es usted.

—¡Buenos días!—intervino su prima, con su mejor sonrisa—. Mi nombre es Isabella. Estamos encantadas de conocerles. Este lugar es hermoso.

—Aye, lo es.

—Deben amarlo. Yo ya lo hago—continuó Isabella.

Un hombre más joven se cruzó de brazos.

—Lo amamos porque es nuestro.

Su tono era seco, cortante. Heather abrió la boca para replicar, pero un sonido de cascos la interrumpió.

El estómago se le encogió cuando reconoció la imponente figura de Callum MacLaren acercándose al galope. ¡Otra vez ese odioso laird! ¿Es que no podría cabalgar sin que él apareciese del

paisaje?

Él detuvo su caballo a pocos metros, sus ojos oscuros recorriéndola con frialdad.

—Nos volvemos a encontrar, miladi—Su voz grave comandaba, y ella miró alrededor antes de volver a fijar sus ojos en él. Los aldeanos miraban al laird con respeto rayana en admiración —. Y ahora sí está en mis tierras.

Parpadeó, incómoda. No se había dado cuenta de que habían traspasado límites. Y joder, no eran bienvenidas. Mas no lo eran en la propiedad que le pertenecía por ley, ¿por qué lo serían aquí?

—Lo lamentamos, milord. No fue nuestra intención invadir su propiedad. Aunque no es como si comandemos una legión de invasión—dijo Isabella, con una sonrisa armada que no llegó a sus ojos.

Estaba molesta. Bien, pensó Heather. Ahora entendía en persona lo que Heather había vivido en el arroyo. Él era rudo y desagradable.

—No sería la primera vez que ingleses invaden, y no podemos dejarnos engañar por caras bonitas.

Heather se ruborizó. De furia, por supuesto. Que este grandísimo maleducado pensara que eran bonitas… *Irrelevante*. ¡Qué odioso era!. Antes de que Heather pudiera responder, otro jinete se acercó.

—Buenos días, señoritas. Ewan MacLaren, para servirle—El recién llegado avanzó para colocarse al lado del laird. Había similitudes entre ellos, observó. Hermano o primo, probablemente. Y las evaluaba con curiosidad—. No solemos recibir visitas inglesas por aquí.

Heather enderezó la espalda, ignorando el escalofrío que la mirada de Callum MacLaren, fija en ella, le provocaba. La forma en que la observaba, la dureza de su expresión, hacía que la piel de su nuca se erizara.

A su alrededor, los murmullos de los aldeanos se convirtieron en un silencio expectante. Unas risitas apagadas surgieron de un grupo de hombres más jóvenes, mientras algunas mujeres

intercambiaban miradas furtivas.

Callum resopló y echó la cabeza hacia atrás apenas un poco, como si evaluara la situación con una mezcla de exasperación y desdén.

—Dígame, miladi, si no sabe dónde pisan sus caballos ni hasta dónde llegan sus tierras… ¿cómo piensa administrarlas?

Su voz no se elevó, pero sonó afilada como una hoja bien templada. Heather sintió una oleada de indignación, pero también de malestar. Todos en este lugar que había elegido para recomenzar la desdeñaban y esperaban que fallara.

Alguien soltó una carcajada disimulada. El llamado Ewan, con los brazos cruzados sobre su pecho y una expresión de burlona indiferencia, sonrió de lado.

—Los salones de Londres no enseñan nada sobre la vida real.

Heather sintió a Isabella ponerse rígida a su lado. Su prima se humedeció los labios, sus ojos oscurecidos por la incomodidad.

—Caray, nosotros pretendiendo ser amables y respetuosas. ¡Qué poco hospitalarios!—dijo Isabella con un tono seco, pero sin la chispa alegre que era su sello.

Callum ni siquiera le dirigió una mirada. Sus ojos estaban clavados en Heather, expectante, como si esperara que huyera. Ella tragó saliva. Su pulso martilleaba en sus sienes.

—Heather…—Isabella susurró a su lado—. Debemos irnos. No somos bien recibidas, y no me siento segura.

Heather asintió. El recelo, y la tensión flotaban en el aire como una tormenta contenida.

—No somos matones, si es lo que teme—intervino Ewan, con una sonrisa ladina—. Pero sí sabemos reconocer cuando alguien está fuera de lugar.

Heather sintió la ira hacer un nudo en su estómago. No se dejaría intimidar. No permitiría que la miraran como si fuera una extranjera incapaz, como si no tuviera derecho a estar allí.

Se enderezó aún más sobre su montura, levantando el mentón.

—Vinimos para quedarnos. Guste o no.

El silencio fue absoluto.

Los ojos de Callum parecieron brillar más, aunque su rostro se mantuvo inexpresivo. Su hermano silbó y chasqueó la lengua. Heather no se movió. No iba a darles la satisfacción de verla temblar. Mantuvo la mirada fija en Callum.

—No tenemos a dónde volver, milord. Estamos en estas tierras para quedarnos. Harían bien en deponer su actitud hostil.

Su voz sonó firme, pero su estómago se encogió al darse cuenta de lo que acababa de revelar. No quería que ese hombre supiera cuán precaria era su situación.

Callum ladeó la cabeza, evaluándola en silencio, como si acabara de descubrir algo interesante. Y Heather maldijo su bocota, que había dejado entrever su vulnerabilidad.

Sujetando las riendas con firmeza, azuzó el caballo y dio la vuelta, y esperó a que Isabella se pusiera a su lado. No miró atrás, y se mantuvo erguida mientras se alejaban.

Se concentró en lo que sus sentidos le informaban para calmarse. En el sonido rítmico de los cascos, en el olor a hierba y turba, en la sensación del cuero de sus guantes de montar, y en la vista del brezo y los matorrales que aún conservaban gotas del rocío matinal.

—Qué panda de arrogantes—dijo Isabella luego de unos minutos, con un resoplido que drenó su indignación.

Heather giró la cabeza hacia ella, y asintió. Isabella tenía el ceño fruncido y gesticulaba con evidente frustración.

—Ese Ewan en particular me pareció insoportable—continuó, echando la cabeza atrás con exasperación—. Con esa sonrisa condescendiente, como si nosotras no entendiéramos nada del mundo. ¡Y ese laird! ¡Qué rudeza!

Heather inspiró hondo, dejando que el aire fresco despejara el nudo de rabia que aún tenía en el pecho.

—Callum MacLaren actúa como si yo hubiera invadido su reino y mereciera un castigo ejemplar por ello.

—Así lo ven ellos—razonó Isabella, su tono menos molesto —. Son siglos de conflictos los que cimentan su desconfianza para con nosotros.

Heather bufó.

—Eso no les da derecho a mirarme como si fuera su enemiga.

—Claro que no. Pero piénsalo así: esta tierra solía ser suya— Isabella pasó una mano por la crin de su caballo, pensativa—. Para ellos, eres una sasssenach sin seso jugando a ser propietaria.

Heather tensó la mandíbula. Lo entendía. De alguna manera, lo entendía. Pero eso no significaba que tuviera que aceptarlo.

Se acercaron a la casa, de la que ya podían ver las chimeneas humeantes y el gris opaco de la piedra recortándose contra el cielo encapotado.

Isabella suspiró y se encogió de hombros.

—No nos la pondrán fácil, Heather. Pero si alguien puede manejar esto, eres tú.

Heather giró la cabeza hacia ella, su ánimo en decadencia, necesitada de empuje.

—¿Eso crees?

Isabella sonrió con convicción.

—Eres eficiente, práctica y tienes más sentido común que cualquiera que haya conocido.

Heather no respondió. Las palabras de su prima dejaron una sensación cálida en su pecho, aunque no estaba segura de merecerlas. Todavía. Tenía mucho por demostrar.

Verían que estaban equivocados con ella. Demostraría que no temía al trabajo y era buena administrando. En el proceso, crearía el hogar que ella y su familia necesitaban. No fallaría, se prometió.

Con ese pensamiento hecho convicción, espoleó su caballo. Les demostraría, ya verían. Ese jodido laird se tragaría sus palabras.

# Capítulo 8

La mañana comenzó igual que las anteriores: frío húmedo permeando el aire de la habitación, la pereza queriendo atraparla en el lecho, pero Heather apartó las mantas con resolución.

Tenía un plan y pretendía ceñirse a él. Se colocó la ropa interior con movimientos mecánicos, acostumbrada a la rutina, hasta que llegó al corsé. Lo sostuvo en sus manos un momento, mordiéndose el labio. ¿Era necesario?

Implicaba una batalla adicional en una vida que ya era lo bastante complicada. Suspiró y lo colocó más flojo de lo habitual sobre su camisa. No se atrevía a deshacerse de él, pero tampoco podía negar lo poco práctico que resultaba.

Una falda gruesa y una chaqueta entallada de lana completaron su atuendo, cada día más sencillo que el anterior. Si iba a cabalgar y recorrer su propiedad, necesitaba movilidad, no capas innecesarias de muselinas y encajes.

Antes de bajar dedicó unos minutos a acomodar su habitación. Penny tenía mucho trabajo, y no estaba bien añadirle más tareas.

La criada solía mostrar su disgusto con gestos huraños y palabras en gaélico, era irrespetuosa, pero hacía suficiente. Y Heather no creía que podrían conseguir más ayuda si se marchaba. A diario comprobaban, por donde se movieran, lo poco apreciadas que eran.

Margaret e Isabella ya estaban en la sala. La comida seguía siendo simple, pero su sabor mejoraba. No sabía si sus estándares habían bajado y la realidad le atizaba en la cara, o Harriet ponía más de sí, pero no perdería tiempo en considerarlo

—Buenos días—saludó, sirviéndose una taza de té caliente y dulce, que saboreó.

—¿Cómo dormiste?—preguntó Isabella, dejando a un lado el libro que había estado hojeando.

—Bien, aunque hace frío incluso dentro de la casa.

Margaret, que untaba un trozo de pan con una jalea espesa

que se veía tentadora, alzó una ceja.

—Las casas de piedra conservan el calor si las chimeneas se mantienen encendidas. Aunque supongo que ya lo sabrás.

Heather sonrió con ironía.

—Sí, lo tengo bastante claro. Es que olvidé llevar leños extras a mi habitación.

—Me encargaré de eso por ti, mi querida. Deja la casa en mis manos. Tú tienes mucho en las tuyas.

—Gracias, tía. De hecho, pretendo hincar el diente en las finanzas hoy mismo. Veré si Rory puede darme los datos que necesito.

—Puedo encargarme de revisar los escritos de tu tío. Estuve revisando la biblioteca, y al parecer le gustaba escribir memorias— dijo Isabella, y Heather parpadeó.

—¡Oh, no tenía idea!—Eso era una buena noticia, ¡por fin!—. Sí, por favor, hazlo. Eso podría darnos ideas y ayudarme con la propiedad.

—Lo haré. De seguro habrá algo útil.

Terminó su desayuno con rapidez. Había tomado una decisión la noche anterior: para administrar estas tierras, debía hablar con la gente que las conocía de verdad.

Se dirigió a los establos en busca de Rory, a quien encontró revisando las riendas de uno de los corceles, con su ceño fruncido como si juzgara la calidad del cuero. Al notar su presencia, apenas levantó la vista.

—¿Necesita algo?

Heather se acercó con determinación.

—Quiero conocer el funcionamiento de la propiedad. Necesito entender el negocio de la lana, cómo se maneja la producción y qué se espera para este año.

Rory entrecerró los ojos, sorprendido.

—¿Quiere que le hable de ovejas?

—Si ese es el negocio que sostenía a mi tío, entonces sí.

El hombre dejó escapar un resoplido y terminó de ajustar la correa antes de mirarla con detenimiento.

—Está bien. Le mostraré lo que hay que saber.

Heather no respondió, solo asintió con la cabeza. Ese día fue de aprendizaje duro. Rory la llevó hasta los pastos donde las majadas se esparcían como un manto de lana sobre la colina.

—Hay unas trescientas cabezas en la propiedad—dijo Rory, señalando el rebaño—. Dos pastores las cuidan y se aseguran de que no haya pérdidas por depredadores o clima extremo. Finn es mi sobrino, allá está, ¿lo ve? Es un buen muchacho, celoso del ganado.

Heather asintió y escuchó con atención la descripción que Rory hacía, y memorizó cada detalle de las parcelas, las tareas necesarias con las ovejas, lo que no funcionaba bien, como la falta de perros pastores.

—¿Cómo es el negocio con la lana?

—Se trasquila una vez al año, en primavera. Luego se vende a comerciantes que vienen de Inverness y, a veces, de Edimburgo. Su tío tenía compradores fijos. No era un negocio floreciente, pero funcionaba.

Heather frunció los labios en un gesto pensativo.

—¿Y el precio?

Rory torció el gesto.

—No es lo que solía ser. Hace unos años, la lana valía más. Hoy día, la demanda está hacia el algodón, para fabricar telas baratas. El mercado está en declive.

Heather se cruzó de brazos, procesando la información.

—¿Cree que podríamos encontrar compradores que paguen mejor?

El hombre sacudió la cabeza.

—Si los encuentra, miladi, será la primera Carlisle en lograrlo.

Heather sonrió con determinación.

—Siempre hay una primera vez.

****

A la vuelta fue a la cocina, que era el sitio donde la servidumbre de la casa y el campo se reunía. Harriet estaba amasando pan mientras Penny se ocupaba de limpiar los cacharros.

Rory y su sobrino Finn, tomaban té. Heather se sirvió una taza y se sentó a su lado, sin decir palabra. Notó las miradas entre

ellos, pero las ignoró.

—Me gustaría aprender a hacer ese pan que le queda tan bien, Harriet. ¿Puedo ayudar?

Harriet la miró con incredulidad, pero no la detuvo.

—Si no le importa ensuciarse las manos, adelante.

Heather sonrió, remangándose las mangas, y fue a ella, tomando un poco de la masa y comenzando a imitar los movimientos de la cocinera.

—Harriet, usted ha vivido aquí toda su vida, ¿verdad?

La mujer asintió, sin dejar de amasar.

—Desde que tengo memoria. Mi madre trabajaba aquí cuando esto aún pertenecía a los MacLaren.

Heather detuvo el movimiento de sus manos.

—¿Cómo era?

Harriet hizo un ruido que no fue exactamente un suspiro, pero las memorias llenaron sus ojos de nostalgia.

—El padre del actual laird era un hombre justo, comprensivo. Amable, aunque severo. Debió afrontar tiempos difíciles.

—Mm. El actual laird…—amasó y fingió desinterés—. ¿No es como su padre?

—Es un hombre recto y se preocupa por los suyos, eso lo sé. Su familia es su prioridad, y hay muchas preocupaciones… El mundo está cambiando rápido, y eso…—Meneó su cabeza, haciendo un bollo con la masa—. No va bien con nuestras tradiciones.

Heather asintió, y copió el movimiento de la cocinera, formando el bollo y colocándolo en la bandeja que iría al horno.

—Me imagino que cuando mi tío compró la propiedad debió ser muy difícil. ¿Por qué se quedó?

Harriet se encogió los hombros.

—Por costumbre. Y porque un hogar es un hogar, incluso cuando cambia de dueños.

Heather entrelazó los dedos sobre la mesa, meditando.

—Esa es una buena manera de verlo. Yo dejé el mío, allá en Inglaterra, y la idea de transformar esta propiedad en el nuevo hogar de mi familia fue difícil. Pero aquí estamos.

Harriet no respondió, pero el silencio contó a Heather del

interés con el que la escuchaban. No desaprovechó el momento. Tenían que entender lo que les costó venir, que estaban aquí para permanecer.

—Vivíamos en un lugar pequeño… Surrey… Allí teníamos una casa bonita, una propiedad más pequeña que esta, pero con desafíos—Suspiró, y frotó sus manos para quitar el exceso de harina —. Larga historia corta, tuvimos que vender, y fue justo entonces que me enteré del legado—Heather mantuvo su mirada firme— Este es nuestro hogar ahora—Miró uno a uno a los presentes. Harriet, Penny, Rory, Finn—. Espero que nos vean con mejores ojos, y aprendan a respetarnos. Somos más de lo que ustedes creen. Tal vez deberíamos darnos la oportunidad de reconocernos en nuestro justo valor.

La cocinera la observó largamente. Luego, con un suspiro, fue a la tetera, y llenó su taza, y la de Heather.

—Ya veremos, miladi. Ya veremos.

Heather sonrió para sí misma. No era aceptación, pero tampoco era un rechazo absoluto. Era un comienzo.

—¡Heather, mira qué interesante!—Isabella entró como el viento, con un cuaderno de cuero entre sus manos, y se sentó a su lado. Sus ojos brillaban de excitación—. Es el primero de los diarios de tu tío. Comenzó a escribirlo cuando llegó aquí. Me tomó tiempo encontrarlos y ordenarlos. ¡Imagina veinte años de memorias!

—Esos cuadernos eran una preciada posesión—dijo Penny, y su boca se apretó—. El pobre señor George era muy solitario.

—Puedo imaginarlo—dijo Isabella—. Escucha, aquí habla de por qué se fue de Londres.

Comenzó a leer y Heather se sentó a su lado.

*Primavera de 1839*

*Cuando dejé Inglaterra atrás, no lo hice con nostalgia, sino con alivio. Empezaba de cero, rotas las conexiones que me ataban allá.*

*Mi padre nunca fue un hombre de paciencia. De todos los Carlisle, yo era el que menos encajaba en su molde. Mi hermano mayor era su orgullo y mi hermano menor, su consuelo.*

*Yo, en cambio, fui su decepción. Quizás porque no me sometí a su voluntad, porque cuestioné sus decisiones, porque osé desafiar la idea de que debía quedarme encadenado a un futuro que nunca quise.*

*Una vez que él murió, y también mi hermano menor, solo fuimos Matt y yo. Y él… Es duro y orgulloso. No reconoce sus errores. Y los tiene, vaya que sí. Esa tendencia suya a apostar le va a jugar en contra, y a la familia que ha formado. Me apena, pero no podía hacer nada, o continuar así.*

*La discusión final no fue diferente a tantas otras, salvo por el resultado. Mis palabras fueron duras, las suyas más. Me echó de su casa sin miramientos, sin un atisbo de remordimiento.*

*Nadie pronunció palabra mientras me convertía en un extraño para mi propia familia. Los que creí amigos, no lo eran. Decidí que encontraría mi lugar en el mundo, y este no estaba en Inglaterra.*

*Escocia fue una elección impulsiva, lo admito. No tenía conexiones aquí, ni tierras, ni promesas. Fui y vine por meses, y cuando la oportunidad surgió, la abracé.*

*La propiedad que hoy llamo mi casa fue vendida por necesidad extrema, y pude comprarla por menos de lo que valía. Algunos dirían que fue un robo legal, yo diría que fue mi salvación.*

*Las Highlands son tan duras como las describen, pero no me importó. No me importó el clima inclemente, ni las miradas desconfiadas de los lugareños. No me importó que la casa estuviera en ruinas al llegar, ni que la tierra requiriera más trabajo del que imaginé.*

*Porque por primera vez en mi vida, todo lo que tenía, lo había ganado yo.*

*Aquí no soy el hijo olvidado de los Carlisle, ni el hermano relegado. No soy una sombra de la familia que me dio la espalda. Aquí, en estas colinas barridas por el viento, soy simplemente George.*

*Y eso, por fin, es suficiente.*

Heather permaneció en silencio tras escuchar las palabras

escritas por su tío, dejando que se asentaran en su mente. En el rincón de la cocina, el fuego crepitaba, llenando la estancia de un calor reconfortante mientras Isabella pasaba los dedos por el borde del diario.

—No tenía idea—susurró Heather al cabo de un momento—. Mi padre nunca habló de él. Ni una palabra.

Isabella asintió, con una sombra de pesar en su expresión.

—Apenas tengo memorias de él—dijo la tía Margaret, que había estado escuchando desde la entrada de la cocina, y vino a ellas—. Cuando mi hermana se casó con el mayor de los Carlisle… con tu padre Matt, el nombre de George ya casi no se mencionaba.

Heather tomó el diario y miró la tinta oscura sobre el papel amarillento. Podía imaginar al joven y determinado inglés George Carlisle, enfrentando la hostilidad de una tierra que no lo quería, con la misma incertidumbre que ella sentía hoy.

—Así que esta fue su segunda oportunidad—murmuró—. Una que nadie quiso darle en casa.

Isabella la observó con atención antes de sonreír con suavidad.

—Tal vez sea la nuestra también.

Heather deslizó la mano sobre la página, sintiendo el peso de la historia bajo sus dedos. Tal vez ella no era tan distinta de su tío.

# Capítulo 9

Callum se inclinó sobre la mesa de madera oscura, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada inescrutable. La estancia estaba iluminada por el fuego crepitante y unas cuantas velas, cuyos reflejos temblorosos danzaban sobre las paredes de piedra desnuda.

La cena había concluido, pero ninguno de los MacLaren se había movido de su sitio. El aroma a cordero asado y pan aún flotaba en el aire. El whisky llenaba las copas de sus hermanos, y el sonido de los cubos de turba ardiendo en la chimenea era fondo para la conversación.

Ewan bebió un sorbo lento. Vestía un chaleco de lana gruesa sobre una camisa de lino, y plaid descansaba sobre sus piernas cruzadas. Alzó la mirada y soltó con naturalidad:

—Nos encontramos con las inglesas.

Callum tensó la mandíbula al escucharle, pero mantuvo la vista fija en la copa entre sus dedos. Ewan continuó, su tono despreocupado.

—Se habían metido en nuestras tierras. No tienen idea de dónde empieza o termina su propiedad.

Hamish, reclinado con una pierna apoyada sobre la otra, dejó escapar una carcajada. Su cabello oscuro y desordenado le caía sobre la frente, y su camisa estaba arrugada, las botas tiradas a un lado. Había bebido un poco más de la cuenta esta noche.

—¡Tontas descerebradas!—se burló, moviendo la copa en círculos—. Muy probablemente creyeron que nuestras tierras son como esos parques donde se pasean los nobles en Londres. Espero que les hayan indicado la salida como corresponde, hermanitos.

Callum no respondió. Su mente lo llevó de regreso al encuentro con Heather Carlisle, y a las emociones y reacciones que leyó en ella. Se había mantenido firme a pesar del temor evidente en sus ojos verdes.

También reconoció tenacidad, orgullo, y vulnerabilidad. Le había impactado que ella confrontó su desdén con dignidad. El mentón fino alzado como si pudiera desafiarlo en su propio terreno.

Se removió en su asiento, incómodo con las memorias. Culpó a la bebida, que no estaba ayudando a apartar la imagen femenina de su cabeza.

—¿Y bien?—insistió Hamish, notando su silencio—. ¿No piensas decir nada, Callum? Debieron estar asustadas. Tal vez deberíamos asegurarnos de que lo estén de verdad… Eso podría ahuyentarlas más rápido.

Callum alzó la vista y lo miró con dureza. La luz del fuego acentuó la línea de su mandíbula tensa.

—No somos unos bárbaros—intervino Gwen antes de que Callum pudiera responder, con tono seco y cruzándose de brazos sobre su vestido de lana oscura—. Y más les vale que no se comporten como tales.

Su hermana solía ser la voz de la razón, y su tono tenía un dejo de advertencia.

—No sabemos si se quedarán o no, pero si lo hacen, sería prudente no convertirlas en enemigas sin necesidad—continuó, con los ojos clavados en Hamish.

Callum resopló, desdeñoso, y tomó su vaso. El líquido ámbar brilló un instante antes de desaparecer entre sus labios.

—No es nuestro problema lo que hagan. Esas tierras nunca debieron dejar de ser nuestras—murmuró, clavando la vista en la mesa de madera envejecida—. No podemos olvidar eso.

El silencio se hizo un poco más pesado. Ewan apoyó los codos sobre la mesa y lo observó con atención.

—Pareces más molesto de lo habitual. ¿Acaso la dama Carlisle te dejó una impresión más fuerte de la que quieres admitir?

Callum entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada. No necesitaba responder. Ewan lo conocía demasiado bien y se denunciaría si negaba enfático. Sin embargo, su cuello lo traicionó, y el leve rubor que subió hasta la base de su oreja fue suficiente para que Hamish soltara una risa ahogada.

—¡Oh, joder, estamos en problemas! Nuestro Callum…

—No me hagan perder el tiempo con sus tonterías—gruñó, empujando su silla hacia atrás y poniéndose de pie—. No tiene sentido hablar de esto. Las inglesas son un problema pasajero. Se

darán cuenta pronto de que no tienen lugar aquí.

Sus palabras sonaron firmes, pero no estaba del todo convencido de lo que salía de su boca. El sonido de sus botas resonó en el suelo de piedra cuando cruzó el salón en dirección a la puerta. Pero antes de salir, se giró, su expresión endurecida.

—Hay tarea para hacer, no es tiempo de holgazanear. Mañana asegúrense de cumplir sus obligaciones al dedillo.

Gwen observó su salida con una ceja enarcada. Ewan y Hamish intercambiaron miradas. El primero, con una media sonrisa. El segundo, con evidente diversión.

—Bien, creo que ya tenemos la respuesta a nuestra pregunta —murmuró Ewan con voz baja, mientras bebía otro sorbo de whisky.

Hamish se echó hacia atrás con aire pensativo.

—Parece que la inglesa ha sabido dónde golpear. ¿Es tan bonita como para justificar ese malhumor?

—Oh, lo es—gruñó Ewan—. Y bastante desafiante. Ese es un incentivo extra para nuestro laird.

Gwen les lanzó una mirada de advertencia antes de ponerse de pie.

—Si Callum llega a escucharles, terminarán en el arroyo.

Pero Hamish solo sonrió, tomando otro trago.

—¿Y acaso no lo vale? Callum conmovido, eso sí es nuevo.

El crepitar de la chimenea fue la única respuesta.

****

Heather pasó la mañana con Finn, caminando y trabajando con las majadas. El aroma terroso y fuerte del ganado flotaba en el aire, y si Heather arrugó la nariz al principio, pronto lo olvidó, concentrada en la tarea.

Quería saberlo todo, entenderlo todo. Solo así podría tomar decisiones sabias y tendría el respeto de su personal. Estaba decidida.

—Las ovejas deben esquilarse en la primavera, pero deben resistir el invierno. Hay que asegurarse de que estén en buen estado. Debemos cuidar las pasturas, medirlas. Además, hay parásitos que pueden arruinar la lana y enfermar a los animales— explicó Finn, señalando una de las ovejas—. Vea, si se rascan

demasiado o pierden pelo en zonas extrañas, es porque hay una infestación.

Heather se inclinó, observando cómo el pastor inspeccionaba la lana gruesa de un animal con manos expertas.

—¿Y cómo se trata eso?—preguntó, genuinamente interesada.

—Con baños especiales, mezclas de aceites y agua caliente. Pero es costoso y no siempre tenemos los medios para hacerlo a gran escala. Su tío lo hacía, aunque no mucho en el último tiempo. Estaba reduciendo gastos.

Heather tomó nota mental de esto. Si la producción de lana era su principal ingreso, debía asegurarse de que fuera buena, de que los animales se mantuvieran saludables.

Finn seguía explicándole sobre los parásitos en la lana cuando, a unos metros de distancia, algo captó su atención. Entre los matorrales, una flor de un azul vibrante destacaba contra el verdor.

Recordó de inmediato lo que Isabella le había contado días atrás mientras hojeaba un libro en la biblioteca:

*<<Si alguna vez ves una flor azul entre las colinas, Heather, podría ser un lirio de Escocia. Dicen que son resistentes, que florecen incluso en los suelos más duros. Como nosotras, supongo.>>*

Sonrió, conmovida por la idea. Sin pensar demasiado, avanzó unos pasos, queriendo verla de cerca.

—Miladi, no se aleje mucho—advirtió Finn con tono distraído, mientras revisaba el vellón de otra de las ovejas.

Pero Heather no lo escuchó. Sus botas crujieron contra la hierba húmeda mientras se inclinaba un poco más, maravillada por la delicadeza de los pétalos que el viento movía con suavidad.

Se preguntó si llevarle uno a Isabella. Tal vez aquella podría presionar la flor entre las páginas de un libro y conservarla como un recordatorio de este nuevo comienzo.

Justo entonces, un repentino aleteo estalló entre los arbustos cercanos. Un grupo de perdices alzó el vuelo con un batir de alas frenético, y el sonido inesperado hizo que Heather se

sobresaltara y diera un mal paso en el terreno húmedo.

Su equilibrio se rompió, y en cuestión de segundos, su cuerpo cayó pesadamente hacia atrás. Maldijo, e intentó incorporarse, pero un dolor punzante le recorrió el tobillo, obligándola a soltar un gemido.

—¡Ay, joder!

Antes de que pudiera procesar lo que ocurría, unas manos fuertes la tomaron por las axilas y la izaron con facilidad. Ella apoyó en automático el pie derecho, y el dolor la recorrió.

—Oh, Finn, creo que…

Heather dio la vuelta, con su saltito para no apoyar otra vez la pierna equivocada, y se encontró cara a cara con Callum MacLaren.

—¿Qué demonios hace sola en este terreno?—gruñó, su voz cargada de irritación—. ¿Es que no tiene sentido común, mujer?

Heather, aturdida y con las mejillas encendidas por la vergüenza y la ira, trató de apartarse de su agarre.

—¡No estoy sola! Finn está cerca. Y no tengo por qué darle explicaciones. Ni necesito su ayuda.

Callum entrecerró sus ojos, pero ella no se dejó impresionar. No había hecho nada mal, esto era un accidente. Y a todo esto, ¿qué hacía él aquí? Heather frunció el ceño.

—Sin embargo, cada vez que la veo, está usted en el suelo.

Él se acercó más, y la fragancia a cuero y hierbas la envolvió. Aroma muy agradable, potente y masculino que ya comenzaba a identificar como suyo, y eso la disgustó.

—Accidentes. Coincidencias. Demando que se vaya de mis tierras—ordenó, altiva, y quitó la mirada del intenso mirar marrón que le robaba un poco el aliento.

¿Por qué cojones la inquietaba así? Este era un hombre que la desdeñaba, y pretendía impresionarla con su fijo mirar y su presencia dominante. Ahora mismo, avanzó un poco más, de modo que su mandíbula cuadrada, sombreada por la barba incipiente, estuvo a centímetros.

Heather se tensó. Casi podía sentir la dureza de su cuerpo, la solidez física del hombre acostumbrado a una vida donde la fuerza

lo era todo.

Su mirada fue a sus labios. Le observó dibujar un rictus, y parpadeó, confusa ante el desconcertante vuelco en su estómago.

—Podría haberse lastimado seriamente. Rodar desde aquí, con tantas rocas…—murmuró él, su voz grave como un ronroneo irritado.

¿Ronroneo? Su mente estaba alterada. Heather sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Pero no lo hice—respondió en un murmullo, como si su propia voz le pesara en los labios.

El silencio se hizo denso entre ambos, y de pronto, su cintura fue envuelta por el brazo de hierro, y el frío abandonó su cuerpo. Una vocecita desmayada gritó que debía apartarse, que debía reprenderlo por su atrevimiento. Pero no pudo moverse.

Callum inhaló, y su expresión cambió. Algo feroz se encendió en sus ojos, algo que parecía desafiarla a retroceder. Pero ella no lo hizo.

Entonces la besó. Heather quedó inmóvil, el mundo suspendido en un instante imposible. La calidez de su boca era desconocida. El gesto lo era. Nadie la había besado antes.

No fue rudo, pero tampoco vacilante. Fue firme, decidido. Sus labios capturaron los suyos con una confianza que la dejó atónita. Su mente pugnaba por ser escuchada, gritaba que lo apartara, pero su cuerpo no reaccionó.

Solo sintió. La presión de su boca en sus labios. El roce áspero de su barba contra su piel húmeda. La sensación abrumadora y envolvente. Una ola de calor vertiginoso se deslizó por su pecho, bajando por su estómago.

El hechizo solo duró unos segundos. Con un jadeo entrecortado, Heather por fin reaccionó y alzó la mano, abofeteándolo con fuerza. El sonido seco del golpe resonó entre ellos.

—¡Cómo se atreve!

Su voz brotó temblorosa, pero plena de indignación. Retrocedió de inmediato, respirando con agitación, tratando de ordenar su mente. Todo en su cuerpo parecía alterado. Su corazón

latía tan fuerte que parecía querer salirse por su boca.

Callum no se movió. Su rostro permaneció inclinado por el impacto, y Heather vio cómo su mano rozaba la marca rojiza en su mejilla, pero también sus labios. Sus ojos, antes ardientes, ahora eran dos brasas frías.

El silencio entre ellos se volvió insoportable. Heather sintió que el rubor ascendía a su rostro.

Callum se enderezó. Su expresión era inescrutable, pero sus labios se curvaron en una media sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Intente mantener ambos pies sobre el terreno, miladi. Y asegúrese de tratar ese tobillo—dijo antes de alejarse.

—¡No me diga que hacer!—atinó a gritarle.

La verdad era que estaba muy, muy confundida. Su cuerpo había dado señales que no conocía, y desafió toda lógica. Eso no podía volver a pasar.

# Capítulo 10

Callum espoleó su caballo con más fuerza de la necesaria, la tensión cuadrando su mandíbula y el ardor firme en su mejilla, como si su piel guardara el calor de la mano de Heather Carlisle.

El animal avanzó a través del terreno rocoso, sus cascos golpeando la tierra húmeda con cada zancada. El frío le azotaba el rostro, pero no era suficiente para enfriar su temperamento.

No entendía qué demonios le había pasado. El impulso de besarla había sido incontrolable al tenerla tan cerca, con sus labios entreabiertos, desafiándolo, las mejillas encendidas por el enojo.

Resopló, maldiciendo entre dientes su estupidez, y tiró con rudeza de las riendas, obligando a su montura a aminorar el paso. No podía seguir cabalgando como un imbécil sin rumbo.

Sin embargo, eso era lo que estaba haciendo. Desde que la inglesa había llegado, se encontraba día sí y otro también en los límites de su propiedad, perdiendo tiempo que no tenía.

Había asuntos pendientes en el pueblo, arrendatarios que requerían su presencia, decisiones que debían tomarse sobre los tributos y las cosechas.

Malcolm le había insistido para revisar las cuentas, Gwen para que no descuidara las relaciones con los comerciantes de Aberdeen, y los pastores necesitaban su respuesta sobre la compra de más perros ovejeros.

No obstante, en vez de atender a todo eso, él volvía aquí como si el lugar fuera un imán y él, un necio incapaz de resistirse. Eso tenía que acabar. Apretó los dientes, exhalando una risa corta y amarga.

Tal vez Hamish tenía razón. Si ella se sentía incómoda, si se convencía de que no pertenecía aquí, tarde o temprano se iría. Y él podría dejar de obsesionarse con cada maldito movimiento que hacía.

Debería estar trazando una estrategia para lograrlo. Tal vez podría sugerir a los aldeanos que las ignoraran y a los comerciantes locales que no le vendieran insumos.

Pero no. No estaba haciendo nada de eso. En su lugar, cabalgaba como un obtuso en círculos, e iba y la besaba. El recuerdo de su boca en la suya, dulce y cálida, se le clavó en la mente.

Esos ojos… Se cerraron al momento en que sus labios la tocaron, y luego se llenaron de sorpresa e ira. Un verde que opacaba a los de la naturaleza, eso era seguro.

—¡Maldita sea!

Necesitaba olvidarse de la inglesa, y la única forma en la que eso pasaría sería con otra mujer. No era un hombre que se privara de lo que el cuerpo pedía, pero había pasado un tiempo desde que no se desfogaba. Ese era el quid del asunto.

Debería ir a la taberna del pueblo. Moira, la viuda pelirroja lo recibiría con una sonrisa y un escote generoso. Ella siempre estaba dispuesta. Con unas pocas palabras y un whisky fuerte, podría tener una distracción más le haría olvidar el ardor en su mejilla y la razón de esto. Y esos labios suaves y enrojecidos.

Sí. Eso era lo que debía hacer, más tarde. Eso despejaría su mente. Espoleó al caballo en dirección al castillo, y se instó a concentrarse en sus obligaciones, en su trabajo, no en los ojos verdes que lo miraban con fuego y hielo al mismo tiempo.

Ya en el castillo, desmontó de un salto, y le arrojó las riendas al palafrenero, que lo miró de reojo sin decir una palabra. Sabía reconocer cuando el laird estaba de un humor de perros.

Cuando atravesó la gran puerta de entrada, encontró a Hamish.

—Vaya, se te ve de muy malhumor…—murmuró, alzando una ceja mientras lo escaneaba con la mirada—. Pareces haber tenido un día interesante.

Callum lo ignoró y siguió caminando hacia la escalera, pero Hamish no iba a dejarlo escapar tan fácil.

—Déjame adivinar… ¿Te topaste con nuestra vecina inglesa?

Callum se detuvo en seco y giró la cabeza para fulminar a su hermano con la mirada. Pero Hamish, lejos de amedrentarse, sonrió con más amplitud.

—¿Qué te ha hecho la señorita Carlisle, hermano?—continuó con fingida inocencia—. ¿O fue el viento el que te dejó esa marca en

la mejilla?

La mirada de Callum se oscureció, pero no mordió el anzuelo. Comenzó a subir la escalera mientras contestaba:

—Cuida tu lengua, Hamish.

El menor de los McLaren soltó una carcajada y lo siguió con la mirada mientras Callum subía los escalones de dos en dos, su espalda recta, su andar rígido.

—¡Veo que no lo niegas!—exclamó con tono burlón—. Me pregunto qué hiciste para que una dama te diera semejante recordatorio.

Callum no respondió. No tenía sentido discutir. No tenía sentido darle más importancia de la que ya tenía en su maldita cabeza.

Cerró la puerta de su habitación con más fuerza de la necesaria y se dejó caer en una silla junto al fuego. Había cometido un error. Uno que podía sentir en el latido persistente de su mejilla… y en el deseo que le hervía en la sangre.

****

El sol apenas había ascendido sobre las colinas cuando Heather se acomodó en la silla de su habitación, con uno de los diarios de George Carlisle abierto ante ella.

En los últimos días había establecido la rutina de leer algunos pasajes antes de iniciar la jornada, buscando comprender mejor a su tío y la vida que había llevado aquí.

Las páginas, profusas de tinta un pelín desvaída, hablaban con la voz de un hombre que alguna vez había sido un extraño en estas tierras, tal como ella lo era ahora.

*12 de octubre de 1840*

*Cuando puse un pie en estas tierras, me miraban como si fuera una plaga enviada desde Londres. No les importaba que hubiera pagado por la propiedad con dinero honesto, ni que mis derechos estuvieran firmados con sellos de notario. Para ellos, yo era un intruso. Un extranjero que venía a reclamar lo que nunca debió pertenecerle.*

*No los culpo. Estas colinas, estos valles, los ríos que serpentean entre las rocas y la turba, son más que un simple terreno para ellos. Son la herencia de sus ancestros, la sangre que corre por sus venas.*

*He aprendido que en Escocia la tierra no es solo propiedad; es identidad, historia, una extensión misma del alma de quienes la trabajan. Y yo, con mis ropas bien cortadas y mi acento inglés, no encajaba aquí.*

*Los primeros meses fueron un infierno. El aire es más frío, más húmedo, y el viento se cuela en los huesos de un hombre si no aprende a moverse con él. En Inglaterra, bastaba con llamar a un sirviente para que avivara el fuego, para que calentara agua en la tetera de plata y sirviera el té con exacta precisión.*

*Aquí, los lujos que daba por sentados han desaparecido. El pan es tosco y a veces más duro de lo que mi dentadura permite. El agua se congela en los baldes al amanecer, y afeitarse con ella es un castigo.*

*La servidumbre… bueno, si se les puede llamar así. Harriet no me dirigió la palabra durante semanas, salvo para decirme lo que ya sabía: que no me quería aquí. Rory me miraba como si no supiera qué hacer conmigo, si azotarme con una brida o ignorarme.*

*Cometí errores. Dios sabe que lo hice. El primero fue intentar imponer mis reglas desde el inicio, como si estas personas fuesen criados de una casa londinense en lugar de escoceses con voluntades más fuertes que el hierro.*

*No funcionó. La indiferencia se volvió resentimiento, el resentimiento en murmuraciones apenas contenidas. Así que cambié mi táctica. Trabajé. Me metí en los establos con Rory y limpié los pesebres, aunque mis manos no estaban hechas para el trabajo rudo y sangraron las primeras semanas.*

*Atravesé las colinas con los pastores, me levanté con ellos antes del amanecer y regresé cuando la luna ya brillaba sobre el río.*

*Harriet aún me miraba con recelo, pero algo en ella cambió la primera vez que me vio llegar empapado hasta los huesos después de pasar horas buscando a una oveja perdida. Ya no me llamaba "el inglés" con tanto desdén.*

*Rory fue distinto. Una noche de tormenta, cuando un rebaño quedó varado en la colina más lejana y la lluvia azotaba como agujas de hielo, cabalgamos juntos para traerlas de vuelta.*

*El camino era traicionero, el barro tragaba los cascos de los caballos y el viento nos empujaba como si quisiera arrancarnos del lomo de las bestias. No sé cómo volvimos sin rompernos el cuello.*

*Lo que sí recuerdo es la mirada de Rory cuando nos detuvimos frente a la entrada del establo, empapados, con las ovejas balando detrás de nosotros. Me ofreció un trago de su whisky, y en su gesto encontré lo que había estado buscando desde que llegué: respeto.*

*Desde entonces, me llama "señor" sin reticencias. No será fácil. Nunca lo será. Pero si algo tengo claro, es que no volveré a Inglaterra.*

Heather suspiró, pasando los dedos por la página. Su tío había logrado el respeto de aquellos que, al principio, lo despreciaban. Ella haría lo mismo. Cerró el diario y se puso en pie con determinación.

No se encerraría en la propiedad, dejando que el recelo de los aldeanos la marginara. Iba por buen camino con Harriet, Penny y Rory, pero debía ampliar su círculo.

Hoy iría al poblado y haría sus compras sin dejarse intimidar.

—Será un buen día.

****

La población, a media hora de trayecto en carruaje, era un lugar no muy grande, pero hoy, día de mercado, vibraba de actividad. Heather, Isabella y la tía Margaret caminaban entre los puestos.

Había cestos llenos de zanahorias, nabos y muchos otros vegetales y hierbas frescas. Telas variadas se exhibían sobre maderos. El aroma a panes y otras delicias horneadas se mezclaba con el de la turba quemándose en fogones.

—Esto es fascinante—susurró Isabella, tocando un trozo de lana teñida con añil—. Tan rústico y auténtico.

—No uses ese tono condescendiente—le dijo Heather—. Es

su forma de vida, no un espectáculo para nosotras.

—¡No lo decía así!—protestó Isabella, mientras se alejaba hacia un puesto de ropa.

Heather la siguió y observó con interés los vestidos colgados detrás de la tendera, una mujer de mediana edad con el cabello cubierto por una cofia blanca.

—¿Podría ayudarles en algo, miladis?

Heather deslizó los dedos por una falda de lana gruesa. Sería más práctica para montar, consideró, y abrigada.

—Me temo que mi ropa no es la más adecuada para este clima. Me gustaría algo más... funcional.

La mujer sonrió, con un destello de aprobación en su mirada.

—Tengo lo que necesita. La mayoría de las damas que viven por estos lares prefieren faldas de tweed con forro de algodón, cálidas y resistentes. También tengo capas de lana que la protegerán mejor que esos abrigos ligeros.

Heather asintió, complacida, y dejó que la mujer tomara medidas, y lo mismo Isabella. La mujer les prometió que en pocos días sus prendas estarían listas, y se las llevaría ella misma.

Cuando se apartaron del puesto, Margaret, que había estado observando con atención, habló con un deje de diversión.

—Parece que dejas de aferrarte a tu estilo, querida. Las Tierras Altas te están moldeando.

Heather se ajustó los guantes y asintió.

—Si voy a vivir aquí, debo hacerlo de la manera correcta.

Margaret asintió con una sonrisa aprobatoria.

—Supongo que es algo que todas deberemos hacer.

Más adelante, Heather encontró el sitio de suministros ganaderos que Rory le había mencionado. Un comerciante de expresión severa y manos curtidas estaba tras el mostrador.

Heather deambuló entre los estantes y leyó la etiqueta de los productos expuestos en frascos y cajas.

—¿Esto es para los parásitos de la lana?

—Sí, miladi. El mejor producto que encontrará por estos lares. Solo dos chelines por frasco.

Heather frunció el ceño. Rory había pagado menos en su última compra.

—Curioso, porque hace dos semanas vendió este mismo frasco por un chelín y seis peniques. ¿Cómo es que los precios han subido en unos días?

El comerciante pestañeó, sorprendido por su conocimiento.

—Bueno, verá… las condiciones han cambiado…

Heather alzó una ceja y cruzó los brazos.

—¿O será que cree que por ser inglesa y mujer puede cobrarme de más?

El hombre carraspeó y desvió la mirada. Isabella, a su lado, contenía la risa.

—Le pagaré un chelín y seis peniques, y compraré tres frascos. Es un buen trato, ¿no cree?

El comerciante suspiró e hizo un gesto de desaliento, pero aceptó. Heather sonrió con satisfacción mientras guardaba las botellas en su cesta.

—Bien negociado, querida—susurró Margaret con aprobación.

—No voy a dejar que me timen—replicó Heather.

# Capítulo 11

Estaban guardando las compras en el carruaje cuando escucharon voces acaloradas. El bullicio de la taberna se extendía hasta la calle. Heather se acercó a la puerta, intrigada.

Observó el interior, curiosa. Las vigas del techo eran gruesas y ennegrecidas por los años de hollín. Sobre una larga mesa de madera, varios hombres estaban sentados con jarras en las manos, sus voces elevándose con la vehemencia propia de una discusión seria.

La palabra *ferrocarril* surgía entre frases atropelladas, acompañada de gestos enérgicos.

—No sabemos qué traerá consigo, pero seguro no será para nuestro beneficio—dijo un hombre mayor con barba tupida, golpeando la mesa con el puño—. Dicen que generará trabajo, pero *¿para quién?* ¿Acaso contratarán a nuestros jóvenes, o traerán obreros desde Edimburgo y Glasgow?

—Y ni hablar de las tierras que arruinarán para tender las vías—intervino otro—. Puede que ahora digan que pasará lejos, pero ya lo hemos visto antes: una vez que comienzan, no hay quién los detenga.

Heather e Isabella intercambiaron miradas. Margaret, más prudente, les murmuró:

—No deberíamos quedarnos aquí. No es un lugar para damas.

—No estamos haciendo nada inapropiado—susurró Isabella.

Heather seguía escuchando con atención.

—El tren traerá comerciantes, más productos, más clientes para nuestras tiendas—dijo un joven—. No todo será malo.

—No sabes de lo que hablas—replicó el primero, con gesto de fastidio—. Esos capitalistas usan las leyes para arrebatarnos lo poco que nos queda. No quiero ver a los hombres de Londres metiendo sus narices en nuestros negocios.

Heather sintió un cosquilleo de incomodidad recorrer su nuca. Sabía que no era prudente intervenir, pero escuchar cómo

hablaban de *los ingleses* en general, como si ella formara parte de un grupo de opresores, le revolvía el estómago.

—Los ingleses ya están aquí—dijo una voz grave y firme.

Heather se tensó al reconocer a Callum MacLaren avanzando desde el fondo de la taberna, y detrás de él, una mujer curvada. ¿Quién era esa? Frunció el ceño.

Volvió a observar al laird, que se movía con la naturalidad de alguien que se creía dueño de cada centímetro que pisaba. Su mirada oscura barrió el espacio y se clavó en ella un instante antes de dirigirse a los hombres sentados.

—¿O es que ya han olvidado que una dama londinense se ha instalado en las tierras Carlisle?—prosiguió con un tono pausado, y volvió a mirarla, desafiante.

Una risa áspera se elevó de la mesa. Heather sintió un golpe de ira en el pecho. No. No iba a quedarse callada.

Sin importarle la mirada de advertencia de Margaret ni la ligera presión de Isabella en su brazo, avanzó decidida hacia el interior.

—Parece que los escoceses tienen un talento innato para el resentimiento—espetó, con el mentón en alto—. He escuchado suficiente sobre lo que *los ingleses* han hecho, pero no he oído a nadie hablar sobre lo que *ustedes* hicieron, o harán, para mejorar su situación.

Las conversaciones cesaron, el silencio roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea y el sonido de una jarra al ser apoyada con brusquedad sobre la mesa.

Callum la miró, su expresión endureciéndose.

—¿Y qué nos dirá *miladi*? ¿Qué consejo nos trae desde sus salones de Londres?—susurró, avanzando un paso hacia ella.

—No pretendo decirles qué hacer—respondió con firmeza—. Pero sí les diré esto: estoy aquí, trabajando por estas tierras como cualquiera de ustedes. No me quedaré en mi casa esperando a que alguien venga a manejar mis asuntos.

Callum enarcó una ceja, su boca curvándose en una media sonrisa que no tenía nada de amable.

—¿Trabajando?—repitió, bajando la voz lo suficiente como

para que solo ella lo oyera—. ¿Ensuciándose las manos? ¿O jugando a ser terrateniente mientras los demás la observan con recelo?

Heather sintió su rostro arder. No era solo por la burla, sino por la forma en que sus ojos oscuros la escudriñaban, con una mezcla de desafío y algo más que no podía descifrar, pero que la hacía sentir más furiosa.

Sin pensarlo, impulsiva, lo empujó. El impacto no lo movió más que unos centímetros, pero el gesto arrancó exclamaciones incrédulas. Los ojos de Callum brillaron, y se adelantó hacia ella, sin tocarla, tan cerca que Heather sintió la calidez de su aliento cuando habló:

—Ya sabe de primera mano que no soy un caballero, miladi —susurró con voz baja, profunda—. Quizá debería cuidarse de fastidiarme.

Heather tragó saliva. No iba a retroceder. No iba a demostrar debilidad.

—Quizás debería aprender lo que significa la *cortesía*, milord. Aunque dudo que un hombre como usted lo entienda.

Callum sonrió de lado, pero sus ojos seguían oscuros, como si estuviera disfrutando del fuego que había encendido en ella.

—No. No lo entiendo—musitó.

Se apartó con la misma calma con la que se había acercado, y sin decir más, giró sobre sus talones y salió de la taberna.

Heather se quedó en su sitio, con el pulso acelerado, sintiendo la mirada de todos sobre ella.

Isabella se acercó y le susurró al oído:

—No sé si eres valiente o una insensata, pero fue magnífico.

Heather apenas la escuchó. Su mente estaba demasiado ocupada con el eco de las palabras de Callum y la forma en que su piel aún parecía estremecida por su cercanía.

Margaret, con una sonrisa de lo más tranquila, se limitó a comentar:

—No esperaba menos que pasión de un escocés.

Heather exhaló con fuerza, intentando calmar la furia que le latía en las sienes. Sus manos temblaban mientras alisaban la falda, como si el gesto pudiera borrar la sensación de haber estado tan

cerca de *él*, de su arrogancia sofocante y su mirada oscura que parecía devorar cada una de sus reacciones.

Su pecho subía y bajaba con agitación. Detestaba cómo se ponía cada vez que se chocaban, y no podía controlarse.

—Es un bárbaro—espetó—. Un manipulador. Vio que estaba allí y quiso ponerme a la gente en contra. ¡Jodido bastardo!

—¡Heather, querida!—exclamó Margaret, llevándose una mano al pecho, mirando en derredor con una mezcla de escándalo y discreción.

—No te inquietes, tía. Deben decir cosas peores por aquí—tranquilizó Isabella.

Heather apenas las oyó. Su mente seguía enredada en la humillación, en el modo en que Callum MacLaren la había acorralado sin siquiera tocarla, en la forma en que había pronunciado cada palabras con calma burlona.

La veía justo como el resto: una extranjera sin temple, sin derecho a reclamar un espacio en estas tierras. Respiró hondo, pero el aire no logró despejar la tormenta en su interior.

—Cree que me voy a dar por vencida y correré—murmuró, cruzando los brazos con fuerza, como si así pudiera contener la furia que vibraba en su sangre—. Pero no. Se equivoca.

Su pulso martilleaba en sus muñecas, y sus dedos estaban crispados. Hizo un esfuerzo por relajarlos, pero su disgusto no cedía.

Callum MacLaren la creía frágil, como si fuera a doblarse al primer embate. Como si con su mera presencia pudiera hacerla temblar y dudar.

*Error, milord, gran error. Le demostraré de qué estoy hecha.*

# Capítulo 12

Heather deslizó la yema de sus dedos sobre los lomos gastados de los libros de cuentas. En la soledad de su estudio improvisado, sentía el peso real de administrar estas tierras.

Había pasado las últimas dos horas revisando números, tratando de descifrar el flujo de ingresos y egresos de la propiedad, pero lo único que logró fue que le doliera la cabeza.

La letra de su tío George era clara, pero densa. Los cálculos estaban bien hechos, pero había lagunas que no lograba entender. Los ingresos por la venta de la lana parecían ser menores en los últimos años, y las compras de suministros eran mucho menos de lo que debería esperarse en una finca en funcionamiento.

Frunció el ceño y mordisqueó el extremo de su pluma, inquieta.

—Algo no encaja—murmuró.

Un ruido en el pasillo la hizo levantar la vista. Isabella apareció en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de curiosidad.

—Sigues aquí—comentó, acercándose—. ¿Has descubierto algo interesante?

Heather suspiró y empujó uno de los libros hacia ella.

—No sé si interesante, pero sí preocupante. Los números no cuadran. Mi tío redujo gastos de forma drástica en los últimos años. Y no sé por qué.

Isabella tomó asiento a su lado y hojeó algunas de las páginas con el ceño fruncido.

—¿Podría haber tenido deudas?

—Si las tenía, no las dejó registradas aquí. Pero…—Heather dudó un momento antes de continuar— Sí registró pagos hechos a intermediarios cuyo propósito no está claro. Pequeñas sumas distribuidas en varios meses.

Isabella ladeó la cabeza, intrigada.

—Mm. Si solo los diarios dijeran algo... ¿Será que estaba enredado en algo turbio?

Heather tragó saliva. La idea le revolvía el estómago. Su tío había sido un hombre reservado, pero no había pensado que pudiera haber algo malo en sus negocios.

—Mañana hablaré con Rory. Quizá él sepa más sobre estos movimientos.

Isabella asintió, aunque su mirada denotaba una preocupación similar a la de Heather.

—Ojalá que no sea nada raro. A veces, cuando se escarba demasiado, se encuentran cosas que es mejor no saber.

Heather sonrió con cansancio.

—Ya estoy en esto. No puedo dar marcha atrás.

Dejó los libros y luego de comer algo liviano, se encerró en su habitación. Encontró que no podía dormir a pesar de intentarlo, y volvió a por el libro de cuentas, que trajo a su lecho.

Deslizó los dedos por la columna de números, repasando una vez más lo que había anotado aquella tarde: los costos del forraje para los caballos, la cantidad de ovejas listas para la esquila en la próxima temporada, el estado del ganado lechero y cuántas gallinas podrían sostener la demanda de huevos en la casa, además de proporcionar excedente para el mercado.

Sus labios se fruncieron en una mueca pensativa. Si lograba aumentar la producción de la huerta, podrían reducir gastos, e incluso, vender. También debía considerar la adquisición de más árboles frutales.

La tierra era fértil, y si su tío había podido sacar provecho de ella con métodos rudimentarios, ella podría hacerlo aún mejor. Lo haría funcionar. No tenía alternativa.

Soltó un suspiro y se llevó una mano a las sienes, masajeando para disipar la ligera punzada que el cansancio le generaba. Se hizo un ovillo en la cama, dejando de lado la lectura.

Un sonido leve en la puerta la hizo mirar, y suspiró, levantándose para abrirla y dar ingreso al viejo perro mestizo, de pelaje grisáceo y orejas gachas, que insistía estos días en dormir frente a su estufa.

Heather extendió la mano y pasó los dedos por su cabeza.

—Tú sí me quieres, ¿verdad? No te importa que sea inglesa,

como a ese laird—murmuró con una sonrisa fugaz.

El perro gruñó en respuesta, cerrando los ojos con la satisfacción de quien ha encontrado un lugar seguro. Heather continuó acariciándolo distraída, su mente zambulléndose en pensamientos complicados. Callum MacLaren.

El nombre zumbó en su cabeza como un eco involuntario, haciéndola fruncir el ceño. Era la personificación de todo lo que la exasperaba: orgulloso, testarudo, imposible de impresionar.

La trataba como si su presencia aquí fuera un capricho pasajero, un error a corregir. Como si la tierra la fuera a rechazar por el simple hecho de no haber nacido en ella.

Pero él se equivocaba. Heather no pensaba ceder. No iba a correr de vuelta a Londres con la falda entre las piernas, ni permitir que ese laird engreído la redujera a una extraña indeseada.

Cerrar los ojos no disipó su irritación, pero su cuerpo cedió al cansancio. Su última imagen antes de sumirse en el sueño fue la de unos ojos oscuros y penetrantes, quemándola.

****

El sonido de ruedas y cascos avanzando por el camino principal hizo que Heather levantara la vista de los papeles. Isabella, que remendaba una camisa junto a la ventana, entrecerró los ojos y se inclinó hacia el cristal.

—¿Esperamos a alguien?

Margaret, que estaba junto al hogar, también en su costura, dejó la aguja sobre su regazo y frunció el ceño.

—No que yo sepa.

Las tres fueron a la ventana. El carruaje, un vehículo elegante de barniz negro y adornos dorados, redujo el paso frente a la casa. Los caballos piafaron con fuerza antes de detenerse. Un lacayo bajó de inmediato para abrir la puerta.

Heather sintió un escalofrío de inquietud recorriéndole la espalda. En la penumbra del interior del carruaje, una figura distinguida comenzó a moverse.

Penny, que pasaba en ese instante con un plumero, vino a ellas, y también observó la escena, sus labios fruncidos.

—Och, un coileach Sasannach—murmuró entre dientes.

Heather arqueó una ceja.

—¿Qué significa eso?

Penny giró los ojos.

—Un gallo inglés. Vienen pavoneándose como si el mundo les perteneciera.

Una mala sensación se enroscó en su estómago cuando vio la galera, y luego reconoció la figura un poco desgarbada vestida en un traje impecable. Incredulidad primero y desazón después, eso llenó a Heather. ¿Cómo podía ser?

Isabella se llevó una mano a la boca, boquiabierta. Margaret se irguió con tensión, su rostro endureciéndose en una máscara de cortesía calculada.

Heather no quería moverse. No podía ser cierto. Suspiró muy largo. Lo era. Sir Ed Granville estaba aquí. En su patio, mirando en derredor con un gesto de interés, y para nada impresionado, si reconocía bien ese gesto indolente.

—Penny…—musitó—. Ve afuera y recibe a ese hombre. Tráelo aquí, y asegúrate de que haya un buen té, completo. No quiero que crea que necesito nada de él. Que no se note nuestras urgencias.

—Así será—dijo Penny.

Heather parpadeó, sorprendida por la falta de comentarios y la obediencia, pero la agradeció.

No pasó ni un minuto que el baronet estuvo adentro, y las tres lo recibieron con sonrisas de circunstancias. Lord Granville, por su parte, sonrió con amplitud, su expresión aparentando satisfacción.

—Heather, querida—Su voz melosa, esa que le repugnaba, pero que le era familiar, por las infinitas veces que la había escuchado—. Me alegra encontrarte en casa. Señora Margaret, Isabella—saludó.

Margaret fue la primera en mostrar amable compostura. Su tono fue frío y medido, pero con una nota de severidad.

—Esto es inesperado, Lord Granville. Usted aquí, en este perdido lugar de Escocia. ¿A qué debemos su visita?

Granville soltó una risa baja y complacida, como si disfrutara

de su desconcierto.

—¿Por qué el tono tan severo, querida Margaret? No puede ser extraño que quisiese ver cómo estaban. Me preocupaban, lo confieso. Tres damas solas en la vastedad de estas tierras salvajes. Su notario opina igual, por ello no dudó en darme su ubicación exacta, y aquí estoy. Me traen negocios, además.

Heather sintió una punzada de malestar clavársele en el pecho. El notario acababa de ingresar en su lista negra.

Su tía intercambió una mirada rápida con ella, instándola a reaccionar. Carraspeó, e hizo un gesto para invitarle a sentarse.

—Es una sorpresa, sir Ed—logró articular.

Granville sonrió aún más, inclinando levemente la cabeza.

—Te he echado de menos. Nuestras tardes en Surrey, de charla amena, compartiendo nuestra visión de la vida y el futuro. Sé que mi presencia aquí puede aliviar algunas situaciones. Esos escoceses pueden ser hoscos y desagradables, en especial con damas sin la protección de un hombre fuerte.

Heather sintió un nudo en el estómago. Esa voz y esos ojos que había disfrutado de dejar atrás, la invadían otra vez. La mirada que la medía, la presencia desagradable. Que pesadilla.

—Nos las hemos arreglado bien—dijo, y se rehízo.

No le dejaría ver que había sido duro. No era un aliado que quisiera.

—Esto está aún peor de lo que imaginaba—murmuró, inspeccionando el lugar con el ceño fruncido—. Pero nada que no se pueda mejorar. Estoy aquí para ayudarte en lo que sea necesario.

El nudo se hizo doloroso en su garganta. Granville no era un amigo, y mucho menos alguien en quien confiar. Que creyera que podía venir e imponerle su presencia, era inaudito.

—Qué… caballeroso—murmuró Margaret, con su habitual calma afilada—. ¿Un viaje tan largo solo para ofrecer ayuda desinteresada?

Heather apretó los labios. Había aprendido a leer las verdaderas intenciones de Granville mucho tiempo atrás, y no creía que estaba aquí por nostalgia o cortesía.

Isabella cruzó los brazos. Granville sonrió con suficiencia.

—Te dije que tenía negocios en las Tierras Altas. Inversiones e intereses, importantes. Que estos coincidan con tu presencia hacen que me felicite de mi suerte. Y tú debes hacerlo de la tuya. Tengo la propuesta perfecta para que puedas rehacer tu situación y salir de este agujero en el que caíste por impulsiva y porfiada, mi querida Heather.

Heather intercambió una mirada con Margaret e Isabella, e hizo su mayor esfuerzo para no estallar y gritarle las cuatro o cinco cosas que le habían quedado guardadas al irse de Surrey.

Té, pensó, y miró la puerta, deseando que Penny se apurase. Cuanto antes le atendieran, antes se iría. Y lo haría con ideas claras sobre lo que Heather quería y no. Era tiempo de cortar amarras con sir Ed.

# Capítulo 13

Callum ajustó las riendas de su caballo y taloneó al bruto para girar y dirigirse al corral donde el arrendatario les esperaba. Ewan cabalgaba a su lado, en silencio.

Desmontó y fue al hombre acodado en los maderos. Alistair era un buen hombre, y sus manos estaban curtidas por años de trabajo duro en la tierra.

—Laird MacLaren—saludó, inclinando la cabeza con deferencia—. Buen día.

—Buen día, Alistair. ¿Cómo van las cosas por aquí?—preguntó, pasando la mirada por los campos.

Algunas ovejas pastaban en la ladera, y unos niños jugaban a orillas del camino de tierra.

—Bien, bien. Las lluvias han sido benévolas, y el pasto se mantiene fuerte—respondió el hombre, con satisfacción—. Si todo sigue así, la producción de lana será mejor que la del año pasado.

Callum asintió, complacido. Las tierras de Alistair eran productivas y el hombre sabía cómo manejarlas.

—Me alegra oírlo. ¿Y tu familia? ¿Cómo está tu esposa?

—Mucho mejor, gracias, milord. La partera del pueblo le dio unas hierbas, y ya puede moverse con más soltura. Creo que en unas semanas podrá volver a ayudar con el telar—dijo Alistair, con alivio.

Callum le dio una palmada en el hombro, contento por la noticia. Estuvo a punto de cambiar de tema, cuando el hombre resopló con un gesto de desagrado.

—Han llegado visitantes…—dijo con tono grave—. Un inglés. Aristócrata, dicen. Se ha instalado en la posada, luego de visitar a la inglesa Carlisle.

Ewan, que había permanecido montado, arqueó una ceja y miró a su hermano.

—¿Un aristócrata?—repitió, con aire especulativo—. ¿Será su prometido?

Callum sintió un nudo de irritación formarse en su pecho,

pero mantuvo su expresión impasible.

—¿Lo has visto?—preguntó con calma.

—No en persona. De lejos, cuando llegó al pueblo. Trajo un séquito. Dos criados, un cochero, y seis caballos que parecen de carreras en lugar de trabajo—dijo Alistair con una mueca—. Parece alguien importante.

Callum estrechó los ojos.

—¿Y qué se dice de él? ¿Ha hablado con alguien del pueblo?

—Con los comerciantes, principalmente. También lo vieron conversando con el señor Ainsley—Alistair escupió a un lado, como si el nombre le dejara un mal sabor de boca—. Ya sabe, el que empuja el tema del ferrocarril con tanto empeño.

Callum sintió un molesto latido en la sien. La conexión entre ese inglés y los intereses en el ferrocarril no le gustaba nada.

Ewan soltó un silbido bajo y miró a su hermano con una sonrisa ladeada.

—Interesante. Si no es su prometido, al menos ha de ser alguien cercano a la dama Carlisle.

Callum mantuvo su mandíbula firme, aunque la incomodidad le recorrió la espalda. No le correspondía a él meterse en los asuntos personales de la inglesa. Pero el hecho de que un inglés de alta alcurnia se paseara por sus tierras con aire de suficiencia le revolvía las entrañas.

Sin decir nada más, volvió a montar.

—Vamos. No me gusta lo que estoy oyendo—dijo, antes de espolear su caballo.

Ewan lo siguió, una sonrisa burlona en su rostro.

—¿No será que no te gusta que tenga que ver con la dama Carlisle?

No respondió. El nudo de irritación en su pecho creció por momentos. La idea de Heather conectada con ese hombre sonaba razonable, y le desagradaba.

Por otro lado, ¿por qué un caballero enviaría a su prometida sola, a enfrentar situaciones duras, para aparecer semanas después? Y conectado a ese hombre del pueblo que no podía ser más lamebotas de cualquier inglés con dinero. No encajaban las piezas.

—Tal vez viene a reclamar lo que considera suyo—continuó Ewan, notando el ceño fruncido de su hermano.

Callum tiró de las riendas con un movimiento seco.

—Sea quien sea, averiguaremos qué quiere.

Cuando regresaron al castillo, Gwen los estaba esperando en la sala.

—¿Supieron la noticia?—dijo.

—Lo hemos oído—respondió Callum, acercándose al fuego.

—Charlé con la criada de la inglesa, Penny—continuó Gwen—. Y esa mujer no se guarda lo que escucha si esto es molesto. Está furiosa. Al parecer, ese recién llegado no es del agrado de las Carlisle. Están muy contrariadas. No es un visitante bienvenido.

Callum intercambió una mirada con Ewan. Interesante.

—No es todo—agregó Gwen—. Parece que este Granville es un baronet. Apenas llegó, se reunió con algunos comerciantes del pueblo, aquellos que apoyan el ferrocarril. Un criado de MacLeod me lo contó.

Hamish, que estaba sentado lejos y en silencio hasta ese momento, chasqueó la lengua.

—Los ingleses nunca vienen sin un propósito. ¿Crees que este llegó aquí por la Carlisle? ¿O por las tierras?

Callum inhaló lento, su mandíbula apretándose. Demasiadas preguntas, pocas respuestas.

—Malcolm averiguará quién es y qué pretende. Mientras tanto, quiero que vigilen sus movimientos—ordenó Callum, con voz baja pero firme.

Se acercó a la ventana, observando el paisaje oscuro de las colinas. Esta situación no le gustaba. Tenía que averiguar si ese noble tenía intenciones con Heather.

Gwen decía que la inglesa no lo había recibido bien… Podría necesitar ayuda. Apretó los puños. *No es mi problema. No lo es*. *¿Por qué demonios debería importarme?*

Pero le importaba. Más de lo que admitiría ante sí mismo y sus hermanos.

****

La sala estaba cálida porque había buen fuego en la

chimenea, pero eso no evitaba que Heather sintiera un frío interno que no podía sacudirse. Granville se movía por la habitación con la seguridad del que se cree bienvenido en cualquier parte.

No era el caso aquí, y Heather no sabía si él elegía no percatarse o se divertía con eso. No lo descartaba, le consideraba un cínico. Su presencia la inquietaba.

—Es un alivio verte bien, Heather—dijo él con su tono melifluo, sosteniendo su copa de licor con elegancia, que no eximió que su rostro se arrugara en obvio disgusto al probarlo.

Heather se obligó a esbozar una sonrisa comedida, aunque en su interior sentía que su estómago se cerraba como una trampa. Isabella, sentada junto a la ventana, no disimulaba su desconfianza. Su expresión era la de un gato mirando a un ratón que no le agradaba.

—No esperaba su visita, milord—respondió Heather con cautela—. Pensé que este rincón del mundo sería el último que elegiría visitar.

—Oh, querida, no podría tolerar tu lejanía. Lamenté la forma en que nos separamos, y me propuse venir aquí desde el principio. Pensé que te alegraría verme—su sonrisa era calculada, sus ojos oscuros destilaban complacencia.

Antes de que Heather pudiera responder, Margaret intervino, su tono tan educado como inquisitivo.

—Es curioso que haya hecho un viaje tan largo, lord Granville. No sabía que tenía negocios en esta región—comentó, removiendo su té con lentitud.

—Oh, Londres puede volverse… monótono, y sin ustedes en Surrey… Inglaterra perdió color—replicó Granville, con una ligera curva de sus labios, procurando encantar. No lo lograba, no. Ninguna de las tres lo soportaba—. Y cuando placer y negocios se unen, uno llega a lugares inesperados.

—¿Negocios?—preguntó Isabella, con fingido interés—. Qué fascinante. Espero que no le importe el clima invernal, los caminos intransitables y la gente... de carácter fuerte. Esta región y sus habitantes pueden ser mucho.

—No soy un hombre que se amedrente con facilidad—dijo

Granville, observándola con una sonrisa burlona—. Aunque admito que la hospitalidad en estas tierras es… diferente.

—Es cierto—continuó Isabella con una expresión inocente—. Son gente franca y dura. A veces, demasiado. No tienen paciencia para los forasteros. Y si creen que alguien es un mentiroso, bueno… en más de una ocasión han resuelto disputas de manera poco civilizada.

Granville sonrió con indulgencia, pero su mandíbula se tensó.

—Supongo que debo tener cuidado con las palabras, entonces—musitó, antes de llevarse la copa a los labios.

Margaret, que no había dejado de observarlo con ojo clínico, continuó con la conversación.

—Y dígame, milord, ¿cómo está Londres? Me imagino que todo gira en torno a la guerra en Crimea.

—Por supuesto —asintió Granville con fingida gravedad—. La reina Victoria apoya con firmeza a nuestras tropas, aunque muchos critican su inclinación a involucrarse demasiado. Se dice que toma consejo de su amado esposo en asuntos que no son propios de una dama. Pero, bueno… —sonrió con ironía—, ¿qué se puede esperar de una mujer que cree que la anestesia para el parto es un regalo divino?

Heather alzó las cejas, sorprendida por su tono condescendiente.

—Pues yo diría que cualquier mujer que ha pasado por un parto agradecería ese regalo—replicó con sequedad.

Isabella soltó una risa ahogada y Margaret miró a Granville con una expresión imperturbable.

—Ciertamente, milord, las mujeres no somos desconocedoras del dolor. Ni de las decisiones difíciles—comentó, antes de beber un sorbo de su té.

Granville dejó escapar una risa breve y dirigió su atención a Heather.

—Y tú, querida, ¿cómo va tu aventura como terrateniente? ¿Has encontrado problemas con los comerciantes locales? —preguntó con interés.

Heather se tensó.

—He aprendido a negociar con ellos.

—Espero que así sea. No me sorprendería que algunos intentaran aprovecharse de una dama sin experiencia en estos asuntos—dijo, fingiendo preocupación—. De hecho, me gustaría ayudarte. Tengo contactos en Escocia, comerciantes con quienes he trabajado antes. Podría presentarte a personas que te darían un mejor trato.

Heather sintió que la oferta tenía un filo peligroso. Una cadena disimulada bajo un gesto de caballerosidad. Se obligó a sonreír.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero sé manejarme.

Granville inclinó la cabeza, condescendiente.

—No dudo de tu inteligencia. Solo pienso que podrías ahorrarte muchas molestias si permitieras que alguien con más experiencia te guiara.

—¿Y qué sería de la diversión si todo fuera tan fácil?—intervino Isabella con una sonrisa dura.

Heather se mordió la lengua para no reír.

—Por supuesto—continuó Granville, sin dejar de analizar a Heather—. También he notado que la propiedad carece de personal suficiente. Una casa como esta… bueno, en Londres nadie creería que solo hay dos criados. Y en cuanto a la comida… en fin, supongo que aquí se prioriza la cantidad sobre la calidad.

Hubo un silencio breve. Penny, que justo pasaba detrás de él con la bandeja de té, pareció tropezar y volcó parte del contenido de la tetera sobre la bota de Granville.

—¡Por Dios!—exclamó él, saltando de su asiento.

—¡Oh, qué torpeza la mía, milord! —exclamó Penny con la peor actuación del mundo, aunque su cara de satisfacción era apenas disimulada—. Aye, lo lamento tanto.

Isabella se tapó la boca para contener una carcajada, mientras Heather, bajó la cabeza y pugnó por ocultar su sonrisa.

Granville se irguió, limpiándose con un pañuelo, su expresión mostrando una mezcla de irritación y autocontrol.

—Bien…—murmuró, recomponiéndose—. Supongo que los

accidentes ocurren. Aunque es la segunda vez en dos visitas.

—Sí, claro—murmuró Isabella con los ojos brillantes de diversión—. Ya le dije sobre esta tierra, además.

Granville la ignoró, girando hacia Heather.

—Me siento cómodo aquí, a pesar de lo rústico. Espero que no te moleste que continúe visitándote. Somos cuatro ingleses en un mar de escoceses.

Heather forzó una sonrisa educada.

—Ciertamente.

—Lamento acortar mi visita. Tengo una reunión en el pueblo, y mañana iré a Edimburgo. Un viaje breve.

—Que sea seguro, sir Ed.

Granville hizo una inclinación de cabeza y se dirigió a la salida, seguido por Penny, que aún tenía la bandeja en mano, como si lo escoltara con gusto hasta la puerta.

Cuando la puerta se cerró tras él, Isabella soltó la risa que había estado conteniendo.

—¡Eso fue perfecto!

Heather se masajeó las sienes, exhalando con cansancio.

—Ese hombre es… agotador.

Margaret suspiró y se acomodó mejor en su asiento.

—Y peligroso. No confíes en sus intenciones, Heather.

—No lo haré —aseguró ella, pero su estómago se revolvía con inquietud.

Un ruido en la cocina hizo que giraran la cabeza. Harriet apareció en el umbral, secándose las manos en su delantal, con una expresión de absoluto desdén.

—Si ese pavo real vuelve a criticar mi comida, le meteré un panecillo en la boca antes de que la abra—anunció.

Heather y Margaret la miraron sorprendidas. Isabella estalló en carcajadas.

—Harriet, eres un tesoro nacional.

Harriet bufó y volvió a la cocina, mientras Heather, a pesar de la tensión en su pecho, no pudo evitar sonreír, para luego demudar el gesto.

No, no confiaba en Granville. Su insistencia en conocer sobre

sus intenciones con la propiedad, en conocer la extensión exacta, los números… Era intrusivo y la molestaba, mucho.

# Capítulo 14

Callum cabalgaba junto a Ewan y Hamish, sus monturas avanzando con paso firme sobre la tierra húmeda.

Callum enlenteció el paso cuando avistaron una bandada de cuervos alzando el vuelo desde un campo cercano. Un mal presagio. Su abuelo solía decir que los cuervos traían noticias antes que los hombres.

—Maldita sea, me revienta que los ingleses anden rondando como si todo esto fuera suyo—gruñó Hamish, ajustando el plaid que llevaba sobre un hombro—. ¿Qué carajo querrá ese Granville? ¿Se siente caritativo y quiere llevarse de vuelta a la inglesa a la civilización?

—¿Te parece que ella querría irse? —preguntó Ewan, ladeando la cabeza—. Ha aguantado más de lo que esperaba. La mayoría de los ingleses habrían huido después del primer mes.

—Ojalá no se le haya metido en la cabeza que puede quedarse—gruñó Hamish—. Ese sassenach rodea su casa como un gallo cortejando un gallinero.

Callum mantuvo el rostro impasible, pero la situación se le antojaba revulsiva. La idea de que Granville hubiera llegado por Heather lo inquietaba más de lo razonable.

—Los ingleses todo lo hacen con un propósito—musitó Callum, su tono más grave—. No te engañes, Ewan. Si Granville está aquí, no es solo por ella. Su presencia significa problemas.

—¿Problemas para quién? —replicó Ewan, enarcando una ceja—. Tal vez la Carlisle tiene más sentido común del que crees y está reconsiderando su lugar aquí.

Callum soltó una risa seca.

—No seas ingenuo. ¿Qué sentido tiene que un aristócrata inglés viaje hasta aquí solo por una mujer?

Ewan hizo un ademán con las manos.

—Tal vez no soporta la idea de que otra persona la tenga.

Las palabras flotaron entre ellos, y Callum sintió que algo se encendía en su interior. Jaló de las riendas y su caballo resopló.

Clavó su mirada en Ewan.

—¿Tenerla?—repitió, con un filo en la voz—. No es un maldito objeto para que alguien la tenga.

Hamish resopló.

—Parece que alguien está muy metido en este asunto.

Callum no respondió, pero Ewan y Hamish intercambiaron una mirada cargada. Los ignoró.

Siguieron cabalgando en silencio por un rato, hasta que el sendero los llevó a un risco que se alzaba sobre las praderas del valle. Desde allí se podía ver gran parte de sus tierras, las colinas suaves extendiéndose como un tapiz verde.

—¿Recuerdan cuando éramos críos y veníamos aquí a cazar con el arco de papá?—murmuró Hamish, sin apartar la mirada del horizonte—. Nos creíamos invencibles, como si nada pudiera sacarnos de nuestras tierras.

—Mm. Hasta que los problemas crecieron—dijo Callum, su tono endurecido—. Y la realidad nos mostró que el mundo cambiaba.

El peso de la historia se cernió sobre ellos como una sombra. Hamish apretó la mandíbula y espoleó a su caballo, como si quisiera huir del recuerdo. Callum permaneció inmóvil un instante más, mirando las tierras que generaciones de MacLaren habían defendido con sangre y sudor.

—Maldita sea… ¿Qué demonios?—Ewan interrumpió el silencio, señalando hacia un grupo de ovejas dispersas en la ladera —. ¡Algo espantó a la majada!

Callum entornó los ojos y vio a Finn, el pastor de Heather, corriendo colina abajo, agitando los brazos para intentar reagrupar a los animales.

—Vamos—ordenó, girando su montura con rapidez.

Los tres descendieron la ladera con velocidad, los cascos de sus caballos salpicando tierra y piedras. Al llegar donde estaba Finn, vieron que el hombre resoplaba por el esfuerzo, con el rostro enrojecido y gotas de sudor perlándole la frente.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Callum, desmontando.

Finn se giró y su expresión pasó de agitada a recelosa al

verlos.

—Un zorro, tal vez un lobo. No lo vi, pero la majada se espantó. Y no hay suficientes perros para contenerlas rápido—gruñó, chasqueando la lengua—. No es la primera vez que pasa. Necesitamos perros. Dos pastores, más la señorita, no somos suficientes.

Hamish soltó una carcajada.

—¿De veras? ¿Se ensucia ella sus delicadas manitas inglesas con bosta?

Finn frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pues sí, trabaja como uno de nosotros. No es como ustedes creen. No se la pasa encerrada en su casa como una dama mimada. Trabaja duro, escucha, aprende. Si no fuese por ese jodido sassenach, que la tiene tan molesta, todo estaría bien—masculló, y Callum entrecerró sus ojos.

—¿Granville?

Finn asintió.

—Viene a verla casi a diario. Se pasea como un pavo real por la casa. Suelta palabras bonitas, pero la señora Carlisle no está tranquila. No lo dice, pero se le nota.

Ewan se cruzó de brazos, evaluando la información.

—¿Y qué más sabes, Finn?

El pastor miró a su alrededor, como asegurándose de que nadie más escuchara.

—Lo que se dice en la cocina… Penny lo odia. Dice que él mira a la señorita como si la devorara. Y la señorita Isabella hecha sapos y culebras, lo odia. La tía es más calma. Pero nadie lo quiere.

Callum sintió que algo oscuro y primitivo le hervía en el pecho.

—Un hombre de verdad no acosa a una mujer—murmuró con voz grave, su tono más peligroso de lo que pretendía.

Ewan dejó escapar un suspiro.

—Esas mujeres están solas, Callum. Si ese inglés está causando problemas, deberíamos intervenir.

Hamish se encogió de hombros.

—Nadie nos ha llamado. No es nuestro asunto.

Una parte de Callum estaba comenzando a pensar que esto no era así.

****

Granville tamborileó los dedos contra la mesa de madera rugosa, su expresión impasible mientras observaba el vino oscuro en su copa.

La posada apestaba a grasa rancia y humo de tabaco barato, un perfume burdo comparado con los refinados clubes londinenses donde solía discutir negocios.

La comida era aún peor: carne cocida hasta la resignación, pan demasiado duro y un caldo sospechosamente insípido que apenas había tocado. Qué espantoso lugar. Qué espantosa gente.

Escocia siempre le había parecido una tierra incivilizada, pero este rincón en particular le resultaba detestable. Había algo brutal en su aire húmedo, en sus caminos sin empedrar, en las voces ásperas de los lugareños, que mascullaban en ese gaélico impenetrable.

No importaba. No pensaba quedarse mucho tiempo. Solo lo necesario para reclamar lo que le correspondía. Tomó un sorbo de su vino, disimulando su desagrado.

Por supuesto que era agrio. Sus ojos recorrieron la estancia con hastío. Sus sirvientes, cinco en total, trabajaban en silencio en sus aposentos y en los preparativos de la jornada siguiente.

Su guardia personal, cuatro hombres bien pagados y disciplinados, comía en una mesa apartada, con la vista alerta, y su cochero descansaba en la parte trasera del edificio.

El lugar no era digno de él, pero servía para sus propósitos. Desde que llegó, había estado tanteando el terreno, reuniéndose con comerciantes, arrendatarios en dificultades y hombres de negocios que comprendían el valor del progreso.

No fue difícil encontrar aliados. La gente pobre no tenía lealtades cuando el hambre acechaba. Y este rincón del mundo estaba hambriento.

—MacLaren es un obstáculo, milord. La gente lo sigue con devoción. Es peligroso para los negocios—murmuró uno de los comerciantes, un hombre de barriga abultada y dedos inquietos, que

jugueteaba con el borde de su vaso de whisky.

Granville sonrió, y levantó la vista hacia su interlocutor.

—Callum MacLaren—musitó, probando el nombre como si degustara algo exótico y desagradable a la vez.

Lo había escuchado varias veces en las últimas semanas. Siempre con el mismo tono de respeto renuente. La gente hablaba de MacLaren como si fuera una fuerza de la naturaleza, como si su voluntad fuera más importante que las leyes, que el dinero.

Qué absurdo. No había hombre en el mundo que no pudiera ser doblegado. O con oro, o con hierro.

Heather… Heather era otra historia.

Granville inspiró lento, recordando la expresión de su rostro cuando lo vio llegar a su propiedad. La forma en que sus labios se tensaron en una línea delgada, la rigidez de su postura.

Heather siempre había sido testaruda, pero su reacción no fue de indiferencia. Fue de incomodidad. De resistencia. Y eso lo enfurecía. Quería domarla.

Siempre había querido lo que no podía tener. Su madre se lo decía cuando era niño: *Eres como tu padre. Te encaprichas con lo que te niegan*.

Y Heather lo había negado. Que rechazara su ayuda fue un insulto. Lo hizo parecer un necio ante los demás. Lo hizo parecer… prescindible.

No lo era. Había venido tras ella por orgullo, al principio. Después de todo, una vez le había pertenecido. O casi. No pudo soportar la idea de que escapara, de que eligiera esta vida miserable en lugar de la que le ofrecía.

Pero luego, en el club de Londres, entre conversaciones sobre inversiones y política, escuchó algo más interesante. Algo que transformó su viaje en una oportunidad de oro.

Las Highlands estaban llenas de lairds en bancarrota, de viejas familias aferradas a tierras que ya no podían sostener. Y los acreedores estaban ansiosos por vender sus deudas a hombres con la visión y el capital suficiente para "rescatar" esas propiedades.

Granville se aseguró de comprar la deuda de George Carlisle. Por lo que ahora, aunque Heather no lo sabía aún… Le pertenecía.

Aún no era momento de decírselo. No. Primero tenía que hacerle creer que él era su única opción. Que los MacLaren eran su enemigo, no él. Que estaba aquí para ayudarla, para protegerla del inminente desastre financiero que se cernía sobre ella.

No era mentira del todo. Si no aceptaba su ayuda, si se aferraba a esta farsa de independencia… la destruiría.

—Entonces es hora de conocerlo en persona—dijo, quebrando el silencio, con una sonrisa calculada.

El laird testarudo creía que podía sostener un mundo que ya no existía. Iba a aplastarlo. Y Heather Carlisle lo vería hacerlo. Admiraría su fuerza, su astucia, su talento.

# Capítulo 15

Callum recibió la misiva de Granville al día siguiente. Un mensaje formal, educado, anunciando su inminente visita, dando por sentado que sería recibido cuando él quisiera.

El papel terminó arrugado en su puño antes de lanzarlo al fuego.

—Se lo recibirá en dos días—ordenó sin miramientos.

Lo recibiría solo porque quería medirlo, ver con sus ojos a quién se enfrentaba. No le debía ninguna deferencia a un inglés que se paseaba por sus tierras con la arrogancia de un conquistador.

Cuando el carruaje de Granville cruzó las puertas de su castillo, Callum ya estaba preparado para lo que fuera a decir. Le observó descender con su porte calculado, su abrigo impecable y la mirada de quien se cree en ventaja.

Sonreía, como si la espera no lo hubiera molestado en absoluto. Pero Callum notó la tensión en su mandíbula.

—Laird MacLaren—saludó con una inclinación de cabeza—. Un placer conocerle por fin.

Callum cruzó los brazos sobre el pecho, observándolo sin disimular su frialdad.

—¿A qué debo el honor, milord?

—Intereses en común, espero—dijo, con su sonrisa inquebrantable—. Vine a conocer la región. A entenderla. A tender puentes entre Escocia e Inglaterra.

Ewan, apoyado con despreocupación contra la mesa de la sala, dejó escapar una carcajada seca.

—No sabía que los ingleses tuvieran interés en *comprender* algo fuera de sus fronteras. De normal solo toman—comentó con tono relajado, pero sus ojos estudiaban a Granville.

Callum no se molestó en sonreír, o en ser cortés. Lo que veía era suficiente. Un hombre vano, charlatán, engreído, que se creía superior, y traía espejitos de colores.

—No necesitamos puentes. Nos las hemos arreglado sin la intervención inglesa por siglos.

Granville inclinó la cabeza en un ademán de falsa comprensión.

—Ah, pero el progreso es inevitable, MacLaren. No hay hombre ni nación que pueda detener el avance del mundo.

—¿Progreso?—Callum se sirvió whisky sin apurarse, disfrutando de la molestia perceptible en la expresión de Granville—. No todo lo nuevo es sinónimo de mejora. Mire lo que ocurre en Irlanda, en la India. ¿Llamaría progreso a lo que ha sucedido allí?

Granville sonrió con suficiencia.

—No compararía las Highlands con Irlanda o la India. Son situaciones distintas.

—Por supuesto que lo son—intervino Ewan, con una sonrisa depredadora—. Pero el patrón es el mismo, ¿no? Un gobierno central decide lo que es mejor para una región sin importar lo que sus habitantes piensen. La historia se repite.

Callum inclinó la cabeza con aire pensativo, disfrutando de la creciente molestia del inglés.

—Pero sigamos hablando de progreso—continuó—. La revolución de los transportes. Trenes, barcos a vapor, carreteras… Todo muy moderno, muy rentable. Claro, a menos que seas el campesino desplazado por una nueva línea de ferrocarril. O el obrero explotado en las fábricas de Manchester. ¿Cuántas vidas ha costado ya su progreso, señor Granville?

—Sir Ed Granville—corrigió, con un suspiro condescendiente —. MacLaren…

—Laird MacLaren—corrigió Callum.

—Por supuesto. Con todo respeto, su visión del mundo es… anticuada. Inglaterra lidera la modernidad, la industria, el comercio. Escocia no puede aislarse del cambio. Sus tierras necesitan inversión, y eso significa adaptarse.

—¿Inversión?—Callum ladeó la cabeza—. No se me ocurre una palabra más bonita para decir "apropiación".

Granville soltó una risa baja.

—Oportunidad. Esa es la palabra que usaría yo.

—¿Oportunidad para quién?—preguntó Ewan, girando el vaso en su mano—. ¿Para los hombres que han invertido en este

ferrocarril? ¿O para los que quedarán fuera de sus propias tierras cuando no puedan seguir pagando impuestos y arriendos?

Granville no perdió su sonrisa, pero hubo un brillo de impaciencia en sus ojos oscuros.

—Los hombres inteligentes saben cómo adelantarse a los cambios. Y los fuertes sobreviven.

—No se equivoque, *sir Ed Granville*—dijo Callum con frialdad —. Nadie en esta tierra necesita que le enseñen a sobrevivir.

Hubo un silencio tenso. Granville tomó un sorbo pausado de su licor antes de apoyar la copa con un leve *clac* sobre la mesa.

—Hablando de cambios… Me temo que también tengo otro motivo para mi visita.

Callum enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Heather Carlisle.

El silencio en la habitación se volvió más denso. Callum sintió la sangre tensar su piel.

Granville sonrió con aire despreocupado.

—La estoy cortejando.

La declaración lo golpeó con un peso que no esperaba. Algo rugió en su interior, un instinto primitivo y peligroso. Su mente, traicionera, evocó el sabor de los labios de Heather, la sensación de su cuerpo pegado al suyo, el estremecimiento en su piel cuando la besó.

No la había visto desde entonces. No habían hablado. ¿Era posible que hubiese considerado la propuesta de Granville? No. No lo creía.

—¿Cortejándola?—Callum sonrió con ironía, disimulando su creciente molestia—. No lo creo.

Granville arqueó una ceja.

—¿Y por qué no?

—Porque Heather Carlisle es demasiado lista para caer en manos de un hombre como usted.

La sonrisa de Granville se endureció.

—Oh, *Laird* MacLaren. No subestime el poder de un hombre decidido.

Callum se inclinó hacia adelante, sus ojos ardiendo con un desafío silencioso.

—No subestime usted a una mujer con voluntad propia.

Granville mantuvo la mirada por un largo instante.

—Ya veremos.

Ambos sabían que la conversación no era solo sobre Heather.

Granville terminó su copa y se puso de pie con la misma calma con la que había llegado.

—Sabe, se equivoca al resistirse tanto. Hay una manera en la que todos podemos ganar aquí. Usted, su gente… y yo.

—No habrá progreso sobre el sudor y la sangre de los míos —le advirtió Callum—. Si algo va a cambiar en estas tierras, será con nosotros, no a pesar de nosotros.

Granville inclinó la cabeza con una sonrisa fina, maliciosa.

—Se arrepentirá de no aceptar el trato que le propongo.

Callum lo miró sin pestañear.

—Que tenga buen viaje de regreso a su posada.

Granville sostuvo la mirada un segundo más antes de sonreír con la lentitud de un depredador.

Y con ese último veneno, se marchó.

****

El fuego en la chimenea de su despacho crepitaba con pereza, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de piedra. Callum apenas reparaba en ello.

Sus ojos recorrían las líneas de la carta que Malcolm le había enviado desde Edimburgo, sus puños apretándose al leer los detalles.

Sir Ed Granville no era un simple aristócrata en busca de diversiones o una vieja llama que venía a cortejar a la inglesa. No. Estaba mucho más involucrado en los planes ferroviarios de lo que habían sospechado.

Además, había estado en contacto con los acreedores de George Carlisle antes de su llegada. De la existencia de estos se había enterado Malcolm por pura casualidad, en una reunión en Edimburgo.

Que un inglés que no había puesto un pie antes aquí les conociera mostraba a las claras de que el muy bastardo tenía contactos claves, y sabía exactamente lo que hacía. Y lo que quería.

Callum pasó una mano por su cabello, exasperado. Su instinto había sido correcto desde el principio: Granville no estaba allí por Heather, o al menos, no solo por ella.

—Jodido malnacido...—murmuró entre dientes, doblando la carta con brusquedad.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su tormenta de pensamientos.

—Pasa.

Gwen entró, sacudiendo la cabeza como si quisiera librarse del frío que quedaba atrapado en sus ropas.

—Lo vi en el poblado—dijo sin preámbulos—Al tal Granville. Sí que llama la atención, y no solo por su vestimenta. Tal parece que no puede dar un paso sin que necesite que le alcancen algo. Un petimetre. Y estaba con la inglesa.

Callum levantó la mirada de inmediato, su ceño frunciéndose.

—¿Y?

Gwen se dejó caer en una silla frente a él.

—Parecía muy interesado en ella, demasiado cerca. La otra mujer, su prima, iba también. Noté a las dos muy tensas, y cuando el sassenach le tomó la mano, la cara se le transformó. Tiene un rostro expresivo la inglesa.

El malestar le recorrió el pecho. Imaginó los dedos de Granville sobre Heather, su sonrisa condescendiente, su voz engatusadora... Y sí, ella dejaba entrever sus emociones, en eso coincidía con su hermana.

Su mandíbula se había endurecido y los dientes crujieron de apretados. Se aclaró la garganta y se hizo atrás, casual. Ni él ni su hermana creyeron el gesto.

—¿Qué hizo ella?

—Recuperó su mano apenas pudo, y la llevó atrás. Sonrió y se comportó como toda una dama, pero rechazó la invitación a tomar té en la posada. Pero la otra parecía lista para saltarle a la

yugular.

Callum soltó un bufido y se levantó de golpe. ¡Maldita sea! Ese bastardo no tenía derecho a molestarla. Heather Carlisle no era asunto suyo... ¡No lo era!

—Ese bastardo inglés ha llegado para intentar ganar dinero en nuestras tierras. Vaya a saber que conexión previa tenían con ella —Intentó convencerse—. Su interés en ella es muy claro. Tal vez ella vino en una avanzada para tantear el terreno y…

—No, no lo creo. Una mujer sabe, y te puedo asegurar que Granville no es bienvenido entre las Carlisle.

La seguridad de Gwen era absoluta, y Callum se sintió… ridículamente aliviado. Sin decir nada más, tomó su abrigo y salió de la habitación. Necesitaba despejar su mente, y una cabalgata se imponía.

# Capítulo 16

Heather no podía borrar la sensación de desasosiego que le había dejado su encuentro con Granville en el poblado. Se estaba volviendo una figura tan repetida que la desahuciaba. Pero hoy...

¡El muy descarado se había tomado libertades como si tuviera algún derecho sobre ella! Delante de los pobladores que iban y venían. Su manera de inclinarse demasiado cerca, de rozar su piel con una familiaridad que ella no le había concedido...

—Odio a ese hombre—soltó, mientras caminaba con paso rápido por la propiedad, tratando de ordenar su mente.

La mirada preocupada de su tía y el enojo contenido de Isabella la seguían incluso en sus pensamientos.

—No puedes ceder ni un poco, Heather—había dicho Isabella, con los labios apretados. —Su forma de hablar no fue una petición, fue una advertencia disfrazada. ¡Jodido Granville! Era molesto en Surrey, pero al menos se anunciaba. Estos días, acá… Ha perdido sus modales. No me gusta. Nada.

—Lo sé—murmuró Heather, frotándose las sienes—. Voy a caminar un poco, Isabella. Ve adentro que está frío.

—Ten cuidado, anochecerá pronto.

Asintió, y se envolvió en su abrigo de lana, embebida en sus preocupaciones.

La otra cuestión que comenzaba a desvelarla: los números de la propiedad. ¡George tenía deudas que ella desconocía! Ese comerciante que le había enviado mensaje y con el que se reunió era un intermediario de un grupo de acreedores.

Jodido problema, era un follón que no sabía cómo encarar. Tenía la reserva de libras producto de la venta de su propiedad allá en Surrey, pero el dinero se escurría entre sus dedos.

Temía enterarse de otros asuntos dejados atrás por el tío George. ¿Sería que le había dejado un territorio y una propiedad que la llevarían a la ruina? ¿Otra vez? Era desalentador pensarlo.

Suspiró y se frotó los brazos, el frío comenzando a calarle. Miró alrededor. Había caminado más de lo pensado, y se encontró al

borde de un acantilado.

La vista era magnificente. El olor a flores permeaba el aire, y un sin fin de pájaros daba vueltas buscando refugio para el sueño nocturno.

El resoplido de un animal la sobresaltó, y al girar vio que un jinete estaba apenas a cincuenta metros, como salido de la nada. La inconfundible silueta, alta y oscura, envuelta en un plaid de colores conocidos, del laird MacLaren.

Detuvo el trote del caballo con una maniobra experta que hizo que el magnífico animal relinchara y moviera su testuz arriba y abajo.

Heather sintió el latido acelerado en su garganta. Era atractivo de una manera tosca, salvaje, admiró. Dio un inmediato manotazo mental a la idea. Era un escocés pedante incapaz de considerar nada más que lo que él creía sobre los otros.

Y estaba en sus tierras. ¡Ja! Mira tú como se daban vueltas las cosas.

—¿Se perdió, milord? ¿Es que es usted quien necesita un mapa ahora?—preguntó, su voz impregnada de sorna mientras se acercaba.

Callum la miró con esos ojos oscuros e insondables, y Heather sintió un escalofrío.

—A veces hasta los más expertos traspasan los límites, y dado que usted lo hizo más de una vez y no pasó nada, espero que no haya mayor inconveniente—respondió, desmontando—. Además, me han dicho que sus tierras se han convertido en un lugar que convoca multitudes.

Heather cruzó los brazos, desafiante.

—Si solo vino a molestar, ahórrese las palabras.

Callum alzó una ceja, esbozando una sonrisa ladeada.

—¿Qué tal su amigo, sir Ed Granville?

Heather sintió que la sangre le hervía.

—No es mi amigo.

—Ah, ¿no? Porque lo parecía cuando le tomó la mano en el poblado.

Heather sintió una rabia ardiente subiéndole al rostro.

—¡No fue mi elección!—luego, parpadeó—. ¿Y usted como sabe eso? ¿Es que tiene espías?

—Es inevitable que todo se sepa en un lugar tan pequeño, en especial cuando las novedades implican a los sassenach, y estos no dudan en brindar espectáculo.

Ella abrió su boca para retrucarle con unos cuantos gritos, como merecía, pero lo pensó mejor. No tenía sentido perder la calma con este hombre imposible.

—No he venido aquí a dar *espectáculo* a nadie. Y no tengo que explicar mis movimientos o intenciones.

—¿Qué busca ese hombre aquí, con usted?—le inquirió, imperativo, y Heather suspiró y meneó su cabeza.

—Solo puedo especular, pero le diré…—no supo por qué, pero sintió que podía expresar su pensamiento en voz alta—. No creo que sea bueno.

Callum la observó un largo momento y luego, en un gesto inesperado, dio un paso más cerca.

—Dígame si necesita ayuda.

Heather sintió su corazón tamborilear contra su pecho.

—No la necesito—susurró, pero su voz carecía de firmeza.

Por pura fuerza de voluntad quitó su vista del atractivo rostro del laird. Por qué tenía que pensar en él así, se le escapaba, pero no era buena cosa. Estaban demasiado cerca, la luz del día huía, el ulular del viento crecía, y él parecía una presencia física que la calmaba.

¡Era tan tonto creer esto! Este era un palurdo pagado de sí mismo y apegado a sus tradiciones, y estas dictaban odiar a los ingleses.

Además, era demasiado alto, sus manos callosas, la barba de días era desprolija y olía a cuero, hierbas y sal. Que a ella eso le gustara era casual.

Y que fuera lo opuesto con el aroma a agua de rosas, brandy y tabaco que exudaba Granville, olores que le habían disgustado siempre, también, casualidad.

—Proteger es algo que se me da bien, incluso a inglesitas que se las dan de rudas, pero que lo ignoran todo de este mundo—

dijo él, e inclinó la cabeza.

Heather tuvo tiempo de ver su boca acercarse, Callum se aseguró de ello. Pudo dar un paso atrás, propinarle un empujón. No obstante, la única reacción física estuvo en sus labios, que se entreabrieron, expectantes.

Cuando la boca del laird se posó sobre la suya, Heather quedó petrificada. El calor, la firmeza de su contacto, la sensación de ser atrapada en algo imposible de resistir… era increíble.

Al principio, su cuerpo se tensó, como si su mente se negara a aceptar lo que estaba sucediendo. Pero entonces, una ola de calor ascendió desde su pecho hasta su rostro, y sintió el hormigueo expandirse desde sus labios hasta la punta de sus dedos.

Un temblor la recorrió cuando el roce de su aliento la envolvió, una mezcla de whisky y menta. Callum la sujetó por los hombros, no con rudeza, pero con la firmeza de un hombre que no estaba dispuesto a soltar su presa.

Heather sintió el calor de sus palmas atravesar la tela de su vestido, haciéndola arder donde la tocaba. Cuando la atrajo más, con un movimiento resuelto, su brazo fuerte rodeando su cintura, ella sintió la dureza de su pecho contra el suyo.

Los pliegues del plaid que cruzaba su torso le rozaron los pechos y el abdomen, y algo frío—quizás la empuñadura de un cuchillo o la hebilla de su cinturón—se incrustó contra su costado.

El beso se profundizó, y Heather se sintió abrumada por la intensidad. La fuerza contenida en su abrazo contrastaba con la forma en que su boca se movía sobre la suya, reclamando, explorando sin pedir permiso.

Sintió su resistencia desmoronarse poco a poco, como un muro que cede ante la tormenta. Su corazón latía con tanta fuerza que temió que él pudiera escucharlo.

Callum la alzó con facilidad, y por un instante, sus pies quedaron suspendidos en el aire. La sensación de ingravidez la mareó, o quizás era la falta de aliento lo que la hacía sentir que flotaba.

Heather se aferró a su chaqueta casi sin darse cuenta, sus dedos apretando el tejido áspero mientras un escalofrío recorría su

espalda.

El laird la sostuvo unos segundos más, prolongando el beso hasta que ella creyó que perdería el sentido. Su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas, como si se obligara a recuperar el control.

Luego, con un movimiento pausado, la bajó, permitiendo que sus pies tocaran la tierra. Heather permaneció quieta, sus labios entreabiertos, su respiración alterada, su pulso desbocado.

Callum fijó en ella sus ojos entornados, menos seguros que antes, menos determinados. Su expresión había cambiado, como si ni él mismo entendiera qué demonios acababa de hacer.

El aire entre ellos estaba cargado, denso. Heather tragó saliva, incapaz de encontrar palabras. Callum tampoco habló. Solo la observó, sus dedos soltando su cintura con lentitud, y la piel de Heather hormigueó donde antes la había sostenido.

Sin hablar, se apartó un paso, como si con ello pudiera disipar lo que acababa de ocurrir. Pero no había nada que pudiera borrar ese beso. Era el segundo de Heather, y la había hecho volar y caer a la vez.

Le miró montar en su caballo de un salto, y caracolear, mirándola con ardientes ojos oscuros.

—Si necesitas ayuda, sabes dónde encontrarme. Y solo tienes que pedírmela.

Y con eso se alejó, dejando a Heather temblando entre el desconcierto y un anhelo brutal.

# Capítulo 17

El sonido de cascos en el camino de tierra precedió la llegada de un carruaje. Heather levantó la vista de los libros de cuentas con el ceño fruncido, esperando que quien fuese, trajese buenas noticias.

Entre el mal clima, que había matado ovejas y por tanto, complicado las cosas, más los gastos en refacciones necesarias en la casa y el pago de salarios, el dinero fluía sin parar.

Isabella pasó a su lado y se asomó a la ventana, para luego dejar escapar un bufido.

—Es el comerciante con el que te entrevistaste—dijo.

Heather se puso de pie de inmediato y caminó con paso firme hacia la puerta. Penny, que barría la entrada, la observó con el ceño fruncido.

—Mala cosa, miladi—murmuró antes de hacerse a un lado.

El hombre bajo y robusto de cabello canoso le extendió un sobre con un sello lacrado.

—Llega desde Edimburgo, señorita Carlisle—dijo con tono neutro—. Del despacho del notario Robertson. Lo trajo un mensajero esta mañana.

Heather lo tomó con manos firmes, pero sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era común recibir correspondencia de un notario, pero que el intermediario con los acreedores fuese el portador de la misiva, no era buen augurio.

Apretó los labios y le agradeció con un gesto, y él se despidió.

—¿Qué es?—preguntó Isabella, acercándose.

Heather no respondió de inmediato. Caminó hasta la mesa y rompió el lacre con determinación. Sus ojos se deslizaron por el contenido y, a medida que leía, su estómago se hundió.

—Es de los acreedores del tío George—murmuró—. Al parecer, su deuda ha sido vendida.

—¿Vendida?—repitió Isabella, confusa—. Pero, ¿cómo es eso posible?

—No lo sé—meneó su cabeza.

—¿A quién?

Heather tragó saliva y leyó en voz alta:

*"A partir de esta fecha, la totalidad de la deuda contraída por el difunto George Carlisle ha sido adquirida por el honorable sir Ed Granville, quien asume todos los derechos y reclamos asociados."*

El silencio que cayó en la habitación fue pesado, denso. Isabella palideció, y Penny, que aún estaba cerca, chasqueó la lengua con desdén.

—¡El bastardo inglés!—exclamó la criada, cruzándose de brazos—. Sabía que ese buitre arrogante no había venido aquí solo por cortesía. Si la mala intención la lleva dibujada en la cara.

Heather sintió una ola de incredulidad pesar sobre su cabeza, seguida del ascenso de la furia en su pecho. La carta crujió entre sus dedos cuando la apretó con rabia.

—Ese maldito…—espetó—. Sabía que tenía planes… Algo tramaba, se veía, pero… Imaginé que sería la misma vieja historia conmigo. Jamás…—su voz vibró, impulsada por la indignación que la hizo dar vueltas en círculo y tirar sus manos al aire—. ¡Jamás imaginé que haría esto! Que fuese tan bastardo, tan crápula. ¡Pretende atraparme, dejarme atada a él! ¡Maldito manipulador!

—Es bueno saber que conoce malas palabras—gruñó Penny, sus brazos en jarra, y Harriet a su lado, asintió, aunque tenía la boca fruncida.

—Desahóguese, querida, deje salir la ira, que luego hay que pensar con calma—indicó la cocinera.

Isabella se llevó ambas manos a la cabeza.

—Esto es un desastre—murmuró—. Granville es un hombre despreciable, pero esto es un movimiento sucio incluso para él.

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó Penny, con un brillo de preocupación en los ojos, y su pregunta en plural hizo ver a Heather que, al menos en su intención de hacerse una con esta gente, había tenido éxito.

Pero si no encontraba una salida… Si no conseguía dinero para pagar, no podrían quedarse. Inspiró hondo, intentando controlar su ira.

—Voy a pensar—respondió, más para sí misma que para las

demás—. Si vendo el ganado, si sumo mis ahorros, si consigo más ingresos…

Su voz se fue apagando mientras hacía cálculos mentales, buscando una salida, una posibilidad, cualquier opción que no implicara estar a merced de Granville.

—Lo que sea que decidas—dijo Isabella, cruzándose de brazos—, más te vale que no incluya aceptar alguna de sus condiciones. Porque vendrá con ellas, el gran sinvergüenza. ¡Oh, qué ganas de caerle a hostias! Deberé controlar mi genio—murmuró.

Antes de que Heather pudiera responder, un acceso de tos fuerte y rasposa rompió el momento. El sonido seco y persistente llenó la estancia como una señal de alarma.

Heather e Isabella se giraron de inmediato hacia la puerta, donde la tía Margaret se había detenido, con una mano apretada contra el pecho y la otra aferrando el marco de la puerta como único sostén.

Su rostro estaba más pálido de lo habitual, casi cerúleo bajo la tenue luz de la lámpara, y su respiración se entrecortaba en jadeos irregulares.

—¡Tía!—Heather corrió hacia ella y la sostuvo por los hombros, sintiendo bajo sus dedos la delgadez alarmante de su figura—. ¿Desde cuándo te sientes así?

Margaret sacudió la cabeza con fastidio y trató de esbozar una sonrisa cansada, pero sus labios apenas se curvaron antes de que otro espasmo de tos la sacudiera.

—Estoy bien, querida—respondió con voz ronca—. Solo necesito descansar.

Heather sintió el peso de la preocupación hundirse en su estómago. Isabella, con el entrecejo fruncido, se acercó de inmediato.

—Eso no es cierto—replicó con firmeza—. No puedes engañarnos, tía. Has estado comiendo menos, duermes más y ahora esto…

Margaret intentó rebatirlas con una mirada de exasperación, pero Heather no le permitió hablar. Con una presión suave pero decidida, la ayudó a avanzar hacia un sillón cercano y la obligó a

sentarse.

Su tía estaba liviana como un pajarillo, y su piel, cuando la tocó al acomodarle la manta sobre los hombros, se sentía helada.

—Isabella, tráele algo caliente—ordenó Heather sin apartar la mirada de Margaret.

Isabella asintió y salió presta hacia la cocina siguiendo a Harriet. Penny se acercó a Heather, y le murmuró:

—¿Está enferma?—preguntó, sin molestarse en disimular su preocupación.

—No lo sabemos aún—respondió Heather, apretando los labios—, pero necesitamos que coma.

Penny asintió y se apresuró a seguir a Isabella, murmurando algo en gaélico que Heather no alcanzó a entender. Mientras esperaba, se arrodilló junto a su tía y le tomó las manos.

Estaban frías y huesudas, como si todo el calor se hubiera drenado de su cuerpo.

—Tía, dime la verdad. ¿Desde cuándo te sientes así?

Margaret suspiró, inclinando la cabeza contra el respaldo.

—No es nada, niña. Solo… el cansancio. La humedad de este lugar. No soy tan joven como antes.

Heather no quedó convencida. Sus ojos recorrieron el rostro de su tía, notando por primera vez las sombras bajo sus ojos y la tirantez de su piel. ¿Cómo no lo había visto antes?

Había estado tan absorta en resolver la administración de la propiedad y en enfrentarse a Granville y los MacLaren que no había prestado suficiente atención a su tía. La culpa se enroscó en su pecho.

Isabella regresó con una taza humeante y un plato con sopa caliente, seguida de Penny, que dejó sobre la mesa una bandeja con pan y miel. Heather tomó la taza y la acercó a los labios de Margaret.

—Bebe esto. No voy a discutirlo.

Su tía la miró con exasperación, pero aceptó la taza con manos temblorosas. Tomó un sorbo, y un suspiro de alivio escapó de sus labios cuando el calor de la infusión comenzó a hacer efecto en su garganta.

—Tía…

Su voz sonó tensa, y Margaret alzó la mirada de inmediato. Isabella la miró con desaprobación, pero Heather no iba a ocultar la verdad.

—Hemos recibido una carta del notario. Granville ha comprado la deuda de la propiedad. Ahora tiene control sobre lo que poseemos.

El sonido de la cuchara cayendo contra el plato llenó la habitación. Margaret parpadeó lento, como si su cerebro tardara en procesar la información. Luego, exhaló un suspiro pesado.

—Así que ese canalla ha hecho su jugada—murmuró.

Isabella cruzó los brazos, con el rostro encendido de furia.

—No podemos permitir que nos manipule. Hay que buscar una solución.

—¿Qué solución?—preguntó Margaret con voz débil—. Sabe lo que hace. No te dejará escapar tan fácil. Ha estado detrás de ti por dos años, y es un hombre orgulloso.

—Fatuo, canalla, manipulador, además—gruñó Isabella.

Heather sintió un nudo formarse en su garganta. La impotencia se enredó en su pecho, pero se obligó a mantener la compostura. No podía permitirse un colapso ahora.

—Lo resolveremos—Su voz tembló, pero intentó dotarla de convicción—. No vamos a rendirnos.

Margaret la miró con tristeza, pero asintió con lentitud. Heather apretó los puños. No importaba qué tan grande fuera la sombra de Granville sobre ellas. Ella encontraría la manera de sacarlo de su vida. Todavía no se le ocurría nada, pero… Lo haría.

# Capítulo 18

Una hora después, lograron llevar a la tía Margaret a su dormitorio, donde se quedó dormida en cuestión de minutos. Agotada.

Heather e Isabella la cubrieron con una manta extra y apagaron la lámpara para que pudiera descansar. Permanecieron a su lado y en silencio unos minutos, observando el ascenso y descenso pausado de su pecho.

—No me gusta esto, Heather—susurró Isabella, con los brazos cruzados sobre su pecho—. Está más frágil de lo que pensaba.

Heather asintió. Se obligó a mantenerse serena. Su prima ya estaba preocupada; no necesitaba que ella también se derrumbara.

—Mañana le prepararemos un tónico que la fortalezca. Escuchaste a Harriet, irá por unos hierbas que son buenas para este tipo de dolencias—dijo en voz baja—. Y encontraremos un médico, le guste o no.

Isabella no discutió. Solo asintió antes de tomar la mano de su prima en un apretón breve pero firme.

—Vamos a descansar también, Heather. Lo necesitamos.

Asintió, y se despidió. Le esperaba una larga noche, porque no podría dormir, de eso estaba bien segura. ¿Cómo hacerlo, con la novedad recibida?

Ya en su habitación, se despojó del vestido con movimientos automáticos y se puso un camisón grueso. La fatiga anidaba en su cuerpo, pero su mente no dejaba de trabajar.

Caminó hasta el ventanal y se apoyó en el marco, observando la vasta extensión de la propiedad. La noche envolvía las colinas en sombras suaves.

¿Qué hacer? Los números no mentían. Por mucho que intentara calcular y recalcular, no había forma de saldar la deuda sin perderlo todo. Si vendía el ganado, apenas conseguiría demorar lo inevitable.

Incluso si reducía gastos al mínimo, no alcanzaría. Sus ahorros no eran suficientes para cubrir una deuda de esa magnitud.

La habían atrapado, como una presa que no se dio cuenta del lazo hasta que fue demasiado tarde.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra el vidrio frío. Granville no tardaría en presentarse aquí, con su aire de triunfo, dispuesto a jugar con su destino como si fuera una ficha en su tablero.

Vendría con su sonrisa engreída, con palabras envenenadas disfrazadas de preocupación. Pretendería darle opciones, cuando en realidad ya había decidido por ella.

Y no encontraba una salida. Se mordió el labio con frustración, sintiendo un escalofrío recorrerle la piel cuando su mente la traicionó con un pensamiento inesperado.

¿Qué haría Callum MacLaren en su lugar? La imagen del laird surgió en su mente: su silueta potente, su camisa entreabierta dejando ver parte de su torso firme, su mirada intensa y severa.

No era un hombre que retrocediera, o que permitiera que lo arrinconaran. Era un guerrero, de esos que la historia no conseguía domesticar. Se le notaba, y había escuchado las historias sobre su habilidad para resolver las situaciones de los suyos y hacer negocios con astucia.

Lo había visto en su manera de moverse, en su arrogancia férrea, en la forma en que convocaba la atención de un salón e invocaba respeto. En el desafío de su mirada.

Recordó su beso. La había sostenido con firmeza, como si quisiera desafiar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Como si ella fuera suya.

Sintió un hormigueo recorrerle los labios, y, con un suspiro tenso, llevó los dedos hasta ellos, casi esperando encontrar allí el rastro de su contacto. No entendía por qué su cuerpo respondía con tal vehemencia a ese recuerdo, por qué pensar en él la hacía sentir envuelta en un torbellino.

Pero Callum no estaba aquí. Y Granville sí lo estaría, pronto. No le cabía duda de eso. Vendría a extasiarse con lo que consideraba su victoria segura. A retorcer la situación hasta que no le quedara más remedio que aceptar su oferta.

Su estómago se encogió ante la idea. Dio media vuelta y caminó hasta la cama, pero no se recostó. Se sentó en el borde, con

las manos entrelazadas sobre su regazo. Su mente giraba, buscando soluciones donde no las había. Necesitaba un plan, una salida. Algo que le permitiera conservar su hogar sin entregarse a un destino que detestaba con cada fibra de su ser.

Lo resolvería, se prometió, con más fe que certeza basada en hechos fríos. Tenía que confiar en que, de alguna manera, encontraría la forma.

****

El sonido de los cascos resonó en el sendero de entrada con un ritmo implacable, anunciando la llegada de Granville.

Heather se encontraba de pie en la sala principal, con la espalda recta y las manos entrelazadas con tal fuerza que los nudillos le dolían. Isabella, en la esquina, tenía los labios fruncidos en una línea de puro desagrado.

Margaret descansaba en su habitación, acosada por una jaqueca repentina. En buena hora, porque su tía estaba demasiado agotada para soportar la presencia de Granville.

Penny, con una expresión que oscilaba entre el fastidio y la abierta hostilidad, fue la que se apresuró a abrir la puerta antes de que Granville tuviera la oportunidad de golpear.

—Vaya, cuánto entusiasmo—dijo él con su sonrisa pulida, dando un paso adentro sin esperar una invitación.

Penny soltó un bufido en gaélico, que Heather no necesitaba comprender para captar su significado. Con toda seguridad incluía un insulto gráfico sobre los ingleses arrogantes.

—Lord Granville—saludó Heather con voz fría, obligándose a no retroceder cuando él se acercó con aire de dueño del lugar.

Granville inclinó la cabeza con la educación medida de un hombre acostumbrado a moverse en círculos donde todo era juego de apariencias.

—Heather, querida. Te ves espléndida, aunque... un poco tensa—Sus ojos se deslizaron por ella con un escrutinio que le provocó un escalofrío—. Pero supongo que las circunstancias lo ameritan.

Heather sintió que Isabella gruñía detrás de ella, pero mantuvo la compostura.

—No creo que tenga algo de qué preocuparme, sir Ed. A menos que su inesperada visita tenga algún fin funesto.

Granville sonrió con indulgencia, como si fuera un hombre dispuesto a perdonar un desliz de una mujer caprichosa.

—Espero que mi llegada no te resulte indeseable. Después de todo, vengo con soluciones.

Heather entrecerró los ojos.

—¿Soluciones?

Granville sacó de su bolsillo un papel doblado con meticulosidad y lo sostuvo entre dos dedos.

—La deuda de tu tío, querida. Ha sido comprada por un grupo muy particular de inversionistas, que encabezo.

Heather sintió que la habitación se inclinaba a su alrededor. Ya lo sabía, pero escucharlo en su voz, con ese tono de triunfo contenido, era como recibir un golpe en el estómago.

—¿Por qué?—murmuró, sintiendo el peso de esas palabras caer sobre ella como una losa.

—Te lo he dicho, velo por ti y tus intereses. No dejes que esto te agobie, no tengo nada sino buenas intenciones. Créeme, Heather, no somos personas poco razonables. Nos gusta hacer negocios que beneficien a ambas partes.

Heather exhaló lento, tratando de controlar la ira que subía por su pecho y a su garganta, enrojeciéndola toda.

—¿Negocios?

Granville ladeó la cabeza, como si su propuesta fuera la más natural del mundo.

—Mira, lo haré simple. El matrimonio lo resolvería todo.

Isabella dejó escapar un jadeo y dio un paso adelante, pero Heather alzó una mano para detenerla. Sus ojos no se apartaron de los de Granville.

—¿Matrimonio? ¿Usted y yo? ¿Eso dice?—su voz fue un murmullo, pero su incredulidad impregnó cada sílaba.

Granville sonrió.

—No es un mal trato, Heather. Piensa en ello. Seguridad, estabilidad. Tu tía y tu prima tendrían la vida que merecen. Podrías volver a Londres con la frente en alto.

Heather sintió la sangre hervirle en las venas.

—¿Y si me niego?

Granville no sonrió.

—No te conviene hacerlo.

Heather tragó saliva. El aire en la sala se volvió opresivo, como si las paredes se cerraran sobre ella. No podía aceptar. No podía.

Pero su tía estaba enferma, Isabella dependía de ella, y no veía una salida. Granville se acercó un poco más, inclinando la cabeza.

—No te apresures en decidir, querida. Comprendo que has quedado impresionada, y entiendo que puedas sentirte emocionada. Piénsalo, pero no tardes demasiado. Mi paciencia no es infinita.

Se giró y caminó afuera con la misma confianza con la que había entrado. O más. Exultante y triunfal, así fue su paso de salida.

Isabella lo siguió con la mirada llena de furia, y cuando la puerta se cerró tras él, la habitación quedó en silencio.

Heather sintió que su cuerpo temblaba.

—Esto no está sucediendo—murmuró, llevándose una mano a la frente.

—¡Por supuesto que está sucediendo!—estalló Isabella, con los ojos brillantes de rabia—. ¡Ese maldito inglés quiere comprarte como si fueras una mercancía!

Heather se dejó caer en una silla, sintiendo que su respiración se volvía errática.

—¿Y qué opciones tengo?—susurró.

Penny, que había permanecido en la puerta, cruzada de brazos, chasqueó la lengua con desdén.

—Tal vez sea hora de que piense en pedir ayuda, miladi.

Heather alzó la vista, confusa.

—¿Ayuda? ¿De quién?

Penny le sostuvo la mirada con severidad.

—Del laird MacLaren.

Un escalofrío recorrió a Heather. Su mente evocó el recuerdo de Callum, su mirada intensa, la forma en que la había besado con una mezcla de desafío y deseo.

—No—dijo, con un temblor en la voz que no pudo controlar.
—Heather...—murmuró Isabella, con una nota de súplica.
Heather negó.
—No voy a pedirle nada a ese hombre.

# Capítulo 19

La pluma tembló en su mano mientras escribía. El papel frente a ella ya tenía varias tachaduras y manchas de tinta. Heather no lograba encontrar las palabras correctas. Todo lo que ponía le sonaba a una rendición.

Pero no había más opciones. Su tía estaba enferma. Su prima dependía de ella. Su hogar estaba en juego. Apoyó la frente en su mano libre y cerró los ojos por un instante.

Podía imaginar a Granville leyendo la carta, con su sonrisa de suficiencia, disfrutando cada palabra como una victoria anticipada. Se obligó a seguir escribiendo.

*Sir Ed Granville,*

*He considerado su propuesta con cuidado. He decidido que aceptaré su propuesta, bajo ciertas condiciones.*

*Debe darme tiempo para arreglar ciertos asuntos y organizar la transición. Espero que entienda que mi prioridad sigue siendo la estabilidad de esta propiedad y que su intervención deberá ser medida.*

*En cuanto a la discreción, confío en que mantendrá nuestra situación en privado hasta que las formalidades sean concretadas...*

El nudo en su garganta se hizo más grande con cada línea. Sabía que él aceptaría. En el fondo, Granville no solo quería las tierras. La quería a ella. Escribió un par de líneas más, y firmó con un trazo firme. Luego, dejó la pluma caer sobre el escritorio.

—Dios mío…—susurró.

Isabella, sentada en el sillón junto a la ventana, la observó con los labios apretados.

—Aún puedes quemar esa carta—sugirió, su tono una mezcla de ira y súplica.

Heather negó, deslizando la misiva dentro de un sobre con manos temblorosas.

—Si lo hiciera, ¿qué alternativa tenemos? ¿Esperar a que nos expulse? ¿A que se apropie de todo?

—¡Tiene que haber otra manera!—insistió Isabella—. No

puedes hacer esto.

Heather tomó aire, pero su respuesta se quedó atrapada en su garganta. Sí, lo sabía, era como una condena. Pero era la única forma de protegerlas.

—Esto es lo que hay, Isabella—dijo, con un tono quebrado.

Isabella golpeó la mesa con el puño y se puso de pie de golpe.

—No es lo que hay. ¡Es lo que estás eligiendo!

Heather la observó salir de la habitación con un portazo. Con las manos frías, tomó el sobre y lo sostuvo con fuerza, como si con ello pudiera exprimirle todo el veneno que contenía.

Mañana enviaría la carta. Y su destino quedaría sellado.

****

El aire dentro de la cocina estaba denso con el aroma de pan recién horneado, manteca derritiéndose sobre la superficie caliente y el inconfundible olor especiado del estofado que burbujeaba en la olla de hierro sobre el fuego.

Harriet se movía con energía, removiendo la cuchara de madera con más fuerza de la necesaria, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido.

—Cuídalo, Penny, voy a hacer pan.

La puerta se abrió de golpe con una corriente de aire húmedo y frío. Rory y Finn entraron, sacudiéndose el agua de los hombros y el barro de las botas. Ambos llevaban las capas empapadas y las manos entumecidas por el clima inclemente.

—¡Por todos los demonios!—gruñó Rory, sacándose la boina y exprimiéndola—. La lluvia lo está volviendo todo un lodazal. Ni los perros han de salir a trabajar.

—Y con tan pocas manos para ayudar, esto es un desastre—añadió Finn, con su voz grave, restregándose las manos para devolverles calor.

Penny, sin apartar la vista del estofado, chasqueó la lengua.

—No hay con qué pagarles. Ni a hombres ni a perros—dijo, y su tono tenía un dejo de amargura.

Harriet compuso una mueca escéptica.

—La señora Heather hace milagros con las cuentas, pero

milagros no llenan los bolsillos.

Finn dejó caer su peso sobre una silla y aceptó la jarra de ale que Rory le pasó.

—La señora está además distraída, con ese bastardo inglés yendo y viniendo como si este fuese su feudo.

La jarra quedó suspendida a medio camino cuando Rory, con expresión oscura, murmuró:

—Él quiere que la señora pierda pie para dárselas de salvador. Seguro que le gustaría saber que tiene muchas deudas.

—Oh, lo sabe bien—dijo Penny— Compró las deudas. Y usa eso a su favor.

Las palabras se quedaron en el aire como un gas venenoso. Harriet se detuvo en seco y Rory apoyó su jarra con más fuerza de la necesaria sobre la mesa.

—¿De qué demonios estás hablando?—gruñó Finn, entrecerrando los ojos.

Penny se acercó un poco más, bajando la voz como si temiera que las paredes pudieran oírla.

—Está chantajeando a la señora Heather para que acepte casarse con él.

Se hizo un silencio tan pesado que el crujir de la leña en la chimenea sonó ensordecedor. Rory se incorporó de golpe, su rostro demudado.

—No va a pasar. La señora lo detesta.

—Pero su tía está peor cada día, y las deudas son muchas. Todos los días hay gastos…

—Eso es imposible. Ella no aceptaría.

—Lo escuché con estos oídos—insistió Penny, cruzando los brazos sobre el pecho—. Se lo dijo a la señorita Isabella. Está escribiendo la carta de aceptación.

Harriet apretó los labios en una línea tensa.

—Dios nos ampare… Ese malnacido va a destruirla.

—¡Está atrapada, maldición!—espetó Penny, golpeando la mesa con el trapo que tenía en la mano—. Él la tiene en sus manos.

Finn gruñó algo en gaélico, oscuro y lleno de rabia.

—Esto no está bien.

—¿Y qué diablos vamos a hacer?—urgió Rory, frotándose la barba con aire frustrado.

—Para empezar, hemos de asegurarnos de que la señora Margaret reciba atención—intervino Harriet—. Su enfermedad está empeorando.

Penny asintió con vehemencia.

—Cuando el doctor regrese al pueblo, hay que traerlo. Pero mientras tanto, necesitamos una de las curanderas.

—La vieja Maura o Agnes pueden ayudar —asintió Finn—. Pero será difícil convencerlas de venir si ven al inglés rondando por aquí.

Rory escupió en el suelo, como si la sola mención de Granville le diera asco.

—Si se casa con él, ni Dios podrá protegerla. Y a nosotras tampoco—murmuró Harriet, con la mirada dura.

El silencio regresó, espeso, opresivo. Penny se mordió el labio, con el corazón martillándole en el pecho. Y entonces, con un hilo de voz, susurró:

—Tal vez alguien deberíamos decirle a los MacLaren.

Finn levantó la vista de inmediato. Sus ojos y los de Penny se encontraron en una comprensión silenciosa.

Rory dejó escapar un resoplido.

—El laird MacLaren sabrá qué hacer.

Harriet suspiró, pasando la mano por su delantal con gesto de resignación.

—Dios nos ayude a todos…

****

Isabella ajustó la capa sobre sus hombros, inquieta pero resuelta en su decisión. Heather no lo aprobaría, pero no podía quedarse quieta mientras su prima se condenaba a una vida miserable.

Se detuvo en la entrada del establo, con las manos enguantadas apretadas contra su falda, observando a Rory mientras este terminaba de asegurar los arreos de los caballos.

—¿Lista?—preguntó él, sin mirarla.

Isabella asintió con firmeza.

—Más que nunca.

Rory le lanzó una mirada ladeada antes de subir al pescante y tomar las riendas.

—¿Está usted segura? Su prima parecía determinada, eso me dijo Penny, y…

—Heather está entre la espada y la pared. Necesitamos un milagro, y tal vez los MacLaren puedan oficiar uno pequeño para nosotros.

No tenía caso mentir a la gente que vivía con ellos y veía sus miserias. Las semanas les habían vuelto cercanos, y Harriet, Penny, Rory…

Habían crecido en ella. La desconfianza inicial se había ido matizando en el día a día, y eran su soporte.

—¿Y qué le dirá al laird cuando le pregunte qué demonios hace en su casa? Porque por lo que he escuchado, los encuentros entre ustedes no han sido amables.

Rory tenía razón, por supuesto. Heather miraba a Callum MacLaren con desconfianza, resoplando y pasando envarada a su lado si coincidían en el pueblo, o mascullaba sobre *su pedante trasero* si lo detectaba cabalgando cerca de sus tierras.

Aunque a veces había demasiado calor en sus palabras como para que Isabella no sospechara de cierto… interés. El hombre era muy atractivo. Todos ellos lo eran.

—La verdad. Eso diré—Isabella alzó la barbilla—. Heather no va a pedir ayuda, así que lo haré yo.

Rory chasqueó la lengua, pensativo.

—Es curioso. Nosotros… Harriet, Penny, yo… Pensamos que los MacLaren debían saber lo que ocurre con ese inglés y la señorita Heather… Que ese bastardo ha colocado a la señora Heather en una situación desesperada, mas… De seguro no darían a nuestra palabra la misma entidad que darán a la suya.

Isabella se giró hacia él.

—¿Por qué? Ustedes son su gente.

Rory le lanzó una mirada paciente, como si estuviera explicándole algo obvio a una niña.

—Porque estaríamos metiéndonos donde no nos llaman.

Escuchada de nuestra boca, la situación sería chisme. De sus labios, sin embargo…

Isabella entrecerró los ojos.

—¿Cree que los MacLaren se conmoverán solo porque soy mujer?

Rory resopló.

—No, pero si alguien puede meterle en la cabeza al laird que esto es importante, es una mujer con agallas.

Isabella soltó un resoplido, cruzándose de brazos.

—Solo quiero que nos ayude. Parece ser la única fuerza capaz de oponerse a lord Granville. Los otros que podrían hacerlo ya han de estar en su bolsillo.

—MacLaren hace lo que cree que es correcto—replicó Rory, con una sonrisa enigmática—. Aunque no tolera sandeces, largas peroratas o alabanzas interesadas. Más le vale ser rápida con la lengua.

Isabella bufó.

—No es mi estilo hablar por hablar, y ese hombre no me intimida.

Rory la miró con diversión antes de chasquear las riendas.

—Veremos.

# Capítulo 20

El carruaje avanzaba con ritmo monótono sobre el sendero pedregoso, sacudiéndola con cada bache. Isabella se abrazó a sí misma, sintiendo el peso de la decisión que acababa de tomar.

Suspiró, y tiró su cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. ¿Cómo habían terminado aquí? Larga historia, y era por elección.

Cuando Heather decidió dejar Londres, no dudó en seguirla. Siempre había sido así. Heather era la prudente, la fuerte, la que pensaba en los demás antes que en sí misma.

Isabella la quería y la admiraba, y si no lo repetía a menudo, era porque Heather detestaba que le dijeran lo valiente y brillante que era. Su prima había la había salvado años atrás, y tenía su amor incondicional.

Pero esta situación parecía insalvable, Heather no podría lidiar con ella por sí misma. Que hubiese escrito una carta aceptando el chantaje demostraba que no veía salida, y esto enloquecía de ira a Isabella.

Ver a Heather consumida por la preocupación, la desesperación en sus ojos cuando pensaba que nadie la miraba… le revolvía el estómago. Granville la estaba arrinconando como a un animal, y Heather se sentía atrapada.

No. No podía permitirlo. Apretó los puños sobre su regazo, recordando cada momento que compartieron desde que llegaron. Las noches en vela haciendo cuentas, las risas que intentaban conservar a pesar de todo, la esperanza que Heather tenía en esa tierra… y ahora todo eso estaba en peligro.

Y su tía. Tragó saliva con dificultad. Margaret estaba empeorando. No se quejaba, lejos de eso, pero Isabella lo veía en su piel cetrina, en su creciente cansancio, en la forma en que forzaba una sonrisa para no preocuparlas.

Era injusto. Era cruel. Y todo por ese bastardo. El odio le subió por la garganta, como una ola amarga. Granville. Sir Ed Granville. Un hombre acostumbrado a obtener lo que quería, a quien no le importaba arruinar vidas con tal de salirse con la suya.

La única esperanza era que esos escoceses rudos y testarudos vieran lo que estaba en juego y decidieran hacer algo al respecto. Se removió en el asiento, inquieta.

Nunca le había gustado pedir ayuda, y menos a hombres como los MacLaren. Pero esto no era sobre ella. Era sobre Heather. Era sobre la única familia que tenía.

Con un suspiro tembloroso, miró por la ventanilla. En la bruma matinal, la silueta del castillo MacLaren emergía imponente sobre la colina.

El carruaje aminoró la marcha a medida que se adentraba en el patio central del reducto. Isabella observó la fortaleza que se alzaba ante ella con creciente aprehensión.

No era la primera vez que veía una estructura semejante, pero había algo en esta que la hacía sentir... insignificante. Destacaba contra un cielo encapotado, y las gruesas murallas, marcadas por el tiempo, parecían observarla con severidad.

El carruaje se detuvo con un leve chirrido de ruedas y Rory desmontó con agilidad, extendiendo su brazo para ayudarle a bajar.

—Aquí estamos, señorita.

Isabella respiró hondo y se acomodó el sombrero antes de aceptar su mano. Miró a su alrededor. Un par de mozos de cuadra iban y venían entre las caballerizas y la entrada principal, cargando sacos de grano y aperos de montar.

Más lejos, un anciano hablaba con una mujer que parecía la ama de llaves. Isabella no tenía tiempo de quedarse mirando. Enderezó la espalda y avanzó con paso decidido.

Un joven mozo de establo la observó sorprendido, dejando caer la brida que sostenía. Murmuró algo entre dientes antes de girar sobre sus talones y correr hacia el interior del castillo.

—Van a anunciar vuestra llegada—dijo Rory—. Si desea irse, es el momento.

Isabella inspiró hondo. La gran puerta de madera, reforzada con hierro, se erguía frente a ella. No había guardias armados, como antaño, pero el peso del linaje que habitaba en su interior era suficiente para hacerla dudar por un instante.

Antes de que pudiera tocar la madera, la puerta se abrió

desde dentro. Un hombre alto y robusto la miró con un gesto desconfiado. Sus ropas, aunque sencillas, denotaban que no era un simple sirviente.

—Rory—saludó él, con un gesto de su cabeza, y la volvió a mirar—. ¿Quién es y qué asunto la trae aquí?—inquirió con voz grave.

Isabella elevó la barbilla, negándose a mostrar vacilación.

—Isabella Carlisle. Necesito hablar con el laird MacLaren. Es un asunto urgente.

El hombre la miró de arriba abajo, sus ojos oscuros calculadores.

—El laird no recibe visitas inesperadas.

—Hágale saber que traigo noticias sobre Heather Carlisle. No creo que quiera ignorarlas.

Un breve silencio se extendió entre ellos antes de que el hombre asintiera lentamente.

—Espere aquí.

Dicho esto, se giró y desapareció por el pasillo de piedra. Isabella exhaló, drenando la tensión de sus hombros. Aquí estaba. Más le valía ser convincente, además de digna.

No había venido a rogar o llorar, tenía argumentos. Ya vería si eran suficientes para mover a esta gente a darles una mano.

El hombre retornó tras unos minutos y, sin decir palabra, le hizo un gesto para que lo siguiera. El pasillo por el que avanzaron era largo y amplio, con muros de piedra que conservaban el frío de la mañana, a pesar de los candelabros de hierro que ardían a intervalos regulares.

El sonido de sus propios pasos, suaves pero decididos, resonaba contra el suelo de piedra, apenas amortiguado por las gruesas alfombras gastadas en el centro del corredor.

Isabella intentó no ralentizar su andar para observar, pero su mirada se deslizó por los detalles del castillo. Tapices antiguos cubrían algunas paredes, bordados con escenas de batallas y paisajes montañosos.

En una mesa de roble tallado descansaban varios objetos de plata: un candelabro, una petaca y una pequeña daga ornamentada.

La fortaleza tenía la austeridad típica de un hogar escocés, pero también destellos de nobleza que hablaban de generaciones que la habían gobernado con firmeza.

El pasillo se abrió a un gran salón con un techo de vigas a la vista. Una estufa en la que debían caber cinco hombres acostados dominaba una de las paredes, y aunque las brasas ardían con fuerza en el centro, no lograban entibiar el ambiente.

Largas mesas de madera ocupaban el centro de la sala, con sillas sólidas de respaldo alto. Un espacio preparado como para recibir a un grupo numeroso de guerreros.

Isabella sintió un leve escalofrío al imaginar cómo sería este lugar en tiempos de conflicto, con hombres armados bebiendo y trazando estrategias.

El hombre que la guiaba no se detuvo ahí. Cruzaron el salón principal y se adentraron en una estancia más pequeña, pero no menos imponente. Era un despacho, más cálido, con paredes forradas de estanterías llenas de libros y mapas enrollados sobre una mesa amplia.

Y ahí, esperándola, estaban los MacLaren. El laird se encontraba en el centro de la sala, de pie con los brazos cruzados sobre su pecho, su expresión endurecida por el ceño fruncido.

Su porte parecía llenar la habitación entera, su cabello castaño oscuro prolijo, su mandíbula apretada con severidad. A su derecha, uno de sus hermanos la miraba con diversión evidente en su sonrisa ladeada. El cateto que había conocido semanas atrás.

En un rincón, sentado con los pies cruzados, otro hermano. Este más joven, y la observaba con un aire sereno pero calculador. Su cabello era más oscuro y sus facciones angulosas, con una sombra de barba en la mandíbula.

Más atrás, apartado de los demás, un cuarto hombre, de aspecto similar en tamaño, pero que vestía con una sobriedad que lo diferenciaba. Sus ropas eran menos toscas, su chaqueta de lana bien ajustada, y tenía modales, pues inclinó la cabeza en un mudo saludo, que Isabella devolvió.

Luego, sus ojos buscaron al laird, y le sostuvo la mirada con determinación, aunque su estómago se encogió bajo el peso de su

escrutinio.

—Isabella Carlisle, ¿no es así?—dijo el burlón conocido, e Isabella alzó la barbilla y le miró de reojo—. Mi nombre es Ewan, el más guapo de los MacLaren. Él es Hamish, nuestro benjamín, y nuestro buen primo Malcolm.

—Soy Isabella, sí. Y necesito hablar con usted, laird MacLaren. Es un asunto urgente.

Ewan arqueó una ceja y miró a Callum con diversión. Isabella tuvo deseos de darle una hostia, pero eso sería aniñado, decidió. Se limitó a asesinarlo con la mirada.

—Parece que la pequeña inglesita tiene fuego—rio Ewan—. Adivino que ha traído problemas a nuestro umbral.

Isabella contuvo el deseo de contestarle como debía. Un maleducado, eso era. El laird no sonrió. Su mirada permaneció fija en ella, dura como una piedra. Dios, Heather tenía razón, este hombre era la intensidad vuelta persona.

—Un asunto urgente. Bien, escucho—dijo con voz grave—Pero sea breve. No soy un hombre con paciencia para rodeos.

Isabella apretó los dientes, pero mantuvo la compostura.

—Lo juro, parece que les han criado lobos—intervino una voz femenina. Una mujer joven y muy bonita apareció en la entrada del salón principal, observándola con una expresión neutral pero atenta—. Bienvenida a nuestra casa, Isabella. Soy Gwen MacLaren. Mis hermanos se moderarán y escucharán con atención e interés—les miró con severidad—. Si ha venido hasta aquí, debe de ser importante.

Isabella le dedicó una mirada de agradecimiento antes de volver a enfocarse en Callum.

—Vengo por mi prima. Heather—dijo, cruzando los brazos para ocultar su nerviosismo—. Ella ha hecho un gran trabajo con lo que le ha tocado. La herencia del tío George pareció un regalo del cielo cuando supimos de ella, y lo ha sido, porque estas tierras son magníficas… Pero hay aspectos que no sabíamos… Deudas—carraspeó, dudando cuánto decir, y decidió que tenía que plantear toda la situación—. Serían manejables en el largo plazo, pero sir Granville llegó decidido a presionar a mi prima… Compró las deudas,

y la está chantajeando para casarse con él.

Un silencio denso se extendió en la sala. La sonrisa del burlón Ewan se desvaneció, y Hamish entrecerró los ojos con interés. Callum no mostró reacción audible, pero Isabella vio que las líneas de su faz se hacían más duras, y sus manos se volvieron puños que se apretaron.

—¿Presionándola?—Su voz sonó grave, controlada.

—Heather no quiere casarse con él. Pero Granville tiene la sartén por el mango. No tenemos un respaldo económico que permita pagar lo adeudado—Dios, sonaba patética, y como si no pudiese parar de hablar, pero… Esta era la única chance—. Nuestra tía ha enfermado, además, y… Si Granville no consigue lo que quiere, nos dejará en la calle. Y está usando eso para forzar a Heather a aceptar su propuesta de casamiento. Él sabe que Heather haría lo que fuese por nosotros, así es ella.

El silencio se hizo más denso. Callum desvió la mirada hacia la chimenea, como si buscara algo en las llamas, antes de volver a enfocarse en Isabella.

—¿Y por qué ha venido a decirme esto?—Callum entrecerró los ojos y su voz resonó carente de emoción—. Es lamentable, por supuesto, pero… No es mi problema. Los MacLaren tenemos otras preocupaciones.

Isabella sintió la rabia hervir en su interior. Dio un paso adelante, sin importarle que la diferencia de estatura entre ellos fuera evidente. Elevó la barbilla y lo miró a los ojos, con el fuego encendido en su mirada.

—Si en verdad cree que no es su problema, entonces es menos hombre de lo que pensaba.

Ewan silbó bajo, entre divertido y expectante, mientras Hamish dejó escapar una risa entre dientes. Gwen se cruzó de brazos y observó con atención, sin intervenir.

# Capítulo 21

Callum no dijo nada ante su exabrupto, pero tensó sus rasgos. No era rabia, pero no entendía sus gestos. Mantenía sus emociones a raya, adivinó, pero no significaba que no existieran. Insistió:

—Todos dicen que es justo y ayuda a los que se lo piden. Heather es orgullosa, pero buena, demasiado. Es fuerte, tanto como puede, pero también muy vulnerable. Ha estado sola desde siempre, superando todo, levantando los desastres que sus familiares hombres realizan. Merece que la ayuden, una vez.

Él se giró hacia la ventana, mirando hacia el horizonte, donde la propiedad Carlisle se extendía más allá de las colinas.

—Granville es ambicioso—continuó Isabella, sin permitirle el silencio prolongado—. Y si nadie lo detiene, terminará adueñándose de todo. No solo de Heather, sino de las tierras que fueron de su familia. Quizás no le importe lo que pase con mi prima, pero debería importarle que ese hombre extienda su influencia en sus dominios.

Callum habló, finalmente. Sus labios se torcieron en una sonrisa breve, amarga.

—¿Y qué espera de mí?—preguntó sin girarse—. ¿Que entre cabalgando a su propiedad y la secuestre como en las viejas leyendas de nuestros clanes? ¿Que rete a ese inglés a duelo?

—Lo que haga falta—Isabella fue categórica, y eso lo hizo voltearse hacia ella con expresión sorprendida—. Me imagino que los viejos modos podrían funcionar, aunque no desecho la idea de que siendo ustedes varios, pueden pensar o ver caminos que nosotros no.

El laird habló, y su voz ya no era tan dura.

—No me falta comprensión, Isabella Carlisle—Su tono había cambiado, pero aún tenía filo—. Lo que no entiendo es por qué está usted aquí, y no su prima. Ella es la afectada directa.

—Heather no sabe que estoy aquí—replicó ella, con franqueza—. Ella está convencida de que está sola en esto. Heather nunca pide ayuda, porque ha aprendido que nadie se la da. Ni siquiera la familia en la que confió. Su padre la dejó en la ruina, y no

tuvo ayuda para sostenernos allá en Inglaterra. Nadie le tendió una mano. Por eso no imagina la posibilidad de que alguien la ayude. Con franqueza… Esta es una medida desesperada de mi parte.

El peso de sus palabras cayó como un martillazo en la habitación. Callum entrecerró sus ojos, e Isabella vio un tic en su labio inferior, y aunque su expresión se mantuvo impasible, su mirada ya no era la misma.

Hamish miró a su hermano con un destello de interés.

—Aye, hermano. No se puede culpar a una mujer por no pedir ayuda cuando nadie le enseñó a recibirla. No debe haber habido hombres de verdad a su alrededor—murmuró con aire pensativo.

Callum inspiró hondo y giró la cabeza hacia Gwen, quien lo observaba en silencio. Su hermana no dijo nada, pero el leve asentimiento en su cabeza era suficiente para entender que ella también creía que esto no podía ser ignorado.

Los segundos se extendieron en un silencio tenso, hasta que Callum soltó una exhalación lenta y cerró las manos en puños a los costados.

Ewan sonrió de lado, divertido ante la tensión en el aire.

—Vaya, esto se pondrá interesante.

Isabella inhaló profundo, y esperó. Si este hombre decidía que no les ayudaría, la suerte estaría echada, y…

—Veré qué puedo hacer.

¿Eso era todo? Tuvo ganas de forzarlo a decirle lo qué pensaba, qué haría, cómo, pero no era inteligente. Había venido, había dicho lo que debía, y ahora, nada más quedaba.

Solo esperar que fuese por orgullo de propietario y señor de la comarca, por piedad o por interés económico, Callum MacLaren interviniese.

—Bien. Está bien—murmuró, y carraspeó, haciendo un gesto de saludo y retrocediendo con un poco de torpeza—. Agradezco que me haya recibido.

—El placer fue nuestro—dijo Ewan, sonriendo, e Isabella le miró, otra vez reprimiendo el deseo de darle un guantazo.

Detestaba la gente que se reía de los demás en su

desgracia, y este parecía el caso.

Salió con tanta dignidad como pudo, veloz, y solo cuando estuvo junto a Rory en el carruaje respiró profundo y aflojó sus nervios. Estaba hecho. Se vería si había tenido algún sentido.

—¿Dijo el laird que ayudaría?—inquirió Rory.

—Lo verá, eso dijo.

—Eso es algo—susurró Rory, asintiendo.

Isabella no estaba nada segura, pero no dejaría que sus esperanzas murieran.

****

El despacho estaba en penumbras cuando Callum cerró la puerta tras de sí. Se apoyó contra su escritorio, las manos posadas sobre la superficie rugosa, los nudillos pálidos por la tensión.

Su cabeza latía con pensamientos contradictorios. No debería importarle. Heather Carlisle no era su problema. No era su responsabilidad. Pero su rostro seguía en su mente, nítido como si la tuviera delante.

Aquella mirada desafiante que lo había perseguido desde el primer día. La manera en que se sonrojaba cuando discutían, la furia en sus ojos cuando él la provocaba, la testarudez con la que se aferraba a cada uno de sus ideales.

Maldita sea. Había intentado no prestarle atención. Se había dicho que, con el tiempo, aquella inglesa testaruda desaparecería de sus pensamientos, como un mal recuerdo pasajero.

Imposible, si se topaba con ella día sí y otro también. La veía al otro lado de la aldea, negociando con los comerciantes con una determinación feroz, apretando los labios cada vez que algún mercader intentaba embaucarla.

La veía cabalgando en la distancia, su capa ondeando detrás de ella, con el mentón alzado y el porte de alguien que se negaba a doblegarse. La había visto en la bruma de la mañana, cuando su montura se cruzaba con la de ella y sus miradas chocaban, electrizando el aire entre ambos.

En esos momentos, no había palabras, solo ese maldito reconocimiento silencioso que lo dejaba inquieto el resto del día.

Y luego estaba el beso. Callum apretó la mandíbula con rabia

al recordar. Había sido un error. Un maldito error. Pero por todos los demonios, el sabor de su boca se negaba a abandonarlo.

Había esperado que el recuerdo se diluyera con el tiempo, que se convirtiera en una imagen borrosa, sin relevancia. Pero no. Lo perseguía. Se repetía en su mente cuando menos lo esperaba, en los momentos más inoportunos.

Incluso cuando estaba con otras mujeres. Se maldijo en voz baja, frotándose el rostro con ambas manos. Desde aquella maldita vez, ninguna otra lo había saciado. Ni siquiera la viuda de la taberna, que antes lo recibía con los brazos abiertos y la cama lista.

Ahora, cuando se encontraba con ella, su cuerpo estaba allí, pero su mente… su mente se desviaba hacia otra. Hacia la inglesa. Hacia su piel tibia bajo sus manos, hacia la forma en que sus labios se entreabrieron con sorpresa antes de responder al beso. Hacia el estremecimiento de su cuerpo cuando él la trajo contra sí.

Se apartó del escritorio con brusquedad y comenzó a caminar por la estancia, sintiendo la rabia crecer en su pecho. La visita de Isabella Carlisle le había dejado con un sabor amargo en la boca.

No solo por lo que había dicho, e incluso gritado a su cara, sino porque tenía razón. Lo había enfrentado con el temple de una mujer que no temía a los hombres, que estaba dispuesta a desafiarlo con tal de ayudar a Heather.

La admiraba por ello, aunque le daba rabia que Heather no hubiera venido en persona. Orgullosa. Demasiado orgullosa. Pero, ¿por qué?

Se cruzó de brazos, mirando el fuego que titilaba en la chimenea, su mente repasando lo que Isabella le había dicho. *Heather nunca pide ayuda, porque ha aprendido que nadie se la da.*

¿Acaso ese era su pasado? ¿Una vida entera de llevar el peso del mundo sobre sus hombros sin que nadie le tendiera la mano? De ser así… lo entendía. Más de lo que le gustaba admitir.

Exhaló con dureza y golpeó la madera del escritorio con un puño. Su odio por Granville crecía con cada segundo.

Había intuido que ese bastardo estaba tejiendo su red económica en la región. Lo había estado observando, esperando el

momento en que revelara su juego.

Malcolm se lo había confirmado, las novedades frescas desde Edimburgo. Pero que chantajease a Heather para que se casara con él... Que osara presionarla en un juego macabro… Eso no podía permitirlo.

Levantó la cabeza, su mandíbula tensa, su expresión pétrea.

—No pasará—gruñó, su voz resonando en la habitación vacía —. Ese bastardo sassenach no pondrá un solo dedo sobre ella.

No mientras él respirara. El crujido de la puerta lo sacó de sus pensamientos. Ewan y Hamish entraron sin pedir permiso, algo que ya no le sorprendía.

—¿Entonces?—Ewan se dejó caer en una silla, con los brazos detrás de la cabeza—. ¿Vas a quedarte aquí rumiando como una bestia herida, o vamos a hacer algo al respecto?

Hamish se apoyó en la estantería, observándolo con seriedad.

—Siempre dijiste que los ingleses solo traen problemas. Yo diría que este es un buen ejemplo.

Callum inspiró hondo. No se trataba de Inglaterra. No se trataba de viejas heridas o de política. Se trataba de ella.

—Granville cree que puede hacer lo que quiera—murmuró—. Cree que puede hacerse con tierras baratas, aprovecharse de la llegada del ferrocarril… Que puede joder con nosotros. Incluso que puede jugar al todopoderoso reclamando a una mujer como si fuera una propiedad más.

Ewan asintió.

—Y parece que dicha mujer no puede salir de esto sola. Ya lo dijo la bonita Isabella…—suspiró—. Joder que es intensa, ¿eh?

Hamish resopló, y rio.

—Le dejaste una pésima impresión. Te miró como si quisiese tomar la espada de la pared y darte en la cabeza con ella.

—Mm, tonterías. Soy irresistible.

Callum se enderezó, ignorando las tonteras entre sus hermanos.

—Heather no puede librarse de Granville sin que este ejecute las deudas. No dudo que llevaría a las autoridades para

quitarla de su propiedad. Entonces, me meteré en el medio.

Malcolm, que había ingresado en silencio, observando, como le gustaba, arrugó el entrecejo.

—Define eso, Callum.

Este le sostuvo la mirada.

—La única forma de que ese bastardo no pueda reclamarla es si ya está casada con otro hombre.

—Pero, ¿qué dices…?—Gwen estaba de boca abierta en la entrada, y le miraba con sorpresa total.

Ewan lanzó un grito y desplegó sus brazos al aire.

—Esto se pondrá muy, muy divertido, y levantará polvareda. Me encanta, y…

—Callum, esto podría traernos serios inconvenientes…—dijo Malcolm, y Hamish le palmeó el brazo.

—Deja que nuestro laird demuestre de qué está hecho, primo. A veces la ley y los papeles no sirven de nada, y menos para demostrar a un crápula que subestimó a su rival.

—Así que hemos de interrumpir una boda. ¿Cómo lo haremos?—dijo Gwen, y Callum suspiró.

Buena pregunta era esa.

# Capítulo 22.

Granville observó con satisfacción la copa de brandy en su mano antes de llevarla a los labios. El licor bajó con suavidad por su garganta, pero el calor que le recorrió el cuerpo no provenía del alcohol, sino de la certeza de su victoria.

Todo estaba saliendo según su voluntad, punto por punto como lo había calculado. Heather no tenía salida. La testaruda mujercita había caído en su red, y pronto sería suya, en cada sentido posible.

Se reclinó en su asiento de cuero con un suspiro de placer, tamborileando los dedos contra la superficie pulida del escritorio. Por fin. *Por fin.* Había esperado demasiado.

Su mente lo llevó a Surrey, a las innumerables veces que visitó a Heather Carlisle con la paciencia de un hombre seguro de su eventual triunfo. Se había presentado como un caballero impecable, un pretendiente respetable, con cada palabra calculada, cada gesto preciso.

Después de todo, era lo esperable: ella provenía de una familia en declive, y él tenía los medios para asegurarle una vida de privilegio. No se trataba solo de deseo—aunque este lo había devorado desde el primer momento en que la vio— sino de conveniencia, de estatus, de hacerla comprender su lugar.

Pero ella… Heather Carlisle había sido una decepción constante. Se había negado a él con la misma testarudez con la que se aferraba a su independencia absurda.

Aquel empecinamiento suyo por hacer las tareas de un hombre lo había irritado hasta la médula.

Insistía en encargarse de asuntos que no le correspondían, manejando cuentas, tomando decisiones… como si fuera su padre o algún otro administrador. Ridículo.

Había sido humillante verla rechazarlo con una sonrisa educada, como si fuera ella quien tuviera la última palabra. Como si un "no" suyo bastara para cerrarle el camino. ¿Acaso no entendía cómo funcionaba el mundo?

Le fastidiaba que ella no mostrara debilidad. Jamás se sonrojaba ante sus insinuaciones, o apartaba la mirada cuando él se acercaba más de la cuenta, mas lo ponía en su sitio. Siempre erguida, con esa compostura elegante, digna de una dama, pero con la insolencia de un hombre que se creía libre.

Eso estaba a punto de cambiar.

Granville sonrió con deleite y tomó la pluma con parsimonia, trazando con elegancia las líneas de la nota que le enviaría. Cuando fuese su esposa, aprendería. Se aseguraría de ello.

Aprendería que no había más voluntad que la suya. Que su lugar no era en los establos, ni haciendo cuentas, ni lidiando con trabajadores toscos.

Aprendería a obedecer, a bajar la cabeza, a inclinarse ante su esposo como correspondía. Y, por encima de todo, aprendería a ser suya. Oh, sí. Siempre la había querido en su cama.

Desde la primera vez que la vio, envuelta en un vestido de tonos suaves, con su porte refinado y su mirada inteligente, supo que la quería. Pero lo que antes había sido un capricho de conquista, una atracción nacida de la belleza y la distinción, ahora se había convertido en algo más profundo, más oscuro.

Ahora era un derecho. En pocos días, la vida de Heather Carlisle le pertenecería. Y no habría nadie que pudiera impedírselo.

***Lady Heather,***

*Me complace sobremanera que haya aceptado mi proposición. Le aseguro que es lo mejor. Este matrimonio será la envidia de todos. No podría ser de otra manera.*

*Creo que no es necesario dilatar la boda o esperar a estar en Inglaterra, empero. Ahora que sé de su deseo de ser mi esposa, haré lo necesario para que esto ocurra a la brevedad.*

*Este pueblo, a pesar de lo perdido, tiene cierto encanto. La boda se llevará a cabo en su propiedad, si está de acuerdo. Prefiero que se mantenga un evento privado, sin las indiscreciones de la plebe del pueblo y sin interrupciones indeseadas.*

*Creo que una semana será suficiente para eso. No te preocupes por nada, mi servidumbre se encargará de los*

*preparativos. Sé lo ajustada que está tu economía. Te sugiero que te prepares con prontitud y discreción, ya que planeo nuestro retorno a Londres en tres semanas.*

*Tu futuro esposo,*
*Sir Ed Granville*

Secó la tinta con un leve soplo y dobló el papel con esmero. Bebió el último sorbo de brandy y selló la nota con un golpe firme de su anillo contra la cera caliente.

Llamó a uno de sus hombres, un sujeto fornido y de mirada alerta.

—Lleva esto a la propiedad Carlisle. Entrégala a Lady Heather en mano.

El hombre asintió, tomando la misiva antes de desaparecer. Granville se reclinó en su asiento, cruzando los dedos bajo la barbilla.

—Ella y esa propiedad serán mías para hacer lo que desee— murmuró con una sonrisa de pura satisfacción.

Con ese pensamiento en mente, se levantó y llamó a su administrador. Cuando el hombre entró, Granville no perdió el tiempo.

—Comenzarás a tomar control de la contabilidad de la propiedad Carlisle desde el momento en que la boda se concrete. Quiero que revises cada número de la producción, cada gasto, cada contrato. Habrá cambios, y quiero una renovación total.

El administrador asintió.

—¿Y los criados, milord? Muchos han estado en esa propiedad desde antes de la llegada del señor George Carlisle. Puede que haya resistencia.

Granville agitó la mano con impaciencia.

—Si son problemáticos, se reemplazan. Haremos una limpieza. Los que sean leales a Heather, no me sirven.

El hombre tomó nota sin levantar la vista.

—Los comerciantes de la región también deberían ser reconsiderados. Algunos han ofrecido mejores condiciones si su señoría accede a modificar los contratos existentes.

Granville sonrió.

—Lo esperaba. Quiero que establezcas nuevas condiciones comerciales, favoreciendo a nuestros aliados. Que la propiedad Carlisle no haga negocios con nadie que no beneficie nuestros intereses.

El administrador asintió y salió de la habitación.

Granville alisó las mangas de su camisa, se sirvió otro trago y permitió que la satisfacción lo inundara por completo.

****

Penny entró en la habitación sin anunciarse, con la mandíbula tensa y los labios apretados en una línea dura. Extendió un sobre con un gesto agrio, sosteniéndolo como si fuera veneno.

—Llegó esto—dijo con el ceño fruncido—. El tonto que la trajo quería darla en su mano. Le hice ver cómo eran las cosas aquí.

Heather asintió y tomó la carta con dedos temblorosos. El lacre mostraba a las claras el remitente. Su corazón dio un vuelco, la desazón profunda, pero mantuvo su expresión firme mientras rompía el sello de cera.

Las palabras de Granville eran claras, concisas, inapelables. ¡Bastardo arrogante que era! El mensaje que subyacía era opresivo. La boda se celebraría en la propiedad, lejos de miradas indiscretas.

En unos días. Él se encargaría de todo, porque ella estaba en la ruina. No había margen para el arrepentimiento. Su destino estaba sellado con la tinta de aquella nota. Un peso invisible se asentó sobre su pecho, ahogándola.

—Señorita, ¿qué es lo que dice? Se ha puesto usted tan pálida…—preguntó Penny, con expresión suavizada por la preocupación.

Heather no respondió. Sus piernas la llevaron hacia la habitación donde su tía descansaba, por inercia. Isabella estaba junto a ella, hojeando un libro con fingida despreocupación.

No era así como su prima se sentía, Heather lo sabía bien. Habían intercambiado palabras fuertes, Isabella tratando de convencerla de desistir, empeñándose en hacerle ver opciones que no tenía.

—¿Y bien?—preguntó Isabella al verla entrar.

Heather levantó la nota con un gesto lento y contenido.

—Será en unos días, aquí mismo. La boda… Granville se encargará de los preparativos.

Isabella cerró el libro de golpe. La furia le iluminó los ojos y, en un solo movimiento, se puso de pie.

—¿Qué? Pero… Esto es inaudito. ¡Claro! El marrano sabe que si te da tiempo, volverás en ti y desharás este desatino—Caminó hasta Heather y la tomó por los hombros, sacudiéndola con brío—. ¡No puedes hacer esto! ¡No puedes entregarte a ese bastardo como si fueras una oveja al matadero!

Heather mantuvo la compostura, pero su interior era un caos de emociones. Pero debía mantenerse fuerte, compuesta.

—No hay otra opción—dijo, su voz temblando apenas—. Tía Margaret necesita tranquilidad, y nosotras necesitamos un hogar. No tenemos dinero suficiente para sostenernos sin esto.

—¡Eso es una maldita mentira!—Isabella le tomó los brazos con fuerza—. ¡Siempre hay otra opción! No puedes dejar que ese hombre te tenga como un trofeo solo porque nos tiene contra la pared. ¡No es justo!

—Queridas… No griten, no peleen, escuchen…

—¡Por supuesto que no es justo!—espetó Heather, zafándose—. Pero prefiero vender mi alma a verlo todo desmoronarse, a ver a tía Margaret en la calle, a verte a ti sin un sitio a donde ir. ¿Es eso lo que quieres? ¿Ver cómo lo perdemos todo?

Isabella apretó los dientes, su rostro rojo de indignación. Se giró de golpe, maldiciendo a Granville en voz alta con un lenguaje que habría hecho sonrojar a cualquier dama respetable. Luego, sin decir más, salió de la habitación dando un portazo.

El sonido resonó en el aire, dejando un silencio opresivo tras de sí. Margaret suspiró con ruido y tomó la mano de Heather con un gesto tembloroso.

—Querida… Isabella tiene razón. No puedes ceder, podemos…—susurró, su voz débil, quebrada.

Heather cerró los ojos y apretó los labios con fuerza. Cuando los abrió, su mirada estaba empañada, pero determinada.

—No hablemos más, tía. Ya está decidido. Es lo mejor, y

tampoco es la muerte. Las mujeres han venido haciendo esto por siglos. Estaré más que bien, y también ustedes. No voy a prisión. No podríamos llamar así a las magníficas propiedades de sir Granville.

# Capítulo 23

El anuncio de la inminente boda de Heather con Granville cayó sobre la casa como un manto de inquietud. Las habitaciones, antes llenas de risas y conversaciones, ahora estaban impregnadas de una tensión palpable.

Penny no ocultaba su descontento. Mientras ayudaba a Heather a vestirse una mañana, murmuró con voz áspera:

—Si me lo permitiera, señorita, buscaría a un buen mozo que le diera una lección a ese lord engreído.

Heather esbozó una sonrisa triste, agradeciendo en silencio la lealtad de Penny, pero sabiendo que tales pensamientos eran inútiles.

En la cocina escuchaba a Isabella conversar en susurros con Rory o Harriet. Sus voces bajas y urgentes despertaban la curiosidad de Heather, pero cada vez que se acercaba, cambiaban de tema.

La sensación de que algo se tramaba a sus espaldas la inquietaba, pero no tenía fuerzas para indagar. La tranquilidad de la casa se vio aún más alterada con la llegada de carros cargados de provisiones y criados enviados por Granville para preparar la boda.

Invadieron la cocina de Harriet, quien, con las manos en jarras y el ceño fruncido, exclamó en gaélico:

—Cò iad na daoine seo a tha a' smaoineachadh gun urrainn dhaibh mo chidsin a ghabhail thairis?

Penny le dijo que estaba furiosa con esas personas que creían que podían tomar su cocina por asalto. Los sirvientes de Granville, ajenos al idioma y al temperamento de Harriet, continuaron con sus tareas, lo que provocó que la cocinera bufara y amenazara con echarlos a escobazos.

A pesar del caos, Heather encontró un extraño consuelo en la solidaridad de su personal. Sus quejas y comentarios mordaces con los intrusos la hacían sentir aceptada y querida, porque era evidente que Penny, Rory, Finn y Harriet estaban de su lado.

La tristeza la embargaba al pensar que, una vez casada, tendría que dejar la casa y a su gente atrás. La verdad era que se

sentía en su hogar aquí, y temía la vuelta a Inglaterra.

Decidió que le pediría a Granville que mantuviera a todos en sus puestos. Se denostaba por no haberlo pensado antes, pero… Había estado muy metida en su fiesta de lástima personal, su mente y corazón sumidos en desconsuelo.

Tenía que ser más fuerte, menos egoísta. Este había sido el hogar de sus criados por años, tenía que lograr que no lo perdieran.

El vestido llegó la mañana antes de la boda, muy temprano, envuelto en una caja de terciopelo azul que parecía un féretro para su libertad. Penny lo recibió con una expresión agria y lo dejó en la habitación de Heather sin delicadeza alguna.

—Supongo que los condenados también visten de blanco antes de su ejecución—masculló mientras desataba los lazos del envoltorio con manos torpes.

Heather no respondió. Sus dedos estaban fríos cuando tocaron la tela fina y costosa, elegida con la precisión asfixiante de Granville. Todo en él era control.

Todo en esta boda era su obra, desde la imposición de su voluntad hasta la elección del color de los lazos que adornaban el corpiño del vestido.

Penny resopló.

—Tanta elegancia para un sacrificio…

Heather cerró los ojos un instante. No quería oírla. No quería pensar. Se quitó el vestido que llevaba puesto con movimientos automáticos y se sometió a la última prueba.

Dejó que Penny la ayudara a deslizarse en la trampa de seda y encaje. El peso era ligero, pero sentía que la hundía en el suelo. Granville había contratado a la mejor costurera de Edimburgo, que viajó con prisa para la confección.

Cada costura, cada botón, cada pliegue había sido hecho para ella. Y sin embargo, nada en ese vestido le pertenecía. Frente al espejo, se obligó a mirarse. No se reconocía.

Penny le ajustó la cintura, murmurando insultos entre dientes, pero Heather apenas la escuchaba. Su reflejo era una extraña: una mujer de rostro pálido, con los labios sellados en una línea tensa y los ojos vacíos.

No era la Heather Carlisle que llegó a Escocia con sueños de independencia. No era la mujer que había recorrido las tierras, ayudado a Finn con las majadas, o cabalgado por los riscos en busca de alguna oveja perdida.

La que había perdido horas de sueño recortando gastos, haciendo economía acá y allá.

No. Era solo una pieza en el tablero de Granville. La imagen se le nubló cuando sus ojos ardieron.

—No hagas esto.

La voz de Isabella llegó desde la puerta, con el filo de la ira apenas contenido. Heather no se giró. Sabía que su prima la miraba con tristeza.

—No hay alternativa.

Isabella entró con pasos firmes y se cruzó de brazos.

—No digas eso. Te has rendido sin luchar.

Heather sintió cómo su garganta se cerraba.

—No estoy rindiéndome. Estoy protegiendo lo que nos queda.

—¡Protegiendo nada!—espetó Isabella—. Estás entregándote. ¿Tienes idea de lo que ese hombre hará contigo? No es un matrimonio, es una sentencia.

Heather se giró con brusquedad.

—¡Lo sé!—su voz se quebró, pero no permitió que sus lágrimas cayeran—. Pero dime, Isabella, ¿qué hago? ¿Veo a tía Margaret consumirse en una cama sin poder pagarle un médico? ¿Nos marchamos sin nada, como mendigas, mientras Granville se adueña de todo?

Isabella cerró los puños.

—Callum MacLaren…

Heather la interrumpió de inmediato.

—No.

El nombre fue una chispa peligrosa en el aire. Isabella la miró, empecinada, porfiada en su valiente empeño por encontrar una salida. No se resignaba, y arrojaba tonterías al viento.

El laird MacLaren no la veía más que como un incordio, una inglesa más vilipendiando sus tierras.

¿A cuento de qué la ayudaría? ¿De besos robados? ¿De encuentros fortuitos que terminaban mal? ¿De miradas incendiarias sin sentido? Meneó su cabeza, desalentada.

—¿Por qué no?—insistió—. Sabes que él tiene poder, prestigio. Lo escuchan, lo respetan… Frente a un demonio, se necesita otro más fuerte. Y ese hombre lo es, y tiene la valentía que se necesitaría.

Heather apretó los labios y giró el rostro hacia el espejo otra vez.

—Porque esto no es problema de Callum MacLaren.

Mentira. Lo pensaba más de lo que quería admitir. Callum, con su mirada feroz, con su rabia contenida, con su boca que había reclamado la suya en un beso que no podía olvidar.

Su mano tembló cuando rozó su propia muñeca, como si aún sintiera la presión de la suya. Pero no. No podía pensar en él.

—Granville ha ganado, Isabella—susurró—. Seré su esposa. Acostumbrémonos a la idea.

La habitación quedó en silencio. Penny ajustó el último botón del vestido y luego que estuvieron seguras de que le quedaba como un guante, la ayudó a desvestirse y salió de la habitación con los labios apretados.

Isabella permaneció ahí, observando a Heather como si pudiera cambiar su destino solo con la intensidad de su mirada. Pero no dijo nada más.

****

La casa estaba en silencio. Un silencio pesado, sofocante, como si las paredes mismas contuvieran la respiración ante lo inevitable. Heather permanecía en su habitación, sentada junto a la ventana, mirando sin ver la negrura del cielo escocés.

No podía dormir. Escuchó ruido de pasos cruzando el pasillo. Penny, probablemente, o Isabella, que tal como ella, no descansaban, expectantes de lo que ocurriría el día siguiente.

Isabella estaba tan molesta, con el ceño fruncido y con los labios apretados el día entero. Su tía estaba un poco mejor, pero débil. Y triste.

Suspiró. Su mente era un caos de pensamientos. *Esto no es*

*lo que soñé. Era más cercano a una pesadilla.* Fingía gracia y aceptación ante su familia, pero se sentía condenada. A morir de aburrimiento y desesperación en la casa y el lecho de un hombre que despreciaba.

Cambiaría libertad, independencia y pobreza por grilletes invisibles y prosperidad. *No es el dinero la razón que me hace ceder*.

Si fuese ella la única afectada por el endeudamiento masivo, no dudaría en trabajar de lo que fuese para sobrevivir.

No era el orgullo el que le impedía hacerlo. Era la convicción de que su tía necesitaba cuidados que no podía darle. La necesidad de asegurar un futuro digno a Isabella, que era una romántica irremediable que no entendía que si Heather caía en desgracia, la arrastraría.

No tenían a nadie más a quien acudir. Los padres de Isabella muertos, los suyos también, y los tíos que restaban nunca estuvieron para ellas.

Excepto Margaret, y bueno… George, en su final. Aunque era el causante de la situación actual, en realidad.

Suspiró bajito y muy hondo. El matrimonio había sido una posibilidad, aunque lejana, claro. Pero no así. No con un hombre que la miraba como un trofeo más para su colección.

No con Granville, que desde el principio había querido poseerla, pero nunca había querido entenderla. Apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Se imaginó otra vida, una en la que no estaba atrapada en esta situación. Una donde podía quedarse en Escocia sin miedo, sin cadenas invisibles que la arrastraran a un futuro impuesto.

Y sin quererlo, su mente la llevó a Callum MacLaren. *Ese maldito escocés. Su mirada fiera y orgullosa. La atravesaba cada vez que sus pupilas se fijaban en ella. La veía, eso parecía. Y sus besos… Robados, pero…*

*A*rdientes y comandantes. Se llevó las manos a la boca y delineó sus labios con lentitud. Su cuerpo también recordaba bien la sensación de sus manos, el calor de su cuerpo, su olor a cuero, lana y aire libre.

Heather abrió los ojos y sacudió la cabeza. ¿Qué hacía

pensando en él? No cambiaba nada. Era alguien ajeno. Alguien que también deseaba sus tierras. No tenía sentido que su corazón latiera más rápido. Respiró hondo y se obligó a centrarse en lo que vendría.

Mañana, todo cambiaría. Granville la tomaría como esposa y su vida se reduciría a lo que él decidiera para ella. Podría administrarle una vida cómoda, lo sabía. Pero cómoda no era lo mismo que libre.

Se abrazó las piernas y apoyó la barbilla sobre sus rodillas. Y sollozó.

# Capítulo 24

La luz grisácea del amanecer se filtraba a través de los cortinados, arrojando una sombra espectral sobre la habitación. Heather despertó con un sobresalto.

Los sonidos de la casa eran variados, y poco habituales para la hora. Pero hoy habría una boda, y de seguro los criados de Granville ya iban y venían alistándolo todo. Un golpe en su puerta, seco, la hizo resoplar, y fue Penny la que entró.

—El gallo inglés vendrá en pocas horas, eso dijo su mensajero. No sé si pretende un comité de bienvenida—rezongó.

—Penny… Te sugiero que te guardes tus comentarios ante sir Granville. Me temo que a partir de hoy su voz será predominante en esta casa, y…

—Oh, no se inquiete—la criada agitó su cabeza—. Ninguno de nosotros va a permanecer aquí. Sabemos que usted se irá, y los criados del inglés hablan…—dejó la frase en suspenso, y Heather parpadeó.

—¿Qué dicen?

Se encogió de hombros.

—El administrador ha dicho que varios de los que están aquí nos van a sustituir. Nos marcharemos antes de que ese idiota pueda despedirnos—dijo, su barbilla en alto y con una dignidad tan admirable que a Heather se le cerró la garganta.

—Yo… Hablaré con Granville para que…

—Ni se le ocurra, señorita.

Penny la miró con lástima, y Heather sintió deseos de gritar y rebelarse y… Nada. Tragó saliva y se obligó a ponerse de pie.

—Si pudiera elegir... Si tuviera…

Penny la miró con incredulidad y sacudió la cabeza.

—Perdió la calma y dejó de pensar. Se asustó por su tía, y lo entiendo. Pero pudo pedir ayuda. Granville es un patán con dinero, un hombre codicioso, pero hay más fuertes que él en la zona.

Heather se giró hacia ella, dispuesta a responder, pero su mirada se encontró con su propio reflejo en el espejo.

Los ojos que la miraban de vuelta no parecían los suyos. Había algo vacío en ellos. Algo roto.

Con un suspiro, se sentó frente al tocador y permitió que Penny comenzara a recogerle el cabello. Sus dedos eran rápidos y precisos, pero cada vez que tiraba de un mechón lo hacía con más fuerza de la necesaria.

—Que me tironees el pelo no cambiará las cosas.

La criada resopló.

—Tal vez haga que le llegue sentido a esta cabeza. Se está comportando como una condenada al patíbulo, cuando debería estar luchando.

Heather cerró los ojos mientras Penny aseguraba los últimos horquillas.

—No siempre se puede luchar—susurró.

El silencio que siguió fue incómodo. Penny no emitió otra palabra.

Resignada, bajó, el vestido ceñido a su cuerpo y las manos frías a pesar de los guantes. A su lado, Margaret, con una expresión contenida, alzó una mano temblorosa para alisar un mechón rebelde de su sobrina.

—Estás preciosa, mi niña—susurró con una leve sonrisa—. Ojalá esto fuera lo que deseas.

Heather tragó en seco. No tenía fuerzas para responder, para corregir la verdad implícita en sus palabras. No podía mentirle.

Pero Isabella no tenía intenciones de suavizar el momento.

—Una pena que no puedas sonreír de verdad.

Las palabras fueron un golpe seco.

—No empieces—murmuró, cansada.

—¿Que no empiece?—Isabella avanzó un paso, su furia chispeando en sus ojos—. Vas a casarte con ese bastardo y esperas que lo acepte como si fuera cualquier otro día.

Heather alzó la barbilla, con la postura rígida.

—No lo aceptes, entonces.

—¡Dios, es increíble!—Isabella lanzó las manos al aire—. Tengo deseos de salir corriendo de aquí. Mirarte dar un paso hacia el precipicio…

Heather sintió que alcanzaba un límite, y que se desgarraba. Quiso gritarle, decirle que no entendía, que esto no era una elección.

Pero antes de que pudiera responder, un estruendo rompió la tensa atmósfera, y hubo un golpe seco en la puerta.

No uno. Dos. Tres. Fuerte, exigiendo ser atendido. Penny irrumpió en la habitación, su rostro colorado, gesticulando con las manos.

—¡El laird MacLaren está aquí!—exclamó sin aliento—. Ha venido a por vos.

Heather sintió un vacío en el estómago.

—¿Qué?

Pero no hubo tiempo para procesarlo. La puerta principal se abrió con un estrépito, dejando entrar un aire helado y una ráfaga de voces alteradas.

Y allí, de pie en el umbral, con la capa oscura sacudida por el viento, las botas firmes sobre el suelo y el rostro tallado en pura determinación, estaba Callum MacLaren.

Su sola presencia llenó la habitación como una tormenta a punto de estallar. Heather dejó de respirar.

—No te casarás con ese bastardo—gruñó Callum, su voz baja y definitiva.

Margaret emitió un jadeo ahogado. Isabella cubrió su boca con la mano, pero se quedó muy quieta. Penny soltó una catarata de palabras en gaélico, pero no sonaron a enojo. Al contrario.

Heather sintió que el suelo se volvía inestable bajo sus pies.

—¿Perdón?

Callum avanzó con pasos seguros, sus ojos oscuros clavados en los de ella.

—Si vas a casarte con alguien, será conmigo.

Heather parpadeó, incapaz de reaccionar.

—Estás loco—susurró, su voz apenas un hilo—. No nos conocemos… De hecho, nos caemos mal… Y…

Pero Callum no le dio más espacio para el debate. Sus manos rudas la tomaron por la cintura y, en un movimiento rápido y seguro, la alzó sobre su hombro como si no pesara nada.

—¡Callum MacLaren! ¡Bájame ahora mismo!—gritó,

incrédula, y extendió sus manos hacia Isabella y Penny, pero ambas se cruzaron de brazos.

Parpadeó, más allá de lo sorprendida, y asustada. Sin darle tiempo a algo, y él ya se movía, saliendo de la casa con pasos firmes.

Heather se retorció, pateó, golpeó su espalda con los puños, pero él no se inmutó. El aire frío la golpeó con violencia.

Las voces se mezclaban: los gritos de Isabella diciéndole ¿que estaría bien?, las exclamaciones de Penny, que sonreía y no hizo nada por detener al laird, las protestas airadas de los criados de Granville, frenadas por la mirada iracunda de MacLaren...

—¡Maldito salvaje!—chilló Heather—. ¡No puedes llevarme, esto es un rapto!—vociferó, retorciéndose en vano.

Callum soltó una carcajada, y la vibración de su pecho se sintió en la parte baja de su espalda.

—No, esto es una rescate, tonta. La salvación que no sabías que tenías.

La colocó sobre la grupa de su caballo, sentándola delante de él, atrapándola entre su pecho y sus brazos fuertes. Heather sintió la dureza de su cuerpo contra el suyo, la calidez masculina devolviendo sensibilidad a su piel.

Los latidos de su corazón resonaban con violencia en sus oídos.

—Vas a arrepentirte de esto, MacLaren—jadeó ella, clavándole los ojos con furia.

—No más que tú de haberte resignado.

Y sin darle oportunidad de responder, Callum espoleó al caballo y la sacó de allí.

****

El viento le azotaba el rostro, enredando su cabello suelto mientras el caballo galopaba con furia a través del campo. Heather intentó moverse, pero todo lo que logró fue que él se detuviese un tanto para girarla y enderezarla contra su pecho, sosteniéndola con un brazo de hierro contra sí.

—¡Bájame ahora mismo, Callum MacLaren!—exigió, golpeando su antebrazo con frustración.

Él soltó una carcajada, el sonido vibrante y desafiante.

—Lo haría, pero dudo que tengas ánimos y fuerzas para correr hasta el castillo. Con este vestido, además.

—¡No voy a tu castillo! Debes llevarme de vuelta. Granville ya debe haber llegado, y…

—Oh, no lo dudo. El sassenach se enfrentará a una dura realidad hoy. Nada pasa en estas tierras que yo no desee.

Heather sintió que la ira le nublaba la vista.

—¿Qué derecho tienes de hacer esto? ¡No puedes decidir por mí! Hay mucho en juego, ¡mi prima, mi tía…!

—¿Y crees que Granville solucionará lo que te pasa? ¿Será sensible a tus necesidades? Te creía más astuta.

—¡No sabes lo que es no tener salida!

Hizo su cabeza atrás para golpear al bastardo, pero solo golpeó su pecho, y fue como hacerlo en roca.

—No dejo que nadie me ponga en esa posición. Ese hombre quiere las tierras, y tu cuerpo—espetó Callum, inclinándose hasta que su aliento caliente rozó su oído—. ¿Cómo es una buena opción casarte con un hombre que te ha acorralado en una trampa?

Heather abrió la boca, pero no tenía respuesta.

—¡No te importa!—insistió, con la voz crispada—. ¡No es tu asunto!

Callum soltó un resoplido.

—Lo es ahora. Y si tengo que domarte para que lo entiendas, lo haré.

Y entonces, como para rematar su punto, alzó la mano libre y le dio una nalgada firme en el costado de su glúteo derecho, y lo repitió.

Heather se quedó petrificada.

—¡Callum MacLaren!

—Deja de debatir y agárrate muy bien, a menos que quieras besar el suelo.

Heather estaba a punto de lanzar una retahíla de insultos cuando sintió el retumbar de cascos acercándose. Giró la cabeza y vio a un grupo de hombres cabalgando en su dirección.

Granville. Su estómago se encogió. Callum maldijo en voz

baja y espoleó al caballo con más fuerza.

—No te inquietes, Heather. Esos son lacayos sin fibra ni verdadero interés en detenerme. Saben lo que significa ponerse en mi contra. No dejaré que te toque un pelo, y cuando vuelvas a ver a Granville… Este no podrá hacer nada contra ti o tus tierras. Tengo un plan, y creo que entenderás que puede resultar a tu favor.

Heather no discutió. No entendía cómo podía el laird evitar que Granville, que debía estar furibundo, ejecutara su propiedad y las pusiera de patitas en la calle, pero…

No perdía nada con escuchar, y siempre podía volver alegando que había sido raptada contra su voluntad. Era así. Y no creía que Callum la retuviera si ella se oponía.

Eso esperaba.

# Capítulo 25

El trote firme del carruaje sacudía a Granville en su asiento, pero la incomodidad del camino no lograba empañar su satisfacción. Cada kilómetro que recorrían lo acercaba a su victoria.

Hoy era el día en que todo encajaba. Se pasó la lengua por los dientes con una sonrisa indolente mientras miraba por la ventanilla. El paisaje agreste de Escocia se extendía ante él, áspero y tosco, como toda esta maldita tierra.

Pronto, esto sería agua pasada. No solo tendría a Heather, sino que la propiedad Carlisle—y lo que ella representaba—sería suya, con su potencial sin explotar.

El negocio del ferrocarril avanzaba con rapidez. Había estudiado cada movimiento, informe, y negociación. Las tierras de la región eran clave para el trazado final.

Y con Heather en sus manos, podía asegurarse de que nada interfiriera en su inversión. Se reclinó en el asiento y exhaló, disfrutando de tener las cosas bajo control.

Más de una vez había querido rendirse con ella. Cuando la cortejaba en Surrey y ella lo rechazaba con ese aire altivo, con ese desprecio apenas contenido, sintió ganas de dejarla hundirse en su necedad. Pero solo había necesitado domarla.

Cuando el carruaje giró hacia la entrada principal de la propiedad Carlisle, su pulso se aceleró con anticipación.

Pero algo no estaba bien. Incluso antes de que el vehículo se detuviera, supo que era así. Los criados corrían de un lado a otro, algunos con la boca abierta en sorpresa, otros murmurando en voz baja.

Descendió con rapidez y subió las escalinatas con pasos largos, demandando respuestas.

—¿Qué demonios pasa aquí?—espetó, su voz cortando el bullicio como un cuchillo.

Nadie respondió de inmediato. Su mirada se deslizó por la estancia y encontró a Margaret Carlisle en un sillón, más pálida de lo habitual, con un pañuelo en la mano y los ojos húmedos.

Isabella estaba de pie, rígida como una estatua, la mandíbula tensa, los labios apretados. La empleada loca lo miraba con pura hostilidad, los brazos cruzados, su rostro una máscara de furia contenida.

Heather no estaba. No podía ser. Se giró hacia los criados que cuchicheaban en la entrada.

—¿Dónde está Heather?—su voz salió baja, fría como la escarcha de la mañana.

Un silencio espeso se apoderó del vestíbulo. Finalmente, uno de los lacayos carraspeó y dio un paso adelante con evidente nerviosismo.

—Milord… el laird MacLaren. Se la llevó.

La sangre le hirvió.

—¿Cómo que se la llevó?

—Entró y… la tomó. A la fuerza. A caballo. Se la llevó.

El rugido de rabia que escapó de su pecho hizo que más de uno diera un paso atrás. Granville se giró sobre sus talones y salió de la casa como una tempestad.

—¡Desengancha los caballos! ¡Ya!—rugió, y el conductor se precipitó a hacerlo, y Granville tomó el primero libre—. ¡Monten, y vamos tras él!

—Milord… Es el laird—dijo alguien, y Granville miró con furia loca alrededor.

—¡Monten, y vamos tras ellos, o les juro que se arrepentirán —espoleó su montura antes de que sus hombres pudieran reaccionar.

*Ese salvaje. ¡Ese maldito salvaje!*

El caballo bufó y aceleró el paso cuando Granville apretó los muslos contra sus flancos. Sus hombres lo seguían, pero ya podía sentir la reticencia en algunos.

Los escoceses. Siempre traicionándose entre ellos. Siempre con ese estúpido sentido de lealtad a sus clanes y sus lairds, como si la sangre valiera más que el dinero y el poder.

Rebeldes incluso cuando les habían puesto el pie encima hacía casi un siglo. Pero no importaba. Lo alcanzaría. Lo arrancaría de su caballo si era necesario.

Heather era suya. Lo había sido desde que la vio por primera vez, y a pesar de que sus desaires. Años de paciencia, de manipular circunstancias, de asegurarse de que no tuviera más opción. ¡Era suya! No permitiría que Callum MacLaren lo humillara.

Los cascos golpeaban el suelo con violencia cuando cruzaron la última colina. Y entonces, lo vio. A lo lejos, en la bruma de la mañana, Callum MacLaren se alejaba con Heather en su grupa, perdiéndose en dirección a sus tierras.

Granville tiró de las riendas con violencia. No. No podía seguirlo. No en territorio MacLaren.

El caballo relinchó, frenando en seco. Granville sintió cómo su mandíbula se tensaba hasta el dolor. No podía atacar un castillo escocés. No así. No todavía.

No era como si hubiese allí un ejército, pero de seguro esos hermanos se bastaban para derrotar cualquier intento suyo con los patanes que tenía siguiéndolo. Criados, no soldados.

Exhaló despacio, permitiendo que el odio lo embargara, dejando que el veneno se instalara en su mente. Necesitaba un plan, y hombres dispuestos a todo. Giró el caballo y regresó con la misma furia con la que había salido.

Esto no había terminado.

—Necesito información—ordenó, su voz tensa de control—. Quiero saber si esto fue orquestado.

Uno de sus hombres intentó hablar.

—Milord, ella estaba vestida. Lista para la boda. Gritaba y protestaba… Estaba sorprendida y temerosa.

Granville inspiró hondo, con alivio. Heather no lo planeó. Eso era crucial. Pero no cambiaba nada.

No regresó a la casa. No tenía sentido. Marchó hacia la posada. Tenía mucho por hacer. Una vez allí, se cambió y dio la orden de cerrar el lugar a nadie que no fuese llamado. No necesitaba gente regodeándose en su humillación.

—Quiero que la autoridad se haga cargo de esto… Alguien ha de ir a ese castillo a demandar que Heather sea liberada. Pero mientras tanto, quiero a los mejores mercenarios que se puedan contratar en la región, con urgencia—ordenó a su administrador—.

Atacaremos a ese salvaje con fuerza que no espera.

El hombre asintió y le dejó solo. Granville esperó que saliera para dar paso a la ira que le consumía. No hubo utensilio, botella, copa o adorno que quedara en pie en la habitación.

Cuando la nube roja que cubría su mente comenzó a evaporarse, se giró hacia la ventana, observando el camino que llevaba hacia las tierras MacLaren.

No había terminado con Heather, ni con Callum MacLaren. La arrancaría de sus brazos. Reduciría esa fortaleza escocesa a cenizas.

Las tierras Carlisle, el contrato con la compañía del ferrocarril, Heather. Todo sería suyo, por cualquier medio necesario.

****

El viento cortante le azotaba el rostro mientras cruzaban a toda velocidad los límites de su territorio. Su cuerpo estaba rígido, su cabeza no paraba de pensar, pero nada se comparaba con el ardor exhilarante que le quemaba en el pecho.

Estaba hecho. Heather Carlisle no se casaría con Granville. Su accionar inesperado e intempestivo, más propio de sus antepasados en eras salvajes, había resultado.

La llevaba sobre su caballo, su fragancia impregnando cada aliento que tomaba. El roce de su cabello contra su barbilla lo hacía maldecir en su fuero interno.

Era suave. Demasiado. Como su piel cuando la sostuvo con firmeza para alzarla sobre la montura. Y el calor que su cuerpo irradiaba, pegado al suyo… Letal.

Una combinación que aligeraba su cabeza y ponía su hombría tiesa y anhelante. No era como si pudiese controlar sus sensaciones, e incluso sus emociones en este momento.

Le provocaba gritar a voz de cuello para que el reclamo posesivo rebotase en las montañas y se expandiese por valles y bosques. Heather no pertenecía a ese sassenach. Tampoco a él, aunque su highlander interno gritase que sí, que era suya.

La inglesa era mucha mujer para pertenecer a nadie, aunque se hubiese resignado por el bien de otros a someterse.

Ella todavía protestaba sobre su montura, como lo hizo cuando la sacó de su propiedad. Con ultraje, con indignación. Pero

podía sentir cómo su respiración se acompasaba con cada metro que se alejaban de su propiedad.

No estaba tan furiosa como aparentaba. Cuando el ruido del galope detrás mostró que los seguían, se había envarado y su rostro mostró su temor, y la contradicción que la situación imponía en ella.

Claro que esa mísera partida que les perseguía no se atrevió a ingresar a las tierras MacLaren. Granville estaba fuera de su patria, y aquí, dependía de escoceses que respetaban a Callum, o le temían.

Imaginó al bastardo furioso, su pomposo trasero lívido por la afrenta y la humillación de ver que le quitaban a su futura esposa de sus narices.

No merecía menos, codicioso chantajista que se deleitaba arrinconando a los débiles con su dinero y poder.

Acababa de recibir la lección de su vida, y Callum tenía más para mostrarle, si insistía.

# Capítulo 26

Cubrió los últimos metros que llevaban al castillo, y cuando ingresó, sus hermanos esperaban. Le habían visto partir con emociones encontradas, más que nada temerosos de que tuviese oposición armada, pero rechazó sus deseos de ir con él.

Esta era su tarea, su elección. Era el laird, y lo hecho pesaba sobre él. No podía ser de otra manera.

Hamish y Ewan estaban en la entrada, y sus rostros se distendieron al verle llegar. Gwen salió por la puerta de la cocina al escuchar los gritos de saludo. Su expresión era más serena, aunque sus ojos se fijaron de inmediato en Heather, con cautela.

Callum desmontó con rapidez y sintió la tensión en los músculos de Heather cuando ella intentó bajar sola. No la dejó.

Le rodeó la cintura con ambas manos y la alzó, sosteniéndola un instante más del necesario antes de dejarla en el suelo.

—¡Tú…! ¡Laird MacLaren, es… es… ¡Un bárbaro!—espetó ella, fulminándolo con la mirada.

Él solo arqueó una ceja.

—La he salvado. Debería mostrar un poco de gratitud. Y considerando la situación, acuerdo en que tutearnos es lo mejor.

Heather alzó una mano, rojo su rostro, pero Callum atrapó su muñeca antes de que pudiera abofetearlo.

—No empieces con esas tonterías—murmuró, con una sonrisa ladeada—. Esto ha sido una bendición disfrazada, pequeña rosa inglesa—las palabras brotaron espontáneas, aunque en su cabeza sonaban menos irónicas—. Te he evitado un paso desagradable.

Heather se irguió con ira, y él sonrió fugazmente. Era pequeña, apenas le llegaba al hombro, y muy grácil. Tan bonita en su indignada agitación, sus ojos brillando y su boca entreabierta.

—¡Has interrumpido un paso que haría que los míos estuviesen seguros! Mi tía, mi prima… Esta boda era la seguridad para ellas, y tú… Tú arrebataste esa posibilidad. Pero todavía hay

tiempo. ¡Dadme un caballo! Si retorno ahora…

Callum sostuvo sus hombros con firmeza, y negó, iracundo.

—No pasará. Atribuyes demasiado poder a ese petimetre inglés que no es hombre para conquistarte, y recurre al chantaje.

El impacto de sus palabras la dejó muda durante unos segundos. Sus ojos verdes brillaron con incredulidad.

—¿Perdón? ¿Cómo lo sabes…?

—Isabella estuvo aquí. Nos contó lo que ocurría—dijo Gwen, descendiendo los escalones de piedra y viniendo a ellos—. Le pidió ayuda a Callum. Dijo que tú no veías salida, y no creías que alguien podría ayudarte.

—Pero nuestro laird lo hizo—dijo Hamish, un gesto firme en su cabeza—. Mi hermano te acaba de salvar, inglesita.

—No le digas así—gruñó Callum.

Solo él podía hacerlo. Llamarle nombres. Tocarla. Ayudarla. Inspiró y procuró calmar sus pensamientos, que lo confundían.

—¿Cómo ayudó? ¿En qué colabora con mi situación económica o con la salud de mi tía el rapto que acaba de hacer? ¿Cómo logrará eso que no pierda la propiedad? Granville es mi acreedor principal…—Heather casi gritaba.

Callum sostuvo su mirada y vio el momento exacto en que algo dentro de ella se rompía. La resistencia feroz que había mantenido se resquebrajó, y por primera vez, vio el cansancio en sus ojos.

—Lo que ayudará es la boda. Conmigo.

Heather parpadeó, y luego sacudió la cabeza, aturdida.

—¿Perdón? Pero, ¿qué cojones dices?

Hamish soltó una carcajada.

—Vaya, hermano, pensaba que al menos lo anunciarías con más ceremonia.

—Hay que darse prisa—gruñó Callum—. La próxima vez que Granville te vea, debe saber que eres mi esposa. Y nadie toca, chantajea, amenaza o lastima lo que es mío.

—¡No soy un trofeo! —dijo, con la voz contenida de rabia.

Callum aflojó un poco su agarre y, por un instante, su tono fue más suave.

—No, no lo eres. Pero esta es la mejor solución. Si te casas conmigo, estarás protegida. Nadie podrá reclamarte como suya, ni amenazar con despojarte de tu casa.

Ella tragó saliva.

—¿Y si digo que no?

Callum se inclinó un poco, su voz descendiendo a un tono oscuro.

—¿Por qué lo harías? No me parece una mala solución. Puedes detestarme un poco, pero creo que a Granville lo odias. Eso dijo tu prima.

Ella apretó sus labios y miró a un costado, su rostro una muestra flagrante del profundo desprecio que sentía por el inglés.

—Detesto que decidan y planifiquen sobre mí y mi gente, como si no tuviese voluntad o voz.

—No creo eso, pero hay urgencias que hacen imposible posponer las decisiones. El asunto aquí es simple: o aceptas casarte conmigo, y obtienes mi protección. O te devuelvo a Granville y le explico por qué llevas mi olor y mis huellas en tu piel.

El escalofrío que recorrió su espalda fue evidente. No de miedo, sino de rabia e indignación.

—¡Eres un bárbaro! ¿Serías capaz de poner en tela de juicio mi dignidad, mi pur…?—ella se mordió el labio para frenarse, pero Callum estuvo seguro de que iba a decir su pureza.

Jodida cabeza suya que llevó ideas calenturientas a su cuerpo, que volvió a alborotarse. No podía permanecer inconmovible a su alrededor.

—Un salvaje que te salvará si eres astuta. Soy esclavo de mi palabra, y te aseguro que no haré nada que no desees, pero daré todo de mí para protegerte, y a los tuyos.

—No hay hombre más honorable que Callum—dijo su hermano Ewan, y los otros asintieron.

Heather miró a su alrededor. Callum notó cómo sus labios se apretaban y cómo su mirada viajaba de un rostro a otro, buscando alguna salida.

Gwen dio un paso adelante y, con voz más suave, intervino:

—Debes dejarte ayudar. El orgullo no te sacará de

problemas, ni te dará un futuro que quieras vivir.

—¿Cómo…?—susurró.

—Mis hombres vigilan la propiedad, y apenas lo acordemos, se instalarán allá a cuidar a tu prima y tía —le dijo—. Ewan se encargará de que nadie las toque.

Este asintió con seriedad. Heather exhaló lento, y cerró los ojos un instante.

—¿Qué quieres a cambio? ¿Mis tierras? ¿Cómo es eso diferente de lo que Granville…?

—No me compares con esa ave de carroña.

Callum hizo una seña con la cabeza, y su primo Malcolm, que había permanecido lejos, avanzó unos pasos.

—Señorita Carlisle. Mi nombre es Malcolm MacLaren. Soy abogado, trabajo en Edimburgo, viajo seguido a Londres. Tengo contactos importantes. Por eso, he logrado averiguar lo que está detrás de la llegada de Granville, y su apurado interés en un matrimonio con usted. No que usted no sea una mujer que incite esa idea—sonrió, galante, y Callum carraspeó, su mirada haciendo un hoyo en el rostro de su gilipollas primo.

—¿Qué quiere decir? ¡Hable!—demandó Heather, su mirada tornándose especulativa, nada afectada por el intento de Malcolm de distender la situación.

Eso era bueno, ella estaba enfocada y no se dejaba impresionar por tonterías, pensó, satisfecho. Algo se le debió notar en el rostro, porque Gwen le miraba con esos ojos que ponía cuando creía saber más que los otros. La ignoró.

—Granville no quiere solo su mano. Al casarse, pretende gestionar su propiedad. El primer paso fue comprar las deudas que su tío tenía con distintos acreedores. Empujó a algunos a dejar de venderle…

—¡Por eso le negaron insumos a Rory, y a Penny!—dijo ella, los ojos muy grandes.

—El objetivo final es obtener una jugosa compensación de la compañía ferroviaria que está haciendo el trazado para el futuro recorrido. Sus tierras, Heather, están en esos planes, y pagarán fortunas para obtener derecho de paso. Granville pretende forzarlos

a negociar con él para obtener la mayor cantidad de beneficios posibles. Si logra consolidar su dominio sobre sus tierras, podrá exigir no solo un alto precio por la venta, sino también condiciones favorables para él, como participación en las inversiones ferroviarias o incluso una estación privada en su propiedad.

Heather entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

—Hice averiguaciones—respondió Malcolm—. Antes de aprobarse cada ley, las empresas intentan llegar a acuerdos voluntarios con los propietarios para evitar bloqueos en el Parlamento. Si consiguiera negociar directamente con la compañía, podría obtener un beneficio real sin quedar atrapada en manos de Granville. Pero necesita a alguien con influencia para que la respalde.

Callum cruzó los brazos.

—Los Campbell—dijo con seguridad.

Heather lo miró con desconfianza.

—¿Los Campbell?

—El duque de Elywood está en Escocia—continuó Callum—. Su madre, Isla Campbell, tiene fuertes lazos con nuestra gente y odia a los hombres como Granville. Si alguien puede garantizarte una negociación justa, es él. Tiene acceso al Parlamento y a los círculos de decisión donde se aprueban estas leyes. Puede respaldarte para que no te veas obligada a aceptar las condiciones de Granville.

Heather bajó la mirada, su mente trabajando con rapidez.

—Las deudas…

—Podrías pagarlas—dijo Callum con firmeza—. Con una inversión benévola, podrías salir de esta situación sin perder las tierras. No tienes que ceder ante Granville. Solo necesitas aliados poderosos para inclinar la balanza a tu favor.

El silencio se extendió mientras Heather procesaba lo que acababa de escuchar. Por primera vez en días, vislumbraba una salida.

Callum la miró. Sabía que ella estaba muy, muy tentada, pero era desconfiada. Después de todo, ¿por qué él, o los MacLaren,

la ayudarían?

No se equivocó. Ella alzó la barbilla con un gesto orgulloso, y le miró directo.

—¿Cuál es tu interés en esto? ¿Por qué intervenir, tomarte tiempo, molestias? ¿Hacer este… drama?

—¿Drama?—elevó una ceja—. No me parece, aunque no lo niego, me gusta dejar hondas impresiones en la gente que desprecio. Como ese sassenach…

—¿Es por odio a él? No lo creo—negó ella, agitando su cabeza, y llevó sus manos atrás, tomándolas, y caminó de un lado a otro—. No, tiene que haber razones más profundas…

—¿Es poca cosa querer que haya justicia y proteger la región de avariciosos que antepondrían su bien individual frente al del colectivo? Todo el progreso que los transportes pueden traer es real si abarata costos del comercio, si ayuda a nuestra gente a llevar su producción o ganado más rápido. Si nos ahorra días de viajes con tarifas accesibles. No creo por un segundo que ese sea el objetivo de Granville o los oportunistas de la inversión que vendrán con él—Callum cerró sus palabras con seriedad, dejando que sus emociones le ganaran y que en su faz se filtrara lo que pensaba.

Esto pareció convencerla, y fue un alivio, porque la paciencia se le acababa.

—Bien, entiendo… Pero, ¿es necesaria una boda?

—Las negociaciones toman tiempo, implican reuniones, viajes, idas y venidas, documentos… En ese ínterin, ese gilipollas querrá forzar tu mano y hacer valer su fuerza.

Ella tragó saliva, mirándolo fijo, y parpadeó, enrojeciendo. Callum no apartó su vista, adivinando hacia dónde iba su pensamiento.

—Déjennos por un momento—pidió a su familia, y estos lo hicieron, aunque Gwen tomó su antebrazo.

—Compórtate, entiende que esto es difícil para ella—murmuró en su oído, y él asintió.

Una vez solos, ella se aclaró la garganta.

—Necesito saber… Este matrimonio…—enrojeció, y la lengua mojó sus labios, como si necesitara humectarlos para continuar.

La mirada de Callum se clavó en su boca, dibujada como con un cincel. Rosa. Llamándolo. Joder.

—Debe ser real. Tiene que haber consumación. No sería extraño que Granville recurra a métodos sucios para intentar quedarse con tus tierras. Declararte incapaz, buscar testigos de que este es un matrimonio falso, denunciarme por este rapto y lograr que me apresen…

Ella evaluó lo que le decía por un momento, y él solo la observó, sin apresurarla. Había evitado pensar en esta parte, la práctica, del matrimonio. Se había dejado llevar por la planeación.

Ahora, con ella enfrente, las sensaciones se aglomeraban, y le decían que esto… Esto era lo correcto, pero además no le disgustaba. No, para nada. No era un iluso ni se engañaba. Era un hombre con sangre caliente, y esta mujer… Le atraía, mucho. Demasiado.

Ella suspiró, y asintió, su rostro llenándose de las líneas duras de la determinación.

—Está bien. Sí, lo haré.

Callum asintió, lento.

—Sabía que el sentido común prevalecería. Entremos, tenemos una boda que organizar y efectuar.

Extendió su brazo señalando la entrada, y caminó detrás. En unas horas, su vida cambiaría, No había pensado en el matrimonio antes, aunque jamás lo descartó.

Hoy se uniría a una inglesa, nada menos, algo fastidiosa y orgullosa, y que agregaba problemas a los que ya eran suficientes. Pero no le preocupaba o quitaba el sueño, y eso sí que era extraño.

# Capítulo 27

Heather sintió que el aire de la habitación se volvía espeso, cargado de posibilidades y miedos enredados.

La propuesta de Callum y su familia era mucho más de lo que había esperado. No se trataba solo de escapar de las garras de Granville, sino de tomar el control. De pasar a la ofensiva en lugar de ser la pieza sacrificada en un juego que no había iniciado.

Su corazón tamborileó en su pecho, inquieto y ansioso. Tener gente de su lado, en su esquina, protegiéndola, dándole aire, era tan extraña como desconcertante.

Y no se refería a las dos mujeres que habían estado a su lado desde que tenía memoria. Su tía e Isabella estaban con ella desde que tenía quince años, cuando su padre murió, y eran incondicionales. Eran un trío inseparable desde que el destino las juntó.

Ella había tomado la batuta y batallado con los asuntos financieros desde entonces. Acostumbrada a pelear sola, a mantenerse erguida contra la tormenta, la sensación de tener un escudo en su mano, de aceptarlo, era novedosa.

La calmaba, vaya que sí. Se sentía un oasis, un descanso. Aunque no era tan tonta como para desconocer que el laird MacLaren estaba ofreciéndole un camino, pero también una atadura.

En la bifurcación de la vida en la que estaba, se trataba de elegir entre dos pasos. En ambos, esto comenzaba con una boda. Las opciones eran Granville o Callum MacLaren.

El que la chantajeaba y planeaba quedarse con lo suyo, o el laird que creía que las tierras que heredó eran de su familia por derecho de tradición.

El hombre al que detestaba y despreciaba con una virulencia física que la hacía querer vomitar, o el que la inquietaba y volvía curiosa, al que no podía dejar de observar de soslayo, inquieta por su fortaleza y atractivo.

Porque vamos, no se podía negar lo que los ojos apreciaban. El laird era como un magneto para ella. Ceder ante Callum, era…

¿Inquietante? ¿Exhilarante? Le provocaba nervios que parecían transportarse por sus venas, energizando su cuerpo y haciendo que su corazón bombeara con velocidad.

Secaba su garganta y hacía que la idea de mariposas en la tripa no sonase tan tonta. Algo fluctuaba allí, y más abajo, para su vergüenza.

Un anhelo, una ansiedad inusitada y desconocida que quería pelear y desechar, pero las sensaciones se resistían a ser domadas.

El matrimonio no podía ser una farsa. Tenía que consumarse. Las palabras de Callum fueron claras y su significado se le enredaron en la piel como una caricia involuntaria.

Lo miró, de verdad, sin cortarse, sin limitarse. No se escondió ante sí misma, y permitió que su mente se detuviera en lo que él significaba como hombre.

No solo como un aliado inesperado, o como un nombre en un papel. Un esposo. *Su esposo,* si aceptaba. En el papel, a los ojos de los testigos, y en la intimidad.

El calor trepó por su cuello y se extendió hasta sus mejillas. Tendría que dormir con él. Sería tocada por Callum, desflorada por el que había considerado un salvaje escocés sin maneras.

Un estremecimiento largo la recorrió, un roce eléctrico hecho de temor, anticipación, expectativa. Y deseo. Oh, sí, Heather intuyó en ese mismo momento que lo que la ponía frenética también era necesidad física.

Su naturaleza, que solía controlar sin mayor problema, la traicionaba. La dejaba inerme. *¿Es eso malo?*, se preguntó. No lo creía. De hecho, era un aliciente. Heather podía ser pasional, obcecada, curiosa, valiente, pero también era práctica.

Si la boda con Callum podía ser una salvación, aunque no pensada, sería llevadera, incluso agradable, con… interés de su parte. El laird era guapo de una forma que los ingleses despreciarían, pero que una mujer no ignoraba.

Además, fuerte como un toro, como su físico de miembros poderosos dejaba entrever. Comandante, sin miedo, tomaba lo que quería o necesitaba. Y cuando la miraba, como ahora, con esa intensidad que parecía despojarla de sus defensas, no la hacía sentir

como la pieza de un plan.

Esa mirada oscura tenía hambre, pasión, y la recorría sin limitaciones. Pero esto no le provocaba el disgusto que la de Granville. Lejos de eso. Podía perderse en él. Parpadeó, volviendo en sí.

Respiró hondo. Tenía opciones. No muchas, pero existían. Y cuando alguien ha estado atrapado en una jaula, un espacio entre los barrotes era suficiente para lanzarse hacia él. El laird era eso.

—Lo haré—dijo, su voz firme a pesar del torbellino dentro de ella—. Acepto tu propuesta.

****

El sol se deslizaba en un resplandor anaranjado a través de los vitrales de la pequeña iglesia. Heather se mantuvo erguida, con las manos entrelazadas frente a ella.

Se había quitado el vestido que Granville había pago y, en su lugar, vestía uno de Gwen MacLaren. La tela era sencilla, sin los encajes costosos y bordados meticulosos del anterior, pero se sentía liviano y adecuado.

La única de las MacLaren había sido parca, pero generosa. Se había aparecido en la puerta de la habitación a la que había sido conducida y le había dejado también enaguas, una chaqueta, botas. Esto serviría hasta que sus pertenencias llegaran.

Uno de los criados había sido enviado para dar aviso de la boda, y se le había pedido que trajera sus pertenencias esenciales. Este era su hogar, al menos hasta que la situación con Granville se saldara.

Con la más compuesta actitud, consideró su situación. Esta no era la boda que una dama inglesa que se preciara habría soñado. No había flores elegidas con esmero, ni selectos invitados enjoyados en sus más finas vestiduras, o un festín preparado con los alimentos más exóticos.

Era un acto de estrategia, una jugada en un tablero de ajedrez. *Granville creyó ser el rey, pero otro le había invadido el terreno y le arrebataba la reina*, eso había escuchado que decía uno de los MacLaren, Hamish. Era crudo, pero no tan alejado de la

realidad.

Respiró hondo y avanzó hacia la capilla, con Gwen unos pasos más atrás, dejándole espacio. No sabía si podrían ser amigas, y necesitaría una aquí. Era una joven cortante, pero gentil a la vez. De esas criadas entre puros hombres, que no toleraba tonterías.

¡Cuánto extrañaba a Isabella! Pero ella debía quedarse en la propiedad Carlisle, con la tía Margaret. Era menos fría que esta fortaleza de piedra, y más acogedora. La habían vuelto un hogar, y Heather la echaría de menos. No sabía si regresaría pronto.

Sus pasos resonaron sobre los adoquines y se detuvo un momento en la entrada, mirando el interior. Habían pasado varias horas de los acontecimientos de la mañana, y esto dio tiempo a traer aquí a toda prisa algunos invitados que oficiaran de testigos confiables, y al sacerdote.

Heather dio un vistazo, reparando en los que estaban aquí para presenciar lo inesperado. Rory, Penny y Finn la miraban con expresiones de alivio y contento. No podía ser de otra manera.

Para ellos el laird MacLaren era un hombre de respeto, uno de los suyos, pero capaz de salvar su hogar. Confiaban en él con ciega determinación, y Heather suponía que personas tan honestas y prácticas no podían estar equivocadas. Deseaba que fuese así, por el bien de todos.

Cuando descubrió a Isabella el alivio la llenó. ¡Había venido! Oh, tenerla aquí la llenaba de alegría! Y aunque aquella se mantenía en pie con la expresión seria, sus labios apretados y sus manos entrelazadas en la delantera de su falda, Heather vio convicción en su mirada. Su prima corrió a ella y se abrazaron fuerte.

—Oh, Heather, ¡qué alivio ver que estás bien! No es que dudara del laird, pero… No les conozco tanto, y…

—¿Y por qué viniste a pedirle ayuda, a mis espaldas?— preguntó Heather en su oído.

No era un reproche, a la postre había sido una jugada astuta, pero le impactó que Isabella tramara algo así. Debió estar desesperada. Isabella se separó y le tomó las manos.

—Porque no podías hacerlo sola. Porque te habrías consumido intentando salvarlo todo sin permitirte ser ayudada. Y

porque te quiero, Heather. No podía quedarme de brazos cruzados. Tú no lo hiciste cuando me salvaste. Además, no creo en eso de que más vale malo conocido que bueno por conocer. Lo sabes.

Las palabras se incrustaron en su pecho como un golpe suave, y Heather sintió la presión de las lágrimas arderle los ojos. La desazón del pasado amenazó invadirla. Isabella había vivido entre lobos, y sabía de lo que hablaba. Cuando escapó y vino a ella…

Tomó aire y pugnó por dejar atrás el recuerdo. Habían pasado años, y sí, ella había sido la tabla que ayudó a Isabella a escapar del horror. Así que esto era adecuado. Su prima le devolvía el gesto, y la salvaba de Granville.

Además, Isabella tenía razón, la conocía bien. Heather se sabía obcecada. *Pero no hoy. Acepté ayuda. Acepté que no tengo que pelear sola.*

—Eres la hermana que no tuve, Isabella—besó su mejilla y batalló para que las lágrimas no fluyeran.

El sacerdote carraspeó, llamando la atención de todos.

—Comencemos.

Callum se separó de Malcolm y se colocó en posición, y Heather se apresuró a ir a él. Sus ojos clavados en el hombre erguido e impactante que había elegido su ropa de gala para esto.

Y no, no era levita, sombrero y pantalones de sastre, como sabía que Granville debió vestir al acudir a la frustrada boda, sino el kilt tradicional, sujetado por un cinturón de cuero, además de una camisa blanca sobre la que se plegaba el plaid, y botas de cuero oscuro.

Los colores del tartán de los MacLaren refulgían también en sus hermanos. Hombres orgullosos del pasado, pero con sus cabezas enfocadas en lo que se requería para sobrevivir en la era de la máquina y el progreso.

Les había escuchado y tenía claro que no eran brutos negados a los cambios.

—No perdamos tiempo, reverendo Fraser—La voz grave de Callum llenó la pequeña capilla—. No veo la hora de que Heather sea mi esposa.

—Sí… Sobre eso…—el sacerdote carraspeó, nervioso, y lanzó

una mirada huidiza a Heather—. En el pueblo corren algunos rumores… Preocupantes. Dicen que usted, laird MacLaren… Que fue a la propiedad de esta señora y la sacó de allí a la fuerza.

—Tonterías—Callum lanzó una carcajada—. No necesito recurrir a eso para ganar el favor de una mujer. Pensé que me creía un pecador de la carne, reverendo, no un granuja sin honor.

—No, por supuesto, tiene razón—El sacerdote enrojeció, y carraspeó—. Pero… El inglés ese, Granville… Estaba organizando su boda justo hoy, y con esta misma…—volvió a mirar a Heather, y esta le sonrió.

—Reverendo, no nos conocemos, pero le puedo asegurar que estoy aquí por mi voluntad—dijo, con tanta dulzura como fue capaz—. No soy dada al cotilleo, pero entiendo que la gente es muy curiosa cuando desconocidos llegan a sus tierras. Y aunque estoy aquí desde hace varios meses, sé que me siguen viendo como una inglesa advenediza—suspiró, y elevó sus manos en gesto de paciencia—. Me imagino que lo mismo ven en Granville… No puedo hacerme cargo de lo que este haya podido decir, porque… Su atención ha sido insistente, y molesta, por años. No es algo que alenté.

—Entonces… ¿Usted está aquí hoy porque lo desea?

—Por supuesto—sonrió con amplitud, y miró a Callum—. El laird me ha cortejado y ha demostrado que es un hombre de honor. Justo lo que deseo como cualidad en un esposo.

—Bien, bien—Fue evidente el alivio del hombre, que cuadró sus hombros, y se abocó a la tarea, elevando sus manos y mirando alrededor—. Bienvenidos. Nos reunimos aquí para unir en matrimonio a la señorita Heather Carlisle y al laird Callum MacLaren —dijo con solemnidad, su voz resonando en las piedras de la capilla.

Callum tomó su mano, y Heather dejo que la sensación de calma le llenara. Esa palma fuerte, cálida y segura la ancló. No estaba sola, esto tenía un propósito, y protegería a su familia.

El sacerdote continuó, hablando sobre el compromiso, la lealtad, el deber mutuo. Heather apenas escuchaba. Miró al laird, y encontró sus ojos serios, determinados.

—Prometo serte fiel, en la salud y en la enfermedad—

pronunció, con la voz firme, sin apartar la mirada de él.

Callum repitió sus votos, y el sacerdote declaró:

—Os declaro marido y mujer.

# Capítulo 28

Heather largó el aire que no se dio cuenta de que había estado conteniendo. Callum inclinó el rostro y rozó sus labios en un beso liviano y de compromiso que no tenía nada que hacer al lado del fuego que tuvieron los que le había robad0.

El contacto sellaba el lazo formal frente a todos. Este era su esposo. Heather cerró los ojos por un instante, dejando que esa certeza la atravesara. Era un matrimonio nacido de la estrategia, más también un primer paso de libertad.

Isabella se acercó, y en su expresión había una mezcla de preocupación, incertidumbre y culpa. La conocía bien.

—No pensé que el laird haría esto—murmuró en voz baja, de manera que solo Heather pudiera oírla—. Solo quería que te ayudara, pero no imaginé que lo resolvería con una boda.

Heather, con la mirada clavada en el suelo, no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, fue con una voz serena:

—No es tan terrible.

Isabella ladeó la cabeza y la examinó con ojos entrecerrados. Luego, arrugó el entrecejo.

—No te disgusta—susurró con asombro—. No del todo.

Heather apretó los labios y desvió la vista. No iba a responder a eso. Isabella sonrió y le apretó la mano fugazmente antes de apartarse

De la capilla fueron al salón. La gran estancia estaba iluminada por las lámparas de aceite y el fulgor de la chimenea. En poco tiempo la servidumbre había producido comida abundante, sino sofisticada: estofado de venado especiado, pan recién horneado, tubérculos asados y jarras de whisky y cerveza oscura que pasaban de mano en mano.

Heather comió poco, el estómago apretado por el peso de lo que había hecho. Sentía la mirada de Isabella sobre ella, aunque su prima no dijera nada más.

Ewan brindó por el matrimonio con una sonrisa divertida,

chocando su jarra con Callum, que permanecía estoico, su atención ocasionalmente desviándose hacia Heather, como si la estuviera estudiando.

Hamish murmuró algo en gaélico que hizo reír a Gwen. Heather decidió que tenía que aprender el idioma o continuaría perdiéndose de mucho.

Cuando el lacónico Malcolm dijo que partiría al amanecer a Edimburgo, donde buscaría al duque de Elywood para negociar un acuerdo financiero, Heather se inclinó hacia él, y le inquirió sobre el mentado noble.

—Es un hombre inteligente, y práctico. Tiene el dinero que se necesita para acometer grandes empresas, y financiar la extensión de las vías lo es. Pero, además, adora a la familia escocesa de su madre. Eso lo hace interesado en algo más que en la rentabilidad de sus ganancias.

Callum asintió.

—Lo conocemos. Su padre fue un hombre honorable, aunque fue su esposa, la escocesa Campbell, la que dio norte a su vida. Era un disoluto hasta que nuestra compatriota le enamoró.

—Oh, escuché de él y sus amigos, los llamados duques liberales. Hicieron mucho bien desde el Parlamento—comentó Isabella, enfática—. Muchas leyes a favor de los obreros fueron impulsadas por ellos. Y la belleza de esa mujer era legendaria, a pesar de su cicatriz.

—Esperemos que su hijo tenga lo mejor de ambos—agregó Heather—. Necesito su apoyo, económico y político.

—Me abocaré a obtenerlo—dijo Malcolm, muy serio—. Los escoceses y los buenos ingleses podemos luchar juntos. Tal vez habrá que viajar a Londres en algún momento, empero. Una voz en el Parlamento es poca. Si convencemos a otros…

La idea flotó, y el gesto de desagrado de Callum indicó que no le gustaba, pero tampoco se negaba a la posibilidad. Heather se prometió que si era necesario lo arrastraría por las praderas y colinas desde las Tierras Altas a la capital inglesa. No caería sin pelear, ahora que veía luz de salvación.

Pasó una hora más, en la que se acercó a Isabella y le hizo

prometer que cualquier amenaza o peligro vendría al castillo, y que no dejaría que la tía Margaret minimizara sus dolencias. Le provocaba culpa quedarse aquí.

Finalmente, Isabella se levantó, lista para partir junto a los otros. Se abrazaron con cariño, y su prima le murmuró al oído:

—Si necesitas algo… cualquier cosa… Llámame, y vendré a ti. La idea de no verte a diario me pone triste, pero sé que es por el bien mayor. Y descuida… Cuidaré a nuestra tía. Ella va a estar bien.

—He enviado por un médico muy importante que ha tratado a mi familia por años. Irá a su casa pronto—dijo Callum, y Heather asintió.

—Gracias—dijo Isabella.

Heather se aferró al abrazo por un instante antes de apartarse. Isabella le sostuvo la mirada y luego giró sobre sus talones. Finn y Rory saludaron a Callum con mucho respeto antes de escoltarla fuera.

Heather les vio desaparecer, y su ánimo se enfrió, a la par que los nervios se sentían como calor en su estómago. Cuando Callum se puso de pie y le tendió la mano, entendió que era la hora de la verdad.

La tomó sin dilaciones, porque su decisión no flaqueaba, a pesar de la ansiedad. Sintió la dureza de sus dedos entrelazando los suyos, manos ásperas de un hombre acostumbrado al trabajo y a las bridas.

****

Atrás quedó el ruido de los hombres que todavía conversaban y bebían, y el ir y venir de los criados que ordenaban y limpiaban. El castillo estaba en penumbras, con solo algunas lámparas iluminando el pasillo, y las sombras parecían engullir la seguridad de Heather a medida que avanzaban.

Ella nunca había presado demasiada atención a *los asuntos de la carne*, como llamaba su tía, con formal frialdad. Había sido así desde que había conocido el calvario de Isabella.

Su curiosidad natural se había diluido, y se había convertido en desagrado, máxime cuando el interés de Granville y otros como él se derramaba en sus ojos y gestos.

No era desconocimiento. Heather sabía cómo funcionaba el mundo, y los hombres. Se había topado con escenas, escuchado rumores, leído.

Pero al rechazar cortejantes y no imaginarse casada en el corto plazo, más interesada en sostener a su familia, había pospuesto imaginar su primera vez.

Ni se le ocurrió hacerlo cuando Granville la llevó contra la pared y la embarcó en el camino a la boda. Pero no había podido quitarlo de su cabeza desde la mañana, cuando Callum le propuso casarse con él. Y le dijo que no podían fingir si querían tener credibilidad y por tanto, mayor protección.

Tragó saliva cuando llegaron a la habitación. La del laird, imaginó, porque no era la que le habían cedido para darse un baño y vestirse.

Lo comprobó al ingresar. La energía masculina de Callum pareció envolverla. No había excesos ni lujos innecesarios, solo la solidez de la madera, la piedra y el hierro. Su fragancia, sus objetos, su impronta estaba en cada detalle de la austera recámara, envuelta en una luz cálida y oscilante.

La chimenea ardía en un rincón. El aroma de la cera derretida y el leve ahumado del fuego se mezclaban con la esencia de cuero y whisky que impregnaba el aire.

Heather sintió la opresión en su pecho aumentar cuando sus ojos se fijaron en la gran cama que dominaba la estancia, con algunas pieles y la base tallada con inscripciones en gaélico.

No era un lecho decorativo ni una muestra de estatus, sino un lugar de descanso construido para soportar inviernos despiadados y noches solitarias. La idea de compartirlo con Callum le erizó la piel.

Junto a la cama, sobre la piedra desnuda de la pared, colgaba un escudo de armas. Sus ojos se detuvieron en la inscripción grabada en gaélico debajo del símbolo de un jabalí montado sobre una roca escarpada. Creag an Tuirc.

Heather frunció el ceño y, antes de pensar demasiado, dejó escapar la pregunta en voz baja:

—¿Qué significa?

Callum, que había cerrado la puerta con un movimiento lento y deliberado, se detuvo junto a ella. Siguió su mirada hasta el escudo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—*La Roca del Jabalí*—Su voz era baja, firme, con esa aspereza natural que parecía parte de su esencia—. Es el lema del clan. Simboliza nuestra fortaleza, nuestra resistencia.

Heather pasó la yema de los dedos por el relieve de la madera ennegrecida por el tiempo. La solidez del escudo se sentía bajo su tacto.

—Parece una advertencia.

Callum la miró con intensidad, la sombra del fuego reflejándose en sus ojos oscuros.

—Lo es.

Heather sintió un escalofrío recorrerle la espalda, aunque no estaba segura de si era por el significado de aquellas palabras o por la cercanía de Callum.

Armas antiguas colgaban en la pared. Espadas cruzadas con empuñaduras gastadas por el uso, una lanza de madera oscurecida por los años y un escudo redondo de hierro con remaches desgastados decoraban la estancia con un aire marcial.

No eran adornos. Eran reliquias de batalla, fragmentos de una historia construida con sangre y acero. El peso de aquella historia la envolvió mientras sus pasos la llevaban más adentro. Una gruesa alfombra tejida con motivos celtas cubría parte del suelo de piedra.

Un escritorio de madera tosca ocupaba un rincón de la habitación. Sobre él, un mapa desplegado con precisión mostraba los contornos de las tierras que rodeaban el castillo. Algunos puntos estaban marcados con tinta más oscura.

Heather sintió que una parte de ella quería preguntar, pero la presencia de Callum a su lado la mantenía anclada en el ahora, en la innegable realidad de lo que estaba por suceder.

Se dio la vuelta y le vio acercarse. No hubo palabras, por un instante breve. Heather se quedó de pie, con los dedos aferrados a los pliegues de su vestido. La barrera de telas era nada, liviana, y la expectativa la carcomía.

Él la observó con sus ojos entrecerrados mientras desabrochaba el broche de su plaid. La gruesa tela de tartán cayó al suelo con un susurro.

Heather siguió el gesto con la mirada, su respiración entrecortada, notando la forma en que la luz de la chimenea resaltaba la estructura poderosa de su cuerpo, la sombra que proyectaba sobre las paredes de piedra.

—No temas nada—murmuró él, su voz baja y rasposa, como el roce de la brisa en las hojas secas—. Iré lento y estaré atento a lo que pidas, pero… Ya lo dijimos… Es un paso necesario, y puede ser… Muy placentero.

# Capítulo 29

Heather vibró cuando él dio un largo paso para borrar la distancia entre ambos, y su aliento cálido le rozó el rostro.

Callum deslizó sus dedos con lentitud por el borde de su manga, una caricia levísima que ascendió hasta su clavícula. El tacto allí se sintió como un fino aleteo de yemas, y la piel de Heather hormigueó.

Lo siguiente fue inclinarse hacia ella y rozar su sien con sus labios, y el escalofrío la recorrió entera. Heather se dejó guiar hacia el lecho, muy lento, él pendiente de cada gesto suyo.

—Eres como una rosa—susurró Callum contra su piel, su aliento provocando un estremecimiento en la base de su cuello—. Suave… Tu piel es como la de un pétalo… Pero sé que hay espinas… Las voy a sortear con cuidado.

Heather no supo si fue el timbre grave de su voz o la promesa oculta en sus palabras lo que la hizo distenderse, mas se aferró a sus hombros cuando rodeó su talle con sus brazos y la levantó.

La depositó sobre la cama con la misma reverencia con la que un hombre atendería un objeto preciado, y deslizó los dedos hasta la hilera de botones de su vestido, desabrochándolos con lentitud.

Su mirada parecía quemar cada porción de su cuerpo que se descubría, y Heather fue entrando en un estado de fervor que la sorprendió.

Estaba a punto de perder su virginidad, de entregarse a un hombre que había considerado tosco, semi salvaje, petulante, y… Su cuerpo parecía funcionar controlado por los impulsos, que azuzaban las sensaciones.

El silencio en la habitación se llenó de la respiración entrecortada de Heather y del sonido tenue de las telas deslizándose para caer mustias en el suelo.

El ruido intermitente de las maderas de alguna ventana sacudidas por el viento y el ulular de un búho rompieron la quietud

de la noche, pero no atravesaron la gruesa niebla de expectación en la que ella sucumbía más y más.

Callum se inclinó sobre ella, atrapándola bajo su cuerpo sin aplastarla, en una acrobacia lenta que trasmitía que había tiempo para detenerlo, de frenar. Pero Heather no lo hizo. Ni siquiera lo consideró, y eso…

Era evidencia de lo involucrada que estaban sus sentidos y emociones con el laird MacLaren. Su mano se movió para rozar su mandíbula, y su tacto se llenó de la aspereza de la barba incipiente, de la calidez de su piel.

Callum cerró los ojos ante el contacto y giró el rostro apenas para besar el centro de su palma, un gesto tan inesperadamente tierno que a Heather se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Estás aquí, conmigo, Heather?—murmuró, con voz más suave que nunca, y ella cabeceó en asentimiento—. Dime si quieres que me detenga.

Negó, y su otra mano subió, para enmarcar la faz atractiva. Lo miró a los ojos, dejando que leyera su irrevocable decisión. Él la entendió a la perfección, dejando que su boca se pegara a la de Heather, sorbiéndole la cordura en el contacto.

Lo que siguió fue nuevo en todo sentido. Nunca la piel de su garganta y escote había sido tocada y besada, y cada avance de la boca masculina se sintió como una marca de esas que dejaban un rastro indeleble.

Su cuerpo cobró vida de maneras que Heather ignoraba. Sonidos ininteligibles brotaron de su boca al sentir los dedos seguros pero gentiles apresar sus pechos y oprimir con suavidad, sopesándolos.

Que el gesto se acompañase con una mirada que parecía proyectar fuego sumergió a Heather en el éxtasis de un acto de genuina entrega. No había temor, no había incertidumbre o retroceso. Solo sensaciones.

Cuando sus labios cruzaron su ecuador, deteniéndose brevemente a besar los huesos de sus caderas, la convicción de su destino la hizo cerrar sus ojos, preparándose para lo que seguía.

Dolería, lo sabía. Implicaría una ruptura interna que dejaría

huella en las sábanas, y era lo que mostraría la concreción física del matrimonio.

Heather esperó sentir nervios debilitantes, estar muy tensa y temiendo el momento, pero… Tal vez era esa boca, que se deleitaba en la demora y despertaba rincones de su cuerpo y lo hacía vibrar.

Probablemente eran esas manos un pelín callosas que apartaban sus muslos y los acariciaban lento, o las palabras que brotaban de su garganta y parecían apuntar justo a su necesidad.

—Shhh, tranquila…

Sus dedos delinearon la zona de su pelvis.

—Eres hermosa… Tan suave…

Ahora eran sus labios los que se movían a pulgadas de su intimidad, y Heather vibró cuando la tibieza de su aliento se sintió en la más inexplorada de sus zonas.

—Tu piel huele como la hierba del bosque en una tarde radiante…

La nariz dibujó un paso desde la parte interna de la rodilla hasta la base del muslo.

—Vamos a abrirte, sin prisas… No temas nada. Esto es muy, muy placentero, ya verás.

Lo siguiente puso a Heather en alerta máxima, porque la lengua de Callum invadió el canal íntimo, y fue como si un rayo la atravesara y le volara la cabeza.

El instinto le hizo apretar sus piernas, y la risa masculina reverberó por sus aductores y vibró en su coño.

—Esto no puede ser… de… decente…—musitó.

—Oh, pero no hay bien o mal en la cama… En la mía, solo placer, y te aseguro… Esto hará que todo sea mejor…

Él sabía más. Le dejó hacer, y echó la cabeza atrás cuando la punta de su lengua fue hondo y partió su intimidad, llevando humedad y provocándola, a la vez. Esto era… Se sentía… Glorioso.

Se arqueó cuando el embate la hizo experimentar un placer que no sabía era posible, y sus manos fueron, espontáneas, a la cabeza de Callum para sostenerlo allí.

Estaba por pasar algo, sus miembros lo adivinaban, y parecía a punto de explotar, transida de calor y temblores. Entonces,

un latigazo pareció desatarse en ella, y el más intenso gozo la devoró y la hizo sujetarse a los hombros de su esposo…

Su esposo, que la devoraba con la concentración de un animal de presa.

No fue largo, pero la intensidad quedaría impresa en el cerebro de Heather de por vida, y pareció consumir su energía.

Inhaló y exhaló como si hubiese corrido una larga distancia, y cuando pudo reaccionar, vio que él se había incorporado y quitaba su camisa, dejando expuesto el pecho ancho y velludo, y el estómago plano, cruzado por una marca que era de arma blanca.

Cuando él desprendió el cinto y el kilt se deshizo y cayó a sus pies, como un mar de tela de tartán, Heather abrió su boca con sorpresa. El apéndice elevado y henchido parecía palpitar entre una maraña de vello negro, y al centro exacto de sus muslos poderosos.

Una virilidad que no podía ser común, pensó, sin marco de referencia alguna, solo guiada por la intuición. Tragó saliva sin despegar sus ojos del miembro que sabía tenía que aceptar adentro suyo, y un temor comenzó a crecer en ella.

Parpadeó, y miró a Callum, inquieta. Él avanzó, y volvió a colocarse sobre ella, sin apuro, pero inevitable.

—Yo… No creo… Es… No creo que quepa.

Él sonrió, y bajó al cabeza para darle un beso ligero, y luego llevó su boca al oído de Heather.

—Oh, sí, va a caber, Heather. No te preocupes por nada, salvo por abrirte y disfrutar. Ya viste que hay mucho placer involucrado. Déjame que te lo muestre todo.

Asintió, y se aferró a sus hombros, alistándose para un viaje que imaginó sería rudo. La punta de su miembro se colocó sobre su pelvis y bajó, subió y bajó, esparciendo humedad por su intimidad, hasta que se tornó resbalosa.

Él se elevó sobre sus rodillas y usó su mano para ubicar su polla en la entrada, y Heather se abrió más y sus manos se enredaron en las sábanas.

Sus ojos muy abiertos, su boca emanando ruegos bajos, su cuerpo expectante, toda ella recibió pulgada a pulgada la vara masculina, que pareció dividirla al medio

—Joder… ¡Qué ajustada! Es…—Callum cerró sus ojos y se detuvo un momento, respirando hondo—. Esto va a ser rápido, Heather… Estoy… Al borde.

—Hazlo—murmuró, y se abrazó a él, casi colgándose a su espalda, y entonces, él elevó su cadera y dio un envión para enterrarse hondo, muy hondo en ella, rompiendo una tela tensa, que dolió por un instante.

—Ya está, Heather, ya pasa—susurró él, y mordisqueó sus labios con gula, sus ojos brillando como brasas en la semi oscuridad que les rodeaba.

Con lentos y pequeños empujes, retomó su embate íntimo, y en Heather creció otra vez la urgencia, que esta vez fue compartida, y les llevó a la combustión mutua.

Es factible que haya gritado sin sentido, con gemidos inconexos. Vibró, tembló y se apretó contra Callum, y él la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho, elevándola para clavarse una última vez en ella, y su liberación fue con un jadeo largo.

Cuando se retiró de ella, la tomó con cuidado y la colocó en uno de los extremos del gran lecho, y Heather no pensó nada más, agotada, su cuerpo perdiendo la energía y apagando su mente. Había sido el día más largo, con las emociones más extremas.

****

Callum observó a la mujer que dormía profundo en el otro extremo de su lecho. Las huellas de que el matrimonio estaba consumado yacían en el centro, y eran la prueba de la pasión formidable que acababa de cristalizarse entre ellos.

Esos labios dulces y llenos sabían a gloria. Su piel clara y sedosa, que sus manos y boca reverenció, además del cuerpo prieto y curvado… Lo habían vuelto loco. Esto había sido mucho más que un acto de consumación.

La jodida convicción de que esta rosa inglesa era adictiva llenaba su cabeza de pensamientos inquietos. No podía dejar que las ganas de disfrutar más de Heather Carlisle le nublasen la mente.

Era un matrimonio planeado en el que las emociones no habían tenido cabida. Ella estaba desesperada por escapar de Granville y salvar sus tierras, y a su familia.

Él quería controlar los daños que los codiciosos levantando la bandera del progreso podían provocar en las Tierras Altas.

Sin embargo… Esta mujer le sacaba de cabales. Hacía que se obsesionara, que olvidara su rol… Había sido así desde que la conoció, incitándola a cabalgar día sí y otro también a las zonas donde sabía que podía mirarla.

Ahora que sabía a qué olía su piel, lo tibio y dulce de su boca, y la gloriosa maravilla que era enterrarse en ella… Se estremeció.

Tenía que controlarse y pensar con claridad. Había asuntos por resolver, y gordos. De seguro Heather no permitiría que la tocara otra vez. Estaba hecho. Sí, había sido perfecto, para él, pero…

Difícil saber qué diría mañana la inglesita, a pesar de que pareció arder entre sus brazos.

Había dolido, pero ella se corrió dos veces, y había sido perfecto de ver, y sentir sobre su boca y su miembro. Había logrado que olvidara inhibiciones, por un rato.

No había sido un mero trámite para él, no. Su excitación había estado por el cielo, alienado de placer.

Cerró los ojos, y dejó que el aire abandonara sus pulmones, y se recostó. Tenía que descansar, y olvidar. Prepararse para días de negociaciones, de vigilancia.

Granville no era alguien a quién subestimar, y buscaría su revancha. Era inevitable. Un hombre poderoso, acostumbrado a hacer su voluntad, a tomar de los demás, no podría soportar la humillación que le habían provocado al dejarle casi en el altar. Y a esto se agregaba que perdía algo que creía seguro: las tierras Carlisle.

*Duérmete, Callum. Deja de pensar en el sabor que aún guardas en tu boca. No te obsesiones con la suavidad de esos pechos, con la apretada sensación que esa vaina perfecta ejerció en tu polla.*

*Con los sonidos de locura de su boca que marcaron que por un rato fue tuya. Mañana llegará la decepción y la realidad. Duerme, jodido laird, y deja de soñar con lo que es tuyo en préstamo.*

En algún momento de la noche lo logró. Cuando despertó, lo

primero que sintió fue la sensación cálida de un cuerpo acurrucado contra el suyo.

Parpadeó, y durante unos segundos, el peso de la noche anterior flotó entre la neblina del sueño, antes de que su mente captara la realidad: Heather. Su esposa.

# Capítulo 30

Dormida a su lado, el cabello revuelto sobre la almohada, una de sus manos descansando en su pecho, era sublime. Su respiración era serena, su rostro relajado en la luz tenue que se filtraba por las gruesas cortinas.

Resopló muy bajo. Estaba visto que el sueño no quitó las sensaciones. La inesperada mezcla de fiereza y vulnerabilidad en Heather lo había dejado marcado de una manera que no esperaba.

Movió su mano, rozando los mechones de su cabello, pero el contacto pareció alertarla. Heather entreabrió los ojos y lo miró con una expresión confusa, como si en esos primeros instantes aún no recordara dónde estaba.

—Mmm… Es…—miró alrededor, y se sentó, rápido.

—¿Estás pensando en escapar?—murmuró Callum, su voz áspera por el sueño.

Ella parpadeó, su cuerpo tensándose de inmediato. Se removió, pero su piel desnuda se estremeció por el frío, y se cubrió con la manta, sonrojada. Callum notó su incomodidad.

—No, no… Yo… Sé que esto es inevitable—respondió al fin, sin mirarlo.

Algo en esas palabras le molestó. No por lo que decía, sino porque no era cierto. Se incorporó, apoyando un codo en la almohada, y deslizó los dedos por su mentón con suavidad.

Heather levantó la vista, y él no le dio oportunidad de apartarla antes de rozar sus labios con un dedo, lento…

—Tienes mi nombre y mi promesa de protección. Mi ayuda y la delos míos. Eres una MacLaren, si así lo deseas. Pero libre de hacer y decidir—dijo en voz baja.

Heather no respondió. Justo entonces llamaron a la puerta. Callum gruñó, maldiciendo la interrupción, pero Heather aprovechó la oportunidad para apartarse y aferrarse a la manta.

—¿Qué?—gritó él.

—El agua caliente para el baño, milord—se escuchó—. La señorita Gwen dijo que…

—Espera un momento—gruñó, y se deslizó fuera del lecho, sin molestarse en cubrirse.

Heather tragó saliva y desvió la vista, pero también se movió para incorporarse, llevando una de las pieles sobadas contra su pecho.

El aire fresco de la habitación la hizo estremecer. Callum la miró, sus ojos deslizándose por las marcas que su boca y sus manos habían dejado en su piel. Ella bajó la vista hacia la cama, y se mordió los labios, enrojeciendo.

Estaba mirando la sangre seca en el medio del lecho.

—Será molesto, pero debes dejar que lo vean. Es la forma de demostrar que…

—Sí—susurró.

—Bajaré. Toma un baño, y ven a la sala. Iremos a recorrer las tierras—dijo, incorporándose y yendo a la jofaina, con la que se limpió tanto como pudo.

Sentía la mirada en su espalda, y lo comprobó al darse vuelta rápido. Ella carraspeó y quedó como una guinda.

—Pensé que querías que me quedara aquí, como… esposa del laird.

Callum sonrió con un deje de diversión.

—Lo eres, pero no una prisionera. Partiremos después del desayuno. Quiero que mis arrendatarios te conozcan y sepan que eres la señora del castillo. Eso hará que la novedad se expanda como reguero. Volveremos aquí antes de la noche.

—Está bien. Tal vez podemos ir a mis tierras—dijo, esperanzada, y él asintió.

—Así lo haremos.

****

El aroma de la tierra húmeda y el brezo silvestre campeaba, desparramado por la brisa fresca, que además revolvía el cabello de Heather mientras cabalgaban por el sendero serpenteante. A pesar de la belleza del paisaje, ella apenas podía concentrarse.

Cada trote de su yegua la hacía más consciente del leve dolor en su pelvis, un recordatorio tangible de la noche anterior. Su piel parecía tener memoria del roce de las manos de Callum, del

peso de su cuerpo contra el suyo.

Desvió la vista hacia el horizonte, tratando de enfrascarse en la tranquilidad de los campos.

Su atención se desvió cuando vio a un grupo de mujeres en la distancia, algunas con cestas de mimbre colgadas del brazo, otras deteniéndose en su labor para observarlos con abierta curiosidad.

A su lado, Callum cabalgaba con la misma facilidad con la que respiraba. Su postura relajada contrastaba con la tensión que latía en el cuerpo de Heather.

—No estás acostumbrada—comentó él sin apartar la vista del sendero.

—¿A qué?

—A ser observada. Es algo común por aquí, sobre todo cuando las novedades son grandes y comienzan a correr. Te aseguro que buena parte de esta gente espera con expectativa que les confirme la verdad sobre mi boda. Y tu presencia a mi lado hoy…

Heather apretó las riendas con más fuerza.

—Da mucho material para el chismorreo.

Callum asintió. El silencio entre ambos se rompió cuando Heather suspiró y murmuró:

—Fergie entró a la habitación esta mañana y se llevó las sábanas.

—Es su labor—respondió él, impertérrito, como si no entendiera su incomodidad.

Heather rodó los ojos, molesta por tener que verbalizar lo que pensaba.

—Antes de salir, mencionó que todo estaba en orden y que no habría dudas.

Callum soltó una carcajada, gutural y profunda.

—Es la tradición. No esperes que se disculpen por ello.

Heather sintió el calor subir por su cuello.

—Podrían al menos no hacer comentarios tan… crudos sobre el tema.

Callum la miró con diversión.

—No lo hacen con mala intención. La consumación de un matrimonio no es solo un asunto privado, es un acto de seguridad

para ambas partes.

Heather bufó y apartó la vista.

—Eso no lo hace menos incómodo.

—Te acostumbraras.

Heather no supo si le molestaba su seguridad o si, en el fondo, su voz ronca le provocaba una sensación más perturbadora.

Los caseríos de los arrendatarios aparecieron al final del camino. La voz de su presencia se extendió como un reguero, y las miradas les seguían con obvia expectación.

Hombres de rostros curtidos por el trabajo dejaron sus herramientas a un lado y se incorporaron para verlos pasar. Unas mujeres con pañuelos en la cabeza y delantales manchados de harina cuchicheaban entre ellas, mientras niños pequeños se asomaban detrás de las faldas de sus madres.

Callum redujo el paso de su caballo cuando llegaron a la plaza principal del asentamiento. Un hombre mayor, de cabello gris y rostro curtido por los años, se adelantó. Su postura era firme, y la manera en que su mirada se fijó en Heather la hizo tensarse.

—Laird MacLaren—saludó con un asentimiento.

—Davie—respondió Callum.

El anciano desvió la vista hacia Heather.

—Así que es verdad. No lo creí… Con una inglesa—murmuró.

Heather sostuvo su mirada, más desafiante. No la iban a hacer sentir una paria, y se tendrían que acostumbrar a su presencia y a su persona, se dijo.

—La señora MacLaren—corrigió Callum con voz firme—. Ella es una de los nuestros desde ahora.

Hubo un instante de silencio antes de que Davie inclinara la cabeza.

—Bienvenida, entonces—dijo, sin emoción, pero con menos hostilidad.

Heather percibió el sutil cambio en el ambiente. Algunos de los arrendatarios intercambiaron miradas y asintieron, otros la observaron con curiosidad.

Una de las mujeres, de cabello recogido en un moño apretado y manos enrojecidas por el trabajo, se acercó un poco

más.

—¿Es cierto que dejó atrás a un lord inglés por el laird MacLaren?

Heather sintió que varias miradas expectantes se posaban en ella.

—Tomé una decisión, la mejor para mí y los míos—dijo, sin ahondar en detalles.

La mujer la observó un instante más antes de asentir con aprobación.

—Pues entonces, que vuestro futuro sea próspero.

Otras mujeres sonrieron, y alguna incluso le hizo una pequeña reverencia con la cabeza. Heather exhaló con discreción.

—Todo está bien. Vamos a ver a tu tía. Es probable que el médico haya llegado ya—murmuró Callum, y Heather se llenó de apuros.

No veía la hora de volver a verla, y quería la tranquilidad de ver con sus ojos su estado, y escuchar que se recuperaría.

El sol estaba alto cuando cruzaron la colina y la casa Carlisle apareció en la distancia. Heather sintió una punzada en el pecho al ver el humo salir de la chimenea, la familiaridad de los campos, la solidez de la casa que había sido su refugio.

En la entrada, Isabella esperaba con los brazos cruzados, su pie golpeando el suelo con impaciencia. Heather apenas tuvo tiempo de desmontar con la ayuda de Callum antes de que su prima avanzara con una expresión de expectación.

—No pensé que vendrías tan pronto—dijo Isabella, sin poder disimular el alivio en su voz.

Heather apenas abrió la boca cuando Isabella la atrapó del brazo y la arrastró unos pasos lejos de Callum.

—¿Y bien? —murmuró con una mezcla de curiosidad y preocupación—. ¿Cómo ha sido?

Heather parpadeó, ruborizada, y trató de desviar el tema.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, no te hagas la tonta. Pasé la noche muy inquieta—insistió Isabella, bajando la voz—. ¿Fue terrible? Odiaría que por mi culpa…

Heather sintió que la invadía la pena. Su prima siempre vería la intimidad desde el miedo, y eso la ponía triste. Fue la única razón que explicó que diera detalles que morirían con ella de otro modo:

—Fue muy bonito, Isabella. Él fue gentil y atento, y te aseguro…—se mordió el labio inferior y se puso roja—. No imaginé que era tan… Intenso. Pero bueno—se apuró a completar.

Su prima parpadeó, y luego asintió, menos tensa.

—Me alegra. Supongo que puede ser así, entonces.

—Sí, querida.

Heather abrió la boca para continuar, pero en ese instante, Ewan apareció en la puerta y se aclaró la garganta.

—Buenos días, Heather. Espero que no te moleste que te llame por tu nombre, considerando que somos familia—Elevó una ceja, y ella asintió—. Me temo que hay asuntos más importantes que vuestro cotilleo post noche de bodas—dijo con un tono relajado, y tanto ella como Isabella se ruborizaron con furia.

El hombretón sonrió con abierta satisfacción, y su mirada se posó en Isabella con un destello de diversión. Esta le lanzó una mirada incendiaria, y dio vuelta su rostro.

—¡Qué esperar de un burro más que una patada!—dijo, y Ewan sonrió con tranquilidad.

—Falacias. No soy sino un fino corcel, y muchas yeguas de la región podrían atestiguarlo.

—Oh, por Dios, pero…

Isabella abrió y cerró su boca con indignación, y Heather fue a decir algo para cortar al desubicado MacLaren, pero fue Callum el que lo hizo.

—Ewan, deja de decir tonterías y ubícate, joder. Es mi esposa y su prima con las que hablas.

—Lo lamento, señoras, me disculpo—dijo, pero rodó sus ojos, desarmando con el gesto la disculpa.

—No vale si no lo siente—intervino Isabella.

Heather los miró a ambos con el ceño fruncido, notando cómo Isabella cruzaba los brazos con desafío. Pero la tensión entre ellos quedó en pausa cuando Ewan volvió a su tono habitual.

—El médico acaba de ver a vuestra tía—informó a Heather.

—¿Qué ha dicho?—preguntó con ansiedad.

Justo entonces la puerta de la casa se abrió. Un hombre de cabello gris y rostro serio emergió del interior.

—Laird MacLaren—saludó con una leve inclinación.

—Gracias por venir. Esta es mi esposa, Heather Carlisle.

—Encantado, señora.

Heather hizo un gesto con su cabeza.

—Doctor… ¿cómo está mi tía?

El médico suspiró.

—Está débil. Ha perdido peso en las últimas semanas y su cuerpo lo resiente. La fiebre ocasional no es alarmante, pero sí una señal de que necesita fortalecer su organismo. Le he dado un tónico a base de corteza de sauce y ruibarbo, y le he indicado que repose.

—¿Se recuperará?

—Si se cuida bien, evita las tensiones, debería estar mejor en un par de semanas, y fuerte en un mes.

Heather asintió con una mezcla de alivio y preocupación.

—¿Cree que estaría mejor en el castillo? Callum, podríamos…—se dio la vuelta para hablar con él, que la miró y asintió, dando su habilitación para el traslado, pero el doctor intervino:

—No conviene moverla. Esta es una propiedad sólida, cálida y menos expuesta a los vientos helados y a la humedad.

Heather tragó saliva y miró a Ewan.

—¿Te asegurarás de que ella esté segura y se cumplan las indicaciones?

Él asintió.

—Me aseguraré de que no se le ocurra desafiar al médico, sí.

Heather se volvió hacia la puerta justo cuando Margaret apareció en el umbral, apoyándose levemente en Penny.

—Heather…—La voz de su tía se quebró mientras abría los brazos para recibirla.

Heather corrió a su encuentro, rodeándola con cuidado en un abrazo. Su piel se sentía más frágil, su cuerpo más liviano, pero el amor en su gesto era tan fuerte como siempre.

—Dios bendiga esta unión, hija—susurró Margaret con emoción.

Heather sintió un nudo en la garganta. Cuando se apartó, sus ojos examinaron el rostro de Margaret con preocupación.

—Tía, debes descansar…

Margaret sonrió, aunque su voz aún tenía un deje de fatiga.

—Estoy bien, querida. Ahora dime… ¿estás bien? Él… ¿Te trata bien?

Heather sintió la mirada de Callum sobre ella y, por alguna razón, su corazón latió más rápido.

—Sí, tía.

Margaret suspiró con alivio, como si aquel simple "sí" fuera suficiente para calmarla.

En ese momento, Harriet apareció desde la cocina, con un delantal atado a la cintura y una mirada perspicaz.

—¡Miradla! ¡Una MacLaren de pies a cabeza!—Harriet asintió con aprobación—. Era hora de que alguien os pusiera en vuestro sitio, muchacha.

Heather rodó los ojos, pero Callum soltó una risa, y Ewan lo acompañó. El ambiente en la casa se distendió después de eso.

Penny llevó a Margaret a un banco, y Callum se apartó para hablar con el médico, y cuando Heather se giró hacia Isabella, su prima la observaba con curiosidad y suspicacia.

—¿Qué?—preguntó Heather con cautela.

Isabella ladeó la cabeza, acercándose para murmurar:

—Tienes ese brillo en los ojos.

Heather frunció el ceño.

—¿Qué brillo?

—El de la esperanza. No creí que fuese posible, y menos que una boda con un escocés orgulloso sería la que pusiese esa expectativa en ti.

Heather sintió el calor subirle al rostro y fulminó a su prima con la mirada, pero no pudo decir nada, porque Callum volvió a su lado.

—Es hora de volver—anunció.

Heather giró hacia su tía.

—Regresaré pronto.

Margaret asintió, e Isabella vino a su lado y la tomó por los

hombros.

—Estaremos bien, Heather. Ve y planifiquen lo que debe hacerse para que lo malo quede atrás.

Heather asintió y sonrió, resuelta.

—Estaremos bien, ya verán.

Montó su caballo, y se plegó al trote del laird, su esposo. Dejaba atrás el lugar por segunda vez, ahora por voluntad, pero no les abandonaba.

Estarían cuidadas y seguras, y ella… También, y con mucho adelante por hacer y resolver. Y eso incluía a sus emociones.

Cabalgar junto al laird se había sentido natural. Muchas cosas con él lo parecían. Suspiró bajito y se preguntó qué deparaba el futuro para su relación.

¿Sería que él pretendía seguir con este matrimonio? ¿Lo deseaba ella? ¿Sería conveniente resguardar su cuerpo y su corazón de aquí en más? Ya había visto que la pasión entre ambos ardía brava.

Heather no se sentía segura de poder separar razones de emociones, y no sabía qué creía o quería el laird. Se imponía una charla.

# Capítulo 31

La copa de brandy tembló en su mano cuando la noticia llegó.

—¿Qué dijiste?

La voz de Granville, de habitual mesurada, se tornó fría como una hoja de acero. El hombre frente a él tragó saliva, incómodo.

—El laird MacLaren… Luego de que se llevó a la señora Heather, por la mañana… Hubo una boda en el castillo… Él se casó con la señora ayer. El sacerdote lo confirmó.

Silencio. Granville no reaccionó de inmediato. Sus ojos se mantuvieron fijos en el líquido ámbar de su copa, y su mandíbula se apretó hasta que un músculo en su mejilla se contrajo. La información lo golpeó como un puñetazo.

—No puede ser…—susurró, aunque sabía que su informante no se atrevería a venir con rumores sin fundamento.

—Se confirmó esta mañana cuando los criados del laird vinieron por provisiones. Y visitaron las tierras, escuché a uno de los arrendatarios contando al respecto—continuó el hombre—. La gente está perpleja, pero hay entusiasmo. En la taberna decían que la han salvado de un destino complicado.

Granville dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco. Salvado… Eso creían, ¿eh? De un destino peor complicado. Las implicancias en esas palabras le carcomieron. Había sido él quien ofreció una solución para Heather, quien le había dado la oportunidad de redimirse.

Ella no había heredado sino deudas, dos veces, luego de la estupidez de su padre, cuando joven, y de su tío, en el último tiempo. Y ella, la maldita terca, había optado por casarse con un salvaje antes que con él.

Con un escocés. Con ese laird tempestuoso y huraño que no le llegaba a los talones. Granville se puso de pie de golpe, respirando con pesadez. Su mente bullía con pensamientos oscuros.

Callum MacLaren le había arrebatado lo que era suyo. Por derecho, por tiempo dedicado, por nobleza. Pero esto aún no había

terminado.

—Llama al administrador—ordenó, y el hombre salió presuroso.

Él seguía teniendo la sartén por el mango. Ella estaba endeudada, y ese estúpido escocés tenía un castillo en decadencia y tierras, pero no dinero contante y sonante.

Y eso era lo que Heather necesitaba para saldar la gran deuda con él. El administrador ingresó con pesadez, y antes de que llegara a él, le indicó:

—Quiero que se envíe intimación de pago inmediato a la propiedad Carlisle.

—Milord, quiero que sepa… Tengo una persona en el castillo, y… Me dijo que escuchó una conversación. Al parecer uno de los MacLaren partió con destino a Edimburgo. Pretenden contactar a un inversionista… Un duque.

Granville levantó su vista, alarmado, y entrecerró sus ojos.

—¿Qué duque?

—El duque de Elywood. Al parecer, su madre es escocesa… De los Campbell…

Granville sintió una oleada de furia subirle por la espalda. Ese bastardo de MacLaren estaba un paso adelante, y la noticia no podía ser más inconveniente.

El duque que pretendían traer a su lado era un incordio por dónde se lo mirase. Un liberal que era demasiado incluso para estos.

Un hombre que no dudaba en interponer traba tras traba en el Parlamento a los hombres como él, que trataban de hacer rendir su dinero. Un jodido problema.

Caminó hacia la chimenea con pasos medidos, las manos a la espalda, intentando recuperar el control de sus emociones. Si lo que decían era cierto, y Heather conseguía fondos del duque, sus planes se verían amenazados.

Apretó los dientes. No lo permitiría.

—Así que, supongo que pretenden que el duque pague la deuda… ¿Y qué gana el laird con esto?—preguntó en voz baja.

—Callum MacLaren desea que la decisión del trazado ferroviario, las postas y demás, sea algo determinado por él y los

habitantes de la zona.

Granville cerró los ojos un instante. Su ventaja, su control sobre Heather, desaparecería en un par de días si no actuaba rápido. Pero aún tenía cartas bajo la manga.

Se giró, su expresión endurecida por una resolución férrea.

—Vamos a movernos antes de que ese duque pueda ayudarles.

El informante lo miró con cautela.

—¿Qué desea que hagamos?

Granville tomó aire, su mente ya calculando los próximos movimientos.

—Ejecutaremos las deudas. Quiero que envíes un aviso inmediato a Heather Carlisle. Exigiré el pago inmediato de cada moneda adeudada. Si no puede pagar, procederé a tomar la propiedad Carlisle.

—Pero… Aún están en el plazo…

—Apenas. Y no conseguirán el dinero antes de que nos movamos—espetó Granville—. Los procesos judiciales toman tiempo, y el duque aún no está aquí. Quiero presionar a Heather antes de que pueda reaccionar.

Se acercó al escritorio y tomó un trozo de pergamino. Sumergió la pluma en tinta y comenzó a escribir un aviso formal:

*Por la presente, Lord Granville demanda el pago inmediato de la deuda adquirida por el difunto George Carlisle. En caso de impago en los próximos días, la propiedad será reclamada conforme a derecho.*

No firmó de inmediato. No bastaba con esto. Algo más debía hacerse para golpear a los MacLaren donde más dolía. Sin ellos, Heather era suya, así que se imponía debilitarlos.

—Quiero que pagues a algunos hombres… Deben esparcir rumores en el pueblo. Decid que la propiedad, y otras, ya son mías. Que tengo el contrato con el ferrocarril en mis manos. Que la misma Reina Victoria me dio el aval para operar en la región, y tengo la autorización del Parlamento. Que tengo muchos hombres a mi mando.

El informante asintió, pero aún lo observaba con cierta

incertidumbre.

—Los MacLaren son conocidos por ser impetuosos… Y tienen mucho respaldo, la gente les apoya.

Granville sonrió con frialdad.

—Entonces les daremos una razón para no hacerlo.

Se giró lentamente, sus ojos oscuros chispeando con malicia.

—Envía algunos hombres de extrema confianza y pídeles que vayan a otras zonas y contraten granujas. Criminales de poca monta, pero de esos que dañan sin control. Quiero que siembren el caos. Incendios. Robos. Que sus campesinos pierdan la confianza en ellos y en su capacidad de imponer orden y proveerles de seguridad.

Respiró hondo, sintiendo cómo su ira se convertía en un veneno meticuloso.

—Callum MacLaren lamentará haberse metido en mi camino y tomar lo que es mío. No tiene idea de lo que soy capaz.

Golpeó el escritorio con la palma abierta.

****

La llegada del duque de Elywood fue absolutamente inesperada, dos días después, y alteró por completo la rutina del castillo MacLaren. Heather se alisó el vestido, nerviosa, antes de seguir a Callum hacia el salón principal.

Había creído que tener la respuesta a la incógnita de si el noble prestaría su apoyo y capital para ayudarles demoraría al menos una semana.

Malcolm fue el primero en descender del carruaje. Le conocía poco, pero se le había antojado inexpresivo y lacónico. Sin embargo, su faz estaba distendida y sus ojos brillaban triunfantes.

Había conseguido que el ilustre invitado viniera aquí, a este rincón un poco olvidado de las Tierras Altas, y eso tenía que significar real interés.

Callum vino a su lado y cuadró sus hombros, observando al hombre alto y vestido a la usanza escocesa que bajaba del carruaje.

—Esperemos que este duque no sea un petimetre indolente y afectado. Al menos ha tenido el detalle de vestir los colores Campbell. Eso me da esperanza—murmuró, y Heather asintió.

—No hubiese venido aquí de ser un hombre indolente. Es mucha distancia, y podría haber tomado su decisión sin acercarse.

Malcolm vino a ellos, con el duque detrás, que caminó con parsimonia, mirando a su alrededor y luego a ellos. La inteligencia era evidente en sus ojos, y sonrió al saludar con su cabeza.

—Callum, te presento a Su Excelencia, el duque de Elywood.

—Bienvenido, su Gracia—dijo Callum, firme y grave—. Nos complace recibirle.

—Laird MacLaren, señora Carlisle… O MacLaren ahora, por lo que me han dicho… Me siento honrado de estar en este lugar. En estas tierras, en general…—su sonrisa se extendió—. Soy un hombre que tiene la suerte de tener sangre de dos pueblos, y valoro mucho la de mi madre.

Era un hombre atractivo, de hombros anchos, cabello castaño peinado hacia atrás, y ojos afilados que parecían calcular cada detalle.

—Eso es afortunado, Excelencia—dijo Callum.

Heather miró a su esposo, calculando cuánto le molestaría tener que usar ese tratamiento para un inglés, pero no encontró ironía o molestia en su faz. Sí, cálculo, apreciación. El laird valoraba al duque con su mirada firme.

—Dejemos los modales ampulosos. Soy un Campbell, y vine con la intención de ver por mí mismo lo que ocurre en la zona, y a considerar en persona el trato que me proponen, aunque Malcolm ha sido claro y honesto.

—Cabe agregar que el duque no conoce en persona a Granville, pero tiene oídas de sus … andanzas—dijo Malcolm.

—Mm. Eso suena ominoso.

—Oh, créanme que lo que ha llegado a mis oídos no es nada agradable. Un hombrecito adinerado y grandilocuente, que ha hecho algunos desastres en las zonas que pisó. El trazado de las líneas de ferrocarril en las Tierras Bajas tuvo desafíos y cuervos procurando hacerse más ricos a costa del sudor de antiguos terratenientes.

—Pasemos adentro—sugirió Heather, que miró a Callum al darse cuenta de que había hecho una invitación que no le correspondía.

Este no era… Oh lo era, pero como no tenía claro su rol en el castillo, dudó.

—Mi esposa tiene razón—dijo Callum—. Vayamos a la sala.

El revuelo organizado por la llegada del duque atrajo mirones entre los criados, que atisbaban desde caballerizas, ventanas y puertas del gran reducto, pero también a los hermanos MacLaren.

—Estos son Ewan, Hamish y Gwen—señaló Callum, y los nombrados fueron saludando con gestos de su cabeza, la mujer incluida—. Mis hermanos.

—Saludos, caballeros, señorita. Malcolm me ha hablado de ustedes, por supuesto.

La mirada del noble se detuvo un instante más en Gwen, que tenía su barbilla levantada y no esbozó palabra o sonrisa.

En cuestión de minutos estuvieron sentados en la gran sala, con whiskey y ale en las manos y la promesa de una cena opípara en menos de una hora.

Si bien Heather estaba que se salía de sí por abordar el tema que había convocado al duque aquí, decidió que ayudaría a Gwen en la organización de la comida.

En buena hora, porque esto le permitió charlar con ella y comenzar a rasgar la superficie de la joven.

—Es un poco pedante, ¿no lo crees?—fue lo primero que dijo ella mientras descendían a la cocina, y Heather parpadeó.

—¿Eso crees? No conoces a Granville, o a otros nobles.

—Uff. Tiemblo solo de pensarlo. Al menos este tiene sangre escocesa.

—Ojalá que sea así. Escucha, no sé bien qué hacer, no tengo mucha idea de cómo funciona un castillo, pero quiero ayudar en lo que pueda.

Gwen se dio la vuelta, y la miró de hito en hito, y luego asintió.

—Lo agradezco. Dios sabe que odio lidiar con esto. Es tu rol como señora del laird.

No supo si lo dijo con sorna o qué, pero por las dudas, aclaró:

—Esta boda… Ha sido producto de las circunstancias y por conveniencia…

—Pero, querida, ¿no lo son todas?—rio Gwen—. Diría que son pocas las mujeres nobles o con algo de abolengo que pueden determinar qué hacer con su vida. Creo que por la razón que sea, eres una MacLaren ahora, y eso importa.

—Importa, sí—afirmó, vehemente. Ella había aceptado la boda, y asumiría cada aspecto que implicaba—. Soy buena gestionando una gran propiedad, si puedo decirlo. Y que la mía en Surrey estuviese en decadencia no fue mi culpa. La sostuve mucho más de lo que muchos esperaron.

—Te cedo las llaves del reino, con gusto—sonrió Gwen, y Heather sintió alivio al ver que la mujer se distendía.

Quería estar bien con los hermanos de Callum; se notaba lo bien que se llevaban ellos, la interdependencia y el cariño. Ella, su tía y su prima necesitaban todo el apoyo posible, pero también la amistad de los lugareños.

Estaban luchando por no perder la propiedad, querían quedarse aquí, echar raíces.

En cuestión de minutos habló con la cocinera y las dos criadas, y les pidió que le mostrasen la despensa. La cena estaba en proceso, pero Heather hizo algunas sugerencias para enaltecer la misma, así como instó a la preparación de una habitación de gala para el duque.

—Si se ha quedado con los Campbell, estará acostumbrado a algunos rigores. No vienen mal para que un inglés se endurezca—dijo Gwen.

—No, tienes razón. Pero como este hombre puede ayudarnos, y mucho, considero que un lecho cómodo, un buen fuego y comida acorde a un paladar refinado es lo menos que podemos ofrecerle.

# Capítulo 32

La cena transcurrió con la formalidad requerida, pero bajo la superficie latía expectación. Sobre la mesa había cordero asado, verduras frescas, pan de cebada y whisky de la reserva especial de los MacLaren.

La luz dorada de las lámparas iluminaba los rostros de los comensales. El diálogo fue vivo, colorido. Heather se encontró disfrutándolo, y asombrándose de la cultura de los MacLaren.

Ewan había sido marino, y viajado por muchas partes del mundo. Hamish era, al parecer, un hombre sensible que gustaba de la poesía. Malcolm tenía muchas anécdotas sobre sus clientes, e incluso Callum se distendió y se explayó sobre su labor.

El duque habló lo suyo, pero no comandó la conversación ni la acaparó. Al final, el tema que sobrevolaba la sala emergió.

—Debo admitir que me sorprendió el acercamiento que Malcolm hizo en su nombre, laird MacLaren—comenzó el duque, llevando el vaso a los labios—. Y más, saber que Granville ya tiene un proyecto avanzado para la expansión ferroviaria en la región.

—Han habido rumores de la extensión de las vías por años, pero estos se afirmaron con la llegada de Granville. Y la razón es… O era—se corrigió—. Mi esposa. Su llegada a la zona, incentivada por una herencia, trajo a ese hombre.

—¿Así que se conocían?

Heather intercambió una rápida mirada con Callum. Él asintió, indicándole que hablara.

—Excelencia—comenzó con voz firme—. He conocido a Granville por años, pero no me complace decirlo. Él me cortejó… Intentó hacerlo en Surrey, donde tenía mi propiedad. Cuando recibí novedad de mi herencia aquí, no demoré mucho en decidir instalarme en estas tierras. Liquidé mi propiedad allá. Granville lo supo, claro, y ofreció acompañarme. Me negué de plano. Su llegada aquí meses más tarde fue toda una sorpresa. Y no de las buenas.

—¿En qué sentido?

—Fue más… agresivo—dijo—. De algún modo supo de la

situación endeble de la propiedad de mi tío, y compró las deudas que los acreedores tenían, y me presionó para que…—tomó aire—. Quería casarse, o de otro modo ejecutaría dichas deudas. Yo… No tengo otra cosa, y mi tía está enferma, así que…

—Cedió—el duque asintió, comprensivo, aunque su cejo estaba fruncido—. Un chantaje puro y llano. Pero entiendo que Callum intervino.

—Sí, así fue—dijo ella, y miró a Callum con seriedad, que él devolvió, aunque sus ojos se pasearon por sus rasgos como una caricia—. Entendimos que tenemos objetivos e intereses en común.

—Nuestra boda beneficia a las dos familias, y en un futuro, a los habitantes de la región—dijo Callum—. Nadie aquí está en contra del ferrocarril. Sabemos que su llegada es inevitable y puede traer grandes beneficios…

—Pero…—el duque inclinó la cabeza, expectante.

—Pero Granville no busca beneficiar a nadie más que a sí mismo. Ha usado deudas para intentar controlar estas tierras y las de muchos pequeños propietarios que dependen de ellas para subsistir. Lo que proponemos es distinto.

El duque entrelazó los dedos, interesado.

—Continúe, por favor.

—Queremos que la llegada del ferrocarril sea una oportunidad de crecimiento real. Los productores locales podrían vender sus productos a precios justos en mercados más lejanos. Esto generaría estabilidad económica, no solo beneficios inmediatos para un solo hombre—dijo Callum, su voz grave resonando al esbozar su visión del futuro—. Además, si la gente local participa del proyecto, el ferrocarril no será visto como una amenaza, sino como un socio que impulsa su desarrollo.

El duque meditó un momento, observando primero a Callum y luego a Heather, valorando sus palabras.

—Debo decir que me resulta muy interesante vuestra perspectiva. Sin embargo, ¿qué garantías tendría yo de que estos pequeños productores puedan sostenerse en este nuevo contexto económico?

Heather se adelantó, decidida.

—La garantía está en sus propias tierras, en sus cultivos, su ganado. Son trabajadores orgullosos, Excelencia, y nada los motivaría más que conservar lo que les pertenece. No piden limosna, solo una oportunidad justa.

El duque volvió a mirarla con respeto renovado, luego miró a Callum con un brillo de aprobación.

—Callum, su esposa tiene una elocuencia que haría palidecer a muchos políticos londinenses.

Callum sonrió, mirándola con lo que Heather interpretó como orgullo, y se sonrojó.

—De eso no me cabe duda alguna.

El duque asintió.

—Muy bien. Estoy dispuesto a ofrecer el financiamiento que necesitan para liberar la propiedad Carlisle de las deudas inmediatas con sir Granville.

Heather sintió que su corazón daba un vuelco, un alivio cálido extendiéndose por su pecho.

—Sin embargo—añadió el duque, levantando una mano—será necesario que acudan a Londres. Han de presentar en persona su visión ante un grupo de inversores y políticos. Esto garantizará que la propuesta gane fuerza y respaldo, mucho más allá de mi propia influencia.

Callum cruzó una mirada rápida con Heather, y ella leyó la aprobación en sus ojos.

—Eso es algo que puede arreglarse—respondió él—. Londres no es mi lugar en el mundo, pero puedo sobrevivir allí.

El duque sonrió satisfecho y levantó su copa para brindar.

—No lo dudo. Entonces, por un futuro más justo para Escocia y para quienes defienden sus tierras con tanto valor.

Todos levantaron sus copas, y Heather sintió que por primera vez en mucho tiempo podía respirar con plenitud. Pero la mirada seria de Callum le recordó que esta victoria aún era frágil.

Más tarde, cuando la velada llegó a su fin y el duque fue conducido a sus aposentos, Heather y Callum se quedaron solos en un pasillo iluminado por una antorcha.

—Hablaste muy bien esta noche—le dijo Callum en voz baja.

Ella lo miró con timidez, todavía sin acostumbrarse a sus elogios.

—Sólo hice lo que debía.

Él sonrió, acercándose más a ella. Su presencia era cálida, reconfortante.

—No—dijo él con suavidad—. Hiciste mucho más que eso.

Heather levantó la mirada, atrapada en la profundidad de sus ojos oscuros.

—Gracias por permitirme hablar, Callum. Muchos hombres no lo habrían hecho.

Él tocó su mejilla, acariciando la piel con el pulgar, y Heather sintió el calor en cada zona que rozaba.

—Heather, no es mi intención silenciarte. Tu voz merece ser escuchada.

Callum se inclinó y su boca tomó la de Heather en una caricia tierna, que apretó al instante, acercándose. Ella no retrocedió; por el contrario, se empinó sobre la almohadilla de sus pies y tomó su camisa con ambas manos, besándolo con entrega.

Sentía alivio por la promesa del duque, pero el beso no era por eso. Ella parecía no poder resistirse a él ahora que habían sellado su unión de la forma más íntima.

Parecía que, al hacerla suya, le había creado necesidades que… No imaginó que podría tener.

Podría ser vergonzoso si él fuese un hombre indigno o desinteresado, pero la manera en que la abrazaba y besaba, como la envolvía con su calor, ayer y ahora mismo, eran muestras bastante obvias de que estaban sintonizados. Y atraídos.

Cuando se separaron, sus respiraciones estaban agitadas.

—¿Qué significa esto?—preguntó ella, en un susurro.

Callum acarició su mandíbula con mucha suavidad.

—Oh, Heather, parece bastante claro…—le dijo, rozando al concha de su oreja, despertando sensaciones de cosquillas allí—. Somos un matrimonio que se aviene bien, en todo sentido…—la intencionalidad de su voz la estremeció—. Y tendremos a Granville donde queremos, que es lejos de aquí, de tu propiedad, de mi reducto. Iremos a Londres, convenceremos a esos inversionistas y

políticos de cómo se deben hacer las cosas aquí…

Heather sonrió y apoyó la frente contra su pecho, dejando escapar un suspiro que era alivio y esperanza al mismo tiempo.

****

El carruaje se detuvo frente a la entrada de la propiedad Carlisle con un crujido metálico. Granville se reclinó contra el respaldo de cuero, sintiendo una satisfacción anticipada recorrerle las venas.

Por fin la orgullosa Heather Carlisle iba a aceptar la derrota y rendirse ante él. Su mente evocó las humillaciones encadenadas que toleró. No más.

Estaba convencido de que el rapto no había sido otra cosa que una patraña para rechazarlo, con oprobio, convirtiéndolo en el hazmerreír de la región. Agradecía no haber hecho publicar nada en Londres respecto a la boda, porque habría sido humillante.

Mas aquí estaba, dispuesto a mostrarse magnánimo con ella cuando se arrastrara explicando que no podía pagar sus deudas y por tanto la propiedad pasaría a sus manos. Reiría último.

Bajó del carruaje, ajustándose el abrigo oscuro con movimientos pausados. Frente a él, las puertas principales de la casa se abrieron. Heather apareció primero, seguida por Callum MacLaren.

Granville sintió que se le tensaba el cuello al ver al escocés allí, su presencia un silencioso desafío que lo irritaba de una manera indecible. Odiaba a ese asqueroso, pero mantuvo su compostura, avanzando hacia ellos con una sonrisa gélida.

—Heather—saludó con voz cortante, ignorando deliberadamente a Callum—. Espero que su llamado signifique que ha entrado en razón. He sido contemplativo y magnánimo, pero…

Heather levantó la barbilla, altanera, y Granville apretó sus labios con ira al notar que ella no mostraba ni una pizca de temor.

—Así es, sir Granville. Lo he llamado para resolver de una vez este asunto.

—Magnífico. Sabía que tarde o temprano admitiría que su situación es insostenible—replicó Granville con arrogancia, mirando a Callum con desdén—. Le ofrecí una posibilidad inmejorable, pero

está claro que la región y los hábitos de su gente se prendieron en usted de la peor de las formas.

—Discrepo en la última parte de su frase—dijo ella.

—No veo por qué. ¿De qué otra manera que criminal puede describirse lo que el laird hizo con usted? ¿O es que ese rapto no fue más que una farsa?—Chasqueó su lengua—. Pensé que era usted una dama irreprochable.

—Mucho cuidado con lo que dice, patán, o se verá con mis puños—dijo MacLaren, con amenaza en ojos y voz, y su postura tensa hizo que Granville dudara, mirando nervioso atrás, para comprobar que sus guardias lo seguían.

—No creo mentir al señalar que se aprovecha de una dama en apuros.

—Creo que me ve como su reflejo, y soy mucho más que eso.

El laird se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, manteniéndose junto a Heather. Antes de que Granville pudiera decir algo más, Heather hizo un leve gesto con la mano, y un hombre salió al encuentro desde la sala contigua.

Granville lo reconoció de inmediato, a pesar de que no vestía como en Londres, sino con un kilt, como un bárbaro. El impacto de ver al duque de Elywood fue mayúsculo, y le dejó sin voz, parpadeando.

Una repentina inquietud comenzó a crecer en él, pero no la dejó aflorar a su rostro. Vio al noble avanzar con porte majestuoso, sosteniendo un documento enrollado.

—Lord Granville, hemos preparado todo para resolver este conflicto—anunció el duque con tono neutral, ofreciéndole el pergamino—. Aquí está el pagaré por la suma completa de las deudas de lady Carlisle, incluidos los intereses que estipuló en su carta. Verá que está en orden.

Granville sintió que el corazón le caía al estómago. Extendió la mano, tomando el documento con dedos rígidos. Lo desenrolló, sus ojos recorriendo los números y la firma del notario en Edimburgo que certificaba la operación.

No había error posible: la cifra saldaba las deudas de la

propiedad Carlisle. Heather se libraba de su cepo. Una rabia amarga le subió por la garganta como bilis.

Levantó los ojos hacia Heather, incapaz de ocultar por completo el odio en su mirada.

—¿Cómo has conseguido esto?—preguntó, esforzándose por mantener la compostura.

Heather sostuvo su mirada sin retroceder.

—Con aliados leales que no usan su fuerza contra mí.

Granville sintió un músculo tensarse en su mandíbula. Quiso gritar, romper algo, humillar a Heather y a ese maldito laird allí mismo frente a todos. Pero sería inútil.

Estaba derrotado, y ellos habían elegido ese momento para hacerlo frente a testigos, para hundirlo en una vergüenza mayor.

—Bien jugado—dijo con voz gélida, plegando el pergamino con fuerza entre sus dedos—. Pero espero que entiendan que hay más que esto en juego, y aún no he terminado.

Se giró con brusquedad y caminó con pasos firmes hacia su carruaje. Subió sin mirar atrás, sintiendo la furia hervir en su interior como una tormenta.

Cuando la puerta del carruaje se cerró, se giró hacia su administrador, que lo observaba con cautela.

—Señor—murmuró este—, ¿qué desea hacer?

Granville se inclinó hacia delante, la ira oscureciendo sus ojos.

—Quiero sangre. Sangre y caos. Envía hombres, tantos como sea necesario. No escatimes en gastos. Quiero sabotajes en sus cosechas, ataques a sus caminos, incendios en sus almacenes. Quiero ver a MacLaren hundido hasta el cuello en problemas. Que no tenga ni un instante de paz.

Duncan asintió, visiblemente nervioso.

—Como ordene, milord.

Granville cerró los ojos un instante, tratando de dominar la ira incontenible que lo devoraba por dentro. Esto era el principio. Había subestimado a Heather Carlisle y Callum MacLaren, pero no volvería a cometer ese error. La próxima vez, pegaría fuerte y en varios lados.

# Capítulo 33

Callum se hizo atrás en la silla y extendió las piernas. Hacía dos días que el duque de Elywood se había ido. Dos días de la gloriosa escena en tierras Carlisle.

Sonrió al recordar la expresión crispada de Granville mientras Heather entregaba en mano el pagaré con la suma de dinero adeudada, préstamo del duque.

El rostro del crápula había palidecido primero y luego se había encendido con una ira contenida, como si lo hubiesen abofeteado públicamente. Callum había disfrutado aquel momento más de lo que habría imaginado, pero no creía que Granville dejara la afrenta sin respuesta.

Había sido un buen día ese, y el que se regocijara tanto al vivenciar el alivio de Heather, que pareció quitarse años de encima, era muestra de que ella le importaba. Joder, más de lo conveniente, eso ya no se lo negaba.

Nada le había dicho, pero el no poder dejar de besarla o acariciar su rostro o cuello, o su mano, cuando se acercaba, debía ser evidencia.

La mirada de Gwen, sabedora, escrutándolo, lo seguía por el castillo, y no se le escapaba que Ewan, Hamish y Malcolm debían tener una apuesta en pie. Los bastardos estarían mirándolo con cuidado, buscando ser testigos de cómo su habitual armadura impertérrita se resquebrajara.

El golpe en la puerta, inesperado, y los pasos pesados le sobresaltaron, quitándolo de pensar. Hamish era el que entró a toda prisa en el despacho, y su rostro alterado, casi lívido, le dijo que una urgencia había estallado.

—Callum—dijo, jadeando, inclinándose hacia adelante para recuperar el aliento—. Tenemos problemas.

—¡Habla! ¿Qué pasa?

—Hubo un incendio en la finca de MacAllister. Dos de sus cobertizos ardieron por completo, y hubo una estampida de animales hacia las praderas y bosques. Además, los arrendatarios de las

tierras del norte reportan robos en sus almacenes de grano. ¡Todo esto en una sola noche!

Callum apretó el borde de su escritorio con tal fuerza que sintió el crujir de la madera bajo sus dedos.

—¿Alguien resultó herido?—preguntó.

—Gracias a Dios, no—respondió Hamish—. Pero la gente está asustada. No saben qué pasa, hay rumores de bandas de bandidos…

—Tienen razón en estarlo—murmuró Callum, recordando el odio venenoso en los ojos de Granville al abandonar la propiedad Carlisle. Se pasó una mano por el rostro, intentando controlar la ira que bullía en su interior—. Esto tiene que ser obra de ese inglés… No puedo creer que pensáramos que se retiraría tan fácilmente.

Hamish suspiró, con una sombra oscura en la mirada.

—¿De verdad piensas que…?—se cortó, y luego asintió—. Tiene que ser él, sí… Ese sassenach tenía odio en sus ojos. Su orgullo y codicia son demasiado grandes como para dejar las cosas así.

—Quiere debilitarnos, golpearnos donde nos duele. Hacer que la gente desconfíe, que tengan miedo…—murmuró Callum, levantándose y rodeando el escritorio, intentando serenarse—. Voy a ir a darle una visita de advertencia.

—Partió ayer. Me lo dijo Penny, que vino hoy a traerme noticias de la tía Margaret—La voz de Heather lo sorprendió desde la puerta del despacho—. ¿Por qué ir a verlo? ¿Qué es lo que pasa?

La inquietud era patente en sus ojos verdes. Vaya. Callum era un lector de emociones ahora. Eso solo podía lograrlo esta bonita rosa que venía desbaratando su vida, pensó.

Hamish se aclaró la garganta y se apuró a responder:

—Han habido robos, destrozos e incendios… Creemos que Granville envió hombres para causar esos daños.

Heather palideció y avanzó hasta situarse junto a Callum. Este notó cómo su cuerpo se tensaba, preparándose para recibir más malas noticias, y le puso una mano en la base de su espalda, haciéndole notar que estaba con ella, a su lado, protegiéndola.

—¿Y mi…? ¿Qué hay de mi propiedad, Hamish?—dijo,

frenética, y Callum la trajo hacia él, haciendo un sonido de calma.

Hamish entrecerró sus ojos al observar el gesto, y suavizó un poco su tono, dirigiendo su mirada a Heather.

—Nada pasó allí. Ewan no ha dejado el lugar y tiene hombres por todo el perímetro. Eso evitó que se metieran allí. Tu familia está segura, nada les sucederá.

Callum la soltó de la cintura, pero tomó su mano, que estaba fría, y la frotó entre la suya, en un gesto de intimidad que arrancó una mirada de ella y la primera sonrisa del día.

Joder, y se parecía al efecto que la luz solar ejercía sobre el paisaje. Era abrumador lo extraño que le hacía sentir adentro, como si le calentara zonas dormidas.

Gwen tenía razón, le estaba derritiendo la coraza con la que había crecido y madurado. Y él se había reído con ironía cuando la escuchó, justo ayer. Su hermana lo conocía bien, mejor que él mismo, al parecer.

—Tienes mi palabra. No permitiré que alguien las toque, Heather.

Ella asintió, menos tensa, y apretando su mano de vuelta. Le entregaba su confianza, y era una concesión que valoraba.

Heather amaba a esas mujeres con fiereza y lo daría todo por ellas. Lo había demostrado al darse por vencida frente a Granville. La idea de que este había quebrado su resistencia con amenazas a su familia lo ponía furibundo.

—Sé que cumplirás tu promesa.

—Hamish, envía hombres a las propiedades. Que revisen, que no haya sitio donde esos bandidos puedan guarecerse. Han de estar descansando de su raid nocturno en algún lado, a la espera de la noche. No podemos permitirlo.

Su hermano asintió antes de retirarse. Heather permaneció en silencio unos momentos, pensativa.

—Es imperativo que controlemos esto. El duque podría arrepentirse de haber apoyado nuestra causa si averigua que la región no está en calma. Un lugar en conflicto no es bueno para la inversión.

—Eso es cierto, pero encontraremos a esos hombres, y les

haremos confesar. Granville no tiene peso aquí, y estoy seguro de que es una pataleta de ira. Sembrar el pánico y el caos implica dinero que él no va a querer perder. No somos un enemigo fácil, Heather—le aseguró—. Si me hice una buena idea del carácter del duque, saber que ese hijo de perra de Granville pretendió desestabilizarnos, otra vez, lo cabreará y tendrá más razones para respaldarnos.

Heather suspiró, y sus siguientes palabras le hicieron ver qué la atosigaba:

—Me carcome la idea de que Granville vino aquí por mi culpa, que yo…

—Nada. Tú no tienes culpa alguna—cortó.

Su palma envolvió el mentón femenino y su pulgar acarició el labio inferior. Sus ojos se fijaron en el tentador pétalo que llamaba a su boca.

No se limitó, y la besó suave, lento, ayudándose a acercarla más con su mano envolviendo su nuca, enredándose en su cabello suave.

Su nariz ascendió, dibujando una línea por el lado de su nariz, y se enterró en la coronilla, aspirando la fragancia a lavanda.

Ella le dejó hacer, y por un instante, no hubo nada más que ellos dos muy juntos.

—Debemos ir a Londres, cuanto antes. No podemos retrasar las cosas. Dios sabe qué puede hacer ese granuja allá. Tal vez busque a otros como él y encuentre fuerzas políticas que lo apoyen en su vuelta aquí, con derechos para extender las líneas y… No se lo podemos permitir.

Callum la miró en silencio, admirando su determinación y valor, que crecía cada día.

—No lo haremos—Se inclinó, rozando sus labios otra vez, saciando la adicción que crecía con otro beso breve, pero cálido, reconfortante—. Granville entenderá que su violencia solo nos fortalece. Escogió al enemigo equivocado.

Heather apoyó su frente contra la de él, cerrando los ojos. La expresión de Callum se endureció. Ese jodido sassenach creía que podía venir a sus tierras a sembrar pánico.

Llevarían la batalla a su hogar, allá en Londres. Le demostraría que era fuerte en las Tierras Altas, pero también se mezclaba en los salones de la ciudad.

No temía a nadie, y menos a engolados nobles y nuevos ricos que usaban las palabras como armas. Tenían un aliado poderoso en el duque de Elywood, y se encargaría de convencer a otros como él.

Podría parecer un salvaje highlander, pero sus padres no le habían hecho faltar educación y refinamiento. Podía usar este cuando convenía, y lo haría.

Apretó el puño una vez más, la imagen de Granville ardiendo en su mente como una advertencia. Ese hombre acabaría comprendiendo, tarde o temprano, que meterse con Callum MacLaren había sido el peor error de su vida.

****

—¿No puedes dormir?

La pregunta formulada por la voz grave la sobresaltó, aunque tuvo un efecto inmediato de calma. Heather había estado ansiosa, esperándole, y solo cuando Gwen le dijo que debía descansar y que no se preocupara por Callum, se acostó.

Había sido un día de frenéticas idas y venidas de hombres desde y hacia el castillo. Ewan, Hamish, incluso Malcolm, que llegó con el que presentó como su hermano, Alec, habían tomado el mando de partidas de búsqueda.

Callum había salido dos veces en cabalgatas intempestivas para investigar pistas que aldeanos y arrendatarios trajeron.

Al final de la jornada, no habían logrado encontrar nada, y estaban todos alterados, aunque se había tomado la previsión de que varias partidas vigilaran los confines de las tierras en la noche.

—Callum… Debes estar agotado. ¿Has comido?—se incorporó con presteza y se envolvió en un plaid.

—Sí, recién. Voy a intentar descansar.

Le vio encajar las mandíbulas mientras se quitaba la ropa, y fue hasta él, empujándolo para que se sentara. Se arrodilló para ayudarle con sus botas, y él la dejó hacer. Cuando elevó la vista, el peso de su mirada le secó la garganta.

Callum bajó su cabeza muy despacio y la luz dorada del fuego resaltó la firmeza de su rostro, la fuerza contenida en sus ojos oscuros.

—Eres tan hermosa… Me quitas el aliento—susurró, y palma acarició su mejilla y rodeó su cabeza, suave, sin presión, atrayéndola.

Heather soltó un suspiro profundo y le dejó hacer, sintiéndose segura entre sus piernas, sus manos yendo al pecho duro para recorrerlo sin apuros. A él no le significó esfuerzo tomarla entre sus brazos y llevarla al lecho.

Heather se dejó invadir por la convicción de que estaba en el lugar perfecto, y si había llegado aquí por la fuerza de las circunstancias, el destino había hecho que lo inesperado fuese lo que necesitaba y anhelaba.

—Callum…

Elevó sus brazos entreabiertos y le mostró que estaba abierta y dispuesta para él, y el laird no la decepcionó. Desnudo en su gloriosa perfección, las sombras treparon por los músculos prietos de su abdomen y pecho.

Heather tocó y acarició, y el graznido masculino cuando se acercó a su pelvis le contó de su excitación. No había misterio allí, ya que su miembro estaba más erguido e hinchado de lo que recordaba, y eso era decir.

Con nervio, pero decisión, rodeó el mismo con su mano derecha, y la sensación de sedosidad del largo la sorprendió.

—Ahhh… Seo pàrras—dijo, su gaélico grave, como emanando de una caverna—. No te detengas, Heather… Eso, así.

Su mano rodeó la de ella y la dirigió, arriba y abajo, haciendo que se detuviera morosa en su cúspide y sus dedos se humedecieran con el líquido que manaba del pequeño corte de su glande.

Heather se sentía transfigurada. No sabía si era propio, si estaba bien o mal, si debía… Pero quería, vaya si quería…

—Me enloqueces… Nadie se sintió así… No…

Él parecía hablar consigo mismo, y la excitación le cubría la faz, los ojos acariciando el cuerpo que sus manos descubrían en su

afán por tenerla abajo suyo.

Heather estaba igual de enfebrecida, y sus piernas se abrieron para envolver las caderas del laird, su esposo, y clavó sus talones en el inicio de sus glúteos, forzándolo a atraparla con su peso, de modo que su apéndice durísimo le acarició la intimidad, y se deslizó por ella.

—Hermosa rosa…—susurró, y le tomó la boca en un asalto imprevisto pero bienvenido, y esta vez, la lengua rompió la brecha de los labios y se coló por su cavidad, caliente y prepotente, haciendo que un gemido la atravesara.

Sin dilaciones, ella elevó su pelvis, en demanda clara, y él hizo atrás su cadera y maniobró para penetrarla con urgencia. Sin la barrera que una vez señaló su virginidad, él se deslizó de una estocada, y no hubo dilación.

La folló con frenética necesidad, tomándola por las caderas, y Heather se plegó a él y dejó que sus pechos se unieran y él la llevara de viaje en una conexión de cuerpos que parecía predestinada.

Cuando él se giró para quedar abajo, y ella se convirtió en jinete de la improvisada cabalgata, la sorpresa no la inmovilizó. Sin experiencia, se dejó guiar por el instinto, y se convirtió en amazona.

Su pelvis frotándose contra la de Callum, el miembro adentro suyo, pujando fiero, las manos enormes atrapando sus pechos y hostigando los picos y enviando presión y cosquillas, todo se tornó un maremoto de sensaciones y emociones.

Hubo gritos, tal vez suyos, y graznidos, de su esposo, y gemidos, de ambos. Hubo explosión, vuelo, y maravilla. Y seguido al éxtasis, hubo abrazo mutuo, y respiraciones entrecortadas, a las que se sumaron confesiones inesperadas:

—Jamás imaginé que podría sentirme tan protegida contigo. Hace unos días habría creído esto imposible.

La expresión en los ojos de Callum reveló vulnerabilidad, y fue por ello más preciosa para Heather.

—No imaginé necesitar a nadie hasta que apareciste tú—confesó con voz baja, casi inaudible—. No sé cuándo sucedió, pero no puedo imaginar enfrentar esto sin ti.

La respiración de Heather se aceleró, consciente del peso que tenían esas palabras entre ellos. Había algo profundo que iba más allá de la alianza estratégica que habían creado.

Callum acercó más su rostro al de ella, sus labios rozando su sien. Cerrando los ojos, Heather se dejó llevar por esa sensación cálida y segura, permitiendo que Callum envolviera sus brazos alrededor de ella, estrechándola contra su pecho en un abrazo firme.

Había nuevas certezas en su vida, pero Callum MacLaren era la más importante de ellas.

# Capítulo 34

Callum despertó de golpe por los golpes insistentes en la puerta. Parpadeó, confundido, y su brazo fue, espontáneo, al lado de la cama, buscando a Heather.

Ella se incorporó en el lecho, llevándose una mano al pecho mientras sus ojos se llenaban de alarma.

—¿Qué ocurre?—preguntó Callum, y ella le miró, abriendo la boca para hablar, pero golpes sordos en la puerta les interrumpieron.

—¡Callum! ¡Despierta, hombre, te necesitamos!

La voz de Hamish resonó en el pasillo, urgente. Se puso de pie con velocidad y tomó la camisa de lino que descansaba en el respaldo de una silla cercana.

—¿Qué está pasando?—gritó, buscando sus botas y su kilt.

—¡Hay fuego en el perímetro norte!

Heather palideció y lanzó a Callum una mirada de angustia. Él se ajustó rápidamente la tela y tomó sus botas, para luego abrir la puerta.

Hamish tenía una expresión sombría pero furibunda, iluminado por la llama titilante de una antorcha.

—¿Hay heridos?

—No lo sabemos aún, estamos por salir. Uno de los hombres trajo la noticia.

—Voy contigo—dijo Callum con firmeza. Giró la cabeza hacia Heather—. Quédate aquí.

Heather negó, y aunque su rostro estaba pálido, sus ojos mostraron una determinación inflexible.

—No pienso quedarme sentada mientras tu gente sufre. Habrá heridos, mujeres y niños asustados… Déjame ayudar.

Por un instante Callum quiso negarse, protegerla de lo que pudiese encontrar allí afuera. Pero en su rostro notó lo que ya comenzaba a reconocer bien. Fortaleza, resolución, capacidad. Asintió.

—Busca a Gwen y organicen un espacio en el salón para atender a cualquiera que lo necesite.

Heather asintió con rapidez, tomó el plaid que le había obsequiado y salió apresuradamente tras él. Afuera, el aire nocturno estaba impregnado por el olor acre del humo y el brillo distante de las llamas que teñían de naranja el horizonte.

Callum montó su caballo junto a Hamish y Malcolm. Otros hombres se apresuraban alrededor, preparando cubos, mantas húmedas, cualquier cosa que pudiera ayudar a apagar el fuego.

Al llegar al perímetro norte, la escena era caótica. Las llamas devoraban varias cabañas, el calor abrasador golpeaba sus rostros, y gritos y órdenes se mezclaban en el aire.

—¡Hay hombres huyendo por el bosque!—gritó Malcolm, señalando sombras que se escabullían entre los árboles.

Callum espoleó su caballo hacia ellos, seguido de cerca por los otros. El humo lo complicaba todo, pero él y los suyos conocían estos bosques como la palma de su mano.

Azuzaron sus monturas y persiguieron, ciegos a lo que no fuera atrapar a esos malditos que creían que podrían hacer lo que quisieran en sus dominios.

La determinación y el odio lo empujó, y cuando alcanzó a uno de los bandidos, Callum se apuró a tirarse sobre él, derribándolo al suelo. Forcejearon hasta que Callum inmovilizó al hombre, torciéndole el brazo con firmeza.

—¿Quién te envió? ¡Habla!

El hombre jadeó, aterrorizado, con los ojos desorbitados.

—¡Granville!—gimió, el muy cobarde, sin la presencia como para resistir al menor golpe—. Nos pagó para causar problemas, para que la gente entrase en pánico y destruir sus cosechas y animales…

Callum apretó más la mandíbula, sintiendo que la furia lo inundaba.

—Llévenlo al castillo—ordenó a Hamish con voz glacial—. Vigilancia estricta hasta que las autoridades lleguen. Y asegúrense de que nadie más escape.

Hamish, que había hecho su parte al atrapar a otro, intercambió con él una mirada sombría mientras se llevaban a los prisioneros. El daño ya estaba hecho, pero al menos tenían la

convicción de que Granville era el responsable.

Pagaría por esto, se prometió. Respiró hondo y montó, volviendo atrás para ir a ayudar. El desastre era grande, pero se aseguraría de que hubiese ayuda urgente en la reconstrucción.

Así lo prometió a cada uno de los damnificados, y los heridos fueron cargados y enviados al castillo. Había algunos quemados, otros con huesos rotos y muchos asustados y frustrados.

Cuando Callum regresó, sentía cada músculo rígido por el esfuerzo. Un dolor punzante en el brazo le hizo ver que había resultado herido. Era un corte sin mayor entidad, pero sangraba.

Heather estaba en la puerta esperándolo, su rostro tenso por la preocupación. Apenas lo vio, corrió hacia él, sus ojos repasándolo con rapidez, notando la sangre que empapaba parte de su camisa.

—¡Estás herido!

—No es nada—murmuró él, intentando tranquilizarla—. Apenas un rasguño.

Pero Heather ya lo llevaba hacia la habitación, con esa mezcla de ternura y determinación que estaba comenzando a volverse familiar.

Una vez en la privacidad del cuarto, se sentó en la cama mientras ella traía agua tibia y paños limpios. Sus manos temblaban mientras le desataba los lazos de su camisa, y luego se arrodilló frente a él, examinando la herida con ojos preocupados.

El contacto de sus dedos sobre la piel fue una caricia tan suave que Callum sintió cómo su pecho se apretaba.

—Debes tener cuidado—susurró Heather, con voz cargada de emoción reprimida.

Callum alzó una mano, rozándole la mejilla.

—Estoy bien. Lo que me preocupa son mis hombres, mi gente. No pude protegerlos lo suficiente.

Heather levantó la vista y lo miró con dulzura.

—Hiciste más de lo que muchos podrían hacer. Tu gente confía en ti, y yo… también.

—Espero ser merecedor de tu confianza—murmuró.

—Lo eres. Ahora, tienes que descansar.

Él asintió, permitiendo que lo guiara hasta la cama. Heather

se acomodó junto a él, apoyando la cabeza en su hombro. Callum la rodeó con un brazo, observando las brasas del moribundo fuego.

****

La luz dorada del atardecer se filtraba por las ventanas altas del despacho del laird, proyectando una calidez engañosa sobre la estancia. Heather observó cómo Malcolm revisaba por última vez las cartas y documentos sobre la mesa.

Callum, a su lado, estaba tenso, los brazos cruzados. Estaban en el proceso de organizar el viaje a Londres. Heather sintió cómo una inquietud familiar se asentaba en la boca de su estómago.

La ciudad les esperaba, llena de formalidades rígidas, de personas calculadoras como Granville, de normas invisibles pero implacables. Suspiró con suavidad, y Callum la miró, interrogante.

—¿Qué ocurre?—preguntó, acercándose un poco más a ella.

Heather vaciló un instante, luego se encogió de hombros.

—Londres nunca me ha gustado mucho—admitió, tratando de restarle importancia con una media sonrisa que no llegó a convencerlo.

Callum la observó en silencio, midiendo cada palabra antes de responder.

—Esta vez será distinto, Heather—Su voz sonó grave pero sin filo alguno. Una afirmación confiada que buscó darle tranquilidad —. No vas sola. Yo estaré contigo en cada paso. Y Malcolm nos ayudará a navegar entre ese mar de reglas.

Antes de que pudiera responder, Malcolm intervino, levantando la cabeza de los documentos.

—Deberán estar preparados para responder preguntas difíciles—dijo con seriedad—. Los inversores no son personas fáciles de convencer. Quieren seguridad, garantías, y sobre todo, necesitan ver unidad entre ustedes.

Heather notó que Callum se tensaba, y se adelantó a contestar.

—Estamos unidos—aseguró con tranquila determinación—. Tenemos claro qué queremos, y cómo beneficia esto a todos. Inversionistas racionales incluidos.

Callum la miró con un brillo en los ojos, admirado por su

aplomo. Malcolm asintió con gravedad.

—Eso espero. Confieso que hay días en que prefiero una batalla con espadas a lidiar con políticos.

Minutos después, cuando Malcolm dejó el despacho con los documentos en mano, Callum se giró hacia ella con un gesto preocupado.

—¿Realmente estás bien con esto?

Heather asintió con firmeza.

—Debemos hacerlo. Y Malcolm tiene razón, debemos mostrar que somos un frente unido.

Callum frunció el ceño.

—Lo somos—dijo con convicción—. Pero no me gusta la idea de exponerte a esas personas, en especial, sabiendo que Granville estará rondando. Siento que te llevo directo a la boca del lobo.

Heather dio un paso hacia él, y con una suavidad apoyó la mano sobre su brazo.

—Estoy contigo, Callum. No me estás llevando a ningún lado al que no haya decidido ir yo misma.

Él bajó la mirada hacia su mano, cubriéndola con la suya y entrelazando los dedos con delicadeza.

—Heather…

—Confía en mí—susurró ella—. Juntos podemos hacerlo.

Él la estudió un largo instante antes de soltar un suspiro profundo.

—A veces olvido lo fuerte que eres. Eso me tranquiliza y me preocupa al mismo tiempo.

Heather dejó escapar una pequeña risa, sorprendida.

—¿Por qué?

Él sonrió con suavidad, acercándose más, invadiendo su espacio con una cercanía que aceleró el pulso de Heather.

—Porque no sé qué haría si algo te pasara.

Antes de que Heather pudiera responder, Callum se inclinó hacia ella, sus labios rozando los suyos, con una ternura que lograba que su corazón latiera con fuerza.

Heather cerró los ojos, entregándose al beso que le ofrecía sin reservas. Cuando Callum se apartó, mantuvo la frente contra la

de ella, su voz convertida en un murmullo.

—Te protegeré, Heather. En Londres o donde sea.

Ella deslizó una mano por la mejilla áspera, sintiendo la fuerza contenida en cada músculo, en cada fibra del hombre que la sostenía.

—Lo sé—susurró con absoluta certeza.

Callum se incorporó, sin soltarla.

—Prepara tus cosas—le dijo con suavidad—. Partimos en la mañana. Pero esta noche…—La miró con un brillo que encendió chispas en sus venas—. Esta noche es nuestra.

Heather dibujó una sonrisa tímida, y asintió.

—Nuestra—repitió con suavidad, aceptando la promesa implícita en esas palabras.

# Capítulo 35

Acomodó los pliegues de su falda, alisando la seda azul oscuro con dedos nerviosos. El balanceo del vagón era casi hipnótico mientras avanzaban hacia el sur, acercándose a la compleja telaraña que era Londres.

La sola idea de enfrentarse a ese mundo de política e intrigas le aceleraba el pulso. Frente a ella, Callum observaba por la ventanilla, el ceño fruncido.

La ropa que llevaba era elegante pero austera: chaqueta negra, pantalones formales, y un chaleco gris oscuro que resaltaba la anchura de sus hombros.

Sin embargo, su concesión a su identidad escocesa se destacaba con orgullo; sobre el hombro, sostenido por un broche de plata con el escudo familiar grabado, llevaba el tradicional plaid MacLaren.

Aunque intentaba disimularlo, Heather notó que su esposo se movía incómodo de vez en cuando, como si las telas finas y los cuellos rígidos fueran una tortura para él.

—¿Nunca has estado en Londres, verdad?—preguntó Heather, buscando romper el silencio que se había instalado entre ellos desde hacía largo rato.

Callum giró la cabeza hacia ella, dejando escapar un resoplido ligero.

—No tengo interés en las intrigas de Westminster ni en fingir agrado hacia quienes preferirían vernos aislados y empobrecidos—respondió con una voz grave, mirando el paisaje a través de la ventanilla, como si la simple idea de Londres fuera un mal necesario —. La reina Victoria no tiene especial amor por los escoceses, eso lo sabe todo el mundo.

Heather arqueó una ceja, ladeando la cabeza.

—¿La reina? Creía que era más neutral en sus juicios.

—Puede ser neutral con otras cosas, y si Escocia es una tierra que ama, a los escoceses… No tanto. La incomodamos. Somos demasiado independientes para su gusto. Y el duque de Elywood

tendrá que enfrentarse a muchos prejuicios cuando presente nuestro caso.

Malcolm, que estaba sentado al lado de Callum, apartó la vista de los documentos que tenía en las manos y asintió.

—Es verdad. Hay quienes piensan que permitir a los escoceses el control de sus propias tierras es fomentar la rebelión. Creen que solo los terratenientes ingleses pueden asegurar el progreso económico.

Heather suspiró, tratando de calmar el creciente nudo en su estómago.

—¿Crees que nos escucharán?

Malcolm inclinó la cabeza, pensativo.

—El duque tiene influencia suficiente como para captar el interés de varios nobles y empresarios influyentes. Pero su testimonio será vital, y cómo los perciban. Deberán ser convincente. Tú eres una de ellos.

Heather respiró hondo, pero le miró con ojos entrecerrados.

—Lo haré. Y soy inglesa por nacimiento, pero escocesa por adopción. Allí está lo que quiero para el resto de mi vida—dijo con firmeza, mirándole con intención.

Callum sonrió y extendió la mano para cubrir la femenina, dándole un ligero apretón. El calor de sus dedos ásperos contra su piel fue suficiente para que Heather sonriera.

—No te preocupes—le dijo Callum con voz más suave, íntima —. Te escucharán, Heather. Eres fuerte, encantadora, fluida.

Heather dejó escapar una pequeña sonrisa, sintiendo cómo su pulso se aceleraba bajo aquella mirada profunda. Callum lograba tranquilizarla, y sus alabanzas la derretían.

Desvió la mirada hacia el paisaje que pasaba ante ellos. Las colinas escocesas habían ido quedando atrás, dando paso a campos verdes, ordenados y amplios, salpicados por pequeños pueblos.

En uno de ellos, cuando el tren hizo una breve parada para reabastecerse de carbón y agua, Heather sonrió cuando Callum resopló y dijo que necesitaba estirar las piernas. Su primo hizo lo mismo.

Estos escoceses, pensó, sonriendo, pueden pasar horas

sobre un caballo, pero se vuelven locos encerrados en un cómodo vagón. Permaneció sentada, con la vista perdida en el paisaje, pensando en lo que les aguardaba. Esperaba que ese crápula de Granville no osara acercarse.

Sobre él pesaba la vergüenza de haber dejado sin hogar a varios, y lastimado a otros tantos. Solo por milagro no había muerto alguien en esos incendios y asaltos.

Callum había estado días resolviendo situaciones complejas, gastando tiempo, dinero e inquietud para satisfacer las necesidades de su gente.

*Nuestra gente*, pensó. Ella estaba hasta el cuello con él. Ese laird había logrado que creyera en los hombres y que su natural desconfianza se esfumase. Sus acciones eran fiel reflejo de sus palabras.

Y sus besos, caricias, la intimidad que compartían… Era tan fantástico que parecía irreal. Recordó las palabras de Isabella: *Pareces otra, querida mía. Feliz, aliviados tus hombros de problemas. Casi me convenzo de que hay hombres que merecen la oportunidad en la vida de una mujer.*

Quería que se convenciera de eso, por supuesto, ahora que lo estaba viviendo. Deseaba que su prima pudiese escapar de la prisión que lo pasado cuando tan joven imponía en su cabeza. Suponía que el tiempo lo determinaría.

Suspiró, y se adelantó a la ventanilla, porque el pitido del tren anunciaba la inminente partida. Lo que vio le heló la sangre, y reaccionó sin pensar, con un grito ahogado, corriendo hacia la puerta.

El corazón le latía con violencia inusitada al saltar del vagón y al volar hacia el desconocido con rostro crispado y una navaja en mano que avanzaba hacia Callum, quien acababa de esquivar la puñalada con un movimiento ágil.

Su esposo estaba desprotegido y vulnerable. Heather actuó sin pensarlo. Se lanzó hacia adelante con desesperación, interponiéndose justo cuando el agresor se abalanzó para un segundo ataque.

El acero brilló bajo el sol de la mañana, y Heather sintió el

dolor abrasador en su muñeca al recibir el corte destinado a su esposo.

Un grito escapó de sus labios, y al instante Callum atrapó al atacante por el cuello con una fuerza brutal, lanzándolo contra la pared del vagón mientras Malcolm llegaba y gritaba por ayuda.

Heather, con la vista nublada por el dolor, sintió que Callum venía a ella y la elevaba, sosteniéndola por la cintura, rodeándola con sus brazos en el más protector de los gestos.

Sus ojos estaban desmesurados, crispada la expresión, mientras le hablaba con urgencia:

—Heather, por Dios, ¿estás bien?—Su voz estaba ronca de ansiedad, cargada de furia y preocupación al mismo tiempo—. ¡Déjame ver!

Ella jadeó, intentando controlar las lágrimas. El dolor era atroz, lacerante, pero no quería hacer un escándalo aquí.

—No… no es nada. Solo es un corte.

La mandíbula de Callum estaba apretada, y su respiración salía con brusquedad.

—¡En qué pensabas! Pudiste… Él pudo…—jadeaba, como si pensar en lo que pudo pasar lo dejase extenuado y sin fuerzas. Elevó la mano, tocó su mejilla—. ¡No deberías haberte arriesgado así!

—Y tú no debes olvidar que somos un equipo—le replicó ella, con suavidad pero firmeza, a pesar del dolor—. No voy a quedarme mirando si estás en peligro.

Callum cerró los ojos por un instante, tratando de serenarse, antes de besar su mano herida con delicadeza inesperada.

—No soportaría perderte, Heather—su voz fue apenas un susurro ronco—. No lo olvides jamás.

Heather se estremeció ante la intensidad de su confesión. Callum levantó la cabeza y ordenó a Malcolm con voz imperativa:

—Busca a alguien que pueda desinfectar la herida y vendarla.

El aludido se movió presto, y en unos minutos estaba siendo atendida. Le dolía, pero mejoraba.

—Será llevado a la cárcel. Confesará, eso es seguro—dijo

Malcolm—. Pero debemos seguir—miró al sitio donde ya el atacante estaba detenido—. Estaremos en máxima alerta hasta llegar.

—Malcolm, que un mensaje llegue a Ewan y otro a Londres, contando la situación. Quiero a todos en alerta, y la vigilancia redoblada. Esto no puede repetirse.

Malcolm asintió con gravedad, y se dirigió al interior de la estación, no sin antes hablar airadamente con la autoridad del lugar y el personal del ferrocarril.

Callum la tomó en sus brazos, a pesar de sus protestas, y la llevó de vuelta al vagón, que vació a base de miradas furibundas e inflexible declaración de que la seguridad de su esposa no sería comprometida otra vez.

Secretamente, Heather sintió su corazón florecer, a pesar de la herida, que dolía terrible.

****

Con el tren rodando sobre los rieles, Callum observó a Heather con una ansiedad que jamás había experimentado. No lograba apartar la vista del vendaje blanco que cubría su delgada muñeca.

—Deja de mirarme así—murmuró ella, con voz cansada—. Estoy bien.

Callum respiró profundo antes de contestar.

—¿Bien? Heather, podrías haber muerto.

—No exageres—respondió, sonriendo un poco.

Él tomó su mano con cuidado, acariciando el dorso con el pulgar.

—Si algo te hubiese pasado…—Se detuvo, luchando contra el torbellino de emociones que lo invadía—. No creo que podría soportarlo. Tengo esa convicción… Cuando vi el metal cortar tu piel…

Se estremeció, la sensación de estupefacto horror volviendo a él. Heather lo observó, sorprendida por la intensidad de su declaración. Su rostro enrojeció, pero no apartó la mirada.

—Callum…

Él negó con la cabeza, acercándose más.

—No debiste interponerte. No debiste arriesgarte así por mí.

—Soy tu esposa—replicó con firmeza—. No podía quedarme

mirando cómo te lastimaban.

Callum dejó escapar un suspiro profundo antes de llevar sus labios a los nudillos de ella, besándolos con delicadeza.

—Prométeme que no volverás a hacer algo así.

—Lo prometo—susurró ella.

Malcolm, sentado cerca, carraspeó con suavidad, intentando romper la tensión entre ellos.

—Me sorprende la empecinada determinación de Granville. No se detiene a pensar, actúa sin consideraciones. Debemos ser muy cautos cuando lleguemos a Londres.

Callum asintió, su mirada dura.

—Tengo contactos que nos ayudarán—dijo Malcolm, pensativo.

El resto del viaje fue rápido, y cuando hubo pausas en él, bajó custodiada por los dos hombres, que barrieron cada estación con sus miradas, y sus armas ahora cerca de sus manos.

Cuando el tren se detuvo en Londres, el murmullo de la gran ciudad los recibió con su habitual indiferencia. Heather descendió y se llenó del familiar caos londinense, que les envolvió.

Callum permaneció a su lado, protector y alerta. Malcolm hizo una seña hacia un carruaje negro que los esperaba cerca.

—Ya está todo arreglado. Tenemos alojamiento seguro y mañana comienzan las reuniones.

Heather respiró hondo, intentando calmar la inquietud que la agitaba. Callum tomó su mano haciéndole saber de su sólida compañía.

—Vamos, debemos salir de aquí. Hay demasiada gente para mi gusto.

Ella lo miró y, sin decir palabra, entrelazó con más fuerza sus dedos con los de él, dejándose guiar hacia el carruaje.

# Capítulo 36

La residencia que el duque de Elywood había dispuesto para ellos en Belgrave Square no era en absoluto lo que Callum había imaginado. Heather, acostumbrada a ciertas formalidades, logró ocultar mejor su sorpresa ante la opulencia, pero Callum no hizo ningún esfuerzo por disimular su desconcierto.

La decoración era recargada: muebles pesados de caoba con adornos dorados, cortinas de terciopelo color borgoña y papel tapiz con complicados diseños florales en tonos verdes y ocres.

Al caminar por la amplia entrada, Callum rozó con los dedos la superficie pulida de un aparador, observando las porcelanas y cristales alineados con precisión absoluta.

—¿Acaso todo en Londres es así?—preguntó en voz baja, echando una rápida mirada alrededor.

Heather sonrió mientras se quitaba los guantes de encaje negro.

—Esto es bastante típico. Londres es la ciudad de la reina Victoria, querido esposo. Aquí, la apariencia lo es todo.

Callum suspiró, consciente de que tendría que adaptarse, aunque no le resultaba sencillo.

Más tarde, salieron a caminar por las bulliciosas calles de Londres. La atmósfera era una vorágine de sonidos y aromas que bombardeaban sus sentidos.

Carruajes de todo tipo y tamaño cruzaban las calles, y pequeños vendedores ambulantes ofrecían desde flores frescas hasta periódicos que voceaban noticias alarmantes.

—¡Los rusos se retiran de Sebastopol!—gritaba un muchacho vestido con harapos, sosteniendo ejemplares del *Times* por encima de su cabeza—. ¡La guerra de Crimea se acerca a su fin!

Callum observó al muchacho con curiosidad antes de murmurar:

—Al menos esa es una buena noticia.

Heather asintió, contemplando el gentío que fluía en todas direcciones. Frente a ellos, un café elegante atraía a una clientela

bien vestida. Heather lo guio con naturalidad hacia una mesa pequeña sobre la acera, mientras los gritos de los comerciantes y el aroma del té fuerte, bollos calientes y especias los rodeaban.

Callum observó con interés cómo Heather se manejaba en ese ambiente con facilidad, haciendo su pedido con soltura y educación impecables.

—Eres buena en esto—comentó con ligera admiración.

Heather alzó una ceja, divertida.

—¿En qué?

—En moverte con naturalidad entre las reglas absurdas de este lugar.

Ella soltó una pequeña carcajada, pero luego sus ojos brillaron con seriedad.

—Aquí, querido, las apariencias pueden decidir el destino de una región entera.

Esa misma noche, fueron invitados a la residencia del duque de Elywood en Mayfair. El salón, iluminado por lámparas de gas que arrojaban una luz suave y dorada, estaba presidido por un gran mapa extendido sobre una mesa oval.

Heather reconoció de inmediato el perfil irregular de las Tierras Altas, con marcas y anotaciones cuidadosamente trazadas.

—Lord MacLaren—saludó Elywood con formalidad—, señora MacLaren, permítanme presentarles a mi madre, lady Isla Campbell, y a su hermana, lady Nessa Worcester. Su esposo, el duque de Worcester, el mejor amigo de mi padre.

Lady Isla era una mujer todavía muy bella, a pesar de una desvaída cicatriz en un lado de su cara. El cabello canoso estaba recogido en un moño elegante, y les dedicó una sonrisa amable.

El duque de Worcester les saludó con amabilidad, mientras Nessa, más risueña y con el rojo en su cabello, observaba con interés a la pareja.

—He oído mucho sobre vosotros—comentó lady Isla con cordialidad—. Mi familia en Escocia les respeta.

Heather sintió alivio ante la bienvenida calidez de aquella mujer. Pronto llegaron otros invitados: Lady Olivia, hermana del duque de Worcester, casada con el conde Edward Atholl, entre otros

nombres que se le fueron de la cabeza. Eran demasiados títulos y caras nuevas.

Callum estaba muy serio, y se apuró a ir hacia él y permanecer a su lado. Su primo Malcolm iba de grupo en grupo, claramente más habituado a estas reuniones. La conversación fluyó hacia los asuntos importantes durante la cena.

—Granville es conocido aquí por su ambición despiadada—comentó Edward Atholl con gesto sombrío, luego de que Callum relató los desastres que propició—. Algunos lo apoyan porque lo creen un inversionista capaz y aventurero.

—Es un farsante, y un criminal. Casi matan a mi esposa por él—dijo Callum con frialdad, y su mano tomó la de Heather sobre la mesa.

—¡Dios, eso es terrible!—la que intervino era Anne, la duquesa de Bristolbridge, una mujer muy agradable que había tocado una pieza maravillosa en el clavicordio—. ¡Debe ser juzgado por eso!

Callum apretó la mandíbula, sus ojos oscuros centelleando con determinación.

—Lo será, eso espero. Es hora de que los hombres como él entiendan que Escocia no es un territorio que puedan saquear con impunidad. Si el ferrocarril debe pasar por nuestras tierras, será en términos justos.

Heather intervino, consciente de las miradas sobre ella:

—La propuesta que traemos beneficiará tanto a Inglaterra como a Escocia. Con acceso al ferrocarril, los pequeños productores de lana, whisky y cueros podrán vender en Londres y exportar al extranjero. Inglaterra se beneficiará de una producción incrementada, fortaleciendo su posición como el gran taller del mundo.

—¡Bien dicho!—asintió Elywood con aprobación—. Señores, el modelo que MacLaren propone es modernidad sin explotación. Amigos, mi padre y ustedes han defendido eso por décadas—los duques de Worcester y Bristolbridge asintieron—. La reina Victoria desea estabilidad; Escocia no puede ser vista como una colonia, sino como un socio esencial en nuestra prosperidad nacional.

Lady Nessa inclinó la cabeza, estudiando a Heather con admiración.

—Es admirable tu entereza, mi querida. Un bastardo como ese Granville pretendiendo desposarte, ¡qué atrevimiento! Y luego, atacándoles. ¡Increíble!

Heather tocó con sus dedos la venda que ocultaba el corte en su muñeca.

—Granville no acepta bien las derrotas—respondió Callum con voz áspera.

La sala quedó en silencio unos instantes. Luego, la voz firme de lady Isla rompió la tensión:

—Entonces será aún más importante asegurar que vuestra causa gane adeptos entre los liberales. Mi hijo ya ha arreglado una reunión en el Reform Club.

El duque de Worcester asintió con énfasis.

—Allí podrán convencer a otros nobles y empresarios de que vuestro camino es el mejor para Gran Bretaña. Granville no se quedará quieto, pero…

Callum miró con seriedad al duque:

—Estamos preparados para enfrentar lo que sea necesario.

Heather sintió el calor de su esposo a su lado, y bajo la mesa, rozó su mano con la suya, encontrando firmeza en aquel contacto.

Lady Isla, que estaba cerca, notó el intercambio, y sonrió con discreción antes de añadir con suavidad:

—La reina Victoria tiene más sentido común del que muchos le atribuyen. Muéstrenle una causa justa y ella los escuchará.

La noche continuó entre conversaciones sobre política, el futuro del país y la música suave que tocaban la hija y la esposa del duque de Bristolbridge.

Callum observaba a Heather, quien interactuaba con naturalidad en aquel ambiente que él encontraba agotador, admirando cómo su esposa lograba convencer a todos con calma y elegancia.

Cuando se retiraron al final de la velada, la mano de Callum volvió a encontrar la suya mientras salían al carruaje que los

esperaba. Bajo el tenue brillo de las farolas londinenses, él se inclinó hacia ella, susurrando muy cerca:

—Eres formidable, Heather MacLaren. Cada día que pasa me enorgullece más llamarte mi esposa.

Ella alzó el rostro, y en la penumbra compartieron un beso suave, cargado de una promesa tácita que iba más allá de aquel desafío político.

Londres podía ser frío, implacable y complicado. Pero ambos descubrirían cómo conquistarlo a su favor para volver a Escocia con buenas nuevas.

****

El carruaje se detuvo frente al imponente edificio del Reform Club, y Callum elevó la vista para apreciarlo, impresionado a pesar suyo por la majestuosidad de la fachada de piedra clara delineada por columnas dóricas.

La bruma londinense se aferraba al suelo adoquinado de Pall Mall, y escuchó sus pasos resonando al avanzar. Ajustó el cuello rígido de su camisa blanca almidonada y la levita negra de paño fino que Heather le había insistido en usar.

Incómodo, apretado, fuera de su elemento, así se sentía, aunque sobre su hombro y como una ostentación de su origen, vestía el plaid.

Malcolm, que había avanzado unos pasos, se giró para esperarlo, mirándolo con leve diversión al ver su expresión.

—¿Nervioso, Callum?

Él emitió un sonido gutural, ajustando el cuello, otra vez.

—Esta no es una batalla a campo abierto, pero es terreno hostil, o al menos desconocido. No puedes culparme por desconfiar —respondió con voz seca, sin disimular su incomodidad.

Malcolm le sonrió con calma y apoyó una mano tranquilizadora en su hombro.

—Todo irá bien, ya verás. El auspicio del duque de Elywood es garantía de eso. Solo tienes que mostrarles quién eres, de qué estás hecho. En Londres o en Escocia, los hombres de verdad admiran la sinceridad acompañada de fuerza y determinación. Y eso es lo que tú representas.

Callum asintió, intentando absorber la confianza que Malcolm irradiaba, y juntos subieron las escaleras hacia las grandes puertas dobles del club, abiertas por un mayordomo vestido con librea azul oscuro.

Ya en el vestíbulo, Callum paseó su vista por los altos techos decorados con molduras elaboradas, de los cuales pendían candelabros de cristal brillando con la luz dorada de decenas de velas.

Las paredes estaban adornadas con retratos solemnes de hombres que, según le fue diciendo su primo, habían cambiado el rumbo político del país.

Un hombre mayor, con cabellos canos y una barba blanca bien recortada se acercó a ellos. Malcolm le extendió la mano en señal de respeto.

—Lord Palmerston, permítame presentarle a Callum, laird del clan MacLaren.

El mencionado, claramente un hombre respetado, extendió su mano de Callum con firmeza, evaluándolo con ojos astutos, aunque exentos de malicia.

—Bienvenido al Reform Club, Lord MacLaren. El duque de Elywood nos ha hablado de usted y de la situación en sus tierras. Hemos querido alentar la expansión del ferrocarril por un tiempo, y hasta hace unos días, creímos que Granville era el hombre para eso. Claro que se nos ha puesto al tanto de sus trapisondas allá—El hombre meneó su cabeza—. Admito que estoy intrigado con su visión, por otra parte, y estoy abierto a escucharle.

Callum inclinó la cabeza en gesto respetuoso, aliviado del tenor del mensaje. No había querido mostrar a Heather o Malcolm cuán tenso había estado, pero la recepción era satisfactoria. Ganó confianza.

—Le agradezco la oportunidad de exponer nuestra posición. Espero poder aclarar cualquier duda que usted y los demás señores puedan tener.

Palmerston hizo un gesto indicando que lo siguieran hacia un salón más pequeño y privado. Sobre una mesa central se encontraba extendido un gran mapa de las Tierras Altas, iluminado por una

lámpara de bronce.

Varios hombres aguardaban, vasos en mano y charlando en círculos. La llegada de Palmerston impuso el silencio.

—Caballeros, este es el laird MacLaren. Le he trasmitido nuestro interés por escucharle—Hubo cabeceos y palabras breves de saludo—. Por favor, señor MacLaren, explíquenos en sus propias palabras cuál es la situación actual en la región y cómo piensa usted que deberíamos proceder respecto al ferrocarril.

Callum se acercó al mapa, sus pasos medidos e imponiendo calma a su mente, mientras sentía los ojos de cada uno de los presentes sobre él. Pasó la mano sobre el dibujo conocido y querido de su tierra natal.

—Buenas tardes, caballeros, y gracias por recibirme. No imaginé que vendría a Londres a hablar del ferrocarril y el progreso.

—Usted y yo, señor MacLaren—intervino un caballero de cejo fruncido—. No creí que vería el día en que un escocés me daría una diatriba sobre el progreso y sus límites.

# Capítulo 37

Callum chasqueó su lengua y contuvo el deseo de mirar con hostilidad a quien hablaba, y se limitó a hacer un gesto con su cabeza.

—Lejos de mí, no soy un anti—progreso. Los cambios son parte de la vida, y sería ridículo desconocerlo. Pero progreso y bienestar social deben ir de la mano, y creo que ustedes lo valoran, o no estarían aquí reunidos. Además de entusiastas defensores de la Inglaterra reina de los mares y taller del mundo, ustedes son políticos decentes y con visión.

—Le agradezco, milord. Lo intentamos—dijo Palmerston, haciéndose atrás en su gran silla.

—El ferrocarril atravesando las Tierras Altas es inevitable, y creo que puede hacer mucho bien, si se efectúa considerando a las poblaciones que afectará, y cómo lo hará.

—El costo del progreso a veces es duro—intervino un noble de nariz aguileña.

—No si se calcula bien, eso creo. Hasta ahora, y en lo que tiene que ver con mi país, la idea propuesta por hombres como Granville ha sido utilizar las deudas para arrebatar las tierras a quienes las han cultivado por generaciones.

—No se puede culpar a un capitalista por tomar ventaja de la falta de previsión de otros.

—No si lo que se mira es simplemente lo económico. Pero su tarea como políticos es velar por el crecimiento del país. Lo que proponemos no es frenar el progreso, sino hacerlo más justo y sostenible. El ferrocarril puede ser un aliado en lugar de una amenaza, y podemos ayudar a que se vea así y que nuestros compatriotas no luchen contra él, si consiguen mejorar sus condiciones, o no empeorarlas.

Palmerston arqueó una ceja con curiosidad.

—¿Y cómo pretende asegurar tal cosa?

Callum apoyó ambas manos sobre el mapa, mostrando confianza.

—Si la empresa del ferrocarril llega a acuerdos justos con los pequeños propietarios, pagando por el uso de sus tierras e invirtiendo en mejoras agrícolas, habrá estabilidad económica. Las Tierras Altas son ricas en recursos, como saben. No tengo que decirles que el ganado, maderas y otros productos serían vendidos a mejor precio en Londres, Manchester y Liverpool. Ustedes obtendrían productos de calidad, y nosotros, los highlanders, una justa compensación económica.

Un hombre robusto de pelo castaño, sentado a la derecha de Palmerston, lo miró con escepticismo.

—La gente de esas tierras es resistente al cambio y su resistencia a lo inglés…—resopló—. Es antológica. No aceptarán acuerdos con compañías inglesas así les beneficie, y…

Callum sostuvo su mirada con firmeza.

—Los highlanders somos resistentes a la injusticia, no al progreso. El problema no es el ferrocarril, sino las prácticas abusivas que pretenden imponer algunos hombres. Cambien el trato, sean justos, y tendrán aliados leales en Escocia.

La sinceridad directa de Callum generó murmullos de aprobación, aunque también hubo algunas caras de molestia. Lord Palmerston se removió en su asiento, observándolo con lo que Callum atribuyó a respeto, y se dijo que iba por buen camino.

—Tiene usted el don de la claridad, laird MacLaren—comentó —. Dígame, ¿cree que Granville represente un peligro real para esta visión? Porque desde nuestra posición, parece que su animosidad con él tiene tintes personales.

La mandíbula de Callum se tensó al recordar el rostro iracundo de Granville, y no cometió el error de subestimar a estos hombres y a la información que poseían.

No dudaba de que alguno de ellos debía estar detrás de Granville, financiando su tarea, y si resbalaba y se expresaba mal, atribuirían egoísmo y personalismo a su postura.

—Soy primero un laird, un hombre que tiene a cargo la seguridad de sus arrendatarios, de su familia. Soy un líder, guste o no.

—La época de los salvajes lairds que comandaban ejércitos

finalizó hace mucho—dijo uno de los hombres—. Este es un mundo nuevo.

Le miró con extrema seriedad, sin demostrar malestar, manteniendo su talante a raya.

—Caballeros, eso lo sé bien. Les invito a visitar mis tierras o las de otros que, como yo, comprenden que somos una nación y debemos crecer juntos. No uno a costa del otro.

—Las viejas rencillas y odios mueren lento en algunas cabezas—intervino un hombre muy robusto—. Y eso puede nublar la visión del futuro.

—El futuro debe ser visto con esperanza para ser aceptado. No es lo que ofreció Granville, y si este representa sus ideales…—elevó la voz, y hubo murmullos.

—Ciertamente no los míos—dijo Palmerston.

—Ni los míos—dijeron dos hombres más.

—La gente de mi región, yo mismo soy un afectado por las artimañas de Granville—agregó Callum—. Heather Carlisle, una inglesa como ustedes, y hoy mi esposa, sufrió el acoso y el chantaje de ese sujeto. Otros en la región, productores, comerciantes, también fueron amenazados y despojados. Ha intentado sabotear a quienes nos oponemos a sus planes, con violencia.

—Hubo ataques—intervino Malcolm— y sabemos con certeza que fueron propiciados por él. Hay pruebas de ello.

—Robos, incendios, destrucción. La economía no prospera en crisis, lo saben mejor que yo. Eso es lo que Granville representa: caos—dijo Callum con serenidad y gravedad en su voz.

Cada palabra fue expresada con seguridad y solidez, y su postura se hizo más grande en la sala, ganando gestos de consideración y apoyo.

Era un buen lector de hombres, como el líder que su padre le había enseñado a ser. Podía ver el ánimo de la reunión girando a su favor.

Palmerston asintió con gravedad, y hubo murmullos mientras los que le rodeaban consideraban sus palabras, y si no todos le miraban con buenos ojos o estaban convencidos, había oportunidad.

—Lo que nos dice es claro, y la actitud de Granville es

inaceptable. No la avalamos. Como dice, somos hombres de negocios, y también tenemos en nuestras manos la responsabilidad de que nuestro país, que incluye el suyo, crezca y prospere—dijo Palmerston—. Señor MacLaren, cuente con mi apoyo para hacer las cosas de la manera correcta. Hemos de hablar más, por supuesto. Sostener una postura enfática en el Parlamento y ante la Reina amerita que nosotros estemos en acuerdo.

—Pero ha sido refrescante escucharle—dijo el hombre robusto.

Se dijo que tenía que conocer más a estos hombres, sus nombres, sus posiciones.

No había prestado la atención necesaria cuando Malcolm lo intentó, pero ahora que les veía, podía leer en sus posturas, gestos y palabras lo que opinaban de él y los suyos. Había posiciones encontradas, si no le erraba.

Mas la tensión de sus hombros se aflojó, consciente del importante paso que habían dado esa noche. Hubo más discursos, algunos rimbombantes, bebidas, y cuando él y Malcolm salieron del club, estaban agotados.

Malcolm le tocó el brazo.

—Bien hecho, Callum. Son huesos duros de roer, y algunos de ellos imposibles de convencer, pero seguirán lo que Palmerston y los que se expresaron en voz alta les digan. Tenemos más tarea por delante. Las negociaciones se hacen también en los salones y veladas—le indicó, y Callum gruñó.

No era algo que le llamara la atención, pero entendía el juego. Se encontró pensando en Heather, y deseando comentar con ella la reunión.

****

La mansión del duque de Elywood resplandecía bajo la luz dorada de decenas de velas, mientras los acordes de un vals flotaban en el aire. Heather, con su vestido azul oscuro de seda que entallaba su figura, avanzó hacia el salón principal del brazo de Callum.

Estaba muy nerviosa, pero trató de no demostrarlo. Su experiencia en galas era limitada, y asistir a una tan importante

como esta era increíble. Sería toda una experiencia, para ambos.

Miró de reojo a Callum. Él caminaba con una seguridad increíble, erguido y majestuoso, y le maravilló que se viese tan bien en una mansión, con vestimenta de gala (en la que aparecían los detalles que hacían a su condición de escocés), como en la grupa de su caballo recorriendo sus tierras.

Empero, estaba tenso, y lo notó en sus dedos, posados en la curva de su espalda .

—¿Estás bien? Si no lo deseas, podemos no asistir…— susurró, levantando el rostro hacia él con inquietud.

No quería hacerle pasar malos momentos, se percató, y eso hablaba acerca de lo profundo que sentía por él. Callum bajó la vista hacia ella y le sonrió, a la vez que negaba y cuadraba su postura.

—Si puedo enfrentarme a Lord Palmerston y una sala de nobles desconfiados, puedo soportar un salón lleno de miradas curiosas, Heather. ¿Qué hay de ti? ¿Lista para que te analicen y destrocen por casarte con un salvaje escocés?

Heather sintió calor en las mejillas y apartó la mirada, sonriendo a pesar de sí misma.

—Lo estoy, y eso requiere coraje, de ambos. Estas personas ahí dentro… Pueden ser despiadadas, y quitarle a uno la piel mientras sonríen y sorben su bebida.

—No me importan, con franqueza. Pero haré mi parte, jugaré mi rol. Puedo hacerlo, tú tranquila. Eso sí, no toleraré que se digan inconveniencias sobre ti en mi presencia, te lo aseguro. Tengo límites que no dejaré que sean traspasados—replicó Callum.

Las palabras de Callum, dichas con tanta simpleza y convicción, la entibiaron y la hicieron sentir segura. Los nervios que la atenazaban desde que llegaron se atemperaron.

Él era su escudo, así se veía, así se presentaba, y Heather no podía estar más contenta. Respiró hondo, y dejó que el brazo firme de Callum fuera un ancla en medio del mar de miradas que ya comenzaban a fijarse en ellos.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando escuchó los primeros susurros detrás de los abanicos y las manos enguantadas.

—¿Esa es la pareja escocesa de la que todos hablan?

—Oh, esa es la hija de aquel hombre, el inversor que lo perdió todo en el juego, Carlisle, de Surrey. Dicen que Granville quiso desposarla, y fue humillado…

—Es escandaloso que ese escocés crea que pueda venir aquí y comportarse como uno de los nuestros… Miren esa arrogancia…

—Esa mujer no tiene nada que hacer aquí… Seguro que cazó a ese laird y cree que es una de nosotras.

Heather intentó mantener el rostro sereno, aunque el calor en sus mejillas aumentaba. Ella no era más que una advenediza.

Su familia había vivido bien, hacía de eso más de una década, pero habían caído en desgracia cuando su padre se arruinó y murió.

¿Y si ella era la que lograba que las negociaciones fracasaran? ¿Qué aportaba aquí? El pánico la invadió, y su respiración se aceleró.

# Capítulo 38

Entonces, sintió la presión leve pero reconfortante de la mano de Callum en su espalda, y le miró.

Había confianza en su mirada, y la sonrisa le hizo sentir entendida. Él también escuchaba aquellos comentarios, pero elegía ignorarlos con admirable serenidad.

En ese momento, Lady Worcester se desprendió de un grupo de mujeres en el centro, y avanzó a ellos con una sonrisa amable y un brillo de complicidad en sus ojos claros.

—¡Laird MacLaren, qué gusto que esté aquí! Heather, querida, estas resplandeciente—Apretó sus manos enguantadas, y susurró a Heather—. No hagáis caso de nada que se murmure. Mera maledicencia que no conduce a nada.

Lady Isla vino a ellas, y la saludó con una gran sonrisa también. Estas dos señoras, eran hermosas, poderosas, pero sencillas al mismo tiempo. Le daban seguridad. Se paró bien derecha, y sonrió.

—Yo también fui objeto de cotilleos desagradables en mi juventud, y sé cuán crueles pueden ser. Pero, creedme, la fortaleza está en ignorarles y demostrar lo mucho que se equivocan. Además…—Isla miró discretamente hacia Callum, que se distraía en la observación de su entorno, y luego saludaba a Malcolm—. Se nota lo mucho que tu esposo que te adora. Eso, en este ambiente, es tu mejor defensa.

Heather miró a Callum, y parpadeó. ¿Eso era lo que leía la duquesa entre ellos? ¿Callum la miraba así? Se estremeció. Eso era algo que quería. No dejaba de azorarla lo rápido que caía por él, y esto era de temer.

No había encontrado antes a un hombre al que admirara y apreciara, que le hiciera sentir tan profundo, con el que se sintiera resguardada. Hasta Callum.

Sonrió a las que le rodearon y dijo lo que se esperaba de ella, saludando con formalidad a las damas que eran presentadas. Mas sus ojos no parecían poder quedarse mucho en el círculo que

hablaba de telas, danzas y veladas, e iban a Callum, que conversaba ahora con los duques de Elywood y Bristolbridge.

Su mirada se encontró con la de ella, y la intensidad y calidez de sus ojos oscuros la atrapó por completo. Heather sintió cómo su corazón latía con fuerza, y no era por lo que la rodeaban, por lo que podía decirse de ella, o lo que podría pasar.

*Lady Isla tiene razón,* se dijo. *Soy afortunada*. Ese hombre fuerte y estoico estaba de su lado, era su esposo, y esto… Le daba fortaleza, le daba perspectiva, y horizonte.

Lo recordaría cuando alguna de las lenguas venenosas intentara herirla. En ese instante, los músicos comenzaron a tocar un vals. La melodía delicada y romántica llenó el salón, y Heather vio que Callum se separaba del grupo con paso firme y decidido, acercándose a ella.

Sin decir palabra, extendió la mano con una elegancia que la sorprendió.

—¿Bailamos, Heather?

Asintió con timidez y posó su mano en la de él. Callum la guio con destreza hasta el centro del salón, y cuando empezaron a moverse al compás de la música, su asombro aumentó.

—No sabía que bailaras… Y lo haces a la perfección—dijo, admirando cómo Callum giraba con perfecta fluidez entre las parejas, moviéndose con elegancia y dominio absoluto.

Nada la había preparado para girar alborozada en los brazos del escocés, al ritmo de la música culta y rodeados de miradas y cotilleo. Y no desaprovecharía el increíble momento, lo disfrutaría.

—Mi madre y mi tía insistieron en enseñarme cuando era joven—respondió Callum con una sonrisa nostálgica—. Decían que un día necesitaría demostrar a los ingleses que un escocés también puede ser un caballero.

—Y tenían razón—murmuró Heather, incapaz de apartar la vista de él—. Tienes que contarme sobre ellas.

No sabía demasiado de su pasado, de sus memorias. La curiosidad la llenó. La mención a su madre y tía fue hecha de manera casi reverente. Quería saber más

Callum la apretó muy ligero contra su cuerpo en la siguiente

vuelta, acercando sus labios a su oído.

—Lo haré. Pero esta noche, les demostraremos que estamos hechos el uno para el otro—lo dijo con determinación, y ella se atragantó ante la pasión de las palabras—. Sabrán que estamos juntos y bien, y no somos simples esposos por conveniencia.

Heather levantó el rostro, su respiración entrecortada por la cercanía. Él bajó el rostro, rozando apenas sus labios con los suyos en un gesto sutil, pero que logró arrancarle una suave exclamación.

—Callum…—susurró ella, con las mejillas ardientes.

—Déjalos mirar, Heather—respondió él con firmeza—. Que vean que eres la mujer indicada para estar a mi lado. Mi esposa, y orgulloso de eso.

El mundo a su alrededor dejó de importar, y se enfocó en el hombre frente a ella. Se permitió cerrar los ojos, dejándose guiar en ese vals. Por unos minutos, solo fueron ellos dos, y las sensaciones de estar juntos.

****

El amanecer londinense se filtró a través de las cortinas de terciopelo oscuro, dibujando líneas doradas en la elegante habitación que compartía con Callum.

Heather abrió los ojos poco a poco, consciente del cuerpo cálido y firme de su esposo envolviéndola. Su respiración pausada le indicaba que aún dormía, y sonrió, disfrutando de ese pequeño instante de calma.

Contempló su rostro relajado, la mandíbula cubierta por una incipiente barba oscura que le daba un aire aún más atractivo.

En poco tiempo su presencia se había convertido en esencial para ella. La noche anterior flotó en su memoria: la danza, las miradas cargadas de promesas y aquel susurro que le hizo al oído, asegurándole que Londres jamás podría separarlos.

Justo en ese instante, un golpe firme en la puerta rompió su momento de introspección.

—Milord, miladi—se oyó la voz discreta del ama de llaves—. Siento molestar, pero lady Isla está de visita, y pensó que podrían querer que les prepare un baño. ¿Puedo hacer pasar a los sirvientes?

Callum gruñó, abriendo un ojo con desgana, pero asintió.

—Adelante—respondió con voz ronca, y llevó su brazo para envolver la cintura de Heather, que se ruborizó y quiso zafarse, sin éxito, pero provocando la risita cargada del escocés.

—Somos esposos, mi querida rosa. Y muy nuevos. No llamará la atención que no pueda quitar mis manos de tu hermosa figura.

En cuestión de minutos, varios sirvientes entraron en la habitación cargando cubos de agua caliente que vertieron en una bañera de cobre esmaltado. Heather observó cómo aparecían jabones perfumados con esencia de rosas y lavanda, toallas gruesas y esponjas suaves junto a la bañera.

Londres era sin duda una ciudad de contrastes, y la extrema indigencia asolaba barrios obreros, pero el lujo de esta mansión era indiscutible.

Cuando los sirvientes se retiraron, Callum suspiró y besó la frente de Heather.

—Supongo que debemos comenzar el día—dijo, con evidente falta de entusiasmo.

Ella le sonrió divertida, separándose de él. La intimidad crecía entre ambos, y si de algo estaba muy segura sobre los dos era sobre la química que compartían en lo que a sus cuerpos concernía.

Se ruborizó, y él entrecerró sus ojos, como si leyera adónde habían ido sus pensamientos.

—Cuanto antes nos adaptemos a este ritmo, más rápido podremos solucionar nuestros asuntos y regresar a casa.

Callum la miró con intensidad, atrapando un mechón de su cabello entre sus dedos.

—Me gusta cómo dices "nuestra casa"—murmuró antes de darle un beso lento y profundo.

Luego, la dejó para tomar el baño primero, dejando a Heather observar con disimulada fascinación su espalda y pecho ancho, marcado por cicatrices que hablaban de encuentros violentos, pero también de fortaleza.

Un rato después, descendieron al comedor donde lady Isla

los aguardaba para desayunar. Les había hecho saber que no tenía apuro y lamentaba molestarles tan temprano.

Heather agradeció el control sobre la servidumbre, pues la mesa de madera oscura estaba cubierta con fina porcelana inglesa, frutas frescas, panecillos calientes y té aromático. Parecía sacada de un cuadro.

Isla los saludó con una sonrisa que se le antojó tensa, apenas esbozada por cortesía. ¿Estaría la duquesa dudando de ellos, o de la conveniencia de sostener su postura?

Heather sabía que había algunos escollos, en especial algunos nobles un tanto reacios, pero había supuesto que la situación se veía más propicia para ellos.

La ansiedad tomó su cuerpo con velocidad, y miró de soslayo a Callum, que no se había dado cuenta de nada, embebido en la contemplación de algunas armas antiguas expuestas en una vitrina.

—Buenos días, queridos. Adelante, siéntense. Martha, deja, yo me ocupo—le dijo al ama de llaves, que asintió, e Isla se abocó a llenar las exquisitas tazas con la infusión.

—Lady Isla, si quiere me encargo—le dijo, pero esta negó, y sonrió, más abiertamente.

—De ningún modo, es mi gusto hacerlo—le extendió la taza a Callum y luego a ella, y les hizo gestos para que se sirvieran del festín en los platos.

Callum comenzó a hacerlo, y le alcanzó un pequeño platito con pastas, lo que agradeció con una sonrisa amplia. Bebió del té, y fue entonces que al lado de la tetera estaba un periódico.

—Callum, Heather…—dijo lady Isla—. Quiero decirles que estoy muy feliz de haberlos conocido, y sostengo su postura con firmeza. De igual modo mi esposo, y otros como él, no solo nuestros leales amigos…

Calló entonces, como si buscara palabras para continuar. Heather podía escuchar ya las palabras negativas fluyendo. Callum observó con curiosidad el rostro de la dama mayor.

—¿Sucede algo, lady Isla?

La mujer suspiró profundamente antes de extenderles el

periódico.

—Lamento arruinar vuestra mañana tan pronto, pero… Creo que debéis ver esto.

# Capítulo 39

Heather tomó el periódico con pulso acelerado, y Callum se acercó, leyendo por encima de su hombro:

**ESCÁNDALO EN LAS TIERRAS ALTAS SALPICA A LONDRES.**

*Una dama inglesa de dudosa moralidad está en la ciudad, del brazo de su esposo, un laird escocés en declive y desesperado por reflotar épocas de guerra y oprobio.*

*En el medio ha quedado el excelso señor Granville, pilar de esta era del progreso que Inglaterra lidera. ¿Traición y romance apasionado, o maniobra política para arrebatar inversiones al respetado Granville?*

El resto del artículo seguía una tónica similar: se extendía en loas al gran capitalista y se mofaba de la figura de Callum, así como se explayaba en palabras duras y canallescas para con Heather.

Esta sintió que el aire abandonaba sus pulmones a medida que leía. Su rostro palideció y enrojeció varias veces, y las frases cáusticas, de injuria profunda, le pegaron como látigos.

Lágrimas imparables se le formaron, y su mano buscó la de Callum, pero este hizo más, arrodillándose a su lado y tomando su rostro, limpiando con sus pulgares callosos las gotas que manaban de sus ojos.

—Shh, mi rosa, calma, no llores por lo que no vale nada. Esta ponzoña no debe herirte. Nada de esto es real. Veré que Malcolm demande a este libelo atroz, y quien lo escribió se las verá conmigo, en persona. Un duelo… Eso, un duelo es lo adecuado. ¿Cómo...?—miró a lady Isla, que estaba consternada, y preocupada al escuchar estas palabras—. Debo hablar con el duque. Una calumnia de esta magnitud exige reparación. No voy a permitir que mancillen el nombre de mi esposa.

—Callum… No, no, Callum, no puedes. Eso no es lo que quiero—dijo Heather, aterrada ahora ante la perspectiva de que su esposo cometiera un desatino, y todo porque ella se derrumbaba

ante la menor afrenta—. ¡No puedes! No lo permitiré…

—Heather… Eres mi esposa, y esto… Esto es…

—La prueba del miedo que les tienen. De lo inseguros que se sienten sus rivales—Lady Isla intervino con suavidad, posando una mano delicada sobre el brazo de Heather—. Laird MacLaren, debe calmarse. Heather, sé que es difícil leer tales mentiras, querida. Londres vive de escándalos y cotilleos, especialmente cuando alguien como Granville los paga. Pero esto se apagará por sí solo. No lo alimenten, o arderá más.

—Pero… ¿Y si le creen? Si esto echa por tierra lo que hemos propuesto y defendido?—dijo Heather, tratando de controlar el temblor de su voz.

Callum respiró, recomponiéndose con rapidez.

—Lady Isla tiene razón. Agradezco sus palabras, porque ha traído cordura a mi reacción airada. Es que la idea de que se metan con Heather es…—sacudió su cabeza, y se sentó, pensativo.

—Excelente idea. Su paso por Londres será meteórico, y exitoso, mi esposo y los que como él bogan por un país más justo se asegurarán de ello. Granville y los que lo sostienen han de estar desesperados, y no tendrán oportunidad de hacer mucho más. Se ha extendido el rumor de sus abultadas deudas, y de sus malas acciones. Pronto será un lastre que nadie querrá sostener.

—Tiene razón. Gracias por ser la voz de la razón—declaró Heather—. Me irrita sobremanera esta… Esta exposición, el tener que…

Lady Isla asintió, mostrando comprensión en su rostro.

—Te entiendo, Heather, vaya que sí. Si te contara…—Suspiró largo, y luego sacudió su cabeza, determinada—. Heather, Callum, mantengan la cabeza alta y no les den el placer de verles tambalear. El verdadero poder en Londres está en aparentar indiferencia ante las habladurías.

Heather asintió, agradeciendo en silencio la fortaleza de la dama que se había convertido en un valioso apoyo. Callum tomó su mano, y se miraron, ambos en sintonía, como parecía ser más y más la tónica estos días.

—Granville ha cometido un error al subestimarnos.

Heather sonrió con leve decisión, sintiendo que, pese al dolor inicial, la rabia comenzaba a darle fuerzas. Levantó la barbilla, dispuesta a enfrentar el día con orgullo.

—Entonces hagamos que sea su último error.

Callum la miró con aprobación. Detestaba gran parte de lo que habían pasado aquí en Londres, porque la ropa le ajustaba, la conversación vana le impacientaba, las veladas larguísimas le hacían echar de menos sus tierras.

Mas la gente en Escocia tendría lo que se merecía, así él debiera instalarse aquí y tomar té por semanas y semanas. Y con Heather a su lado… La situación se volvía sostenible.

Así que haría de tripas, corazón, y se contendría de ir en la búsqueda de ese escritor de pacotilla que creía que podía decir barbaridades de su mujer. Aunque… Tal vez Malcolm podría encargarse de repeler las injurias con el peso de la ley.

Lady Isla sonrió, admirando la resiliencia de aquella pareja improbable, tanto como lo había sido la suya décadas atrás. Levantó la taza de porcelana fina.

—Ahora, desayunemos; necesitarán toda su fuerza para lo que les espera hoy. La gran gala en la residencia Rothschild. Allí se definirá todo, y no tengo dudas de que será a su favor.

****

Cuando el carruaje se detuvo frente a la imponente mansión ubicada en el número 148 de Piccadilly, Callum elevó una ceja, impresionado. La que tenía enfrente era una mansión que representaba con claridad el poderío económico y político que la familia Rothschild había consolidado en Inglaterra.

Callum le extendió la mano para ayudarla a descender, y ella aceptó el gesto con una sonrisa nerviosa.

Así había estado ella desde que se enteró de que vendrían aquí, y si Callum estaba ansioso, no era por la grandiosidad u opulencia de la casa que pertenecía a Lionel de Rothschild.

Esta noche tendrían, suponía, la respuesta definitiva. Malcolm pensaba igual, y le había trasmitido lo que había escuchado en corrillos en los clubes políticos de Londres, que recorrió sin desmayo, demostrando su talento para hilar y bordar alianzas,

extraer información y dejarla fluir.

Era afortunado que su primo fuese un jodido genio y un político en ciernes, aunque no quisiese aceptarlo, todavía. Escocia necesitaba personas como Malcolm representándola.

El caso era que esta familia era la más influyente en el sistema bancario inglés, y el patriarca, un líder político respetado y conocido por sus ideas liberales y progresistas.

Su apellido evocaba riqueza, prestigio, y una red de contactos que se extendía desde el Parlamento hasta la mismísima corte de la reina Victoria.

El duque de Elywood y Worcester no tenían sino elogios para él, y le aseguraron que era un aliado. Estaba por verse.

Guio a Heather con su mano en el bajo de su espalda, y al ingresar a la mansión, observó el rostro de su esposa iluminarse. Como correspondía, porque esto era como ingresar a otro mundo, mucho más brillante y bullicioso.

Alfombras persas de colores profundos cubrían los relucientes pisos de madera pulida; arañas de cristal centelleaban sobre sus cabezas, y las paredes estaban adornadas con exquisitos cuadros de pintores renombrados, imaginó. La crema y nata de los Rothschild les miraba desde los lienzos.

—Ese es—les indicó lady Isla, que sonrió amplio para recibir a su lado al hombre de complexión robusta, rostro inteligente y vivaz, y vestido con la discreta elegancia, sin estridencias.

Lionel Rothschild les dirigió una sonrisa amplia y genuina, o eso pareció. Callum imaginó que un banquero de estirpe como este podría quitarle dejarle sin blanca y echar miles a la calle sin perder el gesto.

—Laird MacLaren, señora MacLaren, bienvenidos a mi hogar —saludó con cordialidad, estrechando la mano de Callum y haciendo una leve reverencia hacia Heather—. He seguido de cerca vuestro caso, y me alegra que esta noche podamos conversar sobre cómo consolidar nuestro apoyo hacia vuestra causa.

—Es un honor para nosotros, señor Rothschild—respondió Callum con gravedad, aliviado de que él anticipara su postura desde el vamos.

Esta era la declaración que había estado esperando, el apoyo por el que habían venido. Su brazo envolvió a Heather, y la miró con intensidad, buscando trasmitirle el triunfo que sentía.

Ella sonrió e hizo un gesto imperceptible que le indicó que estaban conectados, y sentían lo mismo. El banquero les hizo un gesto para que avanzaran hacia el interior de la sala, mientras con un elegante movimiento de mano presentaba el entorno que los rodeaba.

—La mayoría de los presentes esta noche comprende que el verdadero progreso de Gran Bretaña reside no solo en Londres o en Manchester, sino también en las regiones que, como las vuestras, ofrecen oportunidades únicas que hasta ahora han sido ignoradas. Vuestra propuesta del ferrocarril tiene todas las posibilidades de demostrar cómo la modernización puede ser sinónimo de prosperidad compartida.

Callum asintió con firmeza, y Heather sintió crecer en su interior una cálida seguridad. Aquellas palabras, pronunciadas por una figura del prestigio de Lionel Rothschild, eran exactamente el tipo de respaldo que tanto necesitaban.

—Haremos cuanto esté en nuestras manos para no defraudar esa confianza—afirmó Callum con seriedad, mientras Rothschild los guiaba hacia un pequeño grupo de invitados, todos ataviados con impecable refinamiento, cuyos ojos curiosos ya estaban fijos sobre ellos.

Mientras avanzaban, Heather advirtió las miradas evaluativas, no todas benévolas, que se posaban en ella y Callum. Se obligó a levantar la barbilla y a enderezarse, sin vanidad, pero con seguridad, y sin miedo.

Callum estaba a su lado, y tenían aliados poderosos jugando a su favor y manifestando que acordaban con su propuesta. Sus tierras serían salvadas, los escoceses de la región que ya era su hogar se beneficiarían.

No podía pensar más que en esto, y en el laird que la salvó de la miseria que Granville le había ofrecido.

La conversación pronto fluyó alrededor de la propuesta de inversión. Heather dejó que el orgullo de ver a su esposo captando

el interés y la atención de quienes le escuchaban la envolviera.

La voz profunda y segura convencía a sus interlocutores. Callum atraía la atención de quienes lo escuchaban.

Por más que la elegancia del entorno fuera ajena al mundo sencillo de las Highlands, su esposo no parecía incómodo ni abrumado. Por el contrario, emanaba un comando natural que intrigaba a quienes lo observaban, mezclando su identidad escocesa con la seguridad de un líder nato.

—La conexión ferroviaria que proponemos no solo beneficiaría a las grandes ciudades—explicó Callum, con tono firme —. Daría nueva vida a aldeas y propiedades rurales, llevaría prosperidad, a la vez que nuestros productos locales lleguen a Londres, Edimburgo y al resto del Imperio con celeridad.

Uno de los invitados, un caballero de edad madura y rostro afilado que Isla le susurró al oído era el influyente parlamentario liberal Lord Cavendish, asintió con aprobación.

—Estoy de acuerdo con usted, señor MacLaren. La reina misma ha expresado su interés por la cohesión nacional y el progreso. Nuestra obligación es asegurar que el Reino Unido avance en armonía, y este tipo de proyectos puede contribuir a ello.

Mientras continuaba el intercambio de ideas, Heather sintió un leve roce en el brazo. Al girarse, encontró el rostro amable y sonriente de Lady Worcester.

—¿Me permites que te acompañe un rato, Heather?—preguntó con suavidad—. He notado miradas curiosas dirigidas hacia ti, y créame, conozco bien esa sensación.

Heather asintió, agradeciendo la gentileza, y ambas mujeres se apartaron un poco del círculo de hombres. Lady Sienna enlazó su brazo con el de Heather en un gesto amistoso y solidario.

—No permitas que las habladurías les afecten—le susurró con un tono cálido y comprensivo—. Cuando me casé con Francis, tuve que enfrentar lo mismo. Una escocesa sin dinero, busca enredar su futuro, es una cazafortunas, y bla bla. Eso se disuelve pronto cuando hay amor y el tiempo pasa. La fortaleza llega cuando comprendes que tu esposo está de tu lado, y por lo que puedo ver, Callum MacLaren te mira exactamente como mi esposo solía

mirarme a mí, entonces.

Heather, sorprendida, dirigió la vista hacia Callum, que conversaba con Lionel Rothschild y Cavendish, pero en cuanto él percibió su atención, levantó los ojos, encontrando los suyos. Se estaba habituando a esta conexión.

La fuerza y la profundidad de esa mirada borraban cualquier rastro de inseguridad, y Heather sintió que el rubor coloreaba sus mejillas. Lady Sienna rio con suavidad.

—A eso me refería, querida. Con esa clase de apoyo, cualquier obstáculo será insignificante.

Heather asintió, sonriendo con genuina gratitud. En verdad siempre había visto a Londres y su alta sociedad con temor y desprecio, pero estas mujeres… Isla, Sienna, Olivia Atholl, Bonnie Worcester… Eran distintas.

# Capítulo 40

Heather tomó con gracia una tostada, observando cómo la luz matinal penetraba por las altas ventanas, revelando el movimiento constante de carruajes y peatones sobre las calles empedradas.

El aroma del té negro mezclado con bergamota le relajaba, y era necesario, porque la andanada de agravios se había multiplicado hoy.

El encabezado del periódico Morning Chronicle era claro, y repetía lo del día anterior: *Escándalo escocés: ¿Matrimonio por conveniencia o conspiración?*

El London Gazette: *El matrimonio— alianza entre Callum MacLaren y la señorita Heather Carlisle levanta preguntas incómodas en la alta sociedad. Se rumorea que detrás del matrimonio se esconden amenazas, chantajes y una posible violencia ligada a las recientes confrontaciones en tierras escocesas, donde se juega el futuro del ferrocarril. ¿Es esta la clase de influencia que queremos en Londres?*

—Granville ha puesto todas sus fichas en doblar la opinión pública a su favor—dijo Callum con frialdad, aplastando el periódico con el puño—. Hiede a desesperación…

—Ha puesto nuestro nombre en boca de todos, Callum— susurró Heather, sintiendo la rabia mezclada con una humillación ardiente.

Él alzó la mirada hacia ella, y sus ojos brillaron con una determinación feroz.

—Si cree que puede quebrarnos así, es un idiota.

—Pero, ¿y si Rothschild lee esto y se echa atrás?—comenzó Heather, angustiada.

—La sociedad londinense cree lo que quiere creer— interrumpió Callum con firmeza—. Pero los hombres de negocios no invierten en base a cotilleo, y te puedo asegurar que saben al dedillo que lo que informamos es real. También, que Granville está en terreno resbaladizo. Estos chismes agraviantes, que serán atendidos

por Malcolm, no son más que notas de color.

Heather inspiró profundo, encontrando fuerza en la convicción absoluta en la voz de su esposo. Se sentía en un vaivén, sostenida por Callum, pero zarandeada por los dimes y diretes de una sociedad con normas y formas que detestaba. No podía esperar a estar de vuelta en Escocia.

La puerta se abrió para que el mayordomo condujera a Malcolm adentro. Su rostro pétreo dejaba entrever nada. Hizo un gesto a los periódicos mientras agradecía el té que le servían.

—Ya se han entretenido con la lectura, por lo que veo—dijo, señalando los periódicos.

—Mmm—confirmó Callum, controlando su voz—. Quiero que te encargues de enviar comunicados a esos periódicos, Malcolm. Exige una retractación, o iremos a juicio.

Malcolm asintió, pero sus palabras se cortaron porque el duque de Elywood entró en la estancia con un andar decidido. Su rostro, sereno, tenía una expresión de confianza que alivió parte de la tensión que pesaba sobre Callum y Heather.

—Espero no interrumpir—saludó, antes de cerrar la puerta tras de sí—. Oh, deleitándose con la delicia de los libelos londinenses —bromeó.

—Lamentablemente, sí—respondió Callum, manteniendo su postura rígida y en alerta.

El duque sonrió, sacando un sobre doblado de su chaqueta y dejándolo sobre la mesa con gesto de satisfacción.

—No tienen efecto alguno—anunció—. Acabo de recibir un mensaje urgente del señor Rothschild. El acuerdo económico para la extensión del ferrocarril en acuerdo a su proyecto ya está siendo redactado oficialmente. Los inversores aceptaron por unanimidad.

Heather dejó escapar un gritito de alivio, y rio, abrazando a Callum con espontaneidad, y este suspiró largo, y la apretó contra su costado.

Se miraron, y él la besó, para luego separarse e ir a saludar con un apretón de mano al duque y un palmoteo en la espalda a Malcolm.

Parecía más joven, y el peso de sus hombros retirado, pensó

Heather, mirándole con ternura. Este hombre… Su esposo… Era impactante pensar en lo que habían logrado y hecho juntos.

—Los intentos de Granville fallaron—comentó Malcolm, con una sonrisa breve de satisfacción—. Por completo.

—Y no solo eso —añadió el duque de Elywood con expresión astuta—. Mi querido amigo, el duque de Bristolbridge, tiene vínculos estrechos con Scotland Yard. Fue uno de sus fundadores, de hecho. Tan pronto como se enteró de las andanzas de Granville, activó una investigación exhaustiva. Parece que sir Ed Granville tiene mucho que explicar con respecto a sus actividades financieras recientes, por no mencionar otros asuntos… menos honorables.

Callum levantó las cejas con interés y esperanza renovada.

—¿Estáis diciendo que Scotland Yard ya está sobre su pista?

—Exactamente—confirmó el duque, asintiendo con satisfacción—. Según Bristolbridge, Granville cometió errores imperdonables en su desesperación. Ha descuidado cubrir sus huellas y pronto enfrentará acusaciones formales. No pasará mucho antes de que se vea obligado a responder ante la justicia.

Heather apretó la mano de Callum, sintiendo cómo el peso que cargaba sobre su pecho comenzaba a disiparse. La idea de ver a Granville pagar por sus acciones era suficiente para aliviar semanas de preocupación.

—Esto cambia todo—susurró ella, incapaz de ocultar su alivio.

—De todas maneras, recomiendo prudencia—dijo el duque —. Un hombre acorralado es uno peligroso, en especial, cuando carece de ética.

—Mantendremos la vigilancia—aseguró Callum—. Su Gracia… No tengo palabras. Confieso que tenía mis dudas, pero… Su ayuda, su apoyo… Invalorables. Y me hacen tener esperanzas de que ingleses y escoceses podemos…

—No debería tener dudas. Lo sé por experiencia, mi madre es lo mejor que tengo. Y la señorita Heather y usted… Son ejemplos de lo mismo—El duque sonrió con elegancia y calidez—. Ganaron aliados poderosos aquí, y su causa es digna de ello. Ahora disfruten de Londres y sus maravillas.

Heather asintió, intercambiando una mirada cómplice con su esposo.

—Lo haremos, Excelencia. Es hora de que Londres vea quiénes somos de verdad.

****

Heather estaba ajustando las cintas de su sombrero frente al gran espejo victoriano y Callum miraba al jardín, sus dos piernas abiertas y las manos en las caderas. Le observó y meneó la cabeza, divertida.

Su escocés echaba de menos sus tierras y su gente, y si las dos cabalgatas diarias por Hyde Park ayudaban, le era obvio que Callum contaba las horas y los días para estar de vuelta con los suyos.

Los nuestros, pensó, deleitándose en la convicción de que ella ya formaba parte en el paisaje del laird MacLaren.

Lo decían sus ardientes besos, que la sorprendían en cada rincón y cuando lograban estar a solas. Lo afirmaban la manera en que la abrazaba por las noches en el lecho luego de rendirse a la pasión mutua.

Heather no sabía que dos cuerpos podían encajar tan bien, pero así era. Y no había frio que pudiese permear la crisálida que conformaban las mantas que les envolvían.

Día tras día descubría algo de él o de ambos que le gustaba y agregaba color al cuadro de su vida. Había detalles por pintarse, por supuesto, y tal vez algunas pinceladas serían erradas, pero…

Lo que tenían, lo quería de aquí en más, no tenía dudas.

El sonido de pasos la sacó de su ensoñación, e hizo que Callum se diese la vuelta con brío. Los que entraron, hablando en murmullos, fueron el duque de Elywood y otro hombre que reconoció de inmediato como el duque de Bristolbridge.

Las expresiones solemnes en los rostros de los dos la pusieron en alerta, y lo mismo ocurrió con Callum, aunque solo alguien que le conociese bien podía ver la manera en que los tendones de su cuello sobresalían y el ligero apretar de sus labios.

—Heather, Callum, tenemos buenas noticias—dijo Elywood con una cortés inclinación—. Estará feliz con esto.

—No me tenga en ascuas, milord —dijo, ansiosa, restregando sus manos.

Callum vino junto a ella, y le rodeó los hombros en actitud tanto de contención como de protección, y Heather se aflojó contra su abrazo.

—Sus esfuerzos han rendido frutos—comenzó Elywood, y Heather asintió, y de soslayo observó que Bristolbridge extraía de su abrigo una carpeta delgada de cuero marrón—. Lo que hemos logrado es grande.

Heather intercambió una rápida mirada con Callum antes de sentarse con movimientos lentos en el borde del sofá tapizado con terciopelo azul.

—Esto tiene que ver con Granville, presumo—dijo Callum con voz grave.

—Sí—confirmó Bristolbridge, abriendo la carpeta sobre la mesilla—. Scotland Yard ha completado su investigación y lo que hallaron supera nuestras sospechas iniciales. Granville ha incurrido en múltiples delitos financieros: fraudes, falsificación documental y acuerdos ilícitos para despojar a pequeños propietarios, entre otras cosas. Además, se confirmó su participación directa en los ataques contra vuestras tierras en Escocia.

Callum apretó la mandíbula, sus ojos oscurecidos por una ira contenida.

—¿Han reunido suficiente evidencia?—inquirió con calma tensa.

—Más que suficiente—Bristolbridge sonrió, aunque sin alegría—. La orden de arresto ya ha sido emitida, y los oficiales lo están buscando en este mismo momento. Será encarcelado, y el juicio será rápido. Granville está acabado.

Heather soltó el aliento. El alivio que sentía se mezclaba con un sabor amargo, porque olvidar lo que aquel hombre le había hecho pasar era difícil. Había arruinado la vida de gente inocente.

Miró hacia Callum, percibiendo en su semblante la misma mezcla de satisfacción y gravedad.

—Esto será un escándalo considerable, supongo—murmuró Heather, bajando la vista.

—Sí—asintió Elywood—. Y otros caerán con él, no tengo dudas. Pero también demostrará la necesidad de que las leyes protejan a todos, sin importar su origen. Habrá algunos que intentarán vincular negativamente vuestro nombre, pero muchos más comprenderán la justicia de su causa.

Heather sintió la mano de Callum deslizarse sobre la suya, un contacto cálido, tranquilizador.

—Hemos hecho lo correcto, Heather—dijo Callum en voz baja, pero firme—. Y todo Londres lo sabrá. Pero, más importante, habrá justicia, y progreso para nuestra gente.

Ella asintió, sintiendo cómo el peso de la incertidumbre comenzaba a disiparse.

—No tienen de qué preocuparse—agregó Bristolbridge, cerrando con determinación la carpeta—. Me aseguraré de que Scotland Yard y las autoridades pertinentes esclarezcan públicamente los hechos.

Callum asintió agradecido, sin soltar la mano de Heather.

—Les debemos más de lo que podemos expresar con palabras, Excelencias.

Elywood negó con calma, sonriendo con genuina calidez.

—Hemos hecho lo justo. Su lucha no solo protege vuestras tierras, sino que sienta precedentes para la justicia y equidad en toda la nación. Es lo que hemos propendido por años desde el Parlamento.

Tras unos minutos más de conversación Heather acompañó a los visitantes hasta la puerta del salón, expresándoles su gratitud profunda. Al regresar al interior, Callum la esperaba de pie junto al gran ventanal.

Ella avanzó hasta colocarse frente a él, observando su expresión meditabunda.

—¿En qué piensas?—preguntó.

Él extendió una mano para acariciar con suavidad su mejilla.

—En que podemos regresar a casa con la tranquilidad que merecemos. Granville pagará por cada una de sus felonías. Lo peor ha pasado.

—Mucho ha pasado en pocos meses. ¿Crees que podremos

volver a la vida que teníamos antes de que él apareciera?

Callum negó despacio, sus labios curvándose en una leve sonrisa.

—No, Heather. No volveremos a esa vida. ¿Qué sinsentido sería ese? No es lo que deseo. Porque lo que tenemos es mucho mejor, más fuerte. ¿No estás de acuerdo?—preguntó, y un brillo travieso impregnó su mirada de fuerza.

Heather suspiró, y acto seguido se puso de puntillas para besar sus labios con entrega, dejándose envolver por la certeza y seguridad que Callum transmitía con cada palabra y cada gesto.

—Puedo aceptar que este es uno de los cambios que quiero en mi vida, encantada. Vamos a casa—susurró ella contra su boca—. Estoy lista para volver a nuestras tierras.

Callum asintió, rodeándola con sus brazos.

—Pensé que nunca lo dirías.

Tres días más tarde, Callum y Heather abordaron el tren en la estación de King's Cross. Heather se detuvo un instante en la plataforma, contemplando la agitación de Londres con una mezcla de nostalgia y alivio.

—¿Algo que vayas a echar de menos de aquí, mi querida esposa? —preguntó Callum en voz baja, cerca de su oído.

Ella giró la cabeza para observarlo.

—No, para nada. Si acaso, la presencia de esas mujeres tan agradables y encantadoras, pero de seguro las veremos otra vez—confirmó, tomando su mano y permitiendo que él la ayudara a subir al vagón.

El viaje de vuelta fue más disfrutable, exento de la ansiedad y nervios que habían pautado el de venida. Cuando llegaron a la estación y ascendieron al carruaje que les llevaría al castillo, Heather suspiró, y posó su cabeza en el hombro de Callum. Estaban donde debían.

# FINAL

El carruaje se detuvo con un suave traqueteo frente a la casa Carlisle. Heather tomó aire, dejando que el olor fresco y limpio de las Tierras Altas llenara sus pulmones.

Callum la observaba, con una sonrisa suave que suavizaba las líneas severas de su rostro.

—¿Contenta de estar en casa?—preguntó con una voz cálida y grave.

Heather sonrió, sus ojos brillantes.

—Mucho. Extrañaba este aire, estas colinas…—vaciló un instante antes de añadir con tono más bajo—. Y a nuestra gente.

Él asintió con aprobación, antes de descender primero y luego ayudarla a bajar. Cuando sus pies tocaron tierra, Heather vio a Isabella y Margaret avanzando hacia ellos, con expresiones radiantes de alegría.

Isabella se lanzó a abrazarla con fuerza, sin contener la emoción que vibraba en su voz.

—¡Por fin regresaron! Temíamos lo peor, hasta que llegaron las noticias. Bendito Malcolm por pensar en escribir la buena nueva.

Heather se apartó para observar a su familia. Isabella estaba rozagante, y su tía se veía más recuperada, con color en las mejillas. Margaret avanzó lento, y Heather corrió a abrazarla.

—Te veo bien, tía—dijo con suavidad, tomando las manos de Margaret entre las suyas.

Esta sonrió, palmeando sus manos con cariño.

—Me siento mejor, querida. El médico ha sido atento y Ewan ha estado cuidando de todo con firmeza.

Callum, a pocos pasos, miró alrededor con satisfacción, asintiendo al ver la propiedad en orden. Ewan apareció desde el establo, avanzando hacia ellos con pasos firmes y una sonrisa orgullosa.

—Bienvenido de vuelta, hermano—dijo, estrechando su mano con fuerza—. Espero que Londres no te haya ablandado demasiado.

Callum soltó una breve risa, dando un ligero golpe en el hombro de Ewan.

—No tanto como para no reconocer un buen trabajo cuando lo veo.

Ewan asintió con orgullo contenido.

—Hicimos lo que debíamos hacer. Los esbirros de Granville no volvieron a asomar la cabeza por aquí. El bruto de Alec mantuvo a cualquier desconocido o charlatán a raya, ya sabes cómo es.

Oh, sí, su primo era tan distinto a su hermano Malcolm. Pero leal y recto como una vara. No era usual que se quedara mucho tiempo.

Callum frunció el ceño.

—¿Alec sigue aquí?

—Así es—respondió Ewan, arqueando una ceja—. Está en el castillo. Insistió en quedarse hasta verlos volver, aunque sospecho que está cansado de ir de aquí y allá sin destino fijo.

Callum se despidió por el momento, dispuesto a recorrer sus tierras, y Ewan y Hamish se le unieron. Heather fue a la cocina y se regocijó con los cuentos de Penny y Harriet, que estaban más dicharacheras que nunca.

—Así que ese sassenach recibirá su merecido. Muy bien, eso es lo que debía pasar. Ahora estaremos todos bien. ¿Qué pasará con esta propiedad, señorita?—indagó Penny.

Heather parpadeó, y luego suspiró.

—Como ya imaginarán, mi lugar está en el castillo.

—Y en buena hora—afirmó Harriet, exultante, y Heather sonrió.

—Sin embargo, Isabella y la tía Margaret seguirán aquí. Mi prima tomará el control de la casa, y me encargaré de la parte de números y negocios. Lo hablé con Callum, y con Malcolm, y me ayudarán con esto, en especial cuando comiencen los cambios

—Quedaremos negras de carbón—rezongó Penny, y hubo sonrisas.

—No se puede parar el progreso, pero hicimos lo que pudimos para asegurarnos de que no nos golpee en la cara, se los aseguro.

—Lo sabemos, señorita—dijo Harriet.

—Heather es modesta. Ella y su esposo fueron la sensación de Londres. Malcolm me envió periódicos a mi pedido, y les aseguro que fue una auténtica locura. Ahora, les robo a Heather por un rato.

Sin más, la tomó del brazo y casi la arrastró a la biblioteca. Cerró la puerta detrás de ella y su cara de excitación sorprendió a Heather.

—¿Qué pasa? Tienes esa cara de que hay algo interesante en ciernes…

Asintió, y sacó de entre los estantes un pequeño libro encuadernado en cuero desgastado.

—¿Qué es eso?—preguntó Heather, de pronto muy curiosa.

—Lo encontré por casualidad hace pocos días, escondido entre los libros viejos de tío George—respondió Isabella en voz baja, como si temiera que alguien más las escuchara—. Heather, tienes que leer esto.

Heather frunció el ceño mientras tomaba el diario entre sus manos. Sintió un escalofrío leve al tocarlo.

—¿Por qué tanto misterio?

—Es un diario privado del tío George, y habla de… una mujer. Una mujer que amaba profundamente—Isabella titubeó, buscando las palabras con cuidado—. Por la descripción, ella pertenecía a la nobleza escocesa de la región. Alguien imposible para él en aquel tiempo.

Heather sintió el pulso acelerarse. Esto tenía que estar relacionado con la familia de Callum.

—¡Lee, mira!

Así lo hizo.

*Ella es el corazón de mi vida, aunque jamás podré decirlo. Su apellido es una muralla imposible, y mi posición un obstáculo insalvable. Aun así, cada noche sueño con sus ojos claros y su sonrisa dulce, aunque ella esté prometida a otro hombre. Ojalá tuviera el coraje para revelarle al mundo que la amo. Y que ella me corresponde.*

—¡Increíble!—susurró, y levantó su vista—. ¿Sabes quién es?

Isabella dudó un instante.

—No lo menciona en forma directa, como si hasta temiese plasmarlo en el papel. El pobre hombre debe haber sufrido por amor —suspiró, y Heather sonrió. La romántica de su prima había encontrado un misterio a su altura—. Y tiene que haber sido una MacLaren.

—¿Estás segura? Porque podría ser la razón por la que se fue de Londres… Un desamor allá.

Eso era posible.

—No puedo asegurar nada—admitió Isabella—. Pero algo más extraño aún aparece aquí: parece que esa mujer correspondía a ese amor. Hay páginas enteras con detalles que indican que esa relación existió… O sea, no era un amor platónico, pero sí secreto, y estaba condenada a fenecer.

Heather cerró el diario, respirando para calmarse. El corazón le latía rápido.

—¿Alguien más sabe de esto?

—Solo tú. ¿Deberíamos decírselo a Callum?

Heather negó con lentitud, las ruedas en su cabeza girando.

—Todavía no. Primero, debemos investigar un poco más. Apenas conocemos a los MacLaren…

—Pues a mí me parece que conoces bien a Callum—dijo Isabella, sonriendo, y Heather se sonrojó.

—¡Tonta! Me refiero a toda su familia. Necesitamos saber más antes de involucrar a los MacLaren.

Isabella asintió, tomando de nuevo el diario.

—Entonces seremos discretas. Pero creo que esto… podría cambiar muchas cosas, Heather.

****

Esa noche, en la habitación que compartían en el castillo, Heather observaba a Callum desde la cama, mientras él terminaba de ordenar unos papeles en su escritorio.

—Si me sigues mirando, tendré hoyos detrás de la cabeza. ¿Hay algo que te inquiete?—preguntó él, acercándose a ella y sentándose al borde de la cama.

Estaba serio, y Heather negó con una sonrisa pequeña,

tomando la mano de él entre las suyas.

—Estoy feliz de estar de regreso, eso es todo.

Callum acarició su mejilla. Ella respiró muy hondo, reuniendo valor para expresar lo que sentía.

—Callum, quería decirte… Cuando llegué y te conocí…

—Me detestaste—sonrió, y ella se mordió el labio y rio.

—Sí, no puedes culparme. Todo propio y arrogante en tu caballo, echándome de las tierras…

—No fue mi momento más fino, pero estaba alterado. Lo lamento.

—Mm… Puedo haber sido arrogante también. Lo que quiero decir… Las semanas y los acontecimientos… Lo que vivimos juntos, tu ayuda… Me hizo cambiar, te conocí mejor.

—Viste lo que todos saben en la zona. Que soy irresistible—le susurró, y le dio un beso rápido, y Heather suspiró.

—Me di cuenta de que lo significas todo para mí.

Él se quedó quieto un instante, como si no esperara escuchar esas palabras. Luego, una lenta sonrisa apareció en sus labios, haciendo que sus ojos se suavizaran.

—Oh, tú… Tú, Heather… Eres valiente, fuerte, hermosa… La rosa que resiste cualquier tormenta—susurró él con voz grave—. Si no lo dije antes, quiero que lo sepas: eres mucho más que la esposa que el destino puso en mi camino. Eres la mujer que escogí amar.

Heather sintió la calidez inundar su corazón. Sus labios encontraron los de él en un beso suave, lleno de promesas y afecto mutuo, sellando la certeza que crecía entre ambos: lo que comenzó por necesidad florecía plenamente en amor verdadero.

¿QUÉ TE PARECIÓ? LA HISTORIA DE LOS MACLAREN CONTINÚA. LA PRÓXIMA NOVELA SERÁ LA DE ISABELLA. RESERVA AQUÍ: rxe.me/STHF1Q

# FIN

# Novedades

Querido lector:

Si has llegado hasta aquí y disfrutaste (aunque con sufrimiento, tensión, y alguna lágrima) mi objetivo está cumplido.

Mi agradecimiento infinito por comprar, leer, reseñar. ¿Te pido un esfuerzo extra? Corre la voz, recomiéndame si te gustó, contáctame en mis redes (@abadisabella en Instagram).

El camino de un escritor auto publicado es arduo, y tu granito de arena ayuda, y mucho.

Hay mucho más MacLaren, por supuesto. Pero, ¿sabes qué? La historia de los duques está completa en Amazon, también. Puedes seguirme allí también y te enterarás de cada lanzamiento, o suscribirte a mis correos.

Te deseo lo mejor, abrazo apretado,

**Isabella.**